This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817

FLORESTA

DE

37242

RIMAS MODERNAS CASTELLANAS;

Ó

POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE IGNACIO DE LUZAN HASTA NUESTROS DIAS,

CON UNA INTRODUCCION HISTÓRICA,

Y CON NOTICIAS BIOGRAFICAS Y CRÍTICAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR FERNANDO JOSÉ WOLF,

SECRETARIO DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE VIENA,

Individuo de número de la real Sociedad de la Historia y Lengua danesas de Copenhague; Correspondiente de la real Academia de la Historia de Madrid, de la de Ciencias, Artes y Bellas-Letras de Gaen, de la real Sociedad de Anticuarios de Francia, etc.

TOMO PRIMERO.

FRIEDWARD DORSCH M.D. MONROE, MICH.

PARIS,

A EXPENSAS DE ROHRMANN Y SCHWEIGERD,

LIBREROS DE LA CORTE

EN VIENA.

1837

860.8
W85
V.1

FLORESTA

DE

RIMAS MODERNAS CASTELLANAS.

I.

EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

Podria calificarse de superflua á la par que arriesgada la presente empresa, cuando se considera que dentro y fuera de España se han publicado ya tantas colecciones de poesías castellanas, y entre ellas algunas á todas luces recomendables; pero estas ó contienen exclusivamente rimas *antiguas* (como la *Floresta* del señor don Juan Nicolas Bohl de Faber), ó, conforme á su debida proporcion, solamente un *corto* número de modernas (como la *Espagne poétique* del señor don Juan María Maury, y el *Teatro pequeño de elocuencia y poesía castellana* del señor don Victor Aimé Huber), ó en fin las llevan *mezcladas* con las antiguas, y ordenadas segun sus *diferentes clases*, para el fin de darlas como *modelos de los diferentes géneros de composicion* mas bien que como muestras de los sendos autores dispuestas por órden cronológico y sistemático, de modo que puedan servir de ejemplificacion de la historia literaria (de aquella clase son por ejemplo la *Biblioteca selecta de literatura española* de los señores don Pablo Mendibil y don Manuel Silvela; — las *Lecciones de filosofia moral y elocuencia* del señor don Josef Marchena; — la *Co-*

leccion de poesías escogidas de los mas célebres autores castellanos, publicada en Palma año de 1830; etc.).

La segunda edicion de las *Poesías selectas castellanas, recogidas y ordenadas por dón Manuel Josef Quintana* es la única coleccion que consigue en parte este último objeto; decimos *en parte*: porque, á mas de no venderse por separado el tomo cuarto, que es el que comprende las poesías modernas, y de ser costosa y difícil de hallar esta coleccion fuera de España, no estan admitidos en ella los poetas aun vivientes que por cierto no son los menos aventajados é interesantes.

Era pues nuestro designio, al publicar la presente coleccion, en parte de suplir esta falta, en parte de proporcionar con ella á los amantes de las Musas castellanas fuera de España, y en especial á nuestros paisanos los medios de estudiar en las fuentes mismas la historia de la poesía moderna castellana, para que se desengañen de que ella, comparada con la antigua castellana, no es destituida de todo mérito, ni indigna de toda atencion, ni en fin muy inferior á la poesía moderna de la mayor parte de las demas naciones cultas de Europa: equivocaciones y preocupaciones harto comunes entre nosotros, las que han nacido principalmente de la dificultad de procurarse libros modernos españoles, pues estos se encuentran fuera de España mucho mas escasos, que no los antiguos que se hallan por lo menos en las grandes bibliotecas.

Añádase á estas miras generales aun la particular

de que *sirva nuestra Floresta de suplemento á la sobredicha publicada por nuestro célebre paisano el señor don Juan Nicolas Bohl de Faber;* y se disculpará cuando menos, aun cuando no se apruebe, nuestra empresa.

He aquí los principios que hemos seguido, para desempeñarla de un modo correspondiente á su objeto.

En la *introduccion histórica* hemos tratado de dar una *breve reseña* del desarrollo de la poesía castellana desde Luzan hasta nuestros dias, limitándola á los géneros comprendidos en la obra, y aprovechando, para componerla, los excelentes trabajos de Capmany, Quintana, Martinez de la Rosa, y Angel de Saavedra, los que hemos seguido, aunque no los llevemos citados siempre. Mucho mas habria que decir sobre la materia, si nosotros nos hubiéramos propuesto tratarla á fondo; pero nuestro ánimo solo ha sido, y por eso cuidamos de advertirlo con tiempo, reducirnos á *unos meros apuntes.*

En esta introduccion, asi como en la crítica de los autores, hemos dicho nuestro sentir, verdad es, con lisura y conforme á los principios de gusto que profesamos; pero sí esperamos haberlo hecho con la debida modestia y circunspeccion. Pues nosotros no nos jactamos de reformadores ni de dictadores de nuevos preceptos; insinuamos sin arrogancia ni terquedad nuestras opiniones, procuramos apoyarlas con las razones que tenemos por las mejores, para que los sabios las desechen ó rectifiquen con superior discernimiento y autoridad.

En cuanto á las noticias biográficas, hemos tratado de sacarlas de las mejores fuentes que hemos podido procurarnos, las que hemos seguido escrupulosamente; asi que por la mayor parte no son mas que extractos ó digámoslo asi centones literalmente entresacados de nuestras autoridades. Esperamos empero que merecerán la indulgencia de los críticos que sabrán disimular los defectos de estilo y gracia, por la exactitud que contienen, y por la diligencia que se puso en escribirlas. Algunas noticias estan copiadas al pie de la letra de las que van insertadas en la coleccion del señor don Manuel Josef Quintana; ¿pues que, no teniendo otras fuentes, no seria demasiada presuncion en un extrangero de querer decirlo mejor que un clásico nacional? — Cada vez que esto se ha hecho, lo hemos mencionado expresamente, por no ser tachados con razon de plagiarios. — Hay tambien en nuestra coleccion algunas noticias *originales* extendidas por los *mismos autores*, las que debemos á la obsequiosa diligencia del señor don Pedro Sainz de Baranda, bibliotecario de la real academia de la Historia, quien, ademas de eso y de habernos suministrado un número considerable de los libros mas indispensables para nuestro asunto, se ha servido favorecernos con su consejo y con sus luces en esta para un extrangero asaz arriesgada empresa. Aprovechamos pues con singular satisfaccion esta ocasion para agradecer públicamente á él, y á los poetas que han tenido á bien comunicarnos sus biografías por aquel conducto, su distinguido favor.

Aun resta de sugerir y justificar el plan que hemos seguido en la *coordinacion de los autores*, y en *la*

eleccion de las poesías. Hemos advertido ya arriba que nuestro intento no era de dar una coleccion de modelos, un apuradísimo extracto de quintas esencias y perfeccion, sino de dar *una idea bastante extensa y cabal de la poesía lírica de la España moderna*, deseando al mismo tiempo que pueda servir de texto al estudio de la historia literaria de este ramo de la amena literatura española. Por eso hemos tenido que colocar las poesías de los sendos autores, aunque de diversos géneros, reunidas en el artículo de cada uno, y no ordenadas segun sus diferentes clases; los autores segun el órden cronológico; y los contemporáneos segun el rumbo que seguian, y segun la escuela á que pertenecian, admitiendo no solo los poetas de marca mayor, sino tambien algunos de menor nota (como por ejemplo Huerta, Arroyal, Sálas, Gonzalez, etc.), cuando han influido considerablemente en el desarrollo de la poesía, ó cuando pueden servir para representar mas completamente los diversos rumbos que se han seguido, y los diferentes géneros que se han cultivado con predileccion en cierta época. Al contrario hemos omitido todos los que, sin tener aquellas relaciones con la historia literaria, no rayaban un punto mas alto de la medianía, ó aquellos quienes, aunque muy señalados en su clase, se han ocupado solo en traducir obras agenas (como por ejemplo el hábil traductor de Horacio don Javier de Burgos; el excelente salmista don Tomas Josef Gonzalez Carvajal; etc.). Pero sentimos mucho de habernos visto precisados á pasar por alto algunos autores que merecen bajo todos respetos un lugar en una coleccion de poetas modernos caste-

llanos, por no haber podido procurarnos hasta aquí sus obras (tales son por ejemplo los señores don Joaquin Lorenzo de Villanueva; don Cárlos de Beña; don Agustin Duran, don Juan Bautista Alonso, etc.).

Conforme á nuestro plan nosotros nos hemos ceñido á la *poesía lírica en el sentido mas lato*, vale decir: abrazamos en nuestra coleccion toda la extension y varias ramificaciones de ella con exclusion de las poesías épica y dramática [1].

No presentamos extractos, sino *íntegras y sin truncar* todas las piezas de nuestra coleccion. Al *elegirlas*, hemos tratado de hermanar la utilidad del público con los respetos debidos á los autores. De aquí hemos evitado de repetir las que se encuentran en las otras colecciones mas conocidas, cuando esto podia practicarse sin perjudicar á los poetas; eligiendo por ejemplo entre las poesías de igual mérito de un autor otras distintas de las que los aficionados de la poesía castellana poseen ya en las colecciones de Quintana, de Mendibil y Silvela, etc. Pero no hemos reparado en repetirlas, si eran las que han dado mas renombre á su autor, ó las que le caracterizan mejor; pues

[1] En punto de la *poesía épica en sentido mas estricto* nosotros nos hemos permitido una sola excepcion con admitir, segun el ejemplo de Quintana, el *Canto épico* de Nicolas Moratin, por ser la mejor composicion de aquel autor, y por no ser demasiado extensa; pero no hemos creido sernos lícito de dar cabida en nuestra coleccion á aquellos poetas épicos que no han publicado tambien poesías líricas (como por ejemplo don Felix Josef de Reinoso, etc.). — Los *romances históricos*, verdad es, pertenecen por su objeto á la poesía épica; pero por su forma métrica se les puede agregar tambien á los géneros córtos, y por eso comprender en una coleccion de poesías líricas.

hemos tenido por indispensable de admitir no solo las mejores composiciones, sino tambien todas las que pueden contribuir mas á formar un cuadro completo de la índole de los autores (especialmente en cuanto á los mas señalados); de los diversos rumbos que han seguido; y de los diferentes géneros que han cultivado.

Todas las piezas en fin estan copiadas exactamente de las mejores ediciones que hemos podido procurarnos, é impresas con arreglo á la ortografía adoptada por la real Academia Española en su última edicion.

Si á pesar de todos los desvelos nuestros no hemos acertado siempre la eleccion, se nos disculpará con no tener los extrangeros tan fino oido y tanto tino como los nacionales.

No podemos menos de valernos de esta ocasion para tributar con singular satisfaccion nuestra el homenage de nuestra estimacion y gratitud mas profundas al excelentísimo señor don Mauricio conde de Dietrichstein, prefecto de la Biblioteca imperial de Viena, individuo honorario de la real academia de la Historia de Madrid, quien sigue aumentando con una actividad tan incansable como acendrada el riquísimo tesoro que está confiado á su ilustrada superintendencia, y al excelentísimo señor don Joaquin Francisco de Campuzano conde de Rechen, ministro plenipotenciario de la corte de España, quien se ha dignado favorecernos tanto con su proteccion y recomendacion; para profesar en fin las mas vivas gracias á nuestros amigos los señores don Victor Aimé Huber, profesor en la Universidad de Rostock; don Miguel Enk von der

Burg, profesor y conventual del monasterio de monges benitos en Melk; y á don Antonio de Gévay, nuestro docto colega, quienes nos han ayudado tanto con sus luces y con sus consejos en la presente empresa.

¡Ojalá hayamos salido con ella siendo acreedores á tantos favores!

Viena y febrero de 1836.

FERNANDO JOSEF WOLF.

INTRODUCCION

A LA

POESIA CASTELLANA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

ÉPOCA PRIMERA.

DESDE LUZAN HASTA MELENDEZ.

Lastimoso estado de la poesía castellana á principios del siglo XVIII; vanas tentativas de Luzan y sus secuaces de restaurarla por la introduccion del clasicismo frances. — Reinado de Cárlos III. — Época señalada de reforma y adelantamiento general. — Mejor éxito de los empeños de Nicolas Moratin y sus amigos en mejorar el gusto nacional por el frances. — Predominacion de este á pesar de la patriótica resistencia de Huerta. — De aquí la poesía castellana no mas que una tímida imitadora de la francesa; nueva decadencia de ella; prosaismo.

A dos siglos de prosperidad y gloria, en los que la noble nacion castellana y su rica poesía habian subido al mas alto grado de su lustre, sucedió á principios del siglo XVIII un completo marasmo en la literatura española que correspondia perfectamente al miserable estado político en que se hallaba la nacion en los reinados de Cárlos II y Felipe V. Es verdad que ya desde el segundo tercio del siglo XVII empezó á cundir el contagio del mal gusto que es conocido bajo los nombres de *culteranismo* y *gongorismo;* pero las extravagancias, sutilezas, trivialidades y exageraciones por las que los escritores de aquella época afearon sus composiciones, « malgastando sus grandes fuerzas naturales en juegos y saltos de volatines, » fueron en parte compensadas por rasgos verda-

deramente ingeniosos, invenciones llenas de fantasía, y formas en sumo grado originales y nacionales. Los escritores del reinado de Cárlos II heredaron el mal gusto, la afectacion y el esmero de sus antecesores; pero no el ingenio, la fantasía y la originalidad de aquellos. « Todo fué miseria y poquedad; en los escritos se reconocian los dejos de la enfermedad que habian padecido los entendimientos; pero no los esfuerzos del enfermizo gusto para recobrarse. Los autores habian nacido y criádose en mal tiempo y escribian en otro aun peor... A los defectos del estilo peinado, como llamaban, del anterior reinado, y á todo lo que se puede llamar espuma de la agudeza se añadió en el siguiente (de Cárlos II) el abuso mas desenfrenado de los hipérboles, paradojas, alegorías, misterios, retruécanos y contrastes, y lo peor aun el visible detrimento de la propiedad y pureza del castizo vocabulario de la lengua [1]. »

Si el estado de enflaquecimiento y letargo en que yació España durante el reinado de Cárlos II, habia sido poco favorable á las letras, no fueron mucho mas propicias á su restablecimiento y mejora las circunstancias en que se encontró la nacion, á principios del siglo inmediato, empeñada en una larga guerra civil y extrangera. Ni el gobierno, ni los establecimientos públicos, ni los individuos particulares pudieron recobrarse tan pronto del letargo y de la fatal atonía en que los habia sumergido aquella desastrosa guerra de sucesion que descargó todas sus plagas sobre una nacion ya debilitada, y que no conservaba mas formas que las de un esqueleto de grandeza. De aquí fué que á principios del reinado de Felipe V, « se remató con el estilo, y con la lengua, y con el mismo ingenio que lo habia pervertido. Desapareció el arte y la gala para escribir bien un libro, y lo que es peor, para sobredorar lo mal escrito en toda materia, de suerte que no

[1] *Capmany*, Teatro histórico-crítico de la elocuencia española; tomo V, pág. 19-20.

pudieron darse ya zelos la prosa y la poesía. Cuando ambas empezaron á corromperse, respiraban fuego y energía las composiciones; mas en el reinado de Felipe V todo anunciaba una cercana muerte, no quedando en casi todos los escritos otra señal de vida que la hinchazon en las frases, y una vanísima pedantería en las palabras[1]. »

¡En tan lastimoso estado se halló en el primer tercio del siglo próximo pasado la poesía castellana! ¿Qué rumbo debia, ó, por mejor decir, podia seguir para despertar de su mortal y dilatado letargo, dado que no era fácil, ni acaso posible, tener uno propio? Consideradas todas las circunstancias de aquella época, ¿no tenia que seguir el que señalaba el *ingenio frances*? De Francia vino la nueva dinastía; por una estrecha alianza con ella fué sostenida y reanimada la agonizante monarquía española; de la corte de Versalles, la mas floreciente entonces de Europa, aceptó é imitó la de Madrid las modas, el lujo, los grandes establecimientos de civilizacion y los institutos literarios; las luces del celebrado siglo de Luis XIV deslumbraron entonces á todas las demas naciones de Europa, cuyas literaturas se sujetaron á las leyes del clasicismo frances: ¿pues, qué es de extrañar que tambien la poesía castellana, si cabe llamar asi lo que pasaba entonces por tal, tuvo que ceder á influjo tan universal y dominante, y tomar paso á paso un carácter verdaderamente frances?

Los primeros ensayos, aunque débiles y aislados, de introducir el gusto frances los hicieron el marques de *San Juan* con su traduccion del *Cinna* de Corneille, que apareció en 1713, y *Cañizares* con su *Sacrificio de Ifigenia*. Mas estaba reservado de dar el primer paso decisivo en esta carrera á un poeta preceptista, que se habia formado en paises extrangeros, y bebido la purísima agua del Parnaso frances á las orillas del Sena mismo. Este dogmatizador de la escuela

[1] *Capmany*, l. c., pág. 23.

galo-hispana fué don *Ignacio de Luzan* que en su *Poética*, publicada por primera vez en 1737, trató de erigir un faro que, despues de tantas borrascas románticas, guiase sus compatriotas náufragos en el seguro puerto del clasicismo.

De aquella *Poética* harto conocida y decantada por los clasiquistas baste decir que en cuanto á sus principios es una mera copia de las de Aristóteles, Horacio y Boileau, escrita en un tono seco y desabrido. No es de extrañar pues que fuese poco leida entonces, y que por de pronto su influjo en los progresos y mejora del arte fuese corto ó mas bien nulo. Pero Luzan no se contentó tan solo de recomendar el nuevo gusto con sus preceptos, sino tambien con el medio mas eficaz del ejemplo, en lo que fué ayudado por algunos amigos suyos. Es á saber que en el año de 1749 se formó en Madrid una academia poética con el nombre del *Buen Gusto*, presidida por la señora condesa de Lemos, en donde se reunieron entre otros ingenios el conde *de Torrepalma*, don *Agustin Montiano*, don *Ignacio de Luzan*, don *José Porcel*, y don *Luis Velazquez*, que por su doctrina y sus composiciones formaron una especie de escuela en que la rigidez mas escrupulosa tomó el lugar del desarreglo y de la descabellada licencia de los cultos y conceptistas : las tres unidades sucedieron á la embrollada multiplicidad de acciones, tiempos y lugares; en fin, la escuela francesa se sustituyó con todos sus preceptos á la abjuracion completa de toda regla y de toda razon [1]. Entre aquellos académicos del *Buen Gusto* se señalaron como poetas el conde de Torrepalma, por su imitacion ovidiana del *Deucalion* [2]; don Agustin Montiano, por sus dos tragedias de *Virginia* y *Ataulfo* [3]; don José Porcel, autor de unas *Églogas*

[1] Véase la *Vida de Luzan* que va al frente de la última edicion de su *Poética*, Madrid, 1789, 8°; tomo I°, pág. 19-20.

[2] Publicada por primera vez en el *Parnaso español* de *Ledano*; tomo III, pág. 86 y siguientes.

[3] Véase la critica que hace de ellas *Martinez de la Rosa* en sus *Obras literarias*; tomo II, pág. 239-246.

venatorias aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas; y en fin el mismo Luzan con algunas traducciones y composiciones líricas. Los laudables esfuerzos de aquellos restauradores se resienten algunas veces de demasiado encogimiento y timidez, y otras descubren cuan difícil fué aun entonces libertarse totalmente del reciente contagio.

Por estar tan escasa de talentos de marca mayor, y por hallarse en total contradiccion con el gusto nacional, aquella escuela no pudo por de pronto ejercer un grande influjo en el desarrollo de la poesía castellana. Cifráronse los efectos de aquella reforma á los estrechos límites de las academias y la corte, mientras el público ó « el ignorante vulgo, » como le llamaban aquellos galicistas, siguió adheriendo al antiguo pero corrompido gusto nacional. De aquí es que á fines del reinado de Fernando VI la poesía se halló casi en el mismo estado que en los reinados de sus antecesores. Aquel no menos lastimoso estado no puede describirse mejor que con las palabras de Leandro Fernandez de Moratin que en la vida de su padre se expresa así sobre el asunto : « No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1737, no se leia en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio, y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicado dos tragedias arregladas y decorosas que no se han representado nunca, y dos discursos críticos en que, resumiendo la historia del arte, recomendaba los buenos principios que nadie intentaba seguir. El teatro agitado por las parcialidades de Chorizos, Polacos y Panduros, habia

llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paranomasias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable; en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasía [1]. »

Este estrago de la literatura española causó tanta indignacion y enfado á un ardiente é ilustrado patriota, que no pudo menos de desahogar su bílis en una ingeniosa *Sátira contra los malos escritores de su tiempo*, la única composicion verdaderamente poética que produjo la España durante la primera mitad del siglo XVIII [2].

Pero en el mismo año en que Luzan habia publicado su *Poética*, nació don *Nicolas Fernandez de Moratin*, como si la naturaleza marcara en aquel nacimiento el mas activo atleta de aquellos principios sentados por su predecesor. Pues Moratin, viviendo en circunstancias mas favorables, y dotado de un talento verdaderamente poético, pudo, al proseguir el mismo rumbo, contribuir con mucha mas eficacia á la reforma de la poesía castellana, y preparar su regeneracion. Es cabalmente á él á quien se puede llamar con sobrada razon el *término medio entre Luzan y Melendez*. Moratin florecia en el reinado de Cárlos III, época señalada de mejora y adelantamiento para España. Aquel monarca supo despertar las fuerzas adormecidas de su nacion, y reanimar el deprimido espíritu nacional. La fórmula mágica desatadora resonó del trono, y como por ensalmo resucitó el « Fenix de España » rejuvenecido de nuevo de sus cenizas. « Desde el advenimiento de aquel príncipe al trono, todo pareció anunciar

[1] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, Londres, 1825, 12°, pág. VII-VIII.

[2] Véase el artículo de *Jorge Pitillas* en nuestra coleccion.

venatorias aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas; y en fin el mismo Luzan con algunas traducciones y composiciones líricas. Los laudables esfuerzos de aquellos restauradores se resienten algunas veces de demasiado encogimiento y timidez, y otras descubren cuan difícil fué aun entonces libertarse totalmente del reciente contagio.

Por estar tan escasa de talentos de marca mayor, y por hallarse en total contradiccion con el gusto nacional, aquella escuela no pudo por de pronto ejercer un grande influjo en el desarrollo de la poesía castellana. Cifráronse los efectos de aquella reforma á los estrechos límites de las academias y la corte, mientras el público ó el ignorante vulgo, como le llamaban aquellos galicistas, siguió adheriendo al antiguo pero corrompido gusto nacional. De aquí es que á fines del reinado de Fernando VI la poesía se halló casi en el mismo estado que en los reinados de sus antecesores. Aquel no menos lastimoso estado no puede describirse mejor que con las palabras de Leandro Fernandez de Moratin que en la vida de su padre se expresa asi sobre el asunto. « No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1737, no se leia en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio, y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicado dos tragedias arregladas y decorosas que no se han representado nunca, y dos discursos críticos en que, resumiendo la historia del arte, recomendaba los buenos principios que nadie intentaba seguir. El teatro agitado por las parcialidades de Chorizos, Polacos y Panduros, habia

llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paranomasias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable; en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasía[1]. »

Este estrago de la literatura española causó tanta indignacion y enfado á un ardiente é ilustrado patriota, que no pudo menos de desahogar su bílis en una ingeniosa *Sátira contra los malos escritores de su tiempo*, la única composicion verdaderamente poética que produjo la España durante la primera mitad del siglo XVIII[2].

Pero en el mismo año en que Luzan habia publicado su *Poética*, nació don *Nicolas Fernandez de Moratin*, como si la naturaleza marcara en aquel nacimiento el mas activo atleta de aquellos principios sentados por su predecesor. Pues Moratin, viviendo en circunstancias mas favorables, y dotado de un talento verdaderamente poético, pudo, al proseguir el mismo rumbo, contribuir con mucha mas eficacia á la reforma de la poesía castellana, y preparar su regeneracion. Es cabalmente á él á quien se puede llamar con sobrada razon el *término medio entre Luzan y Melendez*. Moratin florecia en el reinado de Cárlos III, época señalada de mejora y adelantamiento para España. Aquel monarca supo despertar las fuerzas adormecidas de su nacion, y reanimar el deprimido espíritu nacional. La fórmula mágica desatadora resonó del trono, y como por ensalmo resucitó el « Fénix de España » rejuvenecido de nuevo de sus cenizas. « Desde el advenimiento de aquel príncipe al trono, todo pareció anunciar

[1] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, Londres, 1825, 12°, pág. 7-8.

[2] Véase el artículo de *Jorge Pitillas* en nuestra coleccion.

la restauracion de la literatura: el vuelo que empezó á tomar la nacion con algunas saludables reformas, los establecimientos útiles de todas clases, la publicacion de obras importantes, los periódicos literarios que se imprimian en la capital, la proteccion concedida á las artes y á las letras, todo hacia concebir las mas lisonjeras esperanzas; y si no acabaron estas de realizarse, por circunstancias desgraciadas que sobrevinieron en breve, no por eso cesó de todo punto el impulso dado, ni dejó de producir notables ventajas [1].

En aquel tiempo de reforma universal nadie contribuyó mas á la de la poesía que don Nicolas Moratin. Una viva imaginacion, un raro gusto y tino en observar lo bello en donde quiera lo encontrara, una infatigable actividad, y sobre todo un ardiente amor á su pais eran las prendas mas sobresalientes de aquel insigne varon. No desconoció el depravado estado en que se hallaba entonces la poesía castellana, trató de restaurarla con introducir el gusto dominante en aquella época en toda la culta Europa en su patria donde no habia ninguno; tenia tambien por el único y mas seguro remedio contra las extravagancias y los disparates acostumbrados la estricta observancia de ciertas reglas y del decoro; pero no desconoció por eso el mérito de los grandes ingenios nacionales; ni quiso trasformar por de pronto y de todo punto los españoles en franceses; ni tenia por imposible de hermanar la gala y bizarría de la antigua poesía castellana con la tersura y regularidad de la nueva escuela francesa. En una palabra era español y muy español. De aquí fué que Moratin, requerido por un amigo suyo con que le indicase, entre los poetas clásicos, de cuál nacion deberia preferirlos para arreglar con ellos una selecta librería, le respondió: *Griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles* [2]. De aquí fué que

[1] Obras literarias de *Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 246.

[2] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, pág. 33-34.

él mismo no solo trataba de imitar lo mejor de los antiguos poetas castellanos, sino tambien no desdeñaba aprovecharse de las formas populares de su nacion. De consiguiente se puede asentar que por lo que hace á la poesía lírica en especial, Moratin adelantó eficazmente sus progresos, « y habiéndola encontrado grosera y trivial en mano de ignorantísimos autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le siguieron despues [1]. »

Por aquel tiempo se reunian frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muños, Tomas de Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastian: para lo cual tenian tomado un cuarto con cuanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro frances, las sátiras y la poética de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca, y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadalso sus *Cartas Marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las Vidas de Españoles ilustres, que se proponia ir publicando, con el título de *Plutarco español*, y las tragedias de *Numancia destruida* y de *Abidis*. Leyéronse conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español* [2], y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir y publicar un papel intitulado : *Reflexiones críticas*,

[1] Obras póstumas de don *Nicolas Fernandez de Moratin*, pág. 48.

[2] Nuestro célebre paisano *Bouterwek* (en su Historia de la Literatura española, pág. 594) no llama sin razon la publicacion de *El Parnaso español*, y, se puede añadir, la reimpresion que se hizo por aquel tiempo de muchas obras de los antiguos clásicos castellanos, « un acontecimiento muy favorable á la restauracion de la poesía de los siglos XVI y XVII. » ¡Cuando menos una prueba manifiesta del renaciente patriotismo!

dirigidas al colector de el Parnaso, don Juan Lopez Ledano. Pero desistieron, á instancias de Moratin, de aquel propósito, aunque fué aprobado por la junta, para no desanimar al colector en una empresa tan patriótica, aunque desempeñada con poco acierto. En suma los mas floridos ingenios de la córte concurrieron á aquella junta para mejorar y restaurar la literatura española con indagar y establecer los principios mas sólidos de la crítica, estudiar las obras clásicas no solo de los franceses sino tambien de las demas naciones cultas, y con aprovechar estos medios en la composicion de sus propias obras [1].

Entre los concurrentes de aquella junta tambien se distinguió como poeta lírico el coronel don *José de Cadalso.* Este amigo, elogiador y sostenedor de Moratin, siguió el mismo rumbo con igual celo y patriotismo, pero con mucho menos talento: por lo cual no tiene ni con mucho la independencia de su amigo; y en él es en quien empieza ya á observarse *una tendencia mas señalada de imitacion extrangera,* aunque no dejó de imitar tambien á los clásicos nacionales, especialmente á Villegas, Góngora y Quevedo.

Por los conatos de estos dos poetas y algunos otros que pisaban sus huellas, arraigóse el nuevo gusto tan profundamente en el suelo español, que un campeon del antiguo gusto nacional tan tenaz y ardiente como el mismo don *Vicente García de la Huerta* se esforzaba en vano de arrancar de nuevo aquella yerba exótica de la patria tierra. Verdad es que la inclinacion del tiempo en que vivia era poco favorable á sus empeños, habiéndose propagado ya con rápidos progresos en España el espíritu reformador y el ahinco de elevarse al nivel de las demas naciones cultas de Europa; verdad es tambien que Huerta echó á perder su buena causa por su arrogancia, parcialidad y poca doctrina. Defendia igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absur-

[1] Historia de la Literatura española, pág. 24-30.

das lo bueno y lo malo, á ser ello antiguo, declarando guerra abierta y campal á los inovadores, llamándolos *traspirindicos*, *follones*, *malandrines*, y disparándoles sonetos, fábulas y octavas rimas escritas, como la mayor parte de sus demas composiciones poéticas, en un estilo campanudo y gongorino. Sus adversarios, los *antihórtenses poetas*, como él los llamaba, no dejaron de volverle sus ataques : llovian en daño suyo los folletos, las sátiras y los epigramas de autores conocidos y desconocidos, y todos creian vengar la razon y el buen gusto de los atentados de aquel jayan temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hácia las fuentes de instruccion y de crítica en que ellos tan religiosamente bebian. Asi es que Huerta, á pesar de su honorable patriotismo y de sus no comunes talentos, tuvo en fin que ceder á los partidarios de la nueva escuela. El campo quedó por ellos, y Huerta que terminó sus trabajos por una traduccion de la *Zayra*, plegaba la frente, al parecer, al gusto y opinion contra la cual tan largo tiempo y con tanto teson habia combatido. Sin embargo el movimiento literario que excitó al rededor de sí con sus contiendas y debates, compeliendo sus adversarios á probar por sus propias obras que la nueva escuela podria competir con la antigua, no permitirá nunca que se le pase por alto á Huerta en la historia de la poesía castellana.

« Era entonces el tiempo de esta clase de contiendas. El honor y favores esparcidos por el gobierno de Cárlos III sobre las artes y las letras; el concurso de premios abierto por la Academia Española á los ingenios para obras de elocuencia y poesía, el que abrió la villa de Madrid para solemnizar la paz ajustada en 1783 con la nacion británica; la atencion pública llevada con interes á los productos del ingenio, que en tiempos felices como aquellos ocupan agradablemente y embellecen la sociedad; mil otras circunstancias en suma habian excitado en gran manera la aplicacion y el talento, y despertado tambien la emulacion y la rivalidad. Unos y otros

aspiraban á la palma y á la primacía, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querian arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas.

« Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta; Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner; los apologistas de las letras castellanas contra sus censores, y los censores de las letras castellanas contra ellos. ¿Sobre qué no se escribió, y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas, y hervian las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo[1]. »

Pero el escándalo y perjuicios que estos interminables debates ocasionaban, eran en parte compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones en fin y con los descubrimientos que se hacian en el campo de la crítica y de la historia. Pues solamente de los combates sale la victoria, del probar las fuerzas el equilibrio, del acrisolar lo falso la verdad; lo bueno, lo hermoso, todo lo que tenia en sí su principio de vida suficiente ha quedado *ad orta* de los esfuerzos de la contradiccion y la malicia, al paso que lo malo, lo feo y lo insustancial cayó por su mismo peso, y está sepultado en el merecido olvido.

Entre los poetas de la escuela dominante entonces se señalaron principalmente don *Tomas de Iriarte* y don *Feliz María Samaniego*. Sobresalen por su elegancia, claridad, despejo y sencillez, y han enriquecido el Parnaso español con sus *Fábulas*, género de poesía poco cultivado y casi abandonado en España desde la edad media[2].

[1] *Quintana*, Poesías selectas castellanas, Madrid, 1830; tomo IV, pág. 26.

[2] Desde que estos dos escritores introdujeron de nuevo y con tan feliz

Este gusto ligero y llano, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fué seguido por los chistosos epigramatistas don *Francisco Gregorio de Salas* y don *Leon de Arroyal;* por don *Vicente María Santibañez*, traductor no harto feliz de la *Heroida* de Pope; por el marques *de Ureña*, autor del poema burlesco de la *Posmodia;* por el conde *de Noroña*, al que algunos llamaban el *Dorat español;* por otros escritores en fin, de mucho menos nota, y tan pronto nacidos como olvidados.

Asi fué que, al proseguir este rumbo, los españoles que tenian una literatura nacional, rica en verdadera poesía, admirada del mundo entero y servilmente copiada por sus vecinos traspirináicos, cayeron de tropezon en tropezon, en una fria imitacion de los autores de la corte de Luis XIV, superiores, es verdad, á los castellanos en pulidez, cultura y un cierto aire de regularidad y llaneza; pero mil veces mas pobres de imaginacion, mas estériles de genio, y faltos de toda originalidad y nacionalidad. De aquí nació tambien en España una crítica, y mas tarde una poesía, autorizada aquella, y estotra correcta; pero incompleta la primera, y tímida imitadora la segunda. No se puede negar que los que emprendieron la restauracion de la literatura española prestaron en efecto importantes servicios, desterrando el malísimo gusto que á fines del siglo XVII la infestaba.

Pero cayeron en un error muy grave y de harto fatales consecuencias. Mas dispuestos á hallar y aun á exagerar los lunares, que á apreciar é imitar las bellezas de sus antiguos autores, los excluyeron de la buena literatura, creyendo que el único gusto susceptible de perfeccion era el clásico-frances,

éxito aquel género de poesía, cundia tanto el gusto de fabulizar, que « en unos años reinaba en la corte una plaga de fábulas, » como dice Arriaza (Poesías, Madrid, 1829; tomo II, pág. 155). De la grey de sus imitadores que casi apuraron el arca de Noé, baste mencionar á don *Ramon Pison* (Roman de Pinos), y á don *José Ibañez*, los que publicaron por separado colecciones de « fábulas en verso castellano. »

aspiraban á la palma y á la primacía, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querian arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas.

« Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta; Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner; los apologistas de las letras castellanas contra sus censores, y los censores de las letras castellanas contra ellos. ¿Sobre qué no se escribió, y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas, y hervian las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo [1]. »

Pero el escándalo y perjuicios que estos interminables debates ocasionaban, eran en parte compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones en fin y con los descubrimientos que se hacian en el campo de la crítica y de la historia. Pues solamente de los combates sale la victoria, del probar las fuerzas el equilibrio, del acrisolar lo falso la verdad; lo bueno, lo hermoso, todo lo que tenia en sí su principio de vida suficiente ha quedado á pesar de los esfuerzos de la contradiccion y la malicia, al paso que lo malo, lo feo y lo insustancial cayó por su mismo peso, y está sepultado en el merecido olvido.

Entre los poetas de la escuela dominante entonces se señalaron principalmente don *Tomas de Iriarte* y don *Felix María Samaniego*. Sobresalen por su elegancia, claridad, despejo y sencillez, y han enriquecido el Parnaso español con sus *Fábulas*, género de poesía poco cultivado y casi abandonado en España desde la edad media [2].

[1] *Quintana*, Poesías selectas castellanas, Madrid, 1830; tomo IV, pág. XXVI.

[2] Desde que estos dos escritores introdujeron de nuevo y con tan feliz

Este gusto ligero y llano, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fué seguido por los chistosos epigramatistas don *Francisco Gregorio de Salas* y don *Leon de Arroyal;* por don *Vicente María Santibañez,* traductor no harto feliz de la *Heroida* de Pope; por el marques *de Ureña,* autor del poema burlesco de la *Posmodia;* por el conde *de Noroña,* al que algunos llamaban el *Dorat español;* por otros escritores en fin, de mucho menos nota, y tan pronto nacidos como olvidados.

Asi fué que, al proseguir este rumbo, los españoles que tenian una literatura nacional, rica en verdadera poesía, admirada del mundo entero y servilmente copiada por sus vecinos traspirináicos, cayeron de tropezon en tropezon, en una fria imitacion de los autores de la corte de Luis XIV, superiores, es verdad, á los castellanos en pulidez, cultura y un cierto aire de regularidad y llaneza; pero mil veces mas pobres de imaginacion, mas estériles de genio, y faltos de toda originalidad y nacionalidad. De aquí nació tambien en España una crítica, y mas tarde una poesía, autorizada aquella, y estotra correcta; pero incompleta la primera, y tímida imitadora la segunda.

No se puede negar que los que emprendieron la restauracion de la literatura española prestaron en efecto importantes servicios, desterrando el malísimo gusto que á fines del siglo XVII la infestaba. Pero cayeron en un error muy grave y de harto fatales consecuencias. Mas dispuestos á hallar y aun á exagerar los lunares, que á apreciar é imitar las bellezas de sus antiguos autores, los excluyeron de la buena literatura, creyendo que el único gusto susceptible de perfeccion era el clásico-frances,

éxito aquel género de poesía, cundia tanto el gusto de fabulizar, que «en unos años reinaba en la corte una plaga de fábulas,» como dice Arriaza (Poesías, Madrid, 1829. — Tomo II, pág. 155). De la grey de sus imitadores que casi apuraron el arca de Noé, baste mencionar á don *Ramon Pison* (Roman de Pinos), y á don *José Ibañez*, los que publicaron por separado colecciones de «fábulas en verso castellano.»

y abandonando los géneros de poesía enteramente nacionales que tan regalados frutos habian producido en el patrio suelo. Tanto fué de aquel pedantismo el empeño de anteponer las reglas al genio, y de oprimirlo y ahogarlo con ellas.

Asi la poesía castellana, siguiendo agenas huellas y andando á paso de enano, en vez de volver adonde Calderon y Lope de Vega la dejaron, no pudo menos de venir de nuevo al suelo. Ganaba algo en decoro, en correccion y en saber; pero perdia infinitamente mas en riqueza, en halago y en encanto; era mas cuidadosa de evitar defectos que atrevida y ambiciosa de producir bellezas; queria mas bien contentar la razon que regalar el oido y arrebatar la fantasía. Fué libertada, es verdad, de los últimos delirios del culteranismo apadrinados por Huerta; mas se veia expuesta á otros vicios, por ventura mas contrarios á su naturaleza, que eran el prosaismo y la flojedad.

No podriamos concluir mejor los presentes apuntes sobre la historia de la poesía española desde Luzan hasta Melendez, que con copiar aquí la acertada crítica que hace de aquella época don *Angel de Saavedra* (en el muy señalado Prólogo á su *Moro expósito;* tomo I°, pág. 19-20), diciendo asi: « El rayo de claridad que penetró las densísimas tinieblas que cubrian nuestro suelo, y que empezó á desterrarlas y á alumbrarnos, era segunda luz, reflejo de la que brillaba para los franceses. Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana á mediados del siglo XVIII, son ciertamente merecedores de tan honrosa denominacion, si se considera cual fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto, si se examina cual fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecian del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otro mas grave dedicándose á sacar copias de copias. Agregábase á esto que en los últimos era la imitacion al doble violenta; porque en España habia un gusto y un estilo nacionales ya formados, defectuoso en parte, pero no enteramente falto de

méritos y primores. Asi al introducir el *clasicismo frances*, los preceptistas españoles del siglo XVIII lo forzaron todo, lengua, hábitos, ideas; viniendo á ser sus composiciones, sartas de palabras escogidas con esmero, en que nada era inspirado, nada original, nada natural; en que el temor de extraviarse obligaba á marchar á compas, y en que si bien sobresalia la correccion, reinaba el mayor de todos los vicios, á saber, el empeño de encontrar modelos en parte muy diferente de aquella en que conviene buscarlos. »

ÉPOCA SEGUNDA.

DESDE MELENDEZ HASTA NUESTROS DIAS.

Esfuerzos de Melendez y la escuela salmantina para dar un nuevo esplendor á la poesía castellana en parte con el estudio y la imitacion de los antiguos y buenos escritores castellanos, y con el aprovechamiento de las formas nacionales; en parte con tratar de hacerla mas profunda y sustancial, imitando no solo y exclusivamente á los franceses, sino tambien y especialmente á los ingleses. — Diverso camino seguido por otros: — la imitacion italiana. — Primeros ensayos de hacer la poesía castellana independiente de toda imitacion: — introduccion del gusto llamado romántico.

Hasta aquí vemos caer la malhadada poesía castellana de Escila en Caribdis: del culteranismo en el prosaismo. Nicolas Moratin fué el único que trató con algo mas acierto de encaminarla por el solo camino que habia de proseguir para verificar su regeneracion; vale decir el beber la cultura á la moderna Europa, sin renunciar del todo á su antigua originalidad y nacionalidad. No lo logró Moratin; ni lo lograron de todo punto Melendez y sus secuaces; pero estos no solo repararon los atrasos causados por sus antecesores, sino tambien dieron un gran paso adelante en aquel rumbo; y por eso se les puede llamar á ellos con mas fundamento los *restauradores de la poesía castellana,* la que, de consiguiente, entra con *Melendez y los poetas de la escuela salmantina* en una nueva época.

Mientras en Madrid aun se fatigaban Huerta y los galicistas con disputas frívolas y ciega parcialidad, formóse en la universidad de Salamanca, « aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta

á la luz que brillaba á la sazon en toda Europa. La aplicacion á las lenguas sabias, asi antiguas como modernas; el adelantamiento en las matemáticas y verdadera física; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demas buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observacion de la naturaleza para todas las artes de imaginacion; los buenos libros que salian en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicacion y de saber; en fin, el ejercicio de una razon fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo; todo esto se debió á aquella escuela que ha producido desde entonces hasta ahora tan distinguidos jurisconsultos, filósofos y humanistas [1]. » Formóse allí tambien don *Juan Melendez Valdes* bajo la direccion de Cadalso y con los avisos de Nicolas Moratin y Jovellanos. Dotado de todas las calidades mas esenciales de poeta, apasionado á las bellezas de la naturaleza, Melendez cultivó su númen con el estudio de los clásicos antiguos y modernos, y sobre todo de los nacionales, convencido de que la poesía de su patria, sin dejar de aprovechar lo bueno que suministraban la francesa y las de otras naciones, *debia sacar sus principales riquezas del tesoro de los antiguos autores castellanos.* Tampoco desconoció las ventajas que prestaba el cultivo de las *formas nacionales de la poesía popular,* y supo imitarlas con acierto y gusto. Fruto de estos estudios y esfuerzos fué *el primer tomo de sus poesías* que publicó por primera vez en 1785, y el que fué acogido con un aplauso extraordinario y general. Los amantes de la poesía antigua castellana, que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso, de Leon y de Herrera, saludaron al poeta como el restaurador de las musas castellanas, y vieron con alegría desterrado el gusto pro-

[1] Poesías de don *Juan Melendez Valdes*, Paris, 1832, tomo I°. — Vida del autor por don *Manuel José Quintana*, pág. 32-33.

sáico y trivial que generalmente dominaba á la sazon en el Parnaso español. La juventud estudiosa de España tomaba aquel libro por modelo; de modo que apenas publicado y conocido, se le tuvo por un libro clásico, y un ejemplar exquisito de lengua, de gusto y poesia[1]. Asi Melendez fué fundador de una escuela poética que si todavía es tímida y copista, no es ya puramente francesa, sino al contrario *castellana de una época nueva, y del todo nacional en sus formas.*

Entre los discípulos de aquella escuela que por aquel tiempo floreciéron, se señalaron mas como poetas el festivo *Iglesias* y el agustiniano fray *Diego Gonzalez*; los dos amigos y compañeros de estudios de Melendez, y como él, imitadores de los poetas y formas antiguas nacionales.

También el insigne *Jovellanos* residente entonces en Sevilla, y á cuya noticia llegáron los trabajos de los poetas salmantinos, aplaudió sus esfuerzos para restaurar la poesía castellana con la imitacion de los grandes modelos nacionales, y siguió el mismo rumbo en sus propios trabajos poéticos. Pero, por carácter y estudios mas inclinado á los géneros nobles y elevados, exhortó tambien sus amigos á empresas mayores. Estas exhortaciones, aunque no surtieron efecto ni por de pronto ni de todo punto, dieron quizá el primer impulso á que Melendez y algunos de sus amigos y alumnos se ensayasen en introducir los géneros *filosófico* y *moral* en la poesía castellana, para darle con eso mas sustancia y profundidad, y levantarla á la altura de su siglo. Contribuyó á eso tambien el mayor conocimiento y el estudio de la *literatura inglesa* de que especialmente Melendez y Jovellanos eran muy apasionados, y cuyo cultivo empezó por entonces á cundir en España y competir con el de la francesa. Asi Melendez trataba de imitar á los ingleses Young, Pope y Thomson; asi Jovellanos tradujo el libro primero de el *Paraiso perdido;* asi otros muchos siguieron su ejemplo. Añádanse á esto los

[1] L. c. p. 50.

progresos que hicieron á la sazon las ciencias exactas, políticas y filosóficas en España, y no causará admiracion que todo esto abriese un nuevo rumbo á las ideas y máximas literarias, lo que no pudo menos de tener tambien un grande influjo sobre la poesía castellana. Aquel influjo se descubre señaladamente en la *segunda edicion* de las poesías de Melendez, la que publicó en 1797, añadiendo á la reimpresion del tomo primero otros dos que contenian un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras. Los asuntos de aquellas poesías eran grandes y severos, abstractos y metafísicos; trataba en ellas de las grandes verdades de la religion y de la moral, « procurando, » como dice él mismo, « enunciarlas con toda la pompa del idioma; cuidando al mismo tiempo de hacerse entender y ser claro, y de huir de una ridícula hinchazon. » De aquí fué que, para sacar de la lira española acentos no aprendidos antes de ella, tuvo que formarse una diccion y un estilo que correspondiesen á tales asuntos. Pues la lengua castellana, por rica y magestuosa que fuera, y por perfecta que se la encontrase en las poesías sagradas y doctrinales del siglo de oro, era á la sazon todavía poco acostumbrada á sujetarse á la filosofía, ó á la concision de sus verdades. Porque la poesía sagrada y doctrinal de los antiguos era una poesía de sentimiento y de corazon, la efusion del fervor, la elevacion de un ánimo fiel, al paso que la poesía filosófica y moral de los modernos es mas bien una poesía de reflexion (si cabe decirlo así), el producto de la especulacion y del saber.

Por eso las poesías filosóficas de Melendez, á las que él mismo dió con su acostumbrada modestia el nombre de primeras tentativas, tenian un cierto aire de novedad, de extrañeza, y aun de afectacion, asi por los asuntos, como por la diccion; la imitacion de los extrangeros era harto visible en ellas [1]; y comparadas con las de su juventud, no les iguala-

[1] Pero imitaba ya no mas exclusivamente á los franceses, sino cabal-

ban ni con mucho en calor, en viveza y en despejo. De aquí no es de admirar que estas poesías no tuviesen una aceptacion tan grande, ni tan general como la que habian logrado las primeras. Sin embargo el efecto que causaban no fué corto; porque participaban de la propension general de su siglo, siglo de especulacion y filantropismo, y por eso conocido con el nombre de *filosófico;* y porque el rumbo seguido en ellas por Melendez iba de acuerdo con la tendencia y hasta la manía que habia entonces tambien en España para la ilustracion y el saber. Asi á pesar de sus defectos, las poesías filosóficas de Melendez, por ser la expresion y el retrato de la época á que pertenecian, no pudieron menos de producir resultados de hecho. Asi, rompida la valla por Melendez, no faltaron quienes pisasen sus huellas, entre los cuales se han señalado mas sus alumnos y amigos, don *Juan Pablo Forner*, don *Nicasio Cienfuegos*, don *Manuel Quintana*, don *Juan Nicasio Gallego* y don *Alberto Lista*. Estos y algunos otros de menor nota, como *Sanchez Barbero*, *Mor de Fuentes*, etc., han tratado con mas ó menos acierto de poner la poesía castellana al nivel de las ideas y del gusto de su siglo, eligiendo por asuntos de sus poesías las verdades de la filosofia, las vicisitudes de la vida humana, los grandes acontecimientos políticos, los sublimes espectáculos de la naturaleza y los progresos de las artes y ciencias, en vez de seguir el camino harto trillado y recorrido por sus antecesores, y de cantar tan solo los arroyuelos murmuradores, la palomita de Filis, los amores de los zagales y la crueldad de esas sin par hermosas zagalas, las delicias de la vida pastoril, del caramillo, del recental, y otras fantasmagorías por ese estilo.

Por de contado ganó la poesía castellana por aquellos conatos en sustancia y profundidad, adquirió un caudal de

mente á los ingleses, y tambien á los alemanes. Asi él mismo cita expresamente á Pope, Thomson, Young, Racine, Roucher, Saint-Lambert, Haller, Utz y Cramer, como los modelos que trataba de imitar.

ideas, de documentos de filosofía y de instruccion que no se encuentra, generalmente hablando, en los poetas de los siglos anteriores; varió y levantó algun tanto el tono; pero perdió en riqueza y lozanía de fantasía, en gala y brio de estilo, en facilidad y armonía de versificacion, y por consiguiente en halago, en efecto, en encanto; perdió en osadía y originalidad, por ser tímida imitadora; y perdió sobre todo en nacionalidad, por haber tenido que formarse con la imitacion de los extrangeros, y por tratar de hacerse cosmopolita.

Por eso aquellos poetas que siguieron este nuevo rumbo, y particularmente Cienfuegos y sus prosélitos fueron tachados por sus émulos y los rigurosos humanistas de escritores extravagantes y contagiosos, de declamadores frios y desmayados, de conceptistas oscuros, de imitadores harto compasados y amanerados; por eso han llamado aquella escuela « una escuela de error, » *una nueva secta de conceptismo y culteranismo;* su tendencia *filosofismo;* su lenguaje « oscuro y bárbaro, compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo; » su estilo « lleno de hinchazon y oscuridad; » y su versificacion « falta de artificio, variedad y armonía[1]. »

Aunque esta crítica en parte es exagerada y demasiado severa, en parte vale solo si se la aplica á los rutineros de aquella escuela, al *imitatorum pecus* que siempre y en todas partes ha imitado los defectos, la afectacion ó manera de sus modelos, sin tener ni aun por asomo las ventajas de aquellos; fuerza es confesar que tampoco el mismo Melendez ni los mas aventajados de sus secuaces lograron completamente lo que se proponian, vale decir el levantar la poesía castellana á la altura de su siglo sin perjuicio de su independencia y de su índole. Pues sus composiciones de los géneros templados tienen, es verdad, un colorido bastante nacional; pero lo frívolos,

[1] Obras de *Leandro Fernandez de Moratin*, Madrid, 1830; tomo II, pág. 61-63. — Poesías líricas de don *Juan P. de Arriaza*, Madrid, 1829; tomo I°, pág. 11-12. — *Vicente Salvá*, Gramática de la lengua castellana, Paris, 1830, Pról. pág. 30 y 31.

trillados y cansados que son todavía los asuntos tratados en ellas, las hacen poco dignas de la atencion de sus contemporáneos; al paso que sus poesías de los géneros severo y sublime aun no llevan el sello de aquella valentía y frescura que solo tienen las verdaderamente originales y esencialmente nacionales.

De aquí un crítico ilustrado al par que patriota imparcial ha llamado no sin razon la escuela de Melenqez *la de Luzan mas españolizada*[1].

Esta escuela, aunque sin contradiccion la dominante, no fué la única que por entonces se formó en España. Pues otros han seguido diverso camino, y han preferido la *imitacion italiana*, cuyas formas tienen mas analogía con las castellanas, y por lo mismo su carácter ha podido parecer mas puro y mas natural. La índole propia de esta escuela es poner todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de los números, en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecucion. *Las dotes exteriores son su principal cuidado, los asuntos y los pensamientos no tanto*: por manera que no siempre se encuentran en ella la elevacion, la fuerza y el vigor de expresion que serian de desear[2]. Por este retrato de mano maestra se echa de ver que si la poesía castellana ha ganado por aquella escuela en gracia y en halago, ha perdido empero en sustancia y valentía, y en resúmen ha sacado otra vez copias de copias. Entre los que han seguido aquel camino, han sobresalido don *Leandro Fernandez de Moratin*, don *Juan Bautista de Arriaza*, don *Manuel de Arjona*, don *Francisco Martinez de la Rosa*, etc.

Pero aunque es preciso confesar que todos los esfuerzos de aquellas escuelas y de aquellos poetas, por meritorios que sean bajo muchos respetos, no han logrado dar á la poesía castellana su antiguo lustre; no puede menos de percibirse una especie de

[1] *Angel de Saavedra*, El Moro expósito, Paris, 1834; tomo I°, pág. 21.
[2] *Quintana*, Poesías selectas, Madrid, 1830; tomo IV, pág. 48 y 49.

restablecimiento que no deja de hacer honor á la moderna literatura de España. Aun causa maravilla que con tan pocas causas de estímulo y aliento, y tantas de entorpecimiento y ruina, hayan sobresalido, en los cortos respiros que han dejado los trastornos y desgracias públicas, algunos hombres eminentes que han acrecentado las glorias literarias de la nacion española; y por cierto las hubieran aumentado aun mas, si no se hubieran reunido por su mal tantos y tan tristes acontecimientos como han sobrevenido á esta malhadada nacion desde la muerte de Cárlos III. « Pues la injusticia de la suerte, tan encarnizadamente declarada contra España en estos dos siglos, no ha permitido que aquella aura de prosperidad, que aquel impulso présago de felices resultados, hayan llegado al punto que pareció se debia esperar. Antes del funesto reinado de Cárlos IV, ya en el de su padre se vió al gobierno español volverse atras en la carrera que habia emprendido. Ni el ministerio del ilustre conde de Aranda, ni el establecimiento de los reales estudios de San Isidro, ni los felices ensayos de algunos sabios varones que al favor del primer ensanche prepararon la restauracion literaria, fueron bastantes para que esta se realizase del todo. El tumulto de Madrid cuyas causas no son de averiguar en este lugar, la paralizó, y desde aquella funesta época, sus pasos han sido mal seguros, entre la timidez de un gobierno recien amagado, la corrupcion y los caprichos de una inmediata privanza, el estruendo de una invasion desorganizadora, y los choques de una lucha empeñada para fijar los intereses mas fundamentales [1]. » De resultas de aquellas revoluciones políticas muchos españoles, y en verdad no los menos señalados, tuvieron que emigrar y refugiarse en varios paises de Europa. A pesar de esta nueva desgracia para la nacion y literatura españolas, tambien en este caso se ha verificado lo que dice un antiguo refran castellano : « no hay mal que por

[1] *Ocios de Españoles emigrados*, Londres, 1825; tomo IV, pág. 98.

bien no venga.» Pues, ademas de lo mucho que ganan los hombres trasplantados de su pais, combatidos por la adversidad ó por las vicisitudes de los acontecimientos, y separados de la monotonía de la vida doméstica, los emigrados españoles aprendieron á conocer los adelantos que el arte crítica habia tenido y estaba haciendo en otras naciones; vieron la revolucion casi general que hicieron en nuestros dias *la crítica y literatura alemanas* en la teórica del buen gusto, y en la práctica de los escritores; descubrieron que en Inglaterra, en Italia y aun en Francia, la patria misma de los clasiquistas, no reinaba mas exclusivamente aquel decantado clasicismo que, durante un siglo, ha aherrojado con los grillos del pedantismo la fantasía de las naciones mas cultas de Europa; fueron en fin precisados á confesar, no sin asombro y vergüenza, que los españoles, otra vez los ingenios mas desembarazados y fogosos, eran casi los únicos, entre los modernos europeos, que aun no habian osado traspasar los límites señalados por los preceptistas de la escuela clásico-francesa!

Librados de sus preocupaciones, algunos empezaron á dudar de aquellas autoridades tenidas hasta entonces por infalibles y obedecidas por mero espíritu de rutina; otros, mas imparciales y osados, adoptaron los sanos principios de la recien promulgada doctrina, convencidos de que las dotes mas esenciales de la buena y castiza poesía habian de ser la *originalidad* y la *nacionalidad;* otros en fin, los mas atrevidos á la par que ingeniosos, trataron de escribir ellos mismos no por recuerdos sino por inspiracion, «de seguir los impulsos propios, de obedecer á las inspiraciones espontáneas, y de hacer, no lo que han hecho, sino del modo que lo han hecho los célebres ingenios extrangeros de la edad presente, tan rica en crítica sana y propia de una generacion filosófica en sus atrevimientos[1].

[1] *Saavedra*, l. c., pág. 40.

Asi fué que al volver en estos últimos años á su patrio suelo, estos emigrados introdujeron, ó por mejor decir reintegraron tambien en España aquel gusto que se ha llamado *nuevo* y *romántico*, pero el que en verdad es muy antiguo y el único esencialmente clásico.

Pues este gusto es el mismo al que siguieron un Homero, un Dante, un Shakespeare, un Lope de Vega, un Schiller, todos cuantos fueron románticos y muy románticos, si se quiere llamarlos asi, porque á nadie copiaron, y solo buscaron sus inspiraciones en su propio ingenio y en la naturaleza; mas los cuales en efecto son clásicos y muy clásicos, porque han servido y servirán de modelos á cuantos saben admirar su genio independiente y creador, su índole impregnada del espíritu de su siglo, y su colorido del todo nacional.

Entre los que han contribuido mas á resucitar y propagar en España este gusto tan antiguo como natural, y á combatir las preocupaciones rancias de sus compatriotas, sobresalen don *Agustin Duran* y don *Angel de Saavedra*, duque *de Rivas;* y acometió esta empresa el primero con su *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español*, etc., con sus *Trovas*, y con sus excelentes ediciones de los *Romanceros*, y de la *Talia española ó Coleccion de dramas del antiguo teatro español*; el segundo aun mas eficazmente con sus propias composiciones poéticas publicadas en estos últimos años.

Han seguido y están siguiendo el ejemplo de estos insignes varones algunos jóvenes poetas de no comunes talentos [1].

Es por tanto de esperar que la juventud española no tardará en reconocer con ellos que las luces y necesidades de la presente época estan clamando porque se sacudan los grillos que el culto ciego del *clasicismo* habia impuesto á sus

[1] Asi se han reunido algunos mozos de buenas esperanzas, para publicar el lindo periódico titulado *El Artista*, en el que tratan de difundir en su patria aquel gusto llamado romántico, tanto con la doctrina como con el ejemplo.

paisanos; y cuando, á despecho de la escuela del siglo de Luis XIV, logre la independencia del pensamiento, verificará la restauracion de la poesía castellana. Que los españoles pues, que tienen las mas felices disposiciones para la poesía, quieran ser no mas que españoles y muy españoles; y, á pesar de tantos obstáculos políticos y literarios, el Parnaso español reverdecerá, y producirá de nuevo tan regalados frutos como en los tiempos de Cervántes, de Lope de Vega y de Calderon.

FLORESTA

DE

RIMAS MODERNAS CASTELLANAS.

POESIAS

DE

D. IGNACIO DE LUZAN.

CANCIONES.

I.

A la defensa de Oran.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Oran y de Ceuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento
Que á renovar aplausos nos obliga.
El Africa enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado con que sueles
Grandes héroes cantar, y sus renombres,
A pesar del olvido, entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon por qué te invoco.

Como la generosa águila altiva
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz su furia aviva;
En vano ya cautiva
De la garra feroz silba y forceja
Que el ave, uñas y pico ensangrentada,
No suelta mas la presa, y remontada
Por la region suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace;
Lo demas en el aire su hambre pace:
Asi la osada juventud de España
Contra el moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña:
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argel y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcará los bárbaros despojos
Al mar del mediodia y al de Atlante,
Destinados juguete al Euro y Notò:
Cuando despues sulcare algun piloto
Las playas hasta donde fué Cartago,
Conocerá en los huesos el estrago.
Es difícil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos;
Que honra solo, valor y fé respiran:
Ya vulgares ejemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos
Sin conducir la heroicidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:

Entre noble vergüenza y rabia lucha
Cualquiera de nosotros cuando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del Ibero duro
Propio, innato el teson, del cual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.
¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia,
Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heróica indómita constancia,
Falta voz á la fama en tal asunto.
Cuando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dejando admiracion á los contrarios,
Trofeos no; que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde,
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamas que nace
Del águila feroz triste cuclillo,
Nocturno buho ó palomita tierna?
Como en cadena eterna
Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el mauritano:
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulándose en glorias y en efetos
Los hijos de los hijos y los nietos.
Cancion, si yo pudiese, bien querria

Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Tauro, Ida, Erimanto:
Pero no son tus alas para tanto.

II.

Leida en la Academia de las Nobles Artes, año de 1753.

Ya vuelve el triste invierno
Desde el confin del Sármata aterido
A turbar nuestros claros horizontes
Con el ceñudo aspecto y faz rugosa
Con que, á influjo de la osa,
Manda intratable en los Rifeos montes
Y en la Zembla polar; donde, temido
Señor de eterna nieve y hielo eterno,
Con tirano gobierno
La entrada niega á todo trato humano:
El piloto holandes se atreve en vano,
Avido pescador del cete inmenso,
A surcar codicioso
El piélago glacial: el frio intenso
Pára su rumbo, y deja riguroso
En remota region lejos del puerto
La quilla inmoble el navegante yerto.
La hermosa primavera
Desterrará al invierno, coronada
La bella frente de jazmin y rosa,
Cual íris que en las nubes aparece:
Se alegra y reverdece
A su vista la tierra; y olorosa
Recrea los sentidos, revocada
La lozanía y juventud primera.
Poco antes prisionera

La fuentecilla de enemigo hielo,
Ya entonces libre fertiliza el suelo
Y nuevas yerbas alimenta y cria :
Robles, hayas y pinos
Vuelven á hacer la selva mas umbría :
En tanto al aire mil suaves trinos
Esparcen las canoras avecillas,
Mas agradables cuanto mas sencillas.
  Sucederá el estío;
Y el can fogoso y el leon rugiente
Marchitará la verde pampa y flores,
Y agotará á la fuente sus cristales :
Asi bienes y males
Mezcla próvido el cielo : moradores
Hay en la fria zona, hay en la ardiente,
Sufriendo extremos de calor y frio.
Su vario señorío
Ejerce en todo la inconstante suerte :
Nace sujeta á sucesiva muerte
Cada estacion : murió la antigua gloria
De Roma y de la Grecia,
Cuyas soberbias ruinas y memoria
Tanto la fama lisonjera aprecia :
Que al impulso fatal de las edades
Mueren tambien los reinos y ciudades.
  Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre, en cuya mente
De todo bien la perfeccion se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna :
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inútilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas : ella,
Como la fija estrella,
Que el rumbo enseña al pálido piloto
Cuando mas brama el Aquilon y el Noto,
Al puerto guia nuestro pino errante.
¿ Quién con esto se acuerda

De envilecer su plectro resonante
Donde de vista la virtud se pierda?
¿O un falso bien, ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y mas de estrago?
No, no; lejos aparte
Apolo del Parnaso error tan ciego,
Y en sus sagrados bosques no resuene
Sino pura armonía y casto acento:
Con severo instrumento
Calzado el gran coturno, el aire llene
De trágico terror Leghinto, el griego
Canto emulando en sencillez y en arte:
Yo cantaré de Marte
Las heróicas hazañas, que gloriosos
Acabaron los hijos generosos
De nuestra España, y llenaré la esfera
De aplausos de su fama:
Y sin ser por afecto lisonjero,
Mi voz, creciendo la apolínea llama,
Me oirán remotos climas admirados
Celebrar nuevos hechos ignorados.
Mas Febo en este dia
No me permite que de Marte airado
Cante las obras y el furor horrendo,
Ni estragos tristes de sus armas fieras.
Cedan palmas guerreras
A pacífica oliva, y el estruendo
Militar se convierta mejorado
En apacible métrica armonía;
A tí la lira mia,
Noble Academia, hoy se consagra solo;
A tí me manda celebrar Apolo,
Y que á tus bellas hijas floreciente
Corona teja amiga
La poesía para ornar su frente,
Premio no vil de toda su fatiga:
Lo que no puede el oro el verso puede;
Que el dar eterna fama á todo excede.

La luz y sombras dieron
Feliz principio y ser á la Pintura;
Creció su gracia el vario colorido,
Y el arte del Escorzo y Perspectiva:
Solo el tacto en la viva
Imitacion de objetos lo fingido
Puede reconocer, y la estructura
Que artificiosas líneas compusieron.
Cuanto los ojos vieron,
Cuanto ideó la fantasía, fieles
Imitadores copian los pinceles,
A un lienzo dando bulto, alma y acciones;
Y con arte que admira
Movimientos, afectos y pasiones
De gozo, de dolor, miedo, amor, ira,
Y si le falta hablar, la vista duda
Como tal perfeccion puede ser muda.
Con cincel primoroso,
Noble Escultura, igual sabes los duros
Mármoles animar; y afecto blando
Diestra inspirar en modelados bustos.
Tus palacios augustos,
O grande Arquitectura, levantando
Arcos, teatros y soberbios muros,
Sabes tu nombre eternizar famoso.
Aun del Rodio Coloso
Dura la admiracion, y la romana
Gente ensalza al autor de la Trajana
Columna: aun vive el nombre de Lisipo:
Aun vive Apeles, claro
Amigo del gran hijo de Filipo;
Y viven, á pesar del tiempo avaro,
Praxiteles y Zeuxis, y el que quiso
Todo el arte apurar en su Jaliso.
Pero ¿á qué fin la aquea
Fama me acuerda nombres y memorias
De antiguos siglos, cuando ya los cielos
Me ofrecen nuevo asunto en nuestra Iberia?

El arte á la materia
Excede con primores y desvelos
En este real albergue, en quien las glorias
De España cifra una ingeniosa idea,
Tal es justo que sea
La esfera y centro de sus grandes reyes,
Para dar desde aquí suaves leyes
A los dos obedientes hemisferios.
Aquí al vivo esculpidos
Por el cincel de artífices hesperios
Respiran reyes siempre esclarecidos;
Y el primero es Fernando, en cuya guarda
Ruge un leon y su señal aguarda.
Mas ¿cuál tan peregrina
Fábrica suntuosa se levanta
Obra de docta mano? ¿A quién dedica
Un magnífico celo el nuevo templo?
De tan devoto ejemplo
La universal aclamacion publica
El intento piadoso, y de la santa
Educacion los frutos adivina.
A aquel que de la Alpina
Grey fué pastor celoso, al grande Sales
Consagra estas memorias inmortales
De una gran reina la piedad profusa.
Permite que en tus sienes
Entrelace, señora, humilde musa
Esta hiedra á los lauros que ya tienes,
En tanto que con plectro mas sonoro
Se ocupa en tí todo el aonio coro.
Sagrado Evangelista,
Tambien tus aras renovadas veo
Por artífice diestro, que redujo
Lo hermoso y grande á limitado giro.
Allí igualmente admiro
Al pincel español, cuyo dibujo
Ilustre hazaña y militar trofeo
Del gran Felipe acuerda á nuestra vista;

A Samuel y al Salmista
Rey al ungirse otro pincel colora;
Y al santo Apóstol que la España implora
Por su patron, en la feliz orilla
Del Ibero y el sacro
Principio de la antigua alma capilla,
Y el pilar y divino simulacro
Al fresco exprime, y como todo á vuelo
Al suelo aragones se vino el cielo.
  Nieto del grande Albano,
A quien Minerva y Marte belicoso
Guian de la Virtud al árduo templo
De claros ascendientes por las huellas;
Tú tambien á las bellas
Tres nobles artes con ilustre ejemplo
Amparas y proteges, y oficioso
Tiendes en su favor la amiga mano.
Y tú, que pió, humano,
El imperio español en paz estable
Riges, sexto Fernando, admite afable
Agradecidos votos que te ofrecen
Las artes decoradas:
A tí las ciencias, que á tu influjo crecen,
A tí invocan las musas, y alentadas
Con tu piedad, de flores de Helicona
Van tejiendo á tu frente otra corona.
  Suspende aquí tu vuelo,
Cancion, no quieras remontarte tanto;
Es muy débil tu voz, inculto el canto
Para tan alto empeño: al Dios de Delo
Cede la empresa; él solo
Con cítara divina
Sabrá esparcir del uno al otro polo
El nombre de Fernando, y celebrarle:
Tú con respeto humilde te avecina
A su real trono; y pues para elogiarle
Tu amor ni voces ni conceptos halla,
Póstrate á tu señor, ámale y calla.

SONETO.

El no sé qué.

Quotiescunque mi cara Galatea
Con blanda risa y con amor me mira,
De sus ojos parece que respira
Un *nescio quid* que todo me recrea;

Mas luego que de mí (ya desden sea,
Ya descuido) su vista se retira,
¡*Heu!* otro *nescio quid*, sin ser mentira,
Sienten con triste afan *præcordia mea*.

¿*Unde nam* provendrá tan raro é incierto
Efecto de su amor, de sus enojos?
¿Tanto puede un favor y una aspereza?

¡Ay de mí! que no tengo *pro comperto*
Que el *nescio quid* no viene de sus ojos,
Y que el mal está todo en mi cabeza.

NOTICIA DE D. IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo del año de 1702. Fueron sus padres don Antonio de Luzan y Guaso, señor de Castillazuelo, y gobernador entonces del reino de Aragon, y doña Leonora Perez Claramunt de Suelves y Gurrea. Pero la muerte inopinada de estos y los disturbios que habia en su patria en aquel tiempo con motivo de la guerra de sucesion no le dejaron aprovechar las ventajas de tan distinguido nacimiento: vino á quedar huérfano de edad de cuatro años sin mas arrimo que el de su abuela paternal, á cuyo lado permaneció hasta que, concluido el sitio de Barcelona, donde estuvo de asiento su abuela, en el año de 1715, pasó á Mallorca á reunirse con don José Luzan, eclesiástico, tio suyo, que le llevó despues consigo á Génova y Milan. Aquí fué donde empezó sus primeros estudios en el seminario de Patellani, donde continuó hasta que pasó á Palermo con su tio, á quien se confirió una plaza de inquisidor en Sicilia. Hizo don Ignacio en Palermo sus estudios mayores, y en 1727 se graduó de doctor en ambos derechos en la universidad de Catana, para habilitarse asi á hacer una carrera. Tomó una instruccion muy amplia en humanidades, filosofía, matemáticas, historia, teología moral y derecho público y civil. Pero la literatura y la poesía fueron sus ocupaciones favoritas; y ya en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseia como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el frances, el aleman y el griego, á que se dedicó despues con grande ahinco. Asi vivia don Ignacio en Palermo entregado enteramente á sus estudios y al trato continuo de todos los eruditos de aquella ciudad, cuando en el año de 1729 asaltó la muerte á su tio que le mantenia; por lo que le fué preciso volver á Nápoles para acogerse á la sombra de su hermano el conde de Luzan, que se hallaba gobernador del castillo de San-Telmo. Cuatro años despues le envió su hermano á España con poderes para administrar sus rentas. Pasó á Zaragoza, retiróse despues á Monzon, contento hasta aquí con las asistencias que le daba su hermano; mas habiéndose posteriormente casado y aumentádose sus obligaciones, tuvo que pensar en aumentar los medios de subvenir á ellas. Por lo que conoció que debia resolverse á pasar á la corte, y correr los ordinarios trámites de pretendiente.

Vino á Madrid, distinguióse por sus talentos, y en el año 1741 fué elegido

académico honorario de la real Academia Española: el siguiente pasó á la clase de supernumerario; y un poco mas adelante fué recibido en la de la historia. Supo no solo con sus talentos y su literatura, sino tambien con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fué sucesivamente nombrado en 1747 secretario de la embajada de Paris; encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 1750, consejero de hacienda y de la junta de comercio; superintendente de la real casa de moneda de Madrid; y poco despues tesorero de la biblioteca real. Establecido ya con su familia de asiento en la corte, continuó sirviendo al rey y á la patria en los referidos empleos, y trabajando en otros negocios y encargos secretos de la mayor importancia, que se le cometieron por los ministros, y especialmente por el señor don José de Carvajal, que no solo tenia particular confianza en los talentos de don Ignacio, sino que le honraba con una íntima amistad. Esta misma le llevó á la academia *del Buen Gusto*, que tenia en su casa la señora condesa de Lemos, entonces viuda, y posteriormente marquesa de Sarria, y con alusion á sus muchos viages, tomó el nombre de *el Peregrino*, y compuso y leyó en ella varias poesias, que fueron recibidas con aplauso de los concurrentes. Cooperó tambien con su amigo Carvajal al establecimiento de la academia de San Fernando, de que fué individuo en la clase de honorario.

Por último, en el año de 1754, parece que el rey pensaba en levantarle á uno de los primeros puestos del estado; pero su muerte prematura lo impidió, pues que falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo del mismo año.

Fué don Ignacio individuo de una multitud de academias de la Italia, que puede tambien contarle entre sus escritores; fué amigo de los principales sabios de aquel pais (especialmente del célebre poeta Metastasio) y de los de la Francia. Tambien los mas señalados hombres de letras que habia en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su carácter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y ningun español mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

Entre sus muchas obras, tanto impresas como inéditas, son las mas señaladas: su célebre *Poética*, que se publicó la primera vez en Zaragoza, en folio, el año de 1737, y despues de la muerte del autor dos veces en Madrid, los años de 1783 y 1789, en dos tomos en 8°, y en esta última edicion con considerables adiciones y correcciones y con las memorias de la vida del autor por su hijo menor; — un sistema de política, en varios símbolos ó geroglíficos, que intituló *Perspectiva política*; segun el dictámen de su hijo y biógrafo, la mejor y mas bien escrita de todas sus obras, aunque

inédita hasta ahora; — las memorias *sobre el orígen y patria de los Godos*, insertas con las del señor don *Martin de Ulloa* sobre el mismo asunto en el tomo primero de las memorias de la real academia de la historia; — sus *Memorias literarias de Paris*, impresas el año de 1751; — la traduccion de una comedia de *Lachaussée* intitulada *La razon contra la moda* (*le Préjugé à la mode*), y las de algunas óperas de *Metastasio* que corren impresas; — un poema jocoso que intituló *La Gatomio-maquia*, y en que satirizó el estilo de algunos predicadores famosos en aquel tiempo, pero nunca publicado; — sus traducciones de algunas odas de *Sapho* y de *Anacreonte*, y del idilio de *Mosco*, Hero y Leandro; sus dos canciones á la conquista y defensa de Oran, y aquella leida en la academia de las nobles artes, año de 1753; su Juicio de Páris, y otras poesías castellanas (canciones, sonetos, etc.), algunas de ellas publicadas en el tomo II y IV del Parnaso español [1]. En las poesías de Luzan, que por la mayor parte son imitaciones y rimas ocasionadas por las circunstancias «hay mas arte que númen,» como dice aun su hijo y biógrafo, y, segun *Quintana*, «sus versos como los de casi todos los preceptistas se recomiendan mas por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginacion y la abundancia; pero, añade el mismo, comparados con los versos desatinados que á la sazon se componian, tienen por su invencion y disposicion, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente.» Asi es que Luzan, considerado por lo comun como el principal restaurador de la poesía castellana en mediados del siglo precedente, lo fué «mas bien con sus preceptos que con sus ejemplos.»

[1] Véase la lista completa de todas sus obras en las mencionadas *Memorias* de su vida, que se leen al frente de la última edicion de su Poética; de las cuales tambien nosotros nos hemos servido de guia para extender las presentes noticias.

SATIRA

DE

JORGE PITILLAS [1]

CONTRA LOS MALOS ESCRITORES DE SU TIEMPO.

No mas, no mas callar, ya es imposible:
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, o Lelio amigo,
Pues sabes cuanto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que, pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de ogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras que mil dias ha que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,

[1] *Jorge Pitillas*, autor desconocido, segun *Quintana*, y cuyo verdadero nombre se dice haber sido el de *D. José Gerardo de Herbas*.

Por desgracia no se conserva de este ingenio fuerte, despejado y agudo mas que esta sola composicion publicada por primera vez en el tomo VI del *Diario de los literatos de España*, y reimpresa otras muchas despues, como parece en el tomo II del *Parnaso español*. Véase tambien la noticia crítica del editor en el Indice de las poesias del mismo tomo, p. 21-23). Esta sátira que pertenece á la clase de literarias, es, segun *Martinez de la Rosa* (*Obras literarias*, tomo I°, p. 359 y siguientes), « muy superior á todas las (de la clase literaria) publicadas en época precedente; en todo su contexto reinan la viveza y facilidad, y abundan la sal y el donaire. »

Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.
He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.
Y ya que otro no chista, ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.
Guerra declaro á todo monigote;
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los pies hasta el cogote.
No me amedrentes, Lelio, con tus gestos,
Que ya he advertido, que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿ Quieres que aguante mas la turba ingrata
De tanto necio, idiota y presumido,
Que vende el plomo por preciosa plata?
¿ Siempre he de oir no mas? ¿no permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
Tambien yo soy al uso literato,
Y sé decir *Rhomboides*, *Turbillones*,
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones,
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuanto afan busco y aprecio
Un libro de impresion elzeviriana;
Y le compro, aunque ayune, á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenia vaso, nitro y gana.
Voy á la Biblioteca: allí procuro

Pedir libros, que tengan mucho tomo,
Con otros chicos de lenguaje oscuro.
Apunto en el papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere Wandenlarihk el Romo.
Y allego de noticias un armario,
Que pudieran muy bien segun su casta
Aumentar el *Mercurio literario*.
Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y á fermentar la castellana pasta.
Y aun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriva* hallarse en *apanage*
Bien entendido que al discreto ofenda.
Batir en ruina es célebre *pasage*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galvan no entienda tal potage.
¿ Qué es esto, Lelio? ¿ Mueves la cabeza?
¿ Que no me crees, dices? ¿ Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?
Tienes, Lelio, razon: de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.
La práctica de tanto error y vicio
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.
Hácele la ignorancia mas osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.
Y si acaso otra pluma mas dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bílis envidiosa.
Y en fornido volúmen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo,
Le acribilla, le abrasa, le destruye.
Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.
Su ciencia solo estriba en lo que ofende;
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca, ni la entiende.
A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.
No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.
Fíjanse en las esquinas cartelones
Que al poste mas macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.
Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel asafranado,
Da del libro magnífico diseño.
Atiza la gaceta por su lado;
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarillo y jaspeado.
Caen en la tentacion los animales,
Y aun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.
Pero ¡o dolor! mis ojos no lo vean;
Al leer del fróntis el renglon postrero
La esperanza y el gusto ya flaquean.
Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro incivil y chapucero.
Crecen á cada paso las mohinas
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pie y medio que al Mecenas
Le dan, en vez de inciensos, coscorrones.
Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,

Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de agenos andrajos mal zurcidos
Formas un libro injerto en porra ó sable;
Y hurgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿ Porqué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Cienpozuelos.
Perdona, Lelio, el descortes arrobo:
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.
Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso Geta, ó rústico Numida.
¡ Y á estos respeta el Tajo! ¡ A estos venera
Manzanares y humilde los adora!
¡ O ley del barbarismo agria y severa!
Preguntarásme acaso, Lelio, ahora
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas,

Cuando hable *nominatim* de estos payos,
Y les ponga el pellejo como cribas.
Mas claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras, te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni verracos.
Solo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente.
A que Dominga rústica y mohina
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.
De este modo han escrito otros mas duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
En sus versos Lucilio no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero,
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni Lelio adusto, ni Escipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A Metelo y á Lupo en su mortero.
Cualquiera sabe bien, aunque sea page,
Que Horacio con su pelo y con su lana
Satiriza el pazguato y el bardaje.
Y entre otros á quien zurra la badana
Por defectos y causas diferentes,
Con Casio el escritor no anduvo rana.
Pues montas, si furioso hinco los dientes
Al culto Alpino, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;

El que pintaba al Rhin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.
Persio á todo un Neron tiró bocados,
Y sus concetos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su labor asi comienza,
Y á Codro el escritor nombra y censura,
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No solo la Theseida le es muy dura,
A Télefo y á Oreste espiritado
Tambien á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado
Si á Cluvieno le quiebra una costilla,
Y una pierna á Mathon el abogado.
Con libertad en fin pura y sencilla
Observa toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervantes, el divino viagero,
El que se fué al Parnaso piano piano
A cerner escritores con su harnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á Lofraso de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.
De Arbolanches descubre el genio tonto,
Nombra á Pedrosa novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el pastor de Iberia, autor nefando,
Y el que escribió la pícara Justina,
Capellan lego del contrario bando.
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué haria si al Alfonso áspero y duro
Le pillase esta Musa censorina?
Otros mas con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda,

Y les hace el satírico conjuro,
  Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mezcolanza
Cuál es Garcilanita ó Timoneda.
  Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza;
  Cernícalos que son lagartigeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.
  Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y, á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias,
  Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.
  Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y asi á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
  No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan solo en la censura
Del escritor que cree cojo ó manco.
  Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura;
  Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
  Pero ¡o cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi justa crítica se frustre!
  Ya ves que impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre, no á la fama.
  Y asi no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre mas sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
  La vista de un mal libro me es terrible;

Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.
  Dias ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
  Si tú en tus cobardías siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
  De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar y caiga el que cayere;
Y en vano es detenerme y predicarme.
  Y si acaso tú ú otro me dijere,
Que soy semipagano, y corta pala,
Y que este empeño mas persona quiere;
  Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele, y que me ciega,
Es la que el desempeño mas señala:
  Que aunque es mi Musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
  La misma indignacion me hará hacer versos.

POESIAS

DE

D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

ROMANCES.

I.

Amor y honor.

De la hermosa Belerifa
Era Benzayde el querido,
Moro discreto y galan,
Pocos años, mucho brio;
El que en las fiestas y zambras,
Dando de su amor indicios,
Bordó la verde marlota
Con cifras de su apellido.
Desembarazar la lanza
Nunca le vió el enemigo,
Sin que sacase del golpe
En el adarga portillo.
Gozábanse dulcemente
De la dama en el retiro,
Sin que tanta posesion
Originase fastidio.
Veinte lunas se pasaron
Sin dar alguno motivo
De recelo en la amistad,
De tibieza en el cariño.
Ya no se ven ni se buscan:

¿Qué causa puede haber sido
La que llegó á separar
Dos corazones tan finos?
La ingrata fortuna sola,
Que por costumbre ha tenido
A quien favorece amor
Mirar con ceños esquivos.
El rey le negó los premios
En la guerra merecidos,
Retirando á la alcazaba
Sus despojos y cautivos.
Triste llega á los umbrales
De su dama y afligido,
Sobre una encintada yegua
Con el bozal de oro fino.
Vióla salir al balcon,
Y con ademan sumiso,
Arrodillando la alfana
Inclinó el penacho altivo.
Humilde, con voz turbada,
Y suspirando la dijo:
Mi linda mora, los cielos
Guarden tus años floridos.
No ignoras que para amor
Ni me sirves ni te sirvo;
Aunque esten los corazones
Recíprocamente unidos.
Para llamarnos esposos,
(El honor asi lo quiso)
Nos debe allanar primero
Suerte feliz el camino:
Y es tan escasa la mia,
Como ya, mi bien, has visto,
Que nada alcanzan mi celo,
Mi valor, ni mis servicios.
Quédate en paz, y á los cielos
Por último don les pido,
Que antes de llegar á Loja

Logre hallar á Don Rodrigo,
Maestre de Calatrava,
Del rey Fernando caudillo;
Pues con su muerte ó la mia
Mis desgracias finalizo.
Si le venzo, volveré
De recompensa mas digno,
Y el rey no sabrá negarme
Las mercedes que le pido:
Y si me vence, la vida
Acaba que desestimo;
Pues no la quiero sin tí,
Desdichado y ofendido.
Belerifa le responde:
No temas, Benzayde mio,
Que mirando al interes
Ponga tu amor en olvido.
Antes saldré de Granada
Huyendo sola contigo,
A que nos den su favor
Los cristianos fronterizos.
Tomóla el moro la mano,
Alzándose en los estribos,
Y arremetiendo la alfana,
La lanza pedazos hizo.
A tu noble amor le toca
Despecho tan atrevido,
Y toca á mi pundonor
Esta accion, el moro dijo.
Y viéndola acongojada,
Con lágrimas y suspiros,
Escaramuzando triste
Siguió de Loja el camino.

II.

Don Sancho en Zamora.

Por la ribera del Duero
Tres ginetes cabalgaban,
Caballeros castellanos
De gran nombradía y fama.
Trotones llevan ligeros
Y ganosos de batalla,
De acero luciente armados
Desde la frente á las ancas.
El aire manso tremola
Pendoncillos de sus lanzas,
La de enmedio va en la cuja,
Los del lado la enristraban.
Martinetes y garzotas
En las penacheras altas
Coronan dorados yelmos,
Que al rayo del sol brillaban.
Sobre los quijotes penden
De los tiros las espadas,
Y al mover de los caballos
Iban sonando las armas.
Con escarces y bravura
Llegan batiendo la estrada:
Mirando van á Zamora,
A Zamora y sus murallas.
En ellas la plebe observa,
Los ricoshombres y damas
Que quedan, aunque contrarios,
De su apostura prendadas.
De todos son conocidos,
Cuando las viseras alzan,
Que ese noble rey Don Sancho
Es el que en el medio marcha;
Y los que van á sus lados,

Puestos á son de batalla,
Eran la flor de Castilla:
El de Vibar y el de Lara.
De pechos sobre una almena,
Mira y llora Doña Urraca,
Con un delgado alfareme
Está cubriendo la cara.
Por la muerte de su padre,
Que ya en el cielo descansa,
Leonado color se viste
Y negro mongil arrastra.
Sus escuderos y dueñas
Mesurados la acompañan:
Ellas traen ricas patenas,
Ellos flojas martingalas.
Y quitando el antifaz,
La voz un poco levanta,
Y á su hermano le decia,
Que se detiene á escucharla:
Rey Don Sancho, rey Don Sancho,
El ardido en las batallas,
Valiente contra una débil
Muger, sin culpa, y tu hermana:
¿Asi del rey nuestro padre
La disposicion se guarda?
¡Oh mal haya el caballero
Que al finado no le acata!
Sufren Elvira y García
Los rigores de tus armas,
Y allá en Toledo á los moros
Favor Alfonso demanda.
Cuando debiera Castilla
Libertar á toda España,
Con foso cercas mi muro,
Tu hueste mis campos tala.
Y Azarques y Sarracinos
En Segovia juegan cañas,
Y en Zocodover con cifras

Resplandecen sus adargas.
Y guarte, no llegue el dia
Que dándoles tú la causa,
Vengan á beber sus yeguas
Del Duraton y el Arlanza.
Ambicionando lo ageno
Que tu padre nos dejara,
Con los cristianos aceros
Viertes la sangre cristiana.
¡Oh! cuánto fuera mejor
Esas iras emplearlas,
Contra quien viera lo que es
Unido el poder de España!
Eso mismo quiero yo,
Responde Don Sancho, infanta.
Mi padre erró, juzgue el mundo.
Soy rey. Esto digo y basta.
Entonces ella quejosa
Prosiguió con voces altas:
¡Ah! soberbio castellano,
El de la amarilla banda,
El de grabado gorjal
Y rapacejos de plata,
El de la dorada espuela
Que yo le calcé, ¡cuitada!
¿Quién creyera que Tizona
Contra mí se desnudara,
Cuando cabezas de reyes
Pensé me diera por arras?
Esto espere del amor
La muger apasionada.
Bien sé lo que merecí,
Bien sé como se me paga.
Don Rodrigo de Vibar,
Con la color demudada,
Turbado la respondiera,
Formando mal las palabras:
Señora, sirvo á mi rey,

Tu afan me pesa en el alma;
Lo demas hizólo amor,
Contra amor ninguno basta.
Entre multitud plebeya
Bellido Dolfos estaba,
Hijo de Dolfo Bellido,
Muy artero de asechanzas.
Y dijo: á pesar del Cid,
No irá á sus tiendas mañana
El rey Don Sancho con vida,
Si mil vidas me costara.
Oyendo tales razones,
Con semblante y vista airada,
Arremetió su caballo
Don Diego Ordoñez de Lara.
Traidores sois, Zamoranos,
Dice en voz tremenda y alta,
Y os lo haré bueno en el campo,
Cuerpo á cuerpo y lanza á lanza.
Arias Gonzalo al oir
Que á su ciudad denostaban,
Caballeros, los del rey,
Gritó, no digais infamia;
Que hay hidalgos en Zamora
De nobleza tan preciada,
Que ni en virtud ni en valor
Otro alguno los iguala.
Y en cuanto al reto, mis hijos
Viven, y si honor los llama,
Caballeros de mi sangre
Estiman la vida en nada.
Esto dijo Arias Gonzalo:
Y con astucia villana
El traidor Bellido Dolfos
Le apartó de la muralla.

III.

Abdelcadir y Galiana.

Ya cabalga Abdelcadir,
Cuando Febo se escondia:
Noche en que acuerda el cristiano
El natal de su Mesías:
Y sin temor de rebatos
El fuerte moro se anima,
Contra las leyes de Marte,
A darle á Amor pruebas fijas.
Era el gallardo africano
El campeon de la morisma,
Alcaide en Guadalajara,
Y adalid de su milicia.
Galan danzando la zambra,
Diestro en cañas y sortija,
Y su esfuerzo era el asombro
De entrambas á dos Castillas.
Galiana de Toledo,
Muy hermosa á maravilla,
La mora mas celebrada
De toda la morería:
Boca de claveles rojos,
Alto pecho que palpita,
Frente ebúrnea, que adorno
Oro flamante de Tybar;
Esta, con sus ojos bellos
Y atractivos de su risa,
Tiene el corazon del moro
Y toda el alma cautiva.
Cada vez que á verla va,
Una vereda practica,
Que desde Guadalajara
Hasta su jardin le guia.
Nueve noches vive ausente,

Que las nieves le impedian;
Mas ya no puede sufrir
Zelos que su pecho agitan.
Ese famoso Bernardo,
Que del Carpio le apellidan,
Sobrino del rey Alfonso,
Jóven de grande valía,
A Leon viniera entonces
Triunfante de Francia altiva:
El emperador vencido,
Y arrolladas sus insignias.
Mató á Roldan encantado,
Cuerpo á cuerpo, en lid reñida,
Y la espada Balisarda
Sacó de su sangre tinta.
El rey cristiano su tio
Con embajada le envia
Al Toledano Abencir
Y á Galiana su hija.
Grandes presentes llevaba
De joyeles de alta estima,
Y un rico brocamanton,
Cosa que par no tenia.
El broquel de Durandarte
Con Belerma allí esculpida,
Y la almadana espantosa
Que á Urgel de la maza quita.
Con esto y cien estandartes
De las naciones vencidas,
Sale de Leon Bernardo,
Con muy gran caballería.
Abdelcadir arde en zelos,
Que de ello tuvo noticias,
Y teme que el leones
No le interrumpa su dicha.
Mandó sacar de sus anchas
Y hermosas caballerizas
Su yegua, la mas veloz

Que produjo Andalucía.
Es fama que la alazana
Del raudo céfiro es hija,
Y le vence en la carrera
Cuando al padre desafia.
Dos cristianos curan de ella
Y á recaudo la tenian,
Nuño Fernandez de Salas,
Fortun de Lara García.
Las crines y riendas de oro
Con la izquierda mano asidas,
Sin poner pie en el estribo,
Airoso el bárbaro brinca.
Lanza toma de dos hierros
Que acicalados lucian,
En sangre de sus contrarios
No pocas veces teñida.
Dos alas en el escudo
Pintó que al sol se encaminan,
Con una letra que dice,
Alas mi amor necesita.
El bonete á quien adorna
Tembladora argentería,
Con plumas gualdas y azules,
Al lado diestro derriba.
Debajo del alquifá
Jaco apretó y coracinas,
Que le diera Jayra, hermana
De Abenragel de Zorita.
Desde el hombro pende al lado
De aceradas cadenillas,
Presa con el almaizar,
Cimitarra damasquina.
Y en señal de estimacion,
Se puso la manga rica
Que le bordó Galiana,
De inestimable cuantía.
De perlas y de rubíes

Recamada y de amatistas
Que la aprecia el moro en mas
Que á Zeca y Meca y Medina.
Toma el oculto camino
Por la senda conocida,
De alazor y de carrizos,
De retamares y olivas.
¡Ah! Galiana cruel,
Iba diciendo con ira,
Plegue á Aláh que á tu lindeza
Tu inconstancia no compita.
Bella infanta de Toledo,
¿Porqué á un cristiano te inclinas,
Pagando á tu amartelado
Con rigores y falsías?
Mas ya cierra negra noche
De vendaval y ventisca:
Larga la apetece el moro,
Y oscura la necesita.
¡Ah, míseros amadores,
Que os da el peligro osadía,
Y la esperanza os convierte
Los afanes en delicias!
Ligero, mas que el Henares,
Caminaba por su orilla
En la vega deleitosa
Que sus aguas fertilizan.
Inclina el rostro de lejos
A Meco, la santa villa,
Que le acuerda la que tiene
Del profeta las cenizas.
Pasa en silencio el lugar
Donde el secreto peligra,
Que en sus lomas lo repite
Eco, la parlera ninfa.
Huyó la antigua Alcalá,
Torciendo un poco la via
Por la cuesta de Zulema,

Entre sus breñas erguidas,
Ya de Titulcia atraviesa
Los olivares y viñas,
Donde Jarama á Tajuña
Aguas y nombre le quita.
Vadeando pasa el rio,
Aunque soberbio venia,
Y en medio de sus toradas
Cruza galopando y silba.
Saluda del nuevo sol
La luz que se descubria,
Y durante su carrera
Mas vagaroso camina.
Deja á un lado los majuelos
Que enriquecerán á Esquivias,
Y á otro el inculto Aranjuez,
Hoy jardin de Falerina.
Ya llega á la alta Boroj,
Aire toledano espira,
Y á la yegua el fuerte moro
Mas la acosa y mas la pica.
Las llanuras atraviesa,
Parte á carrera tendida,
Suelta al aire el alquicel,
Da en el codon la mochila.
Jamas olímpico circo
Vió escapada tan lucida;
Si es quien le conduce amor,
Este sí que es buen auriga.
Siguiendo el dorado Tajo,
Entre copadas encinas,
A Moceyo dejó atras
Despues de la árida villa.
La noche su negro manto
Extiende callada y fria,
Y solo el viento se escucha
Que los árboles agita.
Llega en paz, amante moro,

Y el vano terror disipa :
Que los hechos temerarios
A las mugeres obligan.
Ya está en Toledo, y oculto
Busca entre la sombra amiga,
De su princesa adorada
Los alcázares que habita.
Ella impaciente le aguarda :
Habla á solas y suspira,
Y maldice el temporal
Que asi dilata su dicha.
Por los dorados andenes
Vaga inquieta, y no se enfria :
Quien sabe lo que es amor,
Si esto es imposible diga.
Pomposo zaragucel
De blanco tuan vestia,
Hasta el morado chapin,
Con muchos pliegues y listas.
Labrada con gran primor
Lleva una marlota encima,
La mitad era turquí,
La otra mitad amarilla.
Un velo sobre el tocado,
Que un peine de nácar riza,
Colgando el sutil cendal
Con invencion nunca vista.
Verde liston ó diadema
Su frente hermosa ceñia,
Con záfiros y balages,
Y una media luna encima.
Rojos corales al cuello,
Fragante y sutil camisa,
Y un apretador azul
Con dos lazos que pendian :
Llegando el moro al umbral
Pequeño pito tañia;
Otro le responde adentro

Y el postigo facilitan.
Y atando la yegua al tronco
Que un ancho moral cubria,
Sube por un caracol
Con la esclava Geloira.
Cual fué de los dos amantes
El saludo y bienvenida,
Júzguelo, quien apartado
De sus amores suspira.
Solo la fama contó,
Que asi que llegó á su vista,
Quedó el moro satisfecho
De los zelos que traia.
Vanse á abrigado retrete
De persianas alcatifas,
Dorado guadamecí,
Cañamazos y ataujía.
Oculto perfumador
De mármol, ámbar espira,
Y el alto zaquizamí
Desde el suelo aromatiza.
Hay rico escaño de alerce
Y un blando almadraque encima:
Allí reposan, y en dulces
Miradas su gozo explican.
La esclava se retiró:
Y entre dós almas tan finas,
El amor, la soledad
Y la noche, ¿qué no harian?

IV.

Consuelo de una ausencia.

Ausentábase Alboraya
De los muros de Madrid:
La mora que mas hermosa
Plegó almaizar tunecí.
Blanca, rubia y colorada,

Con los ojos de zafir,
En la zambra muy maestra,
En el adufe y lilí.
A despedirla salió
El gallardo Abenozmin,
Un morillo que á la bella
La sacó fuera de sí.
En las cañas y sortija
El mas diestro y mas gentil,
El que de un golpe divide
La jarameña cerviz.
Servia á la mora el moro,
Y rendidos en la lid,
Enviaba á sus mazmorras
Los cristianos mil á mil.
Sobre un alazan cabalga
Hijo de Guadalquivir,
Y le fulmina al tocarle
El acicate sutil.
Lleva adornado el bonete
Con hebras de oro de Ofir,
Digo, con rubios cabellos
Que prendió su dama allí.
Las plumas y martinetes
Confunden colores mil,
Y al cielo estrellado imita
Rica marlota turquí.
El corvo alfange suspende
De el bordado tahalí,
Muchas veces vencedor
En el alcance y la lid.
Pintó en adarga de Fez
Un corazon de carmin,
Con un mote que decia:
Hasta el corazon te dí.
Preciosa cadena de oro,
Sobre el pecho, en un viril,
Cuelga el retrato adorado

Entre el diamante y rubí.
Tan bizarro salió el moro,
Que las damas de Madrid
Ni dejan los miradores,
Ni le cesan de aplaudir.
Él, viendo ya de las puertas
Su linda mora salir,
Escaramuzando en torno
La saludaba gentil.
Correspondióle agradable,
Diciéndole: Abenozmin,
Aláh sabe lo que siento
Esta jornada infeliz.
Si sabes corresponder
A lo que verás en mí,
De tu amor el premio puedes
A tu voluntad medir.
Para probar los amantes
(Prueba que nunca temí)
Es oportuna la ausencia;
Ausencia que tiene fin.
Si, como dices, me adoras,
No te debes afligir,
Pues conociéndome mas
Muestras la fé que hay en tí.
Humilde responde el moro:
Gallarda señora, asi
Permita el cielo que venza
En batalla al fiero Cid,
Como yo seré constante;
Aunque lluevan sobre mí
Mas desdichas, que al cristiano
Le causó nuestro Tarif.
Aláh te guie, pues sabes
Con ingenio tan sutil,
Esperando merecer,
Hacer la ausencia feliz.

V.

Empresa de Micer Jaques, borgoñon. Dirigida al duque de Medina Sidonia.

En la villa que Pisuerga
Con diáfanas ondas ciñe,
Por alcázares reales,
Entre huertas y jardines,
Gran palenque se dispone
De alta barandilla y firme,
Para la sangrienta liza
Que publican los clarines.
Oye, magnífico duque,
A ingenio estéril y humilde,
Las hazañas del linage
De que dichoso naciste.
Está la esparcida arena
Dispuesta á marciales lides:
El pueblo anhelante corre,
Anchos andamios oprime.
Alto solio se levanta
Para el gran rey que preside,
Con manto real que adornan
Esmeraldas y amatistes.
Y don Alvaro de Luna,
Gran condestable, le sigue,
Algo inferior: escarchados
De aljófar los borceguíes.
Y de rica orfebrería
Lleva un collar de oro insigne,
Que el rey de Aragon le diera
Estimado en mil florines.
En su magnífico estrado
De brocados y tapices,
Isabel de Portugal,
Reina de Castilla, asiste.
En dos trenzas alhañadas

La hermosa crencha divide,
Que en los hombros se recogen
Con dos lazadas turquíes.
Muy garrida, al lado suyo,
Color de púrpura viste,
Blanca, infanta de Navarra,
Muger del príncipe Enrique.
Ambas estan rodeadas
De las damas que las sirven,
De meninas y donceles,
Y dueñas con sus mongiles.
Salió la condestablesa
Con preciosos faldellines,
Y una aljuba á la morisca
De cuchilladas sutiles.
El príncipe, en rico escaño,
Entre Cerdas y Manriques,
Y don Beltran de la Cueva
Muy en años juveniles.
Al son de bastardas trompas,
De un pabellon que se erige
En un canton de la plaza,
Con damascos y ormesíes:
De todas armas armado,
Salió un guerrero terrible,
A quien de la frente al pie
Pavonado acero viste.
Era de bronce el escudo,
Y en frances la letra dice:
Que deja el alma cautiva
En los ojos de Amatilde.
A un corpulento frison
Los anchos lomos oprime,
Con paramentos de malla,
Y aun las riendas que le rigen.
Plumage azulado oscuro,
Que sacude si se engrie,
Y al fuerte batir del casco

Dirán que la tierra gime.
El mantenedor valiente,
Despues que el palenque mide,
Alta la visera, al rey
Con voz atrevida dice:
Rey Don Juan, si mis hazañas
Llegaron á estos confines,
Sabrás quien soy, y si no,
Tú y tus vasallos oidme.
Jaques de Lalaing me llamo,
De antigua prosapia insigne:
Que soy noble y borgoñon,
De mi empresa se colige.
Soy general de las armas,
Y del senado sublime
De Borgoña, y camarlengo
De su gran duque Felipe.
En mil justas y torneos
Logré victoria difícil,
Y á tu corte generosa
Por el lauro último vine.
Concédeme, pues, que en ella
Rete, emplace y desafie
A todos tus caballeros
De los que mas se distinguen.
Esto, en público pregon,
Con trompeta se repite:
Sordo rumor se difunde,
Mucho furor se reprime.
Iba el rey á responder:
Mas por la calle que sigue
Desde el Ochavo á San Pablo
Resonaron ministriles;
Y entre el vulgo que le cerca
Un caballero distinguen,
Que ansioso de pelear
Llega al palenque, y le admiten.
La lanza, asi como entró,

Pasó de la cuja al ristre:
Banderilla verdegay
Tremolan los aires libres.
El generoso caballo
Despunto los tamarices
Del Tajo en la verde orilla
Entre céspedes y mimbres.
Los ojos son de esmeralda,
El color de blanco cisne,
La cola joyante seda,
Y hasta el estribo las crines.
Entró tan galan el jóven,
Que sin poder reprimirse,
Los unos le vitorean,
Y los otros le bendicen.
Va un pagecito delante
Cuyos años no son quince,
De azul, amarillo y plata,
Color del dueño á quien sirve.
Lleva embrazado el escudo,
Y el peso apenas resiste,
Con siete cercos al canto
De acero bruñido y firme.
Todos del aventurero
Alta esperanza conciben,
Y sospechan que secreta
Licencia allí le encamine.
Él poniéndose delante
De los reyes, hace humilde
Arrodillar al caballo,
Y que la cabeza incline.
Las doncellas de la reina
Se alzaron en pie á aplaudirle,
Pero una el rojo clavel
Trocó en blancos albeliés.
Es fama que era la bella
De los Toledos, insignes
Condes de la casa de Alba,

Con mas encantos que Circe.
Amor descubrió un secreto
Que muchas riendo envidien,
En tanto que los padrinos
A entrambos el sol dividen.
Micer Jaques, borgoñon,
Gaillardo español, le dice,
Alegra vuestra presencia
De tal modo á quien os mire,
Que aun yo, con ser extrangero
Y enemigo que os compite,
Me prendo de ese valor;
Y si gustais de decirme
Quien sois, lo tendré á merced:
Pues sabiendo con quien lidie,
O vencido, ó vencedor,
Será mi suerte felice.
Noble frances, le responde
El español, tú me rindes
Antes con tu cortesía,
Que la dura lanza vibres.
Don Diego soy de Guzman,
De tan generosa estirpe,
Que no es mas ilustre aquella
Que en real dosel nos preside.
Micer que oyó que es Guzman,
Y los conoce, concibe
Gran recelo, el trance teme,
Cauto disimula, y dice:
Hermosísimo garzon,
Cuanto siento, no es creible,
El que exponiéndote asi,
Tan poco tu vida estimes.
Por conservarte á tu rey
Combatiré, y por servirte
Hasta la primera sangre;
Despues te dejaré libre.
Sentido Guzman, responde:

Todo tu esfuerzo apercibe
Hasta matarme ó morir,
Que asi en Castilla se riñe.
Y revolviendo las bridas
Hace al caballo que brinque,
Y con denuedo y braveza
Escaramuzando gire.
A media rienda galopa,
Le sosiega y le reprime:
Tomó gran parte del campo,
Y hace á Micer que le imite.
Don Juan de Guzman, de la alta
Medina Sidonia insigne
Primer duque, y de su casa
Escuderos y adalides,
Con los de su acostamiento,
La valla redonda ciñen,
Levando dobles corazas
Bajo ropas carmesíes.
Y en caso de rompimiento
Procuraron prevenirse:
Que un extrangero en España
Halla siempre quien le admire.
Mas ya el condestable avisa,
Y sonaron añafiles:
Los dos fuertes caballeros
Con ímpetu fiero embisten.
Temblaron ambos caballos,
Y ellos en la silla firmes:
Cerca don Diego á Micer
Y á lanzadas le persigue.
Pero viendo el borgoñon
Que en su caballo consiste
La desventaja, y Guzman
Tanto en el suyo confie,
Matarsele pretendió:
Sacó la lanza del ristre,
Que arrojada, al noble bruto

Hijo del viento, dirige.
Pero al ver el castellano
Venir el golpe terrible,
Revuelve el veloz caballo
Con prontitud de una tigre.
Y aunque á su salvo pudiera
Alcancearle y herirle;
Como hidalgo se portó,
Como Guzman y Ramirez.
Jaques quitó del arzon
La partesana que esgrime,
Y don Diego, á cuchilladas
Trabándose, le recibe.
El frances de un solo golpe
Quiso que la accion termine:
Alza los brazos en alto,
Guzman que le aguarda finge;
Pero picando al caballo
Que dé en vacío consigue,
Micer al suelo cayó
Mal asido de las crines.
Ya está el español á pie:
Entrambos á voces piden
Hachetas de desarmar,
Y escuderos se las sirven.
Faltó la esperanza en todos
Cuando notaron que riñe,
Tierno un castellano Adonis
Con un borgoñon Alcides.
Al golpe que da parece
Que Marte la espada vibre,
Despida Belona el asta,
Y Jove el rayo fulmine.
Mas Guzman, ejercitando
Velocidad increible,
Entra y sale, y no hay encuentro
En que el frances no peligre.
El fiero batir confuso

De los aceros que esgrimen,
Hace al mas templado peto
Que se quebrante y se trice.
Asi anduvieron gran pieza;
Pero ¿quién sabrá aplaudirte,
¡ O Guzman! en esta empresa,
Los hechos de armas que hiciste?
Avergonzado Lalaing
De que dura y no se rinde
El jóven, con ambos brazos
Y cuanta fuerza posible
Le fué, le descarga un golpe,
Que el eco sordo repite,
Haciéndole que un instante
Desatinado vacile;
Y en la despejada frente
Pequeña herida le imprime,
Con que el rostro matizó
Sangre del segundo Enrique.
Mas no la pisada sierpe
Allá en la bárbara sirte,
Ni leon que la saeta
Sintió en las anchas cervices,
Lanzando fuego los ojos
Y precipitado embiste
Por las puntas y los tiros
De fulminante salitre,
Como arremete el Guzman:
Da y hiere y tanto resisten
Las armas, que la segur
En pedazos se divide.
Tira el borgoñon la suya,
Nueva esperanza concibe,
Y entrambos los combatientes
Desiguales fuerzas miden.
La corpulenta estatura
Del de Lalaing se distingue,
Que sobre el campeon de España

La altiva cabeza engrie;
Pero si no hay en Castilla
Luchador que le compite,
¿De qué el cuerpo agigantado
Al mantenedor le sirve?
Los dos á brazo partido
Asiéndose con ardides,
El impulso de sus fuerzas
Hace que en círculo giren.
Saltan piezas de las armas,
Rompen las hebillas firmes,
Nube de polvo los cubre,
De sangre y sudor se tiñen.
Asi como dos montañas
De agua, que en el golfo triste
Noto y aquilon impelen,
Y hacen que se arremolinen,
Que gran tiempo combatiendo
Estremecen todo el linde:
Huyen al centro profundo
Tiburones y delfines,
Hasta que la menos fuerte
Llega al fin á sumergirse,
Y esotra los anchos mares
Corre, alborotando libre:
Asi combaten los dos;
Pero el de Castilla insigne,
Siente que el honor de España
En él entonces se cifre.
Y ardiendo en vergüenza noble
De heróico ardor se reviste:
Ase de nuevo al frances
Y en sus brazos le constriñe.
Y aferrándole la gola
Con ambas manos le oprime,
Haciendo que el fuerte pecho
Descoyuntado palpite.
Dentro del yelmo se escuchan

Roncos suspiros y tristes:
Cayó á tierra el gran coloso,
Dudando todos si aun vive.
Guzman, la rodilla al pecho,
Por si piedad no le pide,
Saca el brillante puñal,
Levanta el brazo invencible.
Pero Don Juan el Segundo
El cetro de oro que rije
Tiró airado, y diligentes
Los padrinos los dividen.
Buen rey, vuestra señoría
Perdone, el mancebo dice,
Que él es vano y afrentóme,
Yo soy Guzman, y vencíle.
El rey dió á Micer la ropa
Rozagante que se viste,
Y el vencedor medicinas,
Y un espléndido convite.
Sus deudos, al son marcial
De atabales y clarines,
Le acompañan y conducen
Al pie del trono sublime.
Turbado pregunta al rey,
Si habrá mas en que servirle;
Y él le respondió: Guzman,
Como quien eres cumpliste.

QUINTILLAS.

Fiestas de toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zayda amante,

Las ordena celebrar,
Por si le puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid.
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.

Aja de Jetafe vino
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llegó á asombrar á Madrid,
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fátima la preciosa
Hija de Ali el Alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zayda ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de viveros:

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia,
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil,
Despues con Hamete cierra,
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz

Hecho un lazo por airon,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia;
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara,
El circo desocupando;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir :
La plebe grita indignada :
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la vega,
Hincó la rodilla, y dijo :

Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesó á Aliatar;
Pero Zayda dió respuesta
Diciendo que puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado alto color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube;
Cual mirarse tal vez deja

Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follages,
De una cristiana primores,
Por los visos y celages
En el yelmo los plumages
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion
O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazan.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña erguida;
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis con tal fruto
Pudo fingir el deseo,
Mas bella estampa de bruto,
Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor,
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
Aláh te salve, decian,
Déte el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y asi le dice, y suspira:

Señora, sueños no son:
Asi los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,

Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vibar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es,
La Zayda desde una almena

Le habló una noche cortes :
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena :

Y supo, que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca :
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido :
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
Y sus doncellas detras :
El alcaide que lo ve,
Enfurecido ademas,
Muestra cuan zeloso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid :
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara ; y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate cruel :
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió,
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atras:
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zayda el rostro alterado

Claramente conociera,
Cuanto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamas peñasco tremendo
Del Caucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama, asi, fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante
Al estrépito tronante
De sonora tempestad:

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota, con gran pujanza,
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo como estaba,
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zayda, diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid,
Que á mí me basta saber,
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada: Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneándose fué;

Y en ronca voz: Castellano,
Le dice, con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
El valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

Asi, dijo el de Vibar,
Respondo, y la lanza al ristre

Pone y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia;
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos,
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo cómo tardó
Se acerca, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zayda á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando,
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada,
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

CANCION.

A Pedro Romero, torero insigne.

Cítara áurea de Apolo á quien los Dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡oh sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes:
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada,
Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría,
Y aplauso cortesano triunfante
Que se escucha distante
En el sangriento coso matritense,
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la fama canta.

Otras quiere adquirir, y asi de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Allí se asoma
Todo el reino de Amor, y la hermosura
Que á Vénus desfigura,
Y no hay humano pecho que no doma,
(Baldon de Grecia y Roma)
Y en opulencia y aparato hesperio
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra,
Corte de tanto imperio,
Del mayor soberano de la tierra.

Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Se va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquíles.
Va ufano al espantoso desafío:
¡Con cuanto señorío!
¡Qué ademan varonil, qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.

No se miró Jason tan fieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente,
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, á un númen semejante;
Solo con débil, aparente escudo
Que dar mas temor pudo.
El pie siniestro y mano estan delante;
Ofrécesle arrogante
Tu corazon que hiera, el diestro brazo
Tirado atras con alta gallardía;
Deslumbra hasta el recazo
La espada, que Mavorte envidiaria.

Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados,
Del atónito vulgo silencioso.
Das á las tiernas damas mil cuidados,

Y envidia á sus amantes.
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el silbido
A tí corre veloz, ardiendo en ira,
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
Como el toro de Fálaris ardiente;
Hácese atras, resopla, cabecea,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea.

Tu anciano padre, el gladiator íbero
Que á Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado:
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis y el ligero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre que el famoso
Nombre y valor en tí ve renovarse;
No puede serenarse,
Hasta que mira al golpe poderoso,
El bruto impetuoso
Muerto á tus pies, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.

¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu accion vocifera?
Si el precio de tus méritos pregona
La envidia, con adorno á la extrangera,
Que dice: en el extenso
Mundo, ¿cuál rey, que ciña la corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,

(Como el dueño feliz de las Españas)
Hacer tales hazañas?
¿Cuál vencerán a indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegría?
¡Oh! no conozca España que varones
Tan invencibles cria.
Rogádselo á los cielos, ¡oh naciones!

Y tú, por quien Vandalia nombre toma
Cual la aquiva Corinto,
(Ni tal vió el circo máximo de Roma)
Si algo ofrece á mi verso el Dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora, pulsando el plectro de oro;
La patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

ODA.

El sueño.

Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa,
Entre zarzales
Y peñascales
De humilde arroyo,
Que en sus honduras
Suena aguas puras,
Y coge el Arlas
Para llevarlas
Al rico Tajo,
Que está allá abajo.
La gruta enfrian
Los cefirillos,
Que entre tomillos
Vagan soplando.
Muy trasparente,
Cuasi á la entrada,
De agua filtrada,
(La cual resuda
La peña ruda)
Poza ha formado
El destilado
Humor deshecho,
Que desde el techo,
Cayendo grato
De rato en rato,
Forma sonido
Blando al oido,
Y hace pompillas
En las orillas.

A guarecerme
De ardiente siesta
Niño y cobarde
Llegué una tarde,
De angustia lleno
Y acalorado.
Llevé en el seno
Diversas flores
Que dan olores,
Y recostado
Con pueril ceño,
Süave sueño
Me dejó en calma
La débil alma:
Las florecitas
De las manitas
Se me cayeron.

Luego vinieron,
Trayendo corvas
Largas torbas,
Las nueve hermanas
Niñas lozanas,
Muy amorosas.
Rojos claveles,
Lirios y rosas
Forman caireles
Al pelo de oro,
Que con decoro
Esconde á trechos
Los albos pechos
Como la nieve.
Arrullo leve
De la que alterna
Tórtola tierna
Oigo, y suspiro;
Y en sueños miro
Que las doncellas
De flores bellas
Me dan corona,
Y de Helicona
Y aonia fuente
Bañan mi frente.
Erato hermosa,
Que á Vénus canta
Con gracia tanta,
La dulce boca
Une á la mia,
Y allí imprimia
Ardiente beso,
Con muy travieso
Abrazo junto.

Desde aquel punto
Quedé inflamado
Y enamorado
Süavemente.
Iras y horrores
Del fiero Marte
Vayan á parte;
Solo la risa
De mi Dorisa,
Y el cerco ondoso
De oro precioso
Que orna su frente,
Y la hermosura
Celeste y pura,
Que absorto admira
El universo,
Canta mi verso,
Suena mi lira.

SONETO.

Amor constante.

Dos veces ví la hermosa primavera,
De rosas y jazmines coronada,
Que le hicieron cantando á la alborada
Mil avecillas, salva placentera:

Dos veces ví las mieses en la era,
Y al padre otoño la cabeza ornada
De pámpanos alegres, y la helada
Bruma dos veces empañó la esfera:

Despues, Dorisa, que tus ojos bellos
Dieron al triste corazon cuidado
Y redes me tejieron tus cabellos.

El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
No tus rigores, que amedrenta el vellos...
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

EPIGRAMA.

Saber sin estudiar.

Admiróse un portugues
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar frances:

Arte diabólica es,
Dijo, torciendo el mostacho;
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo, y lo habla mal;
Y aquí lo parla un muchacho.

CANTO ÉPICO.

Las naves de Cortés destruidas.

Canto el valor del capitan hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones:
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones:
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno:
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Díctame, Musa, cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impenso al bárbaro sangriento;
Y como á Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde;
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde:

Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y pláyas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
Apenas por su dueño sujetado
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linage; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;
Y Dávila, soberbio en genio extraño,
Fatiga los hijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas:
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atras la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
Y indicando cuan poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa: en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante:
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡O insigne Lariz! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas:
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El Ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimia,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela:
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.

Un leon rojo por blason ponia
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él que descendia
De los leones de la casa de Arcos:
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho,

Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho:
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno jóven rubicundo,
Que él cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo-Mundo:
El mirar de un Adonis amoroso;
Y, uniendo á lo galan lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniquíes,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alamares de rubíes:
Cadena de labor muy extremada,
Y mangas de almaizares tunecíes,
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes:
Y en caballo negro poderoso
Villarroël con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Sus hechos, y las armas radiantes
Con que ¡o diestro Dominguez! tú reluces
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada,
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,

De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Cupido con arpon americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarlo pudo:
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo,
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendia:
El paso adelantó determinada
Hácia el casto Aguilar que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su señor la reverencia;

Y inquieta dice: « ¡o noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Dí, acaba: » y Aguilar se sonreia
De ella, y con la alta permision decia:

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y así á la guerra viene:
Mírale cuan robusto y corpulento,
Como cruje la lanza y la sostiene

Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima: aquel otro García;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica harmonía,
Que estar mas que la Tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas:
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina
Son aquellos que ves: aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo:
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el frances en Italia le temia,
Cuando el Gran Capitan le vió á su lado:
Farfan es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Le va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletes llenos de osadía,
Es Mesa el montañes, que sin cuidados
Él maneja un cañon de artillería:
Usagre y Catalan van á sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo;
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ¡o Cacica! permítesme el decillo:
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El mas niño de todos los soldados:
Por su doncel al general servia,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fué bramando:
Atruena la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Rangel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡ Divina Clio,
Tu alto influjo mi espíritu levante!

¿ Quién jamas tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡ Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡ O qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡ O cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Pegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente
Con plumages y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Músicas forman, guarnecidas de oro
Templadas piezas, al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:

Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un leon rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebatida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultrage
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipage:
De ormesí recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendage,
De bronces entallados la estribera,
Záfiros y balages la testera.

El soberbio animal la clin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende,
Y indómito y ufano se pompea:
En cuanto ¡o Betis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre asi los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademan y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡ O fuertes campeones!
¿ Cuál órgano mortal será bastante

A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio.
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuanto la ensalza vuestro heróico brio:
¿Quién serán los audaces mensageros,
Que el mar salado por el norte frio
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla:

Y al rey don Cárlos, al monarca hispano
Refieran esta accion tan señalada,
Y como tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, como el monstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heróicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos:

Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalva siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista?
El poder de los indios formidable,
La arrogancia increible por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?

Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los pies del Rey Católico sagrados :
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cinpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos totonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso Motezuma,
A quien su inmensa Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas y anhelantes
Corazones y entrañas palpitantes.

Dijo : y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja ;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja :
Y al mar cubriendo su cerúleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa
Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,
Lleno de carmesí plumagería,
Con flecos en el verde mosquitero
Montejo estaba audaz con ufanía :
Y volviendo al galan Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguia,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado :

Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,

No ya por las delicias de mi tierra
Esta abandono en tan urgente dia :
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente,
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Vararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas :
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Ondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.

Estremecióse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida ;
Y dice : La nobleza de que gozo
Sabes bien : ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte deje
En las dificultosas ocasiones ?
Contigo muera y no de tí me aleje.
Dijo, y se derribó de los arzones :
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados :
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados :

Del mensage difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.

Entonces de contento alborozado
Torres el veterano exclama : ¡ oh cielo !
Y ¡ oh deidad ! que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo.
No está el brio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Asi diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba :
Muestra el cabello bajo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba :
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos y sus rostros lava,
Palpándoles con amorosas muestras
Los fuertes pechos, y robustas diestras :

Y ¡ o mancebos fortísimos ! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi última edad sacrificarla quiero :
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
Él quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
A Malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina : á Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada :
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdelí, rey de Granada,

Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegríes y Gomeles.

Abrázanlos esotros capitanes
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envia
Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos ínclitos guerreros
Con ansia de la fama presurosos:
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilbilitanos capacetes
Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando:
Al canal de Bahama y su bajío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.

Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales;
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales,
Que larga edad se estan allí temiendo
Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del ocaso y de la aurora :
El príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente :

¿ Con qué no solo habeis de ser vencidos
Del alto arcángel que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino ¡ qué horror ! de humana criatura ?
¡ O espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al Hacedor ! ¿ temeis su hechura ?
¿ Sufrireis con ultraje y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio ?

¡ Mas ay ! que ese mancebo el mismo dia
Que nacer vimos al sajon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero :
Visteis con cuan escasa compañía
Mísero, fugitivo y comunero
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo :
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del Hijo de Dios vivo,
A esa muger, que lo es aunque divina,
Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo
De la española intrépida osadía :

Ella al indio cruel dió espanto y miedo :
Porque sin ella España ¿qué seria?
Ya miro que la fé de Recaredo
Alumbró los antípodas del dia,
Y el sacerdote, asombro allí no visto,
Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el Hosanna
Con tal seguridad, cual si allí fuera
La basílica insigne toledana:
Y présaga la mente verdadera
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su rey y religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.

¡Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado á Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma :
¡Tremendo Dios! ¡Tanto favor á sola
La soberbia fierísima española!

Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros; cuando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furores :
La grande empresa excite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.

Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchando el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega
Arda en tumulto el pueblo de Belona.

Dijo : y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion : gimió Gorgona :
Silban y braman monstruos diferentes
De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo oscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante :
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélago sonante
Los lleva el viento, hondean ya las garras
En las banderas del leon rapante :
El rumbo anhelan de españolas barras,
Y á lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, y izan presurosos
Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viage gritan desde tierra :
Los tósigos de Averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra
Grado con los Peñates atrevidos
Mal en el pecho su furor encierra :
Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

Y ¿hasta cuándo, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? ¿y hasta cuándo
Creereis la temeraria altanería
De ese imprudente á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando

Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le den no lograremos.

Ya sé que el Macedon, sé que el Romano
Venció batallas é infinitas gentes:
Mas ¿ qué ejército impulso dió á su mano?
¿ Y qué preparativos diferentes?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes:
Mas, ¿ qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos
Volcais cual la segur en la montaña,
Y que su antara y caracoles roncos
Ni á la venganza incita ni á la hazaña:
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña
Que cual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas, ¿ cómo negará la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿ Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?

Y cuando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armára,
¿ Cuánta ventaja lleva la fiereza
Del indio montaraz y astucia rara?
¿ Quién ignora el ejército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡ Ay cuánto afan y muerte nos espera!
¡ Y cuán pocos á España volveremos!
Ya experimentareis el alma fiera
De Cuauhtemuch su furia y sus extremos:
De Miscuac que un caiman trae por cimera
Tarde el ímpetu audaz conoceremos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo ví á Theutile y Pilpatoc severo
Como volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés: sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el extender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del monarca español la tierra ó presa,
Disculparán tan temeraria empresa.

¡ O locura! Los moros africanos,
Ricos vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas, y lejanos
Venimos á vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo ¡ o famosos castellanos!
Mil reinos les tomáramos potentes,
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costára el conquistarlos.

¿ No es afrenta del pueblo bautizado
Que esté en prisiones la sagrada Helía,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el túmulo del dia?
Allá sí que católico soldado
Con fé valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalen, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia,

Pues no es razon de la lealtad de España
Que asi se abuse en tanta contingencia.
Ciega esperanza al corazon engaña,
Pero sepa enmendarlo la prudencia :
Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracan desenfrenado :
Tiembla el panteon, la altísima capilla
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba
Y el pórtico magnífico retumba ;

Asi la zuiza militar en tierra,
Y á bordo la marítima saloma :
Se escucha con motin y civil guerra,
Y oculta rebelion al rostro asoma.
Cortés en cuyo corazon se encierra
Valor, á quien ningun peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heróicos, les decia :

¿ Qué es esto, generosos españoles ?
¿ Qué es de vuestro valor ? ¿ qué estoy oyendo ?
¿ Vosotros sois de la milicia soles ?
¿ A vuestro brazo el orbe está temiendo ?
¿ Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo :
Con que osasteis lo mas con alma presta ;
O despreciais lo poco que nos resta ?

Pues no lo desprecieis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia :
¿ El riesgo apeteceis de las campañas ?
¡ Qué propio en la española valentía !

Ya me dareis albricias por extrañas
Empresas que hollará vuestra osadía :
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada :
¿ Dónde está, dónde, aquel soldado mio
Que á Maila dividió su ardiente espada ?
¿ O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero :
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero :
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba en vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson y instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia;

Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota :
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso :
Y dice : auxilios débiles humanos
No den favor al corazon medroso :

O venza ó muera, su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atras con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rápida crujía
La banderilla, y silba reguilando:
Y á la nao capitana, á quien mecia
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso internas
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconage, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De la alta accion, con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados:
El fiero Herman Cortés con vista airada
Terror infunde, y á los alterados
Que en la conjuracion mostráran brio,
Hace dar al través con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacia
Alvarez Chico: Yañez arrebata
Una hacha de armas, la carlinga heria
Dando al golfo su golpe entrada grata:
Gines en el bajel que conducia,
Cual si fuera enemigo, desbarata
Toda la eslora, á cuyos roncos sones
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empavesado
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante.
Y Arvenga el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van asi los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitran mil hachones, y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa
Y el betun y fortísimos tablones,
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones;
Extiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece asi el bellísimo navío
Del hermoso Saucedo embanderado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el rio
De flámulas y jarcias adornado:
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que condujo á Dávila violento,
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian
De tanta armada trozos solamente

Medio quemados: popas se veian
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundian,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silbando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita el Ponto rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo:

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió hácia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El aire en luz purísima vistiendo,
Cual descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante hácia poniente
Trae mil colores con el sol en frente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
Dice: Ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas:
Sigo pronto tu anuncio y mi destino;
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino
Hasta ensalzar en vez del Dios horrendo
La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña,
Ya resuena el clarin y cajas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña,
Marcha el campo español: ya no hay sosiego:

Equilíbrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las musas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el leon de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos;

Heróico Hernan Cortés, será cantada
Tu accion por cuantos doblan la rodilla
Al monarca español, que en fé acendrada
El orbe que ganaste se le humilla:
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
Y alta materia al rudo canto mio.

NOTICIA DE D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

Nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre gefe de guardajoyas de la reina Doña Isabel Farnesio, la cual muerto su esposo Felipe V, se retiró al sitio de S. Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instruccion, y como desde muy niño hubiese manifestado un talento en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofía al colegio de jesuitas de Calatayud. Pasó despues á Valladolid á estudiar leyes; alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos: arrebatado de una inclinacion vehemente, que le hacia preferible aquella distraccion á cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes, volvió á S. Ildefonso, en donde se casó muy á gusto de sus padres y de la reina, que inmediatamente le nombró Ayuda de su guardajoyas. Cesado el retiro de la reina á la muerte de Fernando VI vino Moratin con ella á Madrid su patria. Aquí se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos y artistas de aquel tiempo, por su talento para la poesía, por su gusto y conocimientos en humanidades, y por su celo ardiente en combatir todos los errores y abusos que afeaban entonces la bella literatura castellana. Empezó su reinado Cárlos III: adquirió la nacion nuevo espíritu, deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado, y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un soberano interesado en estimularla. Un ingenio tan vivo y tan apasionado á fomentar los progresos y la gloria literaria de su nacion como el de Moratin, no pudo menos de cooperar á esto con todos sus esfuerzos. Dirigió sus primeros pasos á la reforma del teatro nacional, al cual procuraba dar mayor arreglo y decoro; así fueron los primeros ensayos que publicó, la comedia de la *Petimetra* y la tragedia de *Lucrecia*, sujetas, es verdad, á todo el rigor del arte, mas escasas de tino en la eleccion, y de acierto en el desempeño, las que sin embargo nunca llegaron á representarse; así impugnó con éxito las extravagancias de los autos sacramentales, pues á sus tres discursos que intituló: *Desengaños al teatro español*, se debió la supresion que hizo el gobierno de estos espectáculos. Dadas ya estas prendas y conocidas sus opiniones literarias, bien merecia

tener enemigos; al paso que se hacia estimable entre los sugetos mas doctos, tanto nacionales, como extrangeros. La academia de los Arcades de Roma le recibió en el número de sus individuos, dándole el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*. El marques de Ossun, embajador de Francia en Madrid, le trató con la franqueza mas cordial, y le facilitó correspondencia con algunos de los mas distinguidos sabios franceses del tiempo de Luis XV. Napoli Signorelli, Bernascone, Conti, Bordoni, don Eugenio de Llaguno, don José Clavijo y Fajardo, don José Cadalso y otros señalados literatos, asi italianos como españoles, apetecieron su amistad, y le proporcionaron fácil consuelo en los disgustos que sus enemigos procuraban darle. Asi Moratin, en vez de perder el tiempo con contestaciones interminables, aplicó su atencion á reunir algunas poesías sueltas que tenia escritas y las dió á la prensa en forma de periódico, que intituló: *El Poeta*. Poco despues concluyó y publicó su poema didáctico de *la Diana*, ó arte de la caza, en el cual manifestó cuanto podia esperarse de su pluma desplegando admirablemente su habilidad descriptiva [1].

Las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algun tiempo el progreso de las letras; mas se remedió en parte el mal de este atraso por el nombramiento del conde de Aranda para presidente del consejo y capitan general de Castilla la Nueva. No ignoraba aquel insigne político cuan grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion: advertia el estado de abandono en que se hallaba el español, y solicitaba que Moratin, en el ocio que le permitia la muerte de la reina madre, ocurrida en aquel tiempo, se dedicara á componer algunas obras dramáticas. Fruto fué de esta solicitacion la tragedia de *la Hormesinda*, la mejor de las tres que compuso Moratin y la única de ellas representada (por primera vez en el año de 1770). A este esfuerzo de Moratin se debieron las tragedias originales, que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. Publicado por entonces el concurso para la cátedra de poética en los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de colegio imperial, Moratin fué uno de los opositores, y solo don Ignacio Lopez de Ayala, conocido tambien como poeta dramático por su tragedia de *Numancia destruida*, pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura, que consideraba á los dos como los mas sobresalientes. Pero Moratin conociendo el mérito y la proteccion de que gozaba su rival, y desdeñando de recurrir á empeños para lograr la ventaja, no practicó diligencia alguna para obtener la cátedra. En efecto, Ayala la obtuvo, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

[1] Véase la docta y fina crítica de aquel poema y de las obras dramáticas de Moratin en: las Obras literarias de don *Francisco Martinez de la Rosa*. (Paris 1827, 8. Tomo II, pág. 29 y sig. — pág. 248 y sig. — pág. 505.)

Asi la consideracion de esta incapacidad suya de saber llevar adelante sus pretensiones con adular los grandes, festejar á sus favoritas y hacer corte á sus privados, le retrajo siempre á Moratin de entablarlas, y á pesar de la estimacion que debió á muchos sugetos de grande autoridad é influjo, nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente : nada les pidió, y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa, la educacion de un hijo (que ha dado con sus talentos y con sus escritos un lustre todavía mas grande á su nombre) todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fué menester para recibirse de abogado en el colegio de Madrid, como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto, que no era aquella la carrera que debió seguir. Pues su hombría de bien y rectitud no podian acordarse con los artificios legales que han hallado la malicia y el interes, para que los pleitos se eternicen, ni su conciencia y sinceridad le dejaban enriquecerse á costa de la justicia y la verdad.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacía, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion, en componer algunas obras líricas; sujetándolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos : lo cual dió principio á una especie de academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época : es á saber, la ya mencionada tertulia literaria en la antigua fonda de San Sebastian.

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fué amenorándose por la ausencia forzosa de algunos de ellos. Asi Ayala tuvo que retirarse á Grazalema su patria, para aliviar sus dolencias habituales. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra. Nombrado, pues, Moratin sustituto de la clase de poética, con una parte de su dotacion, halló en si mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Abandonó la rijosa Témis, y trató de enseñar á sus discípulos el camino mas florido al templo de Apolo.

El estudio de su lengua nativa le mereció á Moratin tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella, y á este conocimiento debió la abundancia que hallaba de frases y giros poéticos, y aquella facilidad que se adquiere tan difícilmente.

Prueba fué de su maravillosa afluencia una comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775, y la cual dictó á un escribiente en seis horas repartidas en tres noches. Prueba dió aun mas grande de su

extraordinaria habilidad alternando una noche, á impulsos del duque de Medina Sidonia, con Talasei, célebre poeta repentista italiano, en componer versos de repente. Por entonces concluyó tambien su tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco despues, y dedicada á su especial favorecedor el duque de Medina Sidonia. En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasía de un gran poeta no impide la adquisicion de conocimientos en verdad meramente útiles y menos atractivos, pero necesarios á la buena administracion pública.

Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un cuaderno de adiciones, dirigido todo á la sociedad económica de Madrid, dió bien á entender cuanto le interesaba la felicidad de su nacion, y cuan particular estudio habia hecho de la legislacion y del carácter nacional. Nombrado pues individuo de aquel cuerpo asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas (en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud) y desempeñaba los informes que se le pedian, y los encargos que se fiaban á su actividad y conocimientos, con laboriosidad, teson y diligencia. Esta fué la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto, ni en la Academia Española, ni en la de la historia, á la cuales parece que debió conducirle naturalmente su mérito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiéndoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia.

Es de suponer que con esta esquivez tendria poca seguridad de obtener el premio ofrecido por la Academia Española, en el año de 1777, al que mejor desempeñara en un canto heróico el elogio de Cortés, cuando hizo quemar las naves en Vera-Cruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tiene tan pocos ejemplos en la historia. Escribió efectivamente un canto en octavas, que intituló: *Las Naves de Cortés*, le remitió á la Academia, y esta no halló en aquella composicion mérito bastante, ni para el premio, ni para el *accessit*. Premió y publicó únicamente la de don José Vaca de Guzman: sin embargo la de Moratin ha quedado en la opinion general no solo como un escrito muy superior al poema premiado, sino como la mejor obra de su autor [1].

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo épico, no quiso Moratin aspirar de nuevo á los premios que la misma Academia propuso despues; y pensó en ocupar las horas que le quedaban libres, en elegir

[1] Publicó este poema por primera vez despues de la muerte del autor, su célebre hijo en el año de 1785, y le ilustró con varias reflexiones críticas. El mismo le dió á luz otra vez incluyéndole en la edicion de las obras póstumas de su padre que publicó en Barcelona en 1824, pero con correcciones y alteraciones consi-

de sus obras impresas y manuscritas las que mereciesen correccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas, y publicarlas. Este asunto, atenciones domésticas, encargos de la sociedad económica, la enseñanza de sus discípulos y la correspondencia literaria con sus amigos ausentes ocuparon á Moratin en los últimos años de su vida. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria y allí atendia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Allí encontraba la independencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazon; y en alguno de aquellos pueblos premeditaba establecerse en adelante; pero no le fué posible verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde agravándose los achaques de que adolecia, falleció el dia once de mayo de 1780, á los cuarenta y dos años de su edad.

Ya hemos mencionado, que don Leandro, el célebre hijo de Moratin, dió á luz en Barcelona en 1821 la coleccion de las obras líricas con algunos trozos entresacados de las didácticas y dramáticas de su padre, conforme en todo al manuscrito corregido y firmado por el autor pocos meses antes de morir, acompañándola con una muy apreciable noticia de su vida (de la cual el presente bosquejo es un extracto). Esta edicion fué reproducida fielmente en Londres en el año de 1825.

De sus obras prosáicas, á mas de las ya citadas, citaremos aun su: *Carta histórica sobre el orígen y progresos de las fiestas de toros en España*, impresa por primera vez en Madrid en 1777. Pero muchas de sus obras en prosa y su importante correspondencia literaria desaparecieron en la dispersion y saqueos judiciales que han padecido en el tiempo de la restauracion los libros y papeles de aquel literato.

Moratin, nacido verdadero poeta, se ensayó casi en todos los ramos del arte que cultivaba con tanto anhelo y actividad, dando en los mas de ellos muestras de ingenio y de destreza. Pero el género en que mas se señalaba es el lírico, y especialmente el lírico heróico, pues la naturaleza le habia dotado de una imaginacion mas grande y robusta que amena y delicada, y su ingenio se inclinaba mas á lo fuerte que á lo apacible. Así es que en sus romances, en la oda pindárica al insigne torero Pedro Romero, y sobre todo en su ensayo épico sobre la destruccion de las naves de Cortés, brillan la valentía de su númen, la fuerza y originalidad de su fantasía, el calor y arrebatamiento de su estilo y la pompa y riqueza de

derables que, aunque han mejorado algun tanto la elegancia del estilo y la estructura de los versos, tambien han alterado frecuentemente el carácter original de la composicion, pues no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo. Por esta razon el célebre *Quintana* ha reimpreso, en su excelente coleccion, aquel poema conforme en todo á la primera edicion de 1785, cuyo ejemplo nosotros hemos seguido.

su lenguaje. Tambien es de admirar en aquellas producciones el acierto con que imitaba la poesía popular y los mas eminentes poetas antiguos de su nacion, y el prolijo estudio que hacia de las tradiciones históricas, de las costumbres y antigüedades de su patria. Tuvo para ello, ademas de este motivo puramente literario, otro muy poderoso en el ardiente amor á su pais, que era la prenda moral mas sobresaliente en él. «Jamas, dice *Quintana*, se pintaron con mas amor ni efusion las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo; y Madrid, sus contornos, sus calles, sus teatros, su circo, sus mugeres, sus concursos y funciones, toman en la fantasía de Moratin unas formas grandes, elegantes y poéticas, que se manifiestan frecuentemente con rasgos breves y expresivos, generalmente los mas felices de su estilo, y descubren que aquel noble y bello sentimiento era un númen que le inspiraba.»

Es lástima, que aun sus mejores composiciones se resienten de incuria y desaliño, y que es tan desigual á sí mismo: imperfecciones que él mismo habria corregido, si su temprana muerte no hubiese impedido el dar la última mano á sus obras.

POESIAS

DE

D. JOSÉ DE CADALSO.

Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse á la Poesía, y la calidad de los asuntos que tratará en sus versos.

Caro lector, cualquiera que tú seas
Que estos mis ocios juveniles veas,
No piensas encontrar en su lectura
La magestad, la fuerza, la dulzura,
Que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope y Quevedo,
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.
Sé que el mortal á quien benigno el hado
La morada de Pindo ha destinado,
Halla en su cuna la sagrada rama,
Con que se sube al templo de la Fama.
Tanta dicha á los cielos no he debido;
Bajo tan fausto signo no he nacido.
En falsas córtes, y en malicia fiera
De mi vida pasé la primavera;
Jamas compuse versos hasta el dia
Que me dejó la estrella mas impía
A mi pena y rigor abandonado,
Objeto débil del rigor del hado;
Y con amor y ausencia, mal mas fuerte,
Que cuantos he nombrado, y que la muerte.
Entonces, por remedio en mi tristeza,
De Ovidio y Garcilaso la terneza

Leí mil veces; y otros tantos gozos
Templaron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato
Que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
Sentado al pie de un álamo frondoso
En la orilla feliz del Ebro undoso,
¡ Cuántas horas pasé con los sentidos
En tan sabrosos metros embebidos!
¡ Ay! cómo conocí que en su lectura
Derramaban los cielos mas dulzura,
Que en el divino néctar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertia;
Y mis males yo mismo celebraba,
Por la delicia que en su cura hallaba.
Asi como se alienta el peregrino,
Cuando encuentra con otro en el camino,
Y con gusto el piloto al mar se entrega,
Si otro con él el mismo mar navega;
Como se alivia el llanto, si un amigo
De nuestras desventuras es testigo:
Asi los tristes versos que leia
Templaban mi fatal melancolía,
Hasta que en ellos me dispuso el cielo
De todo mi dolor total consuelo;
Asi mi alma al Pindo agradecida
Cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso
Llegué á la sacra falda del Parnaso;
Y como en sueños ví que me llamaban
Desde la sacra cumbre, y me alentaban
Ovidio y Taso, á cuyo docto influjo
Mi númen estos versos me produjo;
Todos de risa son, gustos y amores:
No tocaré materias superiores:
De los supremos dïoses y reyes
La oscura voz y las secretas leyes,
Los arcanos, enigmas y misterios
No digo con osados versos serios,

Antes con mas sencillo y bajo tono
Celebro la cabaña, y dejo el trono.
Ya canto de pastoras y pastores
Las fiestas, el trabajo y los amores;
Ya de un jardin que su fragancia envia
Escribo la labor y simetría;
Ya del campo el trabajo provechoso,
Y el modo de que el toro mas furioso
Sujete al yugo la cerviz altiva,
Y al hombre débil obediente viva;
Ya canto de la abeja y su gobierno,
Y el dulce tono del jilguero tierno.
No mido con inútil osadía
Cuanto anda el astro que preside al dia,
Ni celebro vilmente á los varones
Funestos á la paz de las naciones,
Matar los hijos, degollar las madres,
Violar las hijas, afrentar los padres.
Lleven al hombre al templo de la gloria
Al toque del clarin de la victoria;
Pero jamas con versos inhumanos
Héroes he de llamar á los tiranos.
¿Y dí, lector, acaso nos importa
(Pues la vida es tan frágil y tan corta)
Que Febo dé su vuelta concertada,
Siendo la tierra la que está parada;
O que parado el sol, la tierra suelta
Al rededor de Febo dé la vuelta?
¿Ni que el piloto audaz y codicioso
Busque nuevos caminos al ansioso
Navío; y que dispute, si es posible
Hallarlos por el paso inaccesible
Hácia el norte del Asia no cursado;
O si es mejor el paso acostumbrado
Por donde los gigantes Patagones
Admiran los castillos y leones
En las popas de naves españolas,
Cuando surcan aquellas bravas olas?

No leas con temor. Ni voz, ni idea
Verás en mí que indecorosa sea:
Ni ofenderé al pudor mas recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
El labio virginal, sin que ofendidos
Deje mi blando númen sus oidos.

Sobre ser la Poesía un estudio frivolo, y convenirme aplicarme á otros mas serios.

Llegóse á mí con el semblante adusto,
Con estirada ceja y cuello erguido
(Capaz de dar un peligroso susto
Al tierno pecho del rapaz Cupido)
Un animal de los que llaman sabios,
Y de este modo abrió sus secos labios:

No cantes mas de amor. Desde este dia
Has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplícate á la gran filosofía;
Sea tu libro el corazon del hombre.
Fuése, dejando mi alma sorprendida
De la llegada, arenga y despedida.

A Dios, Fílis, á Dios. No mas amores,
No mas requiebros, gustos y dulzuras:
No mas decirte halagos, darte flores:
No mas mezclar los zelos con ternuras:
No mas cantar por monte, selva ó prado
Tu dulce nombre al eco enamorado.

No mas llevarte flores escogidas,
Ni de mis palomitas los hijuelos,
Ni leche de mis vacas mas queridas,
Ni pedirte, ni darte ya mas zelos;
Ni mas jurarte mi constancia pura,
Por Vénus, por mi fé, por tu hermosura.

No mas pedirte que tu blanca diestra
En mi sombrero ponga el fino lazo,
Que en sus colores tu firmeza muestra,
Que allí lo colocó tu airoso brazo;
No mas entre los dos un albedrío,
Tuyo mi corazon, el tuyo mio.

Filósofo he de ser; y tú, que oiste
Mis versos amorosos algun dia,
Oye sentencias con estilo triste,
O lúgubres acentos, Fílis mia.
Y dí si aquel que requebrarte sabe,
Sabe tambien hablar en tono grave.

ANACREONTICAS.

I.

Al pintor que me ha de retratar.

Discípulo de Apéles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro,
No me pongas ceñudo
Con iracundos ojos,
En la diestra el estoque
De Toledo famoso;
Y en la siniestra el freno
De algun bélico monstruo,
Ardiente como el rayo,
Ligero como el soplo:
Ni en el pecho la insignia
Que en los siglos gloriosos,
Alentaba á los nuestros,
Aterraba á los moros:
Ni cubras este cuerpo
Con militar adorno,
Metal de nuestras Indias,
Color azul y rojo,
Ni tampoco me pongas
Con vanidad de docto
Entre libros y planos,
Entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
Para los nobles locos
Que honores solicitan
En los siglos remotos.
A mí, que solo aspiro
A vivir con reposo
De nuestra frágil vida
Estos instantes cortos,
La quietud de mi pecho
Representa en mi rostro;
La alegría en la frente,
En mis labios el gozo.

Cíñeme la cabeza
Con tomillo oloroso,
Con amoroso mirto,
Con pámpano beodo.
El cabello esparcido
Cubriéndome los hombros,
Y descubierto al aire
El pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
Muy grande, y lleno todo
De jerezano néctar,
O de manchego mosto;
En la siniestra un tirso,
Que es bacanal adorno,
Y en postura de baile
El cuerpo chico y gordo:
O bien junto á mi Fílis,
Con semblante amoroso,
Y en cadenas floridas
Prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
De este sencillo modo,
Y no de otra manera
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro.

II.

Díme, díme, muchacho,
Cuántas veces te he dicho,
Que me des de lo añejo
Cuando te pida vino.
Anoche, en vez de darme
Del viejo bueno tinto,
Me diste malo y nuevo,
Y pagué tu descuido.
Apenas me llenaste
Doce veces el vidrio,
Con que suelo contento
Brindar á mis amigos,
Cuando caí de espaldas
Perdidos los sentidos,
Haciendo de mí mofa
Las chicas y los chicos:
Y sin duda quedara
En el suelo tendido,
A no tocarme Febo
Con sus rayos divinos,
Cuando de su carrera
Llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo,
A ver si con su brio,
Y la luna, que sale,
Me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
Muchacho, te permito,
Que en adelante traigas,
Cuando yo pida vino,
Del nuevo, ó bien del viejo,
Del blanco, ó bien del tinto.

III.

Pues Baco me ha nombrado
Virey de dos provincias,
Que de todo su imperio
Son las que mas estima:
Pues ya siguen las leyes
Que mis labios les dicta

De Jerez los majuelos,
De Málaga las viñas,
Cobremos los tributos
De las uvas mas ricas,
Y mis alegres sienes
Con pámpanos se ciñan.
Y salgan en mi obsequio
Las cubas mas antiguas;
Y que vengan bien llenas,
Y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
Al son de las botijas,
De jarros y toneles,
Con sus voces festivas
Zagales y zagalas
De toda Andalucía,
Y cuantos asistieron
A la última vendimia,
Digan viva el virey,
Que Baco les envia;
Y si acaso á su canto
Faltasen las letrillas,
Lo ya dicho cien veces,
Otras ciento repitan,
Y toquen las botellas,
Y suenen las botijas.
Y si logro dormirme
Entre parras sombrías,
Bebiendo, y escuchando
Tan dulce melodía,
¿ Qué me importa que mueran,
Qué me importa que vivan
Con pobreza, ó riqueza,
Con susto, ú alegría,
Cuantos otros vireyes
La fortuna destina,
Los unos á la Europa,
Los otros á las Indias?

IV.

Despues de haber bebido
Anoche (como suelo)
Dormido en tiernas parras
Tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco
Por dilatar su imperio
Al Parnaso queria
Ganar á sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
De que Virgilio, Homero,
Taso, Milton, y Ercilla
No le ofrecen sus versos,
Del todo dedicados
A poemas guerreros,
De elevados asuntos,
Y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
Muchos trozos soberbios,
Que esgrimirán sus tirsos,
Al son de sus panderos,
Y llenas de aquel jugo
Que en Málaga han dispuesto
Las manos de las ninfas
De aquel bello terreno,
Ya daban fieros gritos,
Y amenazas al eco,
Y con forzudas danzas
Disponian los cuerpos.
Rodeado de Faunos
Vino el viejo Sileno
Para mas animarlos
Con su rostro y acento.

Dijo del dios del vino
Los animosos hechos,
Cuando triunfó del Indo
Con sus armas y estruendo,
Y á cada verso suyo
Ardia en nuevo fuego
La tropa deseosa
De algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
Llegó al campo ligero,
Tiraban de él dos tigres
Feroces y sangrientos.
A la falda del monte
Con furia acometieron,
Pero salió al camino
El anciano Anacreon;
Y mirándole Baco
Detuvo á sus guerreros,
Y les dijo: por este
A todos perdonemos:
Y en alabanza suya
Cantó coplas el viejo,
Y todos le abrazaron,
Y cantando se fueron.

LETRILLAS.

I.

El rayo severo
Que Jove vibró,
Celébrele Homero,
Que no lo haré yo.
La sátira fiera
Que Persio escribió,
Cultive el que quiera,
Que no lo haré yo.
Ercilla con arte
Que él mismo probó,
Celebre á su Marte,
Que no lo haré yo.
Del mar que el Troyano
Llorando aumentó,
Escriba el Mantuano,
Que no lo haré yo.
Pero del Dios ciego
Que Vénus parió,
Callen todos luego,
Que bastaré yo.

II.

« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Llora el jóven heredero
Del padre anciano la muerte,
Porque no dejó mas fuerte
El talegon del dinero,
Pero mira placentero
La comitiva llorosa,
Que al cuerpo cantando está:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Aquel que en el coche ves,
Mirar á todos con ceño,
Dé gracias á un extremeño
Que hubo por nombre Cortés;
Que si no, bien al reves
Su persona fastidiosa
Iria de lo que va:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »
Dícele la hermosa al viejo:
Llega, dulce prenda mia,
¡Qué dichosa me creeria
Si tú fueras mi cortejo!
Y él á pesar del espejo,
A la niña mentirosa
Casi creyéndola está:
« ¿Pero á mí qué se me da?
« Maldita de Dios la cosa. »

III.

Imitando el estilo de Góngora y Quevedo.

Que un sabio de mal humor
Llame locura al amor,
Ya lo veo:

Pero que no se enloquezca,
Cuando otro humor prevalezca,
No lo creo.

Que una doncella guardada
Esté del mundo apartada,
Ya lo veo:
Pero que no muera ella
Por salir de ser doncella,
No lo creo.

Que un filósofo muy grave
Diga que de amor no sabe,
Ya lo veo:
Pero que no mienta el sabio
Con el pecho y con el labio,
No lo creo.

Que una moza admita un viejo
Por marido, ó por cortejo,
Ya lo veo:
Mas que el viejo en confusiones
No dé por cuernos doblones,
No lo creo.

Que un amante abandonado
Diga que está escarmentado,
Ya lo veo:
Pero que él no se desdiga
Si encuentra grata á su amiga,
No lo creo.

Que una vieja ya se asombre
Hasta del nombre de hombre,
Ya lo veo:
Pero que ella no quisiera
Ser de edad menos severa,
No lo creo.

Que una muger á su amante
Jure ser siempre constante,
Ya lo veo:

Pero que se pase un dia,
Y ella quiera todavía,
No lo creo.

Que de todas las mugeres
No importen los pareceres,
Ya lo veo:
Pero que de la que amamos
El parecer no sigamos,
No lo creo.

Que la muger cual cristal
La quiebre un soplo fatal,
Ya lo veo:
Pero que pueda soldarse
Si una vez llega á quebrarse,
No lo creo.

Que al espejo las coquetas
Estudien mil morisquetas,
Ya lo veo:
Pero que sea el cristal
El objeto principal,
No lo creo.

Que bastante he murmurado
En lo que está criticado,
Ya lo veo:
Pero que mucho no pueda
Criticarse en lo que queda,
No lo creo.

Que la novia moza y linda
Al novio viejo se rinda,
Ya lo veo:
Pero que crea el barbon
Que ella rinde el corazon,
No lo creo.

Sobre los varios méritos de las mugeres.

Del precio de las mugeres
Son varios los pareceres:
Cada cual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
Que nunca gustosas son,
A todos doy la razon,
Y con todas me contento:
Oid hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea
Su dama hija de la aldea,
De sencillo pecho y trato,
Y que no les dé el mal rato
De artificiosos amores:
Que se salga á coger flores
Por el campo el mes de mayo,
Con ligero y pobre sayo,
Que de sus abuelas fué...
Y tienen razon á fé.

Otros de mas alto porte
Quieren damas de la corte
Con magestad y nobleza,
Aun mayor que la belleza,
Con adorno y compostura,
Que dé brillo á su hermosura,
Con fausto y ostentacion...
Y á fé que tienen razon.

Unos gustan de sabidas
(Que leidas y escribidas
El vulgo suele llamar),
Y que sepan conversar
Del estado, paz y guerra,
Del aire, agua, fuego y tierra,

Con la gaceta y café...
Y tienen razon á fé.

Otros son finos amantes
De las que son ignorantes,
Y que entregaron su pecho
Sin saber lo que se han hecho,
Que lloran al preguntar,
¿Qué cosa es enamorar,
Y dónde está el corazon?
Y á fé que tienen razon.

Unos aumentan su llama
Cuando es juiciosa la dama,
Circunspecta, seria y grave,
Y que la crítica sabe
Del vos, del tú, y del usté...
Y tienen razon á fé.

Otros, al contrario, quieren
Que las niñas que nacieren,
Nazcan vivas y joviales,
Y se crien tan marciales,
Que de dos ó tres vaivenes
Entreguen sin mas desdenes
Las llaves del corazon...
Y á fé que tienen razon.

ELEGIA

A la Fortuna.

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
Ciega deidad, al delicioso encanto
Del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
Aparta el sabio de la atroz ruina,
¡Qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina
Al aéreo templo de la diosa Fama;
Y despreciar ejemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
Toca el clarín la gloria: el mundo suena,
Y nuevas redes tu locura trama.
El alma débil de furor se llena:
Segunda vez se entrega á tu mudanza,
Que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
Monstruo á quien abortó tu devaneo:
Y culpé tu rigor y tu tardanza.
¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo
En este pecho jóven é inocente,
Que ya por fin desengañado veo!
¡Cuál crecia el incendio! ¡Qué imprudente
Propuse levantar al firmamento
Mi nombre, del ocaso al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
Del jefe que las tropas disponia,
El ronco son del bélico instrumento,
La clin del animal que Bétis cria,
El brillo que el dorado Tajo presta
Al fiero de Cantabria, patria mia,
La pólvora á las madres tan funesta,
Con estrépito horrendo en los cañones,
Que tantas vidas y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
Parecíanme glorias soberanas
Dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
Solo debian entonar loores
A las almas feroces é inhumanas.
Llenábase mi pecho de furores
Al leer de Curcio y de Solis la historia,
De Alejandro y Cortés aduladores:
Envidiaba á los dos la fiera gloria
De ver en Motezuma y en Darío

Caprichos de la suerte y la victoria.
Un héroe sabio, y un monarca pio
Parecíanme indignos de su cuna,
Su libro indigno del estudio mio.
Con gusto ví la bélica fortuna
Del soberbio breton, al lusitano
Dar contra España audacia no oportuna;
Y las melenas del leon hispano
Coronarse con lises; y á su saña
Rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
Rodar el carro con horrible estruendo,
Y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
Historias dignas de dolor y espanto,
Y mi alma con sus nombres complaciendo.
De Numancia, Sagunto y de Lepanto,
De Méjico, de Cozco y de Pavía,
De San Quintin, de Almansa y Camposanto,
De Roncesvalle y tanto crudo dia
Que en nuestros fastos con orgullo se halla,
Y lee la juventud con alegría.
Deseaba llegase la batalla
En que las tropas que la Lipe ordena,
Huyesen de Lisboa á la muralla,
O rindiesen el cuello á la cadena,
Para venir de Atocha al templo santo
Que de himnos victoriosos siempre suena;
Y do ven las naciones con espanto
Banderas, y estandartes y tambores
Con nuestro gozo, y con ageno llanto:
Pero dias mas gratos y mejores
Iba trayendo el tiempo á los mortales,
Enfrenando de Marte los rigores;
Y Cárlos lastimado de los males
Que el mundo en tantos años padecia,
Le quiso repartir bienes iguales;
Y asi como Neptuno volvió el dia,

Quietud y sol al triste mar turbado,
Por iras de la diosa que queria
  Anonadar la gente, á quien el hado
Prometia el imperio de la tierra;
Asi tambien al mundo encarnizado
  En una larga y horrorosa guerra
Cárlos dió paz; y el mundo gozar pudo
Los muchos bienes que su nombre encierra.
  El soldado colgando el fuerte escudo
En el nativo hogar, al padre anciano,
Con tono extraño y ademan forzudo,
  Contó los lances de la guerra, ufano
De que su simple voz oida sea
Por cariñosa madre, tierno hermano,
  Zagales toscos de la misma aldea,
Y la zagala jóven y gallarda
Con quien unir su corazon deseá,
  Y á quien el dia deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
Sale segunda vez; no se acobarda
  El marinero ya con la fiereza
Del mar, ni el labrador ya se detiene
En romper de la tierra la dureza.
  Cada arte y ciencia nueva vez previene
A quien la trate aplausos y consuelo:
A los mortales la quietud ya viene;
  Y la voz de los pueblos llega al cielo
Con júbilos, con gozo y alegría,
El cielo esparce su bondad al suelo:
  Y yo sentiendo el deseado dia,
Viendo en él mi esperanza fenecida,
Pues la guerra tu gracia me ofrecia,
  Vine á la corte, donde nueva vida,
Nuevas lides ofrece y nueva pena
Con colores de gustos bien fingida.
  Allí arrastré la rígida cadena
Tan dura, que aun despues de rescatado
En mis oidos su ruido suena.

Sí, Fortuna, yo ví (¡cuán espantado
Hasta ver que lo mismo siempre ha sido!)
Ví lo que nunca hubiera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido
Tus ritos ví, tus víctimas y templo,
Jóven, audaz y nada apercibido.
Guióme de otros muchos el ejemplo,
Cuya vida juzgaba yo colmada,
Y ahora esclavitud triste contemplo,
Ya con rodilla ante el altar doblada
Movió mi débil mano el incensario
Por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigó y del contrario
Mil veces ví con arte equivocarse,
La del cobarde y la del temerario.
En fin, ví con dolor adulterarse
Virtud, honor, bondad; y compasiones
Del mas horrible género mezclarse.
Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones
Tirana me pusiste, deseando
Llevarme mas allá! ¡Cuántas me pones
Con rostro afable, y con acento blando,
Aun despues del desprecio con que veo
Al que vas abatiendo ó ensalzando!
Lo sabes; y que yo solo deseo
Huir de tí, porque jamas consigas
De mi pecho formar nuevo trofeo,
Por mas que me acaricies ó persigas.

ODAS.

I.

A Cupido,

Sobre los peligros de una nueva pasion.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego Amor tirano,

Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido.
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Fílis
Me dominaba.
Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura Parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo.
Cuando constante con promesa justa
De que ella sola me seria cara,
Aunque pasara las estigias olas
Con Aqueronte,
De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.
Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.
Sacra ceniza, repetí mil veces,
Sombra de Fílis, si mi pecho adora
A otra pastora, desde tan tremenda
Lóbrega noche;
Haz que á mi falso corazon asombre
Cuanto las cuevas del Averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, cuanto
Sisifo sufre.
Júrolo, Fílis, por tu amor y el mio,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.
Las losas duras á mi acento triste
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonaron
Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dijo, *Dalmiro, cumple lo jurado:*
Quedé asombrado sin mover los ojos,
Pálido, yerto.
Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo;
Y otro castigo que el ser llamado
Pérfido, aleve.
Entre los brazos de mi nueva amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño,
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.
En vano Clóris (cuyo amor me ofreces)
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.
Ante mi vista se aparece Fílis,
En mis oidos su lamento suena,
Todo me llena de terror y espanto,
Tímido caigo.
Lástima causen á tu pecho, ¡o niño!
Las voces mias, mis dolientes voces;
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.
La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazon respire,
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.
¡Ay que te alejas, y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo, y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

II.

A Melendez Valdes, su alumno.

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento

Que el gran Febo te inspira;
Pues Vénus te da aliento,
Y el coro de las musas te oye atento.
Sigue, jóven gracioso,
De mirto, grato á Vénus, coronado;
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.
Dichosa la zagala
A quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte;
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.
Aunque mas dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Cual otra Galatea;
O sea mas helada
Que fuente por los hielos estancada,
Al punto que te oyere,
Se admitirá en su cándido regazo;
Si tu voz prosiguiere,
Se estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo.
Y las otras pastoras
De envidia correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.
Mas ¡ay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!
Solo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escuchare tu dulzura.
Dirán su rabia y zelos,
En el bosque mas lóbrego metidos,
Injuriando á los cielos,
Y oyendo sus gemidos,
Responderán las fieras con bramidos.

Entrada del Averno
Parecerá aquel bosque desdichado,
Y de tu metro tierno
Hubiere resonado,
El campo que á los buenos dará el hado.
Pasó mi primavera:
(¡Los años gratos al Amor y Febo
Quién revocar pudiera!)
Y á juntar no me atrevo
Mi voz cansada con tu aliento nuevo.
Sino yo cantaria
Al tono de tu lira mis amores,
Y al tono de la mia
Cantaras entre flores
Como suelen acordes ruiseñores.
Sigue, sigue cantando;
No pierdas tiempo de tu edad florida,
Que yo voy acabando
Mi fastidiosa vida
En milicia y en córtes mal perdida.
En alas de la Fama
Tus versos llegarán á mis oidos:
Si la trompa me llama
A los mares vencidos,
Y á los indios de Apache embravecidos.
O al antártico polo
Llevando las banderas del gran Cárlos,
Diráme siempre Apolo
Tus versos; y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.
Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impía,
Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mia,
Si suena en mis oidos tu armonía.
Aun cuando dura Parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca

Por la Estigia navegue,
Y á las delicias del Eliseo llegue.
Oiré cuando Catulo
A la sombra de un mirto recostado,
Con Propercio y Tibulo
Lea maravillado
Los versos que la musa te ha dictado.
Cuando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo envidiosos,
¡Qué celestial portento!
¿A quién ha dado Apolo tanto aliento?
Y yo siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré, yo fuí su amigo,
Y por tal me queria,
Y en dulcísimos versos lo decia.
Haránme mil preguntas,
Puesto en medio de todos, de quién eres,
Y cuántas gracias juntas,
Y á qué zagala quieres,
Y cómo baila cuando el plectro hieres.
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando lo escuchan todos con agrado,
Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía:
Y asombraránse cuando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Fílis mia.

NOTICIA DE D. JOSÉ DE CADALSO.

Nació en Cádiz á 8 de octubre de 1741. Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya. Sus padres, don José de Cadalso y doña Josefa Vasquez de Andrada le enviaron desde muy jóven á Paris, donde estudió con mucho aprovechamiento las humanidades, las ciencias exactas y naturales, y las lenguas latina, francesa, inglesa, alemana, italiana y portuguesa; en cuyos conocimientos se perfeccionó durante los viages que emprendió seguidamente por Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal. Volvió á España á la edad de veinte años, cuando se habia declarado la guerra con Portugal; y habiendo tomado en diciembre de 1761 el hábito de la órden militar de Santiago, entró á servir de cadete en 4 de agosto de 1762 en el regimiento de caballería de Borbon que ya estaba en campaña. Distinguióse desde luego; y siguiendo durante su vida la profesion de las armas, desempeñó con tanto celo, habilidad y humanidad sus obligaciones militares, que captó la confianza y el aprecio de sus superiores y el amor de sus subalternos, y que en recompensa de su mérito fué graduado de comandante de escuadron en 1777 y de coronel á fines de 1781.

Pero, en medio de las ocupaciones de su profesion y del estruendo de las armas, nunca tuvo en olvido el cultivo de las ciencias y el trato de las musas. Asi es que, siguiendo los destinos de su regimiento y hallándose con su cuerpo en Zaragoza, Alcalá de Henares y en Salamanca, no solo aprovechó estas ocasiones para la cultura de su propio númen, sino para extender y estrechar sus relaciones con los mas floridos ingenios de su edad. Contribuyó particularmente con su natural afabilidad á que los jóvenes que se distinguian por su talento y favorables disposiciones, recibiesen aquella instruccion y delicado gusto que debia influir tanto despues en la mejora de los estudios, y en el restablecimiento de la literatura y poesia castellana. Conoció y trató mucho á Jovellanos, Nicolas Fernandez de Moratin, Huerta, Iglesias, Tomas de Iriarte, Gonzalez, todos insignes poetas de su tiempo, celebrando sus obras, y estimulándoles á cultivar la buena poesia, y la pureza y hermosura de su propio y natural idioma. Pero prefirió entre todos á don Juan Melendez Valdes, que empezaba entonces á componer en el género amatorio algunas poesias, llenas de gracia y de dulzura. Conoció el eminente númen de aquel jóven, que presagiaba ya entonces su gloria venidera; tratóle con amistad, y llegó á amarle con

tal ternura, que se le llevó á vivir en su compañía (en Salamanca por los años de 1771 hasta principios de 1774), instruyéndole con sus documentos y avisos, y estimulándole con sus elogios en versos tan dulces y elegantes. De aquí es, que no sin razon se puede decir: «Melendez fué la mejor obra de Cadalso.» Este último murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de Febrero de 1782.

Escribió varias obras en prosa y en verso, de las cuales son las mas conocidas: la tragedia de *Sancho García*, en que sigue servilmente las formas del teatro frances (salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y despues en 1781 con el del autor [1]); — *los Eruditos á la violeta*, en que ridiculizó con graciosa ironía la polimatía insulsa de charlatanes presuntuosos (impresos la primera vez en 1772 con el nombre de Josef Vazquez); — *los Ocios de su juventud*, ó sus Poesías líricas (publicados por primera vez en 1773 tambien con el nombre de don Josef Vazquez); — y *las Cartas marruecas*, imitacion no harto feliz de las Cartas Persianas (publicadas despues de su muerte).

Todas estas obras van impresas hartas veces, sueltas y reunidas con las demas suyas en la *Coleccion de sus obras en prosa y en verso*, tambien repetidamente impresa (la mejor edicion es la publicada en Madrid el año de 1818, en 3 vol. 12°, que, á mas de algunas obras inéditas, contiene la excelente noticia de su vida escrita por el célebre académico don Martin Fernandez de Navarrete. Esta y las Poesías líricas de Cadalso se han reimpreso en Paris en el año de 1821, en un tomo en 18°).

Cadalso se señaló mas como poeta lírico; hizo revivir la anacreóntica que estaba enterrada con Villegas; sus versos cortos tienen un mérito incontestable, y sus poesías satíricas en que imitaba á Quevedo y á Góngora, no carecen de agudeza y donaire.

[1] Véase la juiciosa crítica de aquella tragedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa* (tomo II, pág. 257 y siguientes).

POESIAS

DE

D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

ROMANCE.

El africano alarido
Y el ronco son de las armas
En los valles de Gumiel
Eran saludos del alba:
Que á ser testigo salia
De las victorias, que alcanzan
Contra las infieles lunas
Las cuchillas castellanas:
Cuando el valeroso Hizan
Sobre una fogosa alfana,
Regalo de Hacén, alcaide
De Font-Hacén y la Adrada:
Desnudo el nervioso brazo,
Y el albornoz á la espalda,
Esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.
Crece la sangrienta lid,
Y el suelo de sangre empapan
Las azagayas moriscas
Y las españolas lanzas.
Bórdase el campo a colores,
Que antes fué todo escarlata,
De turbantes y almaizares,
De aljaiduces y almalafas.

Los golpes de las cuchillas,
Cuando hiéren, ó reparan,
El vecino monte atruenan,
Y el turbado ambiente inflaman.
Anima Hizan á los suyos
Con su ejemplo y sus palabras,
Y el valiente Don Gutierre,
Cuando Hizan anima, mata.
Y cada español presume,
Que él solo por sí bastara,
A derribar de Gumiel
Las enemigas murallas:
Y á coronar por sí solo,
Segun fia de su espada,
De cabezas berberiscas
Las almenas de su patria.
Ni el número superior
Sus alientos acobarda,
Que á contrarestar á muchos,
Pocos con justicia bastan.
Llena de horror á este tiempo
La bellísima Daraja
Con sus pensamientos tristes
Tambien dudosa batalla.
Deja el ya enfadoso lecho,
Y á una torre de su casa
Mas que el tierno amor la guia,
El duro temor la arrastra.
Descubre el sangriento campo,
Y las haces mahometanas
Mas que vencidas, deshechas
Dan á la fuga las plantas.
Descubre al gallardo Hizan,
Que él solo por lid restaura,
Y cuanto con ignominia
Sus soldados desamparan.
Y en lágrimas y suspiros
Abre salida á sus ansias,

Unos, cual su amor, ardientes,
Otras, cual su pena, amargas.
El corazon en el pecho
Con tanta zozobra salta,
Que parece, pronostica
Las desdichas que le aguardan:
Al tiempo que Don Gutierre,
Entre todos se señala,
Y por largo trecho siembra
De víctimas la campaña.
Viendo ya, que la victoria
Orlar sus sienes prepara,
Y que solo Hizan sustenta
La ya perdida batalla:
Por entre los enemigos
Cual rayo ardiente se lanza,
Y todo cuanto resiste,
Atropella y desbarata.
Huye el rigor de su brazo
La berberisca canallà,
Y él que no huye de su vista
Es que el temor le embaraza.
Entonces el bravo Hizan
Con furia desesperada,
Al ver como Don Gutierre
Tan reciamente le carga:
Feroz le sale al encuentro,
Mas con suerte tan escasa,
Que, antes de sentir el golpe,
Grabó en el suelo la estampa.
En el animoso pecho
Abrió el hierro puerta franca,
Y tan capaz como acaso
La abrió la envidia en el alma.
Las rotas calientes venas
Purpúreos raudales manan,
Que segunda vez tiñeron
Las rojas flores de grana.

Al espectáculo triste
Un mortal desmayo embarga
De la amante mora bella
Las mas envidiables gracias.
Y tanto el dolor creció,
Que no cabiendo su extraña
Pasion en todo su pecho,
La ahogaron sus mismas ansias.
Murió pues: dejando ejemplo,
Que de amor la fuerza blanda
En el pecho mas esquivo
Mas profundamente labra.
Y los fuertes castellanos
Gloriosos de su jornada,
Y ricos de gozo vuelven
A ver los muros de Aranda.

GLOSA.

Presto zelos llorarás.

Fabio, cuya fé constante
Logra por triunfo de amor
Pocas horas de favor,
Despues de un siglo de amante:
Advierte el curso inconstante
De la fortuna, y verás
El gran peligro, en que estás;
Y acuérdente otros mayores,
Que si hoy disfrutas favores,
Presto zelos llorarás.
Advierte en ejemplos tantos,
Porque no te cause sustos,
Que los fines de los gustos
Son principio de los llantos.
Escarmiento te den, cuantos
Muriendo conocerás
De amor, y sino verás

Tus desventuras notorias,
Y las que celebras glorias,
Presto zelos llorarás.
Mientras fuiste desdichado
Sin logro de tu amor justo,
Vivias libre del susto
De perder el bien logrado:
Pero ya que has alcanzado
La dicha, en que altivo estás,
Gózala, que ya hallarás
En ella pena mas dura,
Y lo que ayer fué ventura,
Presto zelos llorarás.
En tu suerte viendo estoy,
Fabio, la inconstancia vana,
Y ser infierno mañana,
La que gloria llamas hoy.
Duracion precisa doy
A las dichas, en que estás,
Y si permanecen mas
Las glorias, en que te ves,
No te desvanezcas, pues
Presto zelos llorarás.

REDONDILLAS.

Si pretendes por despojos,
Lisi, los alientos mios,
¿Qué has menester de desvíos
Cuando te sobran tus ojos?
Si con mi muerte, mi bien,
Esperas tu libertad,
Mátame con tu beldad;
Pero no con tu desden.
Pues será doble rigor,
Cuando en tu mano lo tienes;
Que me mates á desdenes,

Pudiendo morir de amor.
  Y nadie podrá ofenderte,
Si lo hicieres con tal arte:
Porque yo por disculparte,
Me achacaré á mí mi muerte.
  Y aun te será mas blason
Oir, que tu amante Fabio
Ha muerto, no de tu agravio,
Sí solo de su pasion.
  Que se hace agravío á tu pura
Y poderosa belleza,
En que usurpe la fiereza
Su poder á la hermosura.
  Deja, que mi amante fé,
Me mate: pues de esta suerte
Tú consigues darme muerte:
Y yo lo agradeceré.
  Pues logras de esta manera,
Que á tu beldad peregrina
La idolatren por divina
Y no la infamen por fiera.
  Y es alivio á mi tristeza,
Saber, que en lance tan fuerte,
Los que celebren mi muerte,
Celebrarán tu belleza.
  Y mis penas lastimosas
Harán, cuando mas no puedan,
Que tu hermosura concedan
Hasta las mas envidiosas.

NOTICIA DE D. VICENTE GARCIA DE LA HUERTA.

Nació en Zafra. Estudió en Salamanca; mas, antes de terminar sus estudios, la amistad de un protector de alta gerarquía le trajo á Madrid, donde desde luego con su talento poético conseguia mucha nombradía, y era protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte. Pero habiendo contraido quizá por eso mismo y por su carácter vano y altanero el odio de poderosos enemigos que dieron por pretexto la publicacion de su malhadada tragedia, titulada *La Raquel*, fué arrojado de Madrid y confinado á la plaza de Oran. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevacion de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Asi pues aquella misma desgracia añadió algun lustre á su talento, y celebridad á su nombre. A pesar de su inflexibilidad fué revocado á Madrid, y sin haberse humillado con sus enemigos, ni aun dado él mismo paso ninguno para lograr su restablecimiento, obtuvo un nuevo destino. Fué oficial mayor de la Biblioteca real, é individuo de la Academia Española, de la de la Historia, y de la de San Fernando. Entre los Arcades de Roma se llamó *Antioro* y *Aletofilo de Deliade*. Tambien en el mundo literario le atrajeron el teson y orgullo que le caracterizaban, un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Constituyóse pues en campeon de la antigua poesía castellana, y se opuso á la invasion del gusto frances que estaba en su mayor fuerza á la sazon, pero con mas celo que gusto, y con menos acierto que patriotismo. Sus adversarios, mas jóvenes, mas instruidos y mas diestros en aquel género de esgrima, le volvian desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reian de su vanidad, hacian ver su poca instruccion, y se burlaban de él como de un ignorante ó de un loco. Asi es que Huerta estaba solo contra todos y todos contra él, y que por su terquedad, su extravagancia y su poco acierto echaba á perder la buena causa que defendia, y el renombre debido á sus talentos y á su patriotismo. Conviene á la posteridad desapasionada justificar el honroso intento de aquel patriota contra el desconocimiento y menosprecio de sus coetáneos apasionados.

Murió en Madrid en 12 de marzo de 1787. Escribió una *Biblioteca militar española*, Madrid, 1760; 8°; — dos tomos de poesías (*Obras poéticas*, Madrid, 1778 - 1779, 2 vols., 8°); — varios opúsculos de crítica

literaria, y formó un *Teatro español* en 17 volúmenes en 8° (Madrid, 1785-1786), cuyo penúltimo tomo contiene las tragedias del mismo Huerta, vale decir sus traducciones del *Agamemnon vengado* y de la *Zayra* y su tragedia original de *Raquel*, que es, sin duda, su obra mas estimada[1].

El mérito principal de sus composiciones consiste en el número y la cadencia de sus versos que no carecen tal vez de elegancia y de brio; mas los argumentos de sus poesías líricas son casi siempre frívolos ó mandados por las circunstancias, y su estilo es generalmente campanudo, y raya en gongorismo, pues Góngora era cabalmente el modelo que Huerta trataba de imitar. De aquí es que un crítico tan acertado y justo, como Quintana, dice de Huerta: « Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. »

[1] Representada por primera vez en el año de 1778, y aceptada con entusiasmo. Véase el detallado análisis y la fina crítica de aquella tragedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 265-284.

POESIAS

DE

D. TOMAS DE IRIARTE.

EPISTOLA

A Cadalso, dedicándole la traduccion del Arte poética de Horacio.

Recibe, o buen Dalmiro, por tributo
Debido á tu amistad ese volúmen,
Código en que las leyes se resumen
Del crítico y poético instituto;
Y acógele benigno, como fruto
De un gran trabajo y de un escaso númen.
Desde luego verás en su portada
Mucho renglon de letra floreada,
Con su poco de epígrafe latino
Del romano orador mas estupendo;
Y en el folio vecino
Un discurso tremendo
Para los que blasfemen de quien hable
Contra libros del tiempo venerable.
Proseguirás leyendo
Versos á izquierda, versos á derecha,
Unos en un idioma ya perdido,
Otros en el que ya se va perdiendo;
Y encontrarás al fin larga cosecha
De necesarias notas,

Que serán á este fecha
Pábulo de envidiosos ó de idiotas.
  Pagué á los impresores sus propinas;
Salió el tomo anunciado en la gaceta;
Ví mi nombre estampado en las esquinas:
Nada falta: la obra está completa.
« No (me dirás): te falta lo primero,
« Y mereces dar vueltas á una noria,
« Pues lo mejor dejaste en el tintero,
« No queriendo poner dedicatoria. »
Mas referirte en confianza quiero
De serias reflexiones el conjunto
Que antes hice á mis solas sobre el punto.
  Ocurrióme buscar algun magnate
Que de mi traduccion fuese padrino;
Pero dije despues: ¡qué desatino!
¿Es por ventura Horacio un botarate
Que escribe algun sainete chabacano,
O zarzuela de noches de verano
Llena de impropiedades,
Indecencias, errores, necedades?
¿O alguna tonadilla divertida
En que cuente una cómica su vida?
  ¿O el pobre traductor que con esmero
Interpretó la epístola *ad Pisones*,
Ha compuesto romances ó canciones
Pintando á Costillares y á Romero
Como los dos famosos campeones
Que mas ilustran hoy el reino Ibero?
No, no: por ningun caso:
Que si lo sabe Apolo justiciero
Me cerrará la entrada del Parnaso.
  Pensé luego si acaso
Fuera mas justo consagrar mi escrito
Al gremio presumido de erudito,
Que suele frecuentar las librerías;
Pero dije al instante, no en mis dias.
¿A quién perdona el numeroso bando

De los que, viendo libros por el forro,
Y tan solo citando
Nombres y frontispicios,
Tienen pasmado á veces todo un corro?
Tambien alguno de ellos se figura,
Que entre buenos patricios
Que aman la nacional literatura
Hace honroso papel, porque deprime,
Como que ya del público es esclavo,
Al que por celo, y sin ganar ochavo,
Con otra aprobacion su libro imprime.
Hablará en una tarde un tomo en folio
Mayor que el diccionario de Nizolio,
Y no escribe una página de octavo.
Y el otro que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melon, ó salga calabaza,
Cualquier libro frances, y le disfraza
A costa de poquísimo trabajo,
En idioma genízaro ó mestizo,
Diciendo á cada vez: yo te bautizo
Con el agua del Tajo
Por mas que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.
No permitan las musas que mi Horacio
Salga en dedicatoria ó en prefacio,
Implorando favores,
Elogio ú proteccion de estos señores.
Poco despues se me ofreció la idea
De consagrar al matritense vulgo
Esta nueva tarea
Que para el bien del público divulgo;
Pues de aquel gran maestro los consejos
Remedio suelen ser de abusos viejos.
Creí que su lectura alcanzaria
A dar un susto á Marta y Bayalarde,

Que reinan en las tablas todavía;
Mas ví que la reforma está muy lejos;
Pues quiso mi fortuna que una tarde
Entrase en lo que llaman coliseo,
Donde ofrecen recreo
Que no fuera recreo en Berbería,
Ni en el siglo duodécimo lo fuera.
De dos ingenios era
O de tres la comedia que se hacia:
Y oí que en medio de ella un comediante
Dijo con seriedad: « Sepa el discreto
« Que lo representado es de Moreto,
« Y sigue el otro autor de aquí adelante. »
Me confundo, me aturdo,
Quédome frio, sonrojado, absorto,
No del terrible absurdo,
Pues de un ingenio al arte no sujeto,
Mas que un buen parto espero yo un aborto;
Sino de la plebeya tolerancia,
Hija de una torpísima ignorancia.
Noté que con espíritu pacato
Sus puestos conservó la gente toda.
Las palmadas irónicas de moda,
Que han sido sucesoras del silbato,
Yo no sé para cuando se guardaban.
Ni yo ví en los semblantes
De los muchos y honrados circunstantes
Muestras de que tal vez se disgustaban.
Ni desde la tertulia á la luneta
Oí runrun que al bárbaro poeta
Condenase, ó al cómico insolente
Y aqueste mismo vulgo que indolente
Con tan rara humildad todo esto aguanta,
Siéndole al parecer indiferente
Lo que se representa ó bien se canta;
Con gran teson, con fervoroso empeño
Por esta ó por aquella comedianta
Se apasiona tal vez, se quita el sueño,

Disputa, se atormenta,
Se pica, se acalora, y se impacienta.
¿Nunca has pisado el suelo madrileño
Durante aquellos dias
De la santa cuaresma
En que se enganchan ambas compañías?
¿No has visto como copian una resma
De listas que contienen
Nombres, patrias y grados
De los farsantes que de fuera vienen,
Como de los que salen descartados,
O de los que ajustados se mantienen?
¡Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,
Con qué parcialidades y pendencias
Andan todos en varias concurrencias
Por aquel manuscrito al redopelo!
El empeño es saber quién representa:
Si la Anastasia queda cuarta ó quinta,
Si será la Isabel sobresalienta,
Si es dama la Violante ó la Jacinta;
Pero ninguno averiguar intenta
Si los dramas serán buenos ó malos,
Ni si en los intervalos
Han de ofrecer sainetes insolentes,
Modelos de pacíficos maridos,
De tunos y de pillos indecentes,
O baile de candil que acabe en palos;
Ni si saldrán vestidos
Neron con su peluca y su casaca,
O con sus dos relojes doña Urraca.
Lo mismo es esto que buscar violines,
Un violon, contrabajo, clave y viola,
Oboes ó flautas, trompas ó clarines,
Y timbales que meten batahola,
Y cuando ya la orquesta se convoque,
Música no tener para que toque,
O tenerla tan mala y displicente
Que á los ratones de la casa ahuyente.

Con un pueblo que sufre vicios tales,
Aun cuando bien conoce el desatino,
No es decente que el docto venusino
Malogre sus discursos racionales;
Ni soy yo tan injusto, necio, ú loco
Que pretenda tampoco
Que á Horacio estudien los que nada leen:
Y menos en la tierra donde creen
Que el arte y sus preceptos verdaderos
Son invencion moderna de extrangeros.
Fundado en estas sólidas razones,
Y otras que no te explico
Por evitar molestas digresiones,
Mi tomo á poderosos no dedico,
Ni á los que se intitulan literatos,
Ni á espíritus plebeyos insensatos:
Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,
Para que con Horacio, y aun conmigo,
Juicioso te lamentes, ó te rias
Del buen gusto que reina en nuestros dias.
Cuando yo de este mundo al otro parta,
Si vivo estás y mi recuerdo estimas,
Mi traduccion te pido que reimprimas
Y por dedicatoria aquesta carta.

FABULAS LITERARIAS.

I.

El Gozque y el Macho de noria.

Bien habrá visto el lector
En hostería ó convento
Un artificioso invento
Para andar el asador:
Rueda de madera es
Con escalones, y un perro

Metido en aquel encierro
Le da vueltas con los pies.
Parece que cierto Can,
Que la máquina movia,
Empezó á decir un dia :
« Bien trabajo ; y ¿ qué me dan ?
¡ Cómo sudo ! ¡ ay infeliz !
Y al cabo por grande exceso
Me arrojarán algun hueso
Que sobre de esa perdiz.
Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa :
Me iré, no solo de casa,
Mas tambien de la ciudad. »
Apenas le dieron suelta,
Huyendo con disimulo
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta :
Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo : « ¿ Quién va allá ?
Parece que por acá
Asamos carne tambien. » —
« No aso carne ; que agua saco ; »
(El Macho le respondió :)
« Eso tambien lo haré yo,
(Saltó el Can) aunque estoy flaco.
Como esa rueda es mayor
Algo mas trabajaré :
¿ Tanto pesa ?... Pues ¿ y qué ?
No ando la de mi asador ?
Me habrán de dar, sobre todo,
Mas racion, tendré mas gloria... »
Entonces el de la noria
Le interrumpió de este modo :
« Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador ;
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un gozquejo. »

¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leido yo
En un tal Horacio Flaco;
Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que despues
No podrá llevar; esto es,
Que no ande la noria el Perro.

II,

La Parietaria y el Tomillo.

Yo leí, no sé donde, que en la lengua herbolaria
Saludando al Tomillo la yerba Parietaria,
Con socarronería le dijo de esta suerte:
Dios te guarde, Tomillo, lástima me da verte;
Que aunque mas oloroso que todas estas plantas,
Apenas medio palmo del suelo te levantas.
Él responde: Querida, chico soy; pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues, por mas que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar, si no te arrimas á una de esas paredes.

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas, ó hacer un prologuillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

III.

La Rana y el Renacuajo.

En la orilla del Tajo
Hablaba con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.
Mas luego que del viento

El ímpetu violento
Una caña abatió, que cayó al rio,
En tono de leccion dijo la Rana :
Ven á verla, hijo mio :
Por defuera muy tersa, muy lozana;
Por dentro toda fofa, toda vana.

Si la rana entendiera poesía,
Tambien de muchos versos lo diria.

IV.

La Cabra y el Caballo.

Estábase una Cabra muy atenta,
Largo rato escuchando
De un acorde violin el eco blando.
Los pies se la bailaban de contenta;
Y á cierto jaco, que tambien suspenso
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra :
¿ No oyes de aquellas cuerdas la harmonía ?
Pues sabe que son tripas de una cabra
Que fué en un tiempo compañera mia.
Confio (dicha grande) que algun dia
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.
Volvióse el buen Rocin, y respondióla :
A fé que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero, al fin, tengo el gusto
De ver qué lucimiento
Debe á mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfaccion igual esperas,
¿Cuándo la gozarás ? Despues que mueras.

Asi, ni mas ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algun mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

V.

El Erudito y el Raton.

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, raton maldito,
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía:
Y aquel bicho travieso,
Si antes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.
¡ Qué desgracia la mia !
(El literato exclama) : ya estoy harto
De escribir para gente roedera;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no mas habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desórden se corrija...
Pero sí : la traidora sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.
El autor, aburrido,
Echa en la tinta dósis competente

De soliman molido :
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso) :
Devora, pues, el animal perverso;
Y revienta, por fin... ¡ Felix receta !
(Dijo entonces el crítico poeta) :
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.

Bien hace quien su crítica modera ;
Pero usarla conviene mas severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye, ó mucho miedo.

VI.

El Avestruz, el Dromedario y la Zorra.

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que tambien entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ella se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado :
Este á la hormiga alaba, aquel al perro,
Quien á la abeja, quien al papagayo.
No (dijo el Avestruz) : en mi dictámen,
No hay mejor animal que el Dromedario.
El Dromedario dijo : yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.
Ninguno adivinó por qué motivo
Ambos tenian gusto tan extraño.
¿ Será porque los dos abultan mucho ?
¿ O por tener los dos los cuellos largos ?
¿ O porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario ?
¿ O bien porque son feos uno y otro ?
¿ O porque tienen en el pecho un callo ?

O puede ser tambien... No es nada de eso,
(La Zorra interrumpió): ya dí en el caso.
¿Sabeis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.

En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

VII.

La Espada y el Asador.

Sirvió en muchos combates una Espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La mas famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, á parar (¡ quién lo diria!)
A un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada
Por mandado de su amo el posadero,
Que debia de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina:
Atravesó con ella una gallina;
Y héteme un Asador hecho y derecho
La que una Espada fué de honra y provecho.
Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierto recien llegado forastero
Trasformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,

Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Díjole que volviese al otro dia.
Un Asador que en su cocina habia
Luego desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se le vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué ignoranton el posadero.

¿Mas de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas:
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

VIII.

El Naturalista y las Lagartijas.

Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierto curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y á toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La mas rolliza;
Miembro por miembro
Ya me la trincha;
El microscopio
Luego la aplica.
Patas y cola,
Pellejo y tripas,
Ojos y cuello,
Lomo y barriga,
Todo lo aparta
Y lo examina.
Toma la pluma;
De nuevo mira;
Escribe un poco;
Recapacita.
Sus mamotretos
Despues registra;
Vuelve á la propia
Carnicería.
Varios curiosos
De su pandilla

Entran á verle :
Dales noticia
De lo que observa :
Unos se admiran,
Otros preguntan,
Otros cavilan.
Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De lagartija.
Soltó la otra
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas,
En donde, hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Las participa.
No hay que dudarlo,
No (las decia) :
Con estos ojos
Lo ví yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un dia
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quién nos trate
De sabandijas?
¿Cómo se sufre
Tal injusticia,
Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
No hay que abatirse,
Noble cuadrilla :
Valemos mucho
Por mas que digan.

¿Y querrán luego
Que no se engrian
Ciertos autores
De obras inicuas?
Los honra mucho
Quien los critica.
No seriamente;
Muy por encima
Deben notarse
Sus tonterías;
Que hacer gran caso
De Lagartijas
Es dar motivo
De que repitan :
Valemos mucho,
Por mas que digan.

IX.

El Sapo y el Mochuelo.

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo ;
Y pasando no lejos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.
¡Ah de arriba, señor solitario!
Dijo el tal Escuerzo :

Saque usted la cabeza, y veamos
Si es bonito, ó feo.
No presumo de mozo gallardo,
Respondió el de adentro:
Y aun por eso á salir á lo claro
Apenas me atrevo;
Pero usted que de dia su garbo
Nos viene luciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero?

¡O qué pocos autores tomamos
Este buen consejo!
Siempre damos á luz, aunque malo,
Cuanto componemos:
Y tal vez fuera bien sepultarlo;
Pero ¡ay, compañeros!
Mas queremos ser públicos Sapos
Que ocultos Mochuelos.

X.

El Burro del Aceitero.

En cierta ocasion un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico que ayudaba
En su oficio á un Aceitero.
A paso un poco ligero
De noche en su cuadra entraba;
Y de una puerta en la aldaba
Le dió el porrazo mas fiero.
¡Ay! clamó: ¿no es cosa dura
Que tanto aceite acarree,
Y tenga la cuadra oscura?

Me temo que se mosquee
De este cuento quien procura

Juntar libros que no lee;
¿Se mosquea? Bien está.
Pero este tal ¿por ventura
Mis fábulas leerá?

XI.

La contienda de los Mosquitos.

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su Mosquea
Mencion de esta pelea).
Era el caso que muchos
Expertos y machuchos
Con teson defendian
Que ya no se cogian
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes
Que se cogian antes.
En sentir de otros varios,
A esta opinion contrarios,
Los vinos excelentes
Eran los mas recientes,
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundia la bodega:

Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un taco:
Por vida del dios Baco...
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave)
Donde yo estoy, ninguno
Dará mas oportuno
Ni mas fundado voto:
Cese ya el alboroto.
A fé de buen navarro,
Que en tonel, bota ó jarro,
Barril, tinaja, ó cuba
El jugo de la uba
Difícilmente evita
Mi cumplida visita;
Y en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad: no lo niego;
Pero si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido:
Y al fin, tambien habia
Lo mismo que en el dia,
En los siglos pasados

Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era;
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los beban
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia
El mal vino condeno;
Le chupo, cuando es bueno,
Y jamas averiguo
Si es moderno ú antiguo.

Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Ligan litigio eterno;
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

XII.

La discordia de los Relojes.

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos; y uno de ellos,
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó despues de todos, pretendia
Disculpar su tardanza. ¿Qué disculpa
Nos podrás alegar? le replicaron:
Él sacó su Relox, mostróle, y dijo:
¿No ven ustedes como vengo á tiempo?
Las dos en punto son. ¡Qué disparate!
Le respondieron: tu Reloj atrasa

Mas de tres cuartos de hora. Pero, amigos,
Exclamaba el tardío convidado,
¿Qué mas puedo yo hacer que dar el texto?
Aquí está mi Relox..... Note el curioso
Que era este señor mio como algunos
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus Relojes en apoyo
De la verdad. Entonces advirtieron,
Que uno tenia el cuarto, otro la media,
Otro las dos y treinta y seis minutos,
Este catorce mas, aquel diez menos.
No hubo dos que conformes estuvieran.
En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero á la astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado á una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin á la contienda,
Y concluyó diciendo: Caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.

MADRIGAL.

¡Muger, muger! ¿Qué mas quieres de mí?
¿Quieres aborrecerme? — Eso haces ya.
¿Quieres mi corazon? — Ya te le dí.
¿Quieres muera á tus manos? — ¡Ojalá!
¿Quieres versos? — Pues hételos aquí.
¿Quieres que no te vea? — Bien está.
Pues, dí, muger, ¿qué mas puedo hacer yo?
¿Olvidarte? — ¡Ay mis ojos! eso no.

EPIGRAMA.

Levantóme à las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan á afeitar.
Traigan el chocolate; y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina? pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo, y á correr...

Ya Doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una. A cenar, y á recoger.
¿Y es este un racional? — Dicen que sí.

NOTICIA DE D. TOMAS DE IRIARTE.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife, á 18 de setiembre de 1750.

Hizo sus primeros estudios en la villa de Orotava bajo la direccion de su hermano fray Juan Tomas de Iriarte, de la órden de Predicadores, y cultivó especialmente con mucho provecho el estudio de la lengua y de la poesía latina.

Despues de su venida á Madrid á insinuacion de su tio, don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M., continuó este célebre humanista su educacion en humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografía, historia, física y las lenguas modernas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Compuso ya entonces dos poemas latinos y tradujo algunas obras del latino y del frances al castellano. Se perfeccionó tambien en la música á la cual tenia siempre mucha aficion.

De edad de diez y ocho años publicó su comedia original: *Hacer que hacemos*, impresa en Madrid, año de 1770, con el anagrama de don Tirso Imareta. Por los años de 1769 hasta 1772, inmediatos al establecimiento de un nuevo teatro español en los sitios reales, « *tuvo superior encargo*, » segun dice él mismo, para traducir del frances varias composiciones dramáticas, cuales fueron: *El Malgastador, La Escocesa, El Malhombre, El Aprehensivo ó Enfermo imaginario, La Pupila juiciosa, El Mercader de Esmirna*, la tragedia de Voltaire *el Huérfano de la China* &c. y compuso ademas algunos dramas originales hasta 1775.

En 1771 imprimió un poema latino y castellano con ocasion del nacimiento del infante don Cárlos, é institucion de la órden de Cárlos III. En el mismo año falleció su tio don Juan de Iriarte, al cual sucedió en el empleo de oficial traductor de la primera secretaría de estado, y cuyas obras dió á luz juntamente con sus hermanos, traduciendo muchos de los epigramas, y de otros poemas, y opúsculos latinos que se insertaron en ellas. Asistió tambien con el marques de los Llanos en las secretarías del Perú y de la Cámara de Aragon. En enero de 1772, se le confirió la comision de componer el *Mercurio histórico y político de Madrid*, que mejoró mucho. Pero despues de once meses, lo dejó, por atender de órden superior á la traduccion de los apéndices latinos, franceses é italianos

que estan en los tres tomos de las *Cartas latinas de Aletino Filarétes* en defensa de Palafox. Entonces escribió *los Literatos en cuaresma*, y varias poesías sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del supremo consejo de la guerra; y al año siguiente publicó la traduccion de la Epístola de Horacio á los Pisones que dió motivo á la contienda literaria entre él y don Juan Sedano, el colector del *Parnaso español*, á cuyas críticas contestó Iriarte con el diálogo joco-serio: *Donde las dan las toman*, en 1778. En el mismo año se representó con aceptacion su comedia: *el Señorito mimado*. Dos años despues imprimió el poema de *La Música*, y en 1782 dió á luz las *Fabúlas literarias*: á estas dos obras, traducidas en casi todas las lenguas cultas de Europa, debe principalmente su fama como poeta [1]. Cuando su publicacion era justamente el tiempo de contiendas literarias, Iriarte, ya bastante famoso para servir de blanco á la rivalidad y la invidia, y tan irritable como todos los poetas, no pudo menos de hacer un papel muy señalado en aquellas guerrillas. Asi sus Fábulas literarias fueron impugnadas en el *Asno erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *Para casos tales suelen tener los maestros oficiales*. Asi él mismo ridiculizó en aquellas fábulas sus rivales, y entre otros al célebre Melendez por el cual fué vencido en el concurso de premios ofrecidos por la Academia Española en el año de 1780 al que mejor desempeñara en una égloga la descripcion de *la felicidad de la vida del campo*, pues la égloga de Melendez fué premiada, la de Iriarte no obtuvo que el *accessit*.

Apasionado á Virgilio, quiso ensayarse tambien en la poesía épica y eligió por su héroe su célebre paisano Cortés, el conquistador de Méjico; pero á no ser bastantes sus fuerzas para un asunto original se contentó con traducir en verso castellano la *Eneida*, de que publicó los cuatro primeros libros.

Por órden del conde de Florida-Blanca compuso varios libros elementales para instruccion de los niños de las escuelas. Tradujo tambien con pureza y gracia el *Nuevo Robinson* de Campe de que se han hecho varias ediciones.

Suspecto de profesar la filosofía anti-cristiana fué perseguido por la inquisicion de Madrid en 1786, y á pesar de su defensa satisfactoria declarado «ligeramente suspecto.» Pero habiendo abjurado *de formali*, obtuvo en fin la absolucion por medio de una penitencia que ha quedado casi secreta.

En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos [2] que despues de

[1] Véase la fina y justa crítica de aquellas dos obras y de su comedia: *El Señorito mimado*, en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa* (tomo I, pág. 316 y siguientes y 515. — Tomo II, pág. 37 y siguientes).

[2] Véase el índice razonado de las obras que contiene en el «Ensayo de una Bi-

su muerte se ha reimpreso en ocho (en Madrid, 1805), añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas. Publicó en 1788 la comedia de *la Señorita mal criada.*

Estando en Andalucía en 1790 á restablecerse de sus dolencias habituales, escribió el monólogo, *Guzman el Bueno:* y en el corresponsal del censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de las escuelas españolas de aquel tiempo. Esta laboriosidad infatigable y la vida sedentaria le agravaron su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Don *Cárlos Pignatelli* ha escrito un elogio histórico de Iriarte, y el señor *Joly* publicó una noticia biográfica de él en el *Repertorio de literatura* (Répertoire de littérature); pero la mejor noticia de Iriarte la ha compuesto el señor don *Martin Fernandez de Navarrete*, la cual está insertada en la excelente coleccion del señor don *Manuel Josef de Quintana:* de esta tambien nosotros nos hemos aprovechado para la composicion del presente bosquejo biográfico.

Iriarte se ensayó en casi todos los ramos de la poesía, pero no con igual éxito. Buscaba imitar á los clásicos antiguos segun el modo de los dogmatizadores de la famosa escuela francesa, cuyas reglas cuadraban en efecto con el carácter de su espíritu. Pues dotado de una razon bien formada, de una discrecion natural cultivada con el trato mas urbano de la corte, y de un ingenio vivo y despejado, junto con una erudicion escogida, no pudo menos de poner en sus obras regularidad, juicio, claridad, tersura y elegancia. Alcanzó cuanto pueden dar de sí la aplicacion y el gusto, pero no lo que le habia negado la naturaleza. Falto de elevacion de alma, de vigor de fantasía, de viveza en la expresion de los afectos; de gala y fuerza en los colores, de ritmo y de armonía, ni pinta, ni conmueve, ni interesa en sus poemas didácticos, descriptivos, dramáticos y épicos. Señalóse empero mas en los géneros medios y templados, en donde le bastaban sus fuerzas, como en sus epístolas, epigramas y principalmente en sus Fábulas literarias, distinguidas por la originalidad y oportunidad de la invencion, la naturalidad y sencillez de la ejecucion, la gracia y limpieza de la expresion, la mayor facilidad y soltura de la versificacion, por un lenguaje castizo y esmerado, y á veces por un diálogo vivo y animado. De aquí es que el célebre crítico *Martinez de la Rosa*, hablando de ellas, dice con razon: « Si Iriarte no hubiese dejado composiciones de otra clase, habria acre-
« centado su reputacion como poeta. »

blioteca española de los mejores escritores del reinado de Cárlos III, por *D. Juan Sempere y Guarinos*, tomo VI, pág. 192-217.

POESIAS

DE

D. FELIX MARIA DE SAMANIEGO.

FABULAS MORALES.

I.

A D. Tomas de Iriarte.

La Aguila y el Cuervo.

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu númen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música, y *poesía juntamente.*
Esto no puede ser: ordena Apolo,
Que digno solo tú, la pulses solo,
¿Y porqué solo tú? pues cuando menos
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases,
Risco tramonto de época altanera,
Góngora que te siga, te dijera.
Pero si vas marchando por el llano,

Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía,
Dice: *eso yo tambien me lo diria;*
¿Porqué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las Sirenas, ni las Musas:
Ni de númenes usas:
Ni aun siquiera confias en Apolo.
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sabia te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las deidades;
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro númen cierto viejo:
Esopo digo. Díctame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:
Queda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que á ser Aguila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente asi me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
Con que arrebató el Aguila su pieza,
Fué la que engañó al Cuervo, pues creia
Que otro tanto á lo menos él haria.
¿Mas qué logró? Servirme de escarmiento;

¡Ojalá! que sirviese á mas de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados;
Y dijesen, cual yo, desengañados:
El Aguila eres tú, divino Iriarte,
Ya no pretendo mas sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria;
Y no sea yo el cuervo de la historia.

II.

La Cigarra y la Hormiga.

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno:
Los frios la obligaron
A guardar el silencio,
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento,
Sin mosca, sin gusano,
Sin trigo, sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atencion y respeto,
La dijo: « Doña Hormiga,
Pues que en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa
Con que viva este invierno
Esta triste Cigarra,
Que alegre en otro tiempo
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.

No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,
Ocultando á la espalda
Las llaves del granero :
« ¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿Qué has hecho en el buen tiempo?... »
« Yo, dijo la Cigarra,
A todo pasagero
Cantaba alegremente
Sin cesar ni un momento. »
« ¡Ola! ¿con qué cantabas,
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo. »

III.

El Muchacho y la Fortuna.

A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerba
Un incauto Mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna :
Insensato, despierta,
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por tí, y otros canallas,
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna

Llamais á las miserias :
¿Porqué, si son reveses
De la conducta necia?

IV.

El Leon vencido por el Hombre.

Cierto artífice pintó
Una lucha, en que valiente
Un Hombre tan solamente
A un horrible Leon venció,
Otro Leon, que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: Bien se deja ver,
Que es pintar como querer,
Y no fué Leon el pintor.

V.

El Herrero y el Perro.

Un Herrero tenia
Un Perro que no hacia
Sino comer, dormir, y estarse echado:
De la casa jamas tuvo cuidado;
Levantábase solo á mesa puesta,
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
He llegado á notar, le dijo el amo,
Que, aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente,
En la fragua jamas te ví presente;
Y yo me maravillo,

De que no dispertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes,
Que el amo hecho un gañan, y sin reposo,
Te mantiene á lo conde muy ocioso.
El Perro le responde:
¿Qué mas tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar, debo al destino
Haber nacido Perro, y no pollino.
Pues, señor conde: fuera de mi casa,
Verás en las demas lo que te pasa.
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela,
Y que pase la noche toda en vela;
Acá de lazarillo, y de danzante,
Allá dentro de un torno á cada instante
Asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera,
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

VI.

El Leopardo y las Monas.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba
Un Leopardo: apenas lo veian
A los árboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: no estan maduras.
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas
Alegres en el caso, y juguetonas
Empiezan á saltar; la mas osada
Baja; arrímase al muerto de callada;

Mira, huele, y aun tienta,
Y grita muy contenta:
Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto que empieza á oler el tal difunto.
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos á su lado queda:
Otra se finge muerta, y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar, y hacer monadas
Levántase ligero,
Y mas que nunca fiero
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.

Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.

VII.

El Labrador y la Cigüeña.

Un Labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque gansos, y grullas
De su trigo solian hacer pasto.
Armó sin mas tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las grullas, y los gansos.
Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando,
Quíteme las prisiones,

Pues no merezco pena de culpados :
La diosa Céres sabe,
Que lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras, y víboras los campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado :
Te hallé con delincuentes,
Con ellos morirás entre mis manos.

La inocente Cigüeña
Tuvo el fin desgraciado,
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

VIII.

La Aguila, la Gata y la Jabalina.

Una Aguila anidó sobre una encina.
Al pie criaba cierta Jabalina;
Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Aguila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice :
¡ Ay mísera de mí ! ¡ Ay infelice !
Este sí que es trabajo :
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa.
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos los devora.
Despues que dejó el Aguila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice á la Cerdosa : buena amiga,
Has de saber que la Aguila enemiga,
Cuando saques tus crias hácia el monte,

Las ha de devorar; asi disponte.
La Gata aparentando que temia
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La Jabalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La Aguila en el ramage temerosa
Haciendo centinela no reposa.
En fin á ambas familias la hambre mata;
Y de ellas hizo víveres la Gata.

Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y asi causan el mal sus añagazas.

IX.

Júpiter y la Tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil, y mas lejana oruga,
Cuando llega muy tarde, y con paciencia,
A paso perezoso la Tortuga:
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente?
Por tal disculpa Júpiter tonante
Olvidando el indulto de las fiestas,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre á cuestas.

Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso;
Pero á su obligacion acuden tarde;
Viven como el raton dentro del queso.

X.

El Charlatan.

Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien : importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus labios
Mas quiere á un Charlatan, que á veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia; tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaria
A hablar discreto con facundo pico
En diez años de término á un Borrico.
Sábelo el rey : lo llama; y al momento
Le manda de lecciones á un jumento;
Pero bien entendido,
Que seria, cumpliendo lo ofrecido
Ricamente premiado,
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano :

Escuche, buen hermano,
Su frescura me espanta:
A cáñamo me huele su garganta.
No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El rey, el asno, ó yo no moriremos?

Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte,
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

XI.

Las dos Ranas.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos:
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierto dia á esta
Aquella le dijo:
¡Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros,
Donde te amenazan,
Al paso preciso,
Los pies, y las ruedas,
Riesgos infinitos!
Deja tal vivienda:
Muda de destino:
Sigue mi dictámen,
Y vente conmigo.
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,
Respondió á su amiga:
¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
Darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa,
Que fué domicilio
De padres, abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haber sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas;
Mas ten entendido,
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto:
Llegó una carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.

Recibir consejos
Es un desvarío.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

XII.

El Hombre y la Pulga.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hércules sea
Quien acabe con él, y su ralea.
Este es un Hombre que á los dioses clama,
Porque una Pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter, y Hércules consiga,
De este, que viva despulgando sayos;
De aquel, matando pulgas con sus rayos.

Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas, y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

XIII.

El Charlatan y el Rústico.

Lo que jamas se ha visto, ni se ha oido
Verán ustedes: atencion les pido.
Asi decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto: quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,

Que el auditorio todo
Creyendo que lo tiene, y que lo tapa,
Atumultuado grita: *fuera capa.*
Descubrióse; y al ver que nada habia,
Con vítores lo aclaman á porfía.
Par diez, dijo un Patan, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el puerco mas perfectamente;
Sino, que me lo claven en la frente.
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del Payo su asistencia.
Llegó la hora: todos acudieron:
No bien al Charlatan gruñir oyeron
Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al son de las palmadas.
Sube despues el Rústico al tablado
Con un bulto en la capa; y embozado
Imita al Charlatan en la postura
De fingir, que un lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia, en que era el bulto
Un marranillo que tenia oculto.
Tírale callandito de la oreja:
Gruñendo en tiple, el animal se queja;
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oia un fuera, allí un silbido,
Y todo el mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El Rústico descubre su marrano:
Al público lo enseña, y dice ufano:
¿Asi juzgan ustedes?
¡O preocupacion, y cuánto puedes!

XIV.

El Asno y Júpiter.

No sé como hay jumento,
Que teniendo un adarme de talento,

Quiera meterse á burro de hortelano.
Llevo á la plaza desde muy temprano
Cada dia cien cargas de verdura:
Vuelvo con otras tantas de basura;
Y para minorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta, ¿qué será mi muerte,
Como no mude Júpiter mi suerte?
Un Asno de este modo se quejaba.
El dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
Esta vida, decia, no la quiero:
Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido,
A Júpiter me voy, con el empeño
De lograr nuevo dueño.
Envíólo á un curtidor: entonces dice:
Aun con este amo soy mas infelice.
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.
Júpiter, por no oir tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal Polijno,
Si le habla de mudanza de destino.

Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni envidiados, ni envidiosos.
La espada por feliz tiene al arado,
Como el remo á la pluma y al cayado;
Mas se tienen por míseros en suma
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca; pero sí al ageno.

XV.

El Asno cargado de Reliquias.

De Reliquias cargado
Un Asno recibia adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado,
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave, y lo severo
Que se manifestaba
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor Jumento,
Que solo va en honor, aunque lo sientas
De la sagrada carga que sustentas.

Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo, ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere,
Porque todos le bajan la cabeza;
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor jumento, no se engria tanto,
Que si besan la peana, es por el santo.

XVI.

La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
Con un rugir continuo y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dícela un Oso: Escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa,

O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Júpiter airado?
¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo la mas infeliz de los nacidos
¿Cómo no moriré desesperada,
Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!
¡Ola! ¿con qué eso es todo?
Pues si se lamentasen de ese modo
Las madres de los muchos que devoras,
Buena música hubiera á todas horas.
Vaya, vaya, consuélate como ellas;
No nos quiten el sueño tus querellas.

A desdichas y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no obstante le parece
Que de esta ley una excepcion merece:
Asi nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es agena.

XVII.

Los Gatos escrupulosos.

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuf y Zapiron
Se comieron un capon,
En un asador metido.
Despues de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarian con prudencia
En comerse el asador.
¿Le comieron? No, señor;
Era caso de conciencia.

XVIII.

El Perro y el Cocodrilo.

Bebiendo un Perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corria:
« Bebe quieto, » le decia
Un taimado Cocodrilo.
Díjole el Perro prúdente:
« Dañoso es beber y andar;
¿Pero es sano el aguardar
A que me claves el diente? »

¡O qué docto Perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

XIX.

La Moda.

Despues de haber corrido
Cierto danzante mono
Por cantones y plazas
De ciudad en ciudad el mundo todo,
Logró (dice la historia
Aunque no cuenta el cómo)
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viagero
Reciben con mas gozo
Que á Pedro el Czar los rusos,
Que los griegos á Ulises generosos.
De leyes, de costumbres
Ni él habló, ni algun otro
Le preguntó palabra;

Pero de trajes y de Modas todos.
En cierta gerigonza,
Con extrangero tono,
Les hizo un *gran detalle*
De lo mas *remarcable á los curiosos*.
Empecemos (decian)
Aunque sea por poco.
Hiciéronse zapatos
Con cáscaras de nueces por lo pronto.
Toda la raza mona
Andaba con sus choclos,
Y el no traerlos era
Faltar á la decencia y al decoro.
Un leopardo hambriento
Trepa por los monos:
Ellos huir intentan
A salvarse en los árboles del soto.
Las chinelas lo estorban,
Y de muy facil modo
Aquí y allí mataba,
Haciendo á su placer dos mil destrozos.
En Tetuan desde entonces
Manda el senado docto
Que cualquier uso ó moda
De paises cercanos ó romotos,
Antes que llegue el caso
De adoptarse en el propio,
Haya de examinarse
En junta de políticos á fondo.

Con tan justo decreto,
Y el suceso horroroso
¿Dejaron tales Modas?
Primero dejarian de ser monos.

XX.

El Lobo y el Mastin.

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponian
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querian
A un Lobo por el bárbaro delito
De no dejar á vida ni un cabrito.
Hallóse cara á cara
Un Mastin con el Lobo de repente:
Y cada cual se pára,
Tal como en Zama estaban frente á frente
Antes de la batalla muy serenos
Anibal y Scipion: ni mas ni menos.
En esta suspension treguas propone
El Lobo á su enemigo.
El Mastin no se opone;
Antes le dice: Amigo,
Es cosa bien extraña por mi vida
Meterse un señor Lobo á cabricida.
Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al jabalí, que venza al oso.
¿Mas qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?
El Lobo le responde: Camarada,
Tienes mucha razon: en adelante
Propongo no comer sino ensalada.
Se despiden, y toman el portante.
Informados del hecho
Los pastores se apuran y patean:
Agarran al Mastin y le apalean.
Digo que fué bien hecho;
Pues en vez de ensalada en aquel año
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.

¿Con una reprension, con un consejo
Se pretende quitar un vicio añejo?

XXI.

El Ruiseñor y el Mochuelo.

Una noche de mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde segun reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenia
Su habitacion Morfeo:
Cuando todo viviente
Disfrutaba del dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos zelos.
Despues de mil querellas,
Que llegaron al cielo,
A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo,
Cuando sin saber cómo
Un cazador Mochuelo
Al músico arrebata
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamas Pan con la flauta
Igualó sus gorgeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo:
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudian su muerte: yo lo creo.
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese á despertarme

Mientras que yo dormia en blando lecho,
En lugar de los *bravos*,
Diria : Caballero,
¡ Qué no viniese ahora
Para tal Ruiseñor algun Mochuelo !

Clori tiene mil gracias,
¿ Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

XXII.

El Gato y el Cazador.

Cierto Gato en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino,
(Que no seria Gato de convento)
Pasó de ciudadano á campesino,
Metióse santamente
Dentro de una cobacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el noble ermitaño
Probaria la yerba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un Cazador lo advierte : le persigue :
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero :
Quiere darle la muerte :
El animal le dice : Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito,

Metido en la prision y sin delito. —
¿Sin delito me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes? —
Señor, eran conejos y perdices;
Y yo no hacia mas, á fé de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.—
Ea, pícaro, muere,
Que tu mala razon no satisface.

Con que sea la cosa que se fuere
¿La podrá usted hacer si otro la hace?

XXIII.

El Pastor.

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año
Y por oirle el rebaño
Se olvidaba de pacer.

Mejor seria romper
La zampoña al tal Salicio:
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mayor habilidad
En vez de virtud es vicio.

XXIV.

El Raposo y el Lobo.

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado,
Que perdió las suyas
Allá en Campo Santo.
Un Lobo le dijo:
Ola, buen hermano,
Diga ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
¡Ay de mí! (responde)
Un maldito rastro
Me llevó á una trampa,
Donde por milagro,
Dejando una pierna,
Salí con trabajo.
Despues de algun tiempo
Iba yo cazando,
Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo.
El lobo le dice:
Creíble es el caso.

Yo estoy tuerto, cojo,
Y desorejado
Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas de entrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño.

¡Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos pase;
¡Pero á los humanos!

NOTICIA DE D. FELIX MARIA DE SAMANIEGO.

Nació en la villa de Laguardia, en la Rioja, á 12 de octubre de 1745. Fueron sus padres don Felix Sanchez Samaniego y doña Juana María Zabala, natural de Tolosa de Guipuzcoa. Como hijo mayor heredó los mayorazgos de su casa, y fué señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion : estudió dos años de leyes en Valladolid : viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó despues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del conde de Peñaflorida y del marques de Narros, sus parientes y fundadores de la Sociedad Bascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socios de número desde el año de 1765 en que residia en Laguardia. Vivió despues muchos años en Bilbao por haber contraido allí su matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número, concurria á las juntas generales que todos los años celebraba la sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número; y entonces fué cuando comenzó á escribir sus Fábulas, acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782, le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una bajilla de plata tasada en cuatrocientos mil reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinteres le hizo rehusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tio, el conde de Peñaflorida, coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viage que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad

el tomo segundo que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784. Entretanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*: habíanse indispuesto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las Fábulas literarias*, y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzman*, las *Memorias de Cosme Damian* contra el prólogo del teatro de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última en fermedad. Extremamente aficionado á la música tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion, improvisaba con chiste y oportunidad; y falleció en Laguardia á 11 de agosto de 1801[1].

Samaniego tiene no solo el mérito de haber sido el primero entre los españoles que publicó una coleccion de fábulas (hartas veces reimpresa), sino de haberlo desempeñado con tanto acierto que ha quedado el escritor favorito de su nacion en este género de poesía. Asi dice de él el célebre crítico *Quintana*, comparándole con Iriarte, con tanto acierto como elegancia: «Él no ponia en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecucion, igual mérito de invencion y de oportunidad que el que luce en las Fábulas literarias: Samaniego procede con mas abandono, y á veces con descuido y desaliño: pero ¿con cuánta mas gracia, con cuánta mas poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto mas jugo y flexibilidad? Iriarte cuenta bien, pero Samaniego pinta: el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos: pero el uno los busca, el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo: en fin el colorido con que Samaniego viste sus pinturas y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamas al donaire, á la sencillez, á la claridad, ni al despejo. Si en él hubiera algo de mas candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remontarse á veces La Fontaine sin dejar de ser fabulista, si diera en fin mas perfeccion á sus versos cortos, que no corren cuando los escribe solos con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, seria difícil negarle el primer lugar entre los mas felices imitadores del fabulista fránces. Aun asi ¿quién se le podrá disputar? Por opinion y por uso ya sus fábulas se han hecho clásicas, no hay niño que no las aprenda con facilidad y con gusto, no hay hombre hecho que no les tenga aficion, las ediciones se repiten á porfía, y el gran calificador del

[1] Esta Noticia, compuesta por el señor don *Martin Fernandez de Navarrete*, está insertada en la Coleccion del señor don *Manuel Josef de Quintana*, la cual va aquí reimpresa al pie de la letra.

mérito de los escritos, el tiempo, confirma cada dia mas el feliz desempeño del autor en el útil y noble objeto que se propuso. »

La mayor parte de sus fábulas son traducciones ó imitaciones de las de Esopo, Fedro, La Fontaine y Gay : pero hay tambien algunas de su propia invencion. Su *Pintura del desierto de Bilbao* llena de chiste y donaire, está impresa en la Biblioteca selecta de Lit. esp.... por los señores don *P. Mendibil* y don *M. Silvela* (tom. IV, p. 586).

POESIAS

DE

D. FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

DÉCIMAS.

I.

Receta segura contra la hipocondría.

Vida honesta y arreglada,
Hacer muy pocos remedios,
Y poner todos los medios
De no alterarse por nada:
La comida moderada,
Ejercicio y diversion,
No tener aprehension,
Salir al campo algun rato,
Poco encierro, mucho trato,
Y continua ocupacion.

II.

A un gloton que jamas comia en su casa.

O tú, almacen general,
Que en pitagórica empresa
Trasmigras de mesa en mesa,
Como embudo racional;

Allá en el ancho canal
De tu estómago portátil,
Se halla un ácido volátil,
Tal, que en cualquiera funcion
Digiere con perfeccion
Hasta los huesos de dátil.

III.

Sistema de pretendientes.

Hacer gala placenteros
De títulos honorarios,
Y aprender por diccionarios
La ciencia de los libreros:
Importunar lisonjeros
Con teson impertinente,
Cultivar un buen agente,
Dar con diligente modo
Memoriales para todo,
Y esperar eternamente.

IV.

Calle de San Anton.

Perros, borricos y machos,
Viejas horribles y eternas,
Bodegoncillos, tabernas,
Y suciedad de muchachos;
Gran número de borrachos,
Juramentos y disputas,
Cáscaras de varias frutas,
Verduleras y cabreros,
Muchos chiquillos en cueros,
Y rabaneras astutas.

V.

El Español.

El Español es honrado,
Es esforzado y valiente,
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado,
Es obediente y callado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y advertido,
Y con tal disposicion,
Por falta de aplicacion,
Es un tesoro escondido.

VI.

El Portugues.

Cree el Portugues finchado
Que es mas que un rey de otra parte,
Que sujeta al mismo Marte,
Y que al mundo ha dominado:
Que á todos la ley ha dado,
Que es mas fuerte que Sanson,
Mas sabio que Salomon,
Y creyendo lo que ves,
Todo, todo esto es
Un terrible mentiron.

FABULAS.

I.

El Perro y el Cordero.

Un Perro se encontró con un Cordero,
Y por su natural sucia costumbre

Le olió por el trasero;
Él lo suplió con simple mansedumbre,
Pero el perro villano
Se enojó, é inhumano
Al cordero mordió, y el pobre dijo:
¿Porqué me muerdes, dí, qué mal te he hecho?
Yo en nada te ofendí, segun colijo,
Y el Perro respondió muy satisfecho:
Porque me oliste mal, y me he enfadado;
Y respondió el Cordero desdichado:
Si hueles lo peor, ¿qué culpa tengo?
Por cualquiera otra parte que me olieras,
Me hallaras aseado,
Pero tus mañas fieras,
Como son de morder, lo peor huelen.

¡Cuántos críticos hay que hacerlo suelen!

II.

El Labrador y el Rio.

Un Rio salió de madre,
Y un Labrador muy experto
Le dejó que se extendiese
En vez de poner remedio.
Reprobaban su descuido
Sus incautos compañeros,
Y el Labrador les decia:
Dejadme, que yo me entiendo.
Con la gran inundacion
Se regó todo el terreno,
Y el Labrador precavido
Sembró con tino discreto
En la tierra sazonada,
Trigo, cebada y centeno.
Correspondió la cosecha
A medida del deseo;
Y entonces los que lo veian

Decian de asombro llenos:
La prudencia de este hombre
Fué el orígen de este acierto,
Pues vemos que en este caso,
Sacó del daño provecho.

Iba hacer el fabulacio,
Y me dijo mi tintero:
Déjalo, no es menester,
Pues no hay quien entienda eso.

III.

El Buey y la Rana.

Una Rana sosegada,
Vivia entre unos juncales,
A donde se acercó un Buey
Muy manso, pesado y grave.
La Rana se estuvo quieta,
Y ajustaron amistades,
Fiada la Rana en su
Mansedumbre inalterable.
Echóse el Buey á dormir
Junto á ella; pero el diantre
Hizo que diese una vuelta
Y sin querer la estripase.
Lloraba el Buey la desgracia,
Y la Rana entre fatales
Agonías, le decia:
Yo agradezco tus pesares,
Pero si acaso no muero,
Tendré presente en mis males,
Que (por muy buenos que sean)
Para evitar estos lances,
Es preciso vivir lejos
De los grandes animales.

IV.

Fábula sin fabulacion.

Huia una Zorra
De un Burro palomo,
Y no hacia caso
De un crecido Toro.
Admirado de ello
La pregunta un Lobo:
¿Porqué desconfias
De animal tan soso,
Que á nadie acomete,
Y fias del otro,
Que puede matarte
Tan solo de un soplo?
La Zorra responde:
Porque ese es un monstruo
Que no me hace daño
Si no le provoco.
El otro es muy manso,
Yo bien lo conozco,
De genio apacible,
Semblante amoroso,
Sosegado, grave,
Y amable por todo;
Pero él es temible,
Porque él es muy tonto.

EPIGRAMAS.

I.

A un correo.

Aguanta, sufre y espera,
Que al fin te habrán de premiar,
Pues no te podrán negar
Que eres hombre de carrera.

II.

Epitafio para un tabernero.

Aquí yace un tabernero,
Que en los minerales de agua
Supo encontrar para sí
Las minas de oro y de plata.

III.

A un alférez arrestado por ser cortejo de una señora casada.

De su arresto tan violento
Dicen que la causa ha sido
El ser contra reglamento
Alférez de un regimiento,
Y ayudante de un marido.

IV.

A la pesada urna de plata de una santa.

Si con tanta plata pesa
Una muger, siendo santa,
¡Cuánto no pesarán otras
Sin serlo, y sin tener plata!

V.

Los cañones

Estos cañones de bronce,
Mas que de cisne elocuentes,
Son para persuadir
Cicerones de los reyes.

VI.

A un clérigo que cantaba el Pater noster, *muy desentonado.*

Tan mal cantó el *Pater noster*
Que nunca el coro entonado
Respondió con mas razon :
Sed libera nos à malo.

VII.

Confesion ingénua de una muger jóven.

A un viejo quiero y á un mozo,
Aunque por distinta ley;
Pues al mozo es por su cara,
Y al viejo por la del rey.

VIII.

Las cuatro urgencias mas inevitables del hombre.

Las cuatro mas necesarias
Urgencias del hombre son
A mi corto parecer,
Hambre, sed, sueño y amor.

IX.

A un hijo de Madrid muy pesado, muy sordo y muy necio.

Musas, á todos decid,
Y decidlo con empeño,
Que este en vez de madrileño,
Es un leño de Madrid.

X.

El gentío que concurre á pasearse al Prado.

En la baraja del Prado
Hay muchos bastos y copas,

Pocos oros, muchos ases,
Malillas siempre de sobra,
Y con los inmensos coches
Arrastres á todas horas,
Algun caballo de espadas,
Ningun rey, y muchas sotas.

XI.

A un cocinero que se habia separado de su muger.

Mal á su muger queria
Un cocinero afamado,
Y acaso consistiria
En que él guisados hacia,
Y ella algun desaguisado.

XII.

A la muerte del autor para cuando llegue el caso.

Mi epigramático genio
Pide á Dios con eficacia,
Que cuando llegue la hora,
Sea en su divina gracia
Mi muerte tan breve y buena,
Como el mejor epigrama.

MADRIGAL.

A cierto amigo de las señas siguientes:

En tu escasa fortuna te imagino
El hombre afortunado,
Que en este mundo inquieto
Puede vivir mas quieto,
Alegre y descuidado;
Pues en todo parage y ocasiones,

Para vivir tranquilo sin segundo,
Tu pobreza te libra de ladrones,
Tu pequeño destino de envidiosos,
Y tu fea muger de licenciosos:
Ve si hay mas que temer en este mundo.

NOTICIA DE D. FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

Natural de Zaraicejo, provincia de Extremadura, debió su primera instruccion á su tio don Gregorio de Sálas, canónigo de la catedral de Placencia. Fué capellan mayor de la real casa de Recogidas de Madrid, y académico honorario de la real academia de San Fernando.

El príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Sálas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes, en donde falleció á fines del siglo próximo pasado.

Entre sus obras son las mas señaladas su *Observatorio rústico*, publicado por primera vez en Madrid en 1772, y reimpreso muchas veces en varios lugares, como por ejemplo la décima edicion en Madrid, año de 1830, y la *Coleccion de sus Epigramas, y otras poesías críticas, satíricas, y jocosas* de que se imprimió la primera edicion en Madrid, año de 1792, y la cuarta en 1827[1].

El *Observatorio rústico* es una égloga, dividida en seis partes, en donde se hace una descripcion de la vida del campo, á que fué muy apasionado. Copió en él servilmente á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla, y por esta demasiada naturalidad toca en lo trivial y rastrero.

Ensayóse con mas acierto y tino en la poesía satírica y jocosa, y especialmente entre sus epigramas se hallan algunos muy graciosos. « Su persona valia mas que sus escritos, » dice de Sálas *Moratin* el mozo, que compuso un epitafio para él (*Obras de L. F. de Moratin*, Madrid, 1831. Tomo IV, pág. 87 y 350-351).

[1] Véanse las demas obras suyas registradas en la mencionada *Biblioteca española de Sempere*, tomo V, art. SALAS.

POESIAS

DE

D. LEON DE ARROYAL[1].

ODAS.

I.

De mi mismo.

No canto á las orillas
Del Tórmes, ni de Adaja,
Ni mis ecos suspenden
La fiera en la montaña.
Tampoco con adufe
Celebro las majadas,
Ni levanto mis voces
Al ruido de las cajas.
Que canto seguidillas
Al pie de una tinaja,
Y suspendo mosquitos
Al son de mi guitarra.

II.

De mi vocacion.

Al compas de atambores
Marcha el fuerte soldado
A sufrir los rigores
Del enemigo airado.
Se expone despechado
Del cañon á la frente:
Siempre se halla impaciente,
Cansado, triste, hambriento,

[1] Las circunstancias de su vida nos son del todo desconocidas; solo sabemos que floreció en la segunda mitad del siglo próximo pasado. Imprimió dos tomitos de Poesías (Odas, Epigramas; Madrid, 1784; 8º). Sus odas carecen, es verdad, por la mayor parte de gala y fuerza, pero se nota en alguna que otra, facilidad, sencillez, y un cierto giro epigramático. Este rumbo que cuadraba mas con su ingenio agudo, siguió Arroyal en los « Epigramas, » y aun estos suelen ser ingeniosos por el pensamiento mas bien que por su fluidez y dulzura poética.

Calorado, y sediento.
Fiero entra en la batalla,
Y avanza á la muralla :
Gasta el verdor primero
Siguiendo al Dios guerrero,
Y solo le divierte
La pavorosa muerte.
Mientras el aldeano
En su pajiza choza
Con sosiego y paz goza
De su esposa la mano :
Mírase alegre y sano,
Sin pensamiento triste ;
Su ganado le viste,
Y da queso sabroso,
Que come con reposo,
Y con lo que ha heredado
De todo está sobrado ;
Y su querida esposa,
En union amorosa
Y suaves delicias
Le halaga con caricias :
Los hijos le rodean,
Y todos le recrean.
Mas por bien empleado
Tomara yo aquel susto,
Renunciando este gusto,
Por no verme casado.

III.

De mí mismo.

Pregúntame Licimnia :
¿ Qué, don Leon, adviertes
En nosotras, que andas
Rehuyéndonos siempre?
¿ Acaso juzgas somos
Serpientes las mugeres?
¿ O tigres y panteras
Del Cáucaso eminente?
¿ Acaso las ternuras
De nuestro trato alegre,
Naturalmente amable,
A tí solo te ofenden?
¿ Acaso nuestras voces,
Que al mas duro enternecen,
Evitas, como canto
De sirenas crueles?
¿ Acaso somos agrias,
Cual vinagre del Bétis?
¿ O bien acaso amargas
Te somos como hieles?
¿ Por qué, dí, por qué causa
Nos odias y aborreces?
¿ Porqué, dí, no nos amas?
¿ Porqué, dí, no nos quieres?
Pero yo le respondo :
No con acaso aprietes;
Huyo porque os quiero
Mas de lo que conviene.

EPIGRAMAS.

I.

A don Roque.

Pregúntasme, don Roque, ¿ cuándo pienso
Buscar una muger para casarme ?
Ahora aun soy mozo, y es temprano,
Luego ya seré viejo, y será tarde.
Temprano es para el mozo, si no tiene
De un sabio viejo la prudencia grande;
Y tarde para el viejo en no sintiendo
La robustez de un mozo y el corage.

II.

De los médicos.

No sin misterio toga en Salamanca
Los médicos se visten gravemente;
Para que asi conozca quien los mire,
Que son los consejeros de la muerte.

III.

De un buen hombre.

Al salir un buen hombre de una corte,
Donde observó costumbres, trato y porte,
A verla muchas veces se volvia;
Y como de uno fuese preguntado
En qué tanto mirarla consistia,
Dijo : Sabed que estoy avergonzado
Al ver que he estado en el burdel un dia.

IV.

A Severo.

Si un horadado cuerno de carnero
Sembrándole da espárragos, Severo,

Adonde entierren, dí, tu calavera,
¿No nacerá una grande esparraguera?

V.

A Ramon.

¡O si explicar pudiera mi contento
Por tu feliz y amable casamiento!
¿Qué otra apetecerias por esposa,
Que una dama que es jóven, rica, hermosa
Y discreta? Ramon, eres dichoso,
Y á nadie estarle debes envidioso;
Aunque si lo miramos con cordura,
Al ver tu fealdad y su hermosura,
Vendremos á sacar, que en varios modos,
Tú serás suyo, ella será de todos.

VI.

De los casados.

Dos dias tienen buenos los casados,
Y son el que se casan y se entierran:
El uno porque ignoran lo que yerran,
El otro porque estan desengañados.

VII.

A un casado.

Como el asnillo é Isis, tú y tu esposa
Sois; y como tú llevas á la Diosa,
No por tí, sí por ella, los sombreros
Te quitan los soberbios caballeros;
Y presto añadirán, por mas decoro,
El echarte la capa como á toro.

VIII.

A Lucia.

Si contamos tu edad por tus cabellos,

Cumples, Lucía, si es que no me engaño,
Unos catorce, ó quince en este año.

IX.

A Paula.

Quieres con Don Juan casar,
Paulilla, y lo entiendes bien:
No quiere él matrimoniar,
Don Juan lo entiende tambien.

X.

De mi mismo.

De la pasion del amor
Me resultó calentura;
Pero aunque intentó la cura,
Nunca la acertó el dotor;
Que no alcanza á lo interior
Toda la medicatura.
Viendo su cura prolija
Ineficaz, á Galeno
Maldijo de furor lleno;
Mas yo dije: No se aflija,
Recéteme usté á su hija,
Verá como quedo bueno.

XI.

De Ines.

Al ir á saltar las aguas
Del Zurguen la bella Ines,
Quiso mostrarnos los pies,
Y echó á volar las enaguas.
Mas yo luego al reparar
Tal accion, miré á unas peñas,

Y dije : No quiero señas
De casa en que no he de entrar.

XII.

De Juan.

Segun Juan es comedor,
O es donado, ó cazador.

XIII.

A Luisa.

Una palma, Luisa, tienes
Muy bordada, aunque pequeña,
En tu balcon, que esta seña
De tu doncellez mantienes.
Pero si se ha de decir
Claro el modo de pensar,
Luisa, llego á maliciar
Quiere al dátil aludir.

XIV.

A Juan.

Al punto que te casaste
Entró el sol en Capricornio.
Juan, tu muger es muchacha,
Tú viejo : ergo... no eres bobo.

XV.

De una niña.

Una contradanza, en misa
Oyendo cierta mañana,
Dijo una niña á su hermana,
Va á bailar el cura, Luisa.

XVI.

De Don Tadeo.

Alegre y sano conmigo
Cenó á noche Don Tadeo,
Y esta mañana en su catre
Diz le han encontrado muerto.
¿Y quieres saber la causa
De un tan hórrido suceso?
Es que al médico Don Jorge,
Dicen que le vido en sueños.

XVII.

A Don Pablo.

Por adquirir fama expones
Hacienda y honra, Don Pablo:
No haya miedo que yo anhele
Viendo que cuesta tan caro.

XVIII.

A Don Sebastian.

Noble eres, Don Sebastian,
En tus enredos lo dices,
Y ser plebeyo desdices
En lo pobre y holgazan.

XIX.

De los sabios del dia.

A la espuma se parecen
Muchos sabios de estos tiempos:
Si se les mira, montañas,
Y si se les toca, viento.

XX.

A Juan.

Mucho ofreces, nada das:
Mucho hablas, nada cierto:
Mucho debes, nada pagas:
Juan, muestras ser caballero.

XXI.

A Ines.

Por la feria todo el dia
Vas los pechos descubriendo;
Ines, mejor es que digas
A voces: ¿Quién compra pechos?

XXII.

De los reyes.

Servir y amar á los reyes
Es una cosa muy buena;
Pero mirarles la cara,
Solamente en la moneda.

XXIII.

A Simon.

A soldado de marina
Te han destinado, Simon:
A soldado de bodega
Hubiera sido mejor.

XXIV.

A Alfonso.

Por no ir á Oran te has casado,
Alfonso, y no has hecho bien;

Pues te irá en el matrimonio
Mucho peor que en Argel.

XXV.

De Antonia.

Opilada está Antoñita
De comer tierra, es muy cierto;
Porque á la verdad los hombres
No creo sean de queso.

XXVI.

De Catalina.

Preñada está Catalina,
Y sin duda será bello
El chiquillo: pues á hacerle
Mil maestros concurrieron.

XXVII.

De los hipócritas.

Aunque la culebra arrastra,
Si la pisan, silba y muerde:
¡Cuántos humildes del mundo
Obran de la misma suerte!

XXVIII.

De Juana.

Temiendo que mal de ojo
Le hiciesen á su marido,
Le puso Juana dos higas,
Y libróle del peligro.

XXIX.

De Don Rodrigo.

Ser brigadier Don Rodrigo
Quiere sin ir á campaña,
Sin oir un cañonazo,
Y sin sentir una bala;
Bien que su mérito tiene
Patente en seis cuchilladas:
Tres en los paises bajos,
Tres arriba en la garganta.

XXX.

De los pretendientes.

Son como los relojes
Los pretendientes,
Que en el dar bien consiste
Que los aprecien.
Y si cesa el dar,
Para archivo de polvo
Vienen á quedar.

POESIAS

DEL

CONDE DE NOROÑA.

ANACREONTICAS.

I.

A una Mosca.

O Mosca, que revuelas
En torno de mi Amira,
Que siempre la acompañas,
Que sus secretos miras;
Tú que el sueño la robas
Cuando está mas dormida
Con tus sutiles alas,
Haciéndola cosquillas;
Tú que su mano tocas;
Tú que su pecho picas;
Que en su cabello juegas;
Que besas sus mejillas;
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almíbar
De sus rosados labios,
Donde el Amor habita;
¡Ay! ¡si tuvieras mi alma,
Cuánta fuera tu dicha!
¡Y si yo tu licencia,
Qué de cosas no haria!

II.

Duracion de las protestas de amor.

La zagaleja Cloë
En el mayo oloroso
A Dametas juraba
Que le amaria solo.
No habrán, no, le decia,
En todo el mundo estorbos
Capaces de aterrarme,
O zagalejo hermoso.
Diciendo estas razones,
Vuelve tierna los ojos,
Le mira, los abaja,
Y se le enciende el rostro,
Y cogiendo una rosa,
Que en su pecho precioso

Tenia colocada
Por señuelo, y adorno,
En una de sus hojas
Aquel voto escribiólo,
Sirviéndole de pluma
Su fino rascamoño.
Mas Céfiro, que estaba
Dando vueltas en torno
De las pintadas flores
Con mil juegos donosos,
De sus dedos süaves
Con un ligero soplo
La arrebata en un punto
La hoja, el amor y el voto.

III.

De una boca.

Es tu graciosa boca,
Amada pastorcilla,
Como el panal sabroso,
Que la abeja fabrica;
Porque de frescas flores
Le compone, y destila
Süave miel, que exhala
Una fragancia fina.
Pero por parecerte
Aun mas á la avecilla,
Cuando quieren robarla
Hieres con osadía.
¡ Ojalá que en un todo
La fueses parecida!
Que temiendo la muerte
Tal vez no picarias;
Y entonces sin el miedo
Del aguijon podria
El que fuese goloso
Hartarse bien de almíbar.

CANCION.

Dichas soñadas.

En la márgen florida
Del sacro rey de rios Bétis claro
Me encontré con un bosque delicioso;
La rama entretegida
De los rayos del sol era reparo,
Y lo hacia tan fresco como umbroso;
Convidóme al reposo
Su augusta soledad, su dulce calma,
Que de placeres inundando el alma,
Parece que en silencio me decia,
Que en su ámbito hallaria
Lo que con vivas ansias deseaba;

Y en la yerba mi cuerpo reclinaba.
  Cuando del centro espeso
Veo venir á Vénus, rodeada
De infinitos Cupidos retozones;
Cual con vuelo travieso
Su crencha agita al viento encomendada;
Cual va tirando en derredor arpones;
Cual prepara prisiones
De lirio, rosa, y arrayan florido;
Cual corre persiguiendo divertido
Las siempre revolantes mariposas;
Y cual con oficiosas
Manos el carro de coral marino
Dirige por el aire cristalino.
  Al arrullo lascivo
De las blancas palomas, que conducen
A la madre inmortal de la hermosura,
En mi pecho percibo
Mil ansias, que sus ecos me producen,
Llenando mis sentidos de amargura.
Entonces, con dulzura
Asiéndome la mano Citerëa,
Con ósculos süaves me recrea;
Y me afirma que viene solamente
Para que experimente
Hasta donde su amor llega conmigo;
Y ven, me dice, ven; callo, y la sigo.
  Penetro la espesura;
Y un nuevo encanto ofréceme el sentido
En una hermosa gruta, fabricada
Con tan extraña hechura,
Que no la iguala aquella, donde Dido
Vió su fé conyugal rota y manchada;
Ni la tan celebrada
De la diosa Calipso, pues excede
A cuanto el labio humano decir puede.
Yerbas, flores, maderas olorosas,
Y todas cuantas cosas

Tiene natura de mas precio estaban
En la gruta, y sin órden se mezclaban.
De esto mismo nacia
Una cierta belleza inimitable
Que la vista, y agrado variaba;
El sol no se atrevia
A introducir sus luces, ni era dable,
Que una suave oscuridad reinaba.
Atento lo miraba;
Cuando advierto salir del hondo de ella
Mi dulce lumbre, mi radiante estrella,
Dando á las flores y á las plantas vida.
No tan bien recibida
Es la Aurora tras noche tenebrosa,
Como de mí lo fué mi Lesbia hermosa.
Con los brazos la hubiera
Mostrado mi placer; pero mi anhelo
Conturve por respeto de la diosa:
Al fin de esta manera
Mi afan la dije, libre de recelo:
Mármol de Paros, purpurada rosa,
Esencia deliciosa,
Aljófar nacarado, rubí ardiente,
Cercos preciosos de ébano luciente,
Rayos vibrantes, gracia seductora,
Mi vida, mi señora
Solamente se llena mi deseo
Cuando á mi lado, y con amor os veo.
La vista vergonzosa
Alzó, miróme; mas la voz turbada
No la dejó expresar su sentimiento:
Conociólo la diosa;
Y á la gruta llevónos preparada
Para acabar allí nuestro tormento.
Al punto por el viento
Los Cupidos cruzaron revolando,
Hácia la estancia del placer guiando:
Abriéronse de par en par las puertas

De flores mil cubiertas,
Y en su recinto penetrando ufano,
Conduje á Lesbia asida de la mano.
Las Gracias desceñidas,
Y de oscuras violas coronadas,
Estaban afanosas trabajando;
Con almohadas mullidas,
Finos encajes, telas delicadas
Un tálamo nupcial aderezando;
Y cual rocío blando
Encima derramaban con aseo
El sudor de Pancaya, y el sabeo,
Y del Hibla las flores olorosas.
Quedaron silenciosas,
Esperando los dulces desposados;
Y de su afan nosotros admirados.
Cuando acercarse veo
Con pie ligero un jóven agraciado,
Cual nunca presentóseme á la mente
El alado Himeneo,
Con el rubio cabello destrenzado,
Y en la mano una antorcha reluciente
Ardiendo dulcemente;
Y cuando en derredor la sacudia
Tal fragancia en la gruta se esparcia,
Que el sentido en amor se embriagaba.
Lesbia la contemplaba
Con alma absorta, pecho palpitante,
Y cubierto de rosas su semblante.
El mancebo gracioso
Las manos nos unió. Basta, nos dijo;
Respiren vuestros tiernos corazones;
Porque un fin delicioso
Con mis coyundas al afan prefijo,
Que os causan las amantes sensaciones.
Echad los eslabones,
Cupidos, y cerrad las recias puertas;
No para el vulgo vil queden abiertas,

Que ve mis santos ritos con sonrisa;
Y caminad aprisa
A detener á Febo, que no es justo
Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
Salieron los Cupidos;
Y, revolviendo el eje poderoso,
Las puertas al cerrarse resonaron.
Mis miembros, sacudidos
Con el golpe, perdieron el reposo,
Y mis cansados ojos despertaron;
El lecho rodearon,
Y ya nada encontré de cuanto habia.
Asi suele mi ardiente fantasía
Presentarme los gustos con empeño;
Y cual ligero sueño
Huirse de mi vista acelerados.
¡Ay gustos para mí siempre soñados!

ODA.

A la paz entre España y Francia en 1795.

La Discordia levanta su cabeza
De víboras crinada,
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza,
La turbia Estigia crece
Y el tenebroso Averno se estremece.
A su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La muerte horrible con presteza sube
En su carro fatal; y conducida
Por la espantosa guerra
Hace gemir los polos de la tierra.
En pos de ella caminan la hambre fiera,
La miseria afanosa,
La devorante fiebre, la ambiciosa
Gloria, el furor, la rabia carnicera,

Y todos cuantos males
Comprimen con la guerra á los mortales.
  En medio eleva su orgullosa frente
Desnuda y descarnada;
De fuego y hierro la derecha armada,
La mueve en derredor rápidamente,
Y las riendas tomando
A sus negros caballos va incitando.
  Tascan el freno, con rabiosa espuma
Bañan el ancho pecho;
Tiran, se afanan, corren con despecho,
Que el látigo sonante los abruma:
Su intrépida carrera
Enciende el eje cual si arista fuera.
  Todo es fuego y furor: todo se llena
De horrorosa matanza:
Ya en medio de la Galia se abalanza,
Con sangre humana enrojeciendo el Sena,
Ya en su centro se irrita,
Desploma el templo, el trono precipita.
  Ya revuelve su carro fulminante
Hácia el belga animoso,
No le deja un momento de reposo,
Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante
Le arranca en solo un día
Lo que antes en cien años no podia.
  Ya de la altiva Albion derriba al suelo
Las huestes sanguinosas,
Que ganando las playas arenosas
Al mar se arrojan con medroso anhelo,
Y en sus naves veleras
Abandonan confusas sus riberas.
  Ya los muros de hielo que á su paso
El bátavo le opone
Osada pisa, y en su suelo pone
El victorioso pie, su cuello laso
El holandes inclina;
Le abate, y hácia el Rhin veloz camina.

Allí como un torrente impetuoso
Cuanto encuentra arrebata,
Y tala y quema y desordena y mata.
El robusto aleman, y el belicoso
Prusiano se retiran,
Tiemblan al verla, con rubor se admiran;
Y los Alpes tambien al grave peso
Bajan la erguida cima,
Pasa la presta muerte por encima
Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso;
Y queda sin aliento
El sardo á tan activo movimiento.
Asi el frances guerrero conducido
Por la tremenda muerte
Aterra al animoso, rinde al fuerte,
Y sumerge en el seno del olvido
Todas cuantas victorias
Al griego y al romano dieron glorias.
Y tú, España valiente, que infundiste
Terror al lacio imperio;
Tú, que del sarraceno cautiverio
La pesada cadena destruïste,
Y con ardor guerrero
Humillaste á tus pies otro hemisfero;
Tú que te viste del frances triunfante,
Y con marcha atrevida
Ya del Tec enfrenaste la corrida,
Ya diste espanto al Canigó gigante,
Mil laureles cogiendo
Cuando la Europa toda estaba huyendo:
¿Tú, pálida y errante? ¿Tú, aterida
Sueltas la ardiente espada
Y te ves del contrario atropellada,
El ropage pisada, desceñida,
Destrenzado el cabello,
Rotas las joyas del hermoso cuello?
¿Qué tienes? ¿Dí, levantas á los cielos
Tus ojos lagrimosos,

Exhalas mil suspiros dolorosos?
¿ No encuentras ¡ay! alivio á tus desvelos?
¿ Tuerces las blancas manos?
¿ Tus males son tan fuertes, tan tiranos? —
« ¡ Lo son tanto!... ¿ No miras ya la cumbre
Del nevado Pirene
Por el galo ocupada? ¿ Cómo viene
Bajando con inmensa muchedumbre?
¿ Que el polvo roba el dia
Y ensordece su horrenda gritería?
¿No miras que á su impulso el fuerte muro
Cede, se abre, le abriga?
¿ No ves la hambre, la sed, y la fatiga?
¿ No ves que no hay asilo ya seguro,
Y que el Ebro espantado
No pone diques al frances osado?
¿ No ves la reja dura abandonada
En los surcos primeros,
Sin pastores balando los corderos,
Los talleres desiertos, profanada
La estancia de las Musas,
Y á ellas girando en derredor confusas?
¿No ves ya solos los paternos lares,
Los techos humeando,
Los caminos, las sendas ocupando
Ancianos y mugeres á millares,
Que huyen horrorizados
Del sangriento furor de los soldados?
El tierno niño de la veste asiendo
De la madre azorada
La detiene en su fuga acelerada,
Y sus brazos con llanto está pidiendo;
Mas ella no le escucha,
Que el tiempo es corto y la congoja mucha.
Las vírgenes honestas y encogidas
Rompiendo la clausura
Exponen su recato y hermosura
Andando acá y allá despavoridas;

Que la flor delicada
Expuesta al cierzo en breve se ve ajada.
¡ Qué! ¿ Serán otra vez los templos santos
Con rabia destruidos ?
¿ Mis hijos á cadenas reducidos ?
¿ Volverán á mi seno mis quebrantos ?
¿ Dios para mi castigo
Renovará los tiempos de Rodrigo ? » —
No, España; no te afanes, y serena
El turbado semblante :
El cielo justo con amor constante
Te quiere y te proteje : mira llena
El aura de alegría,
Mira la paz amable que te envia.
Mira cual viene de esplendor cercada,
Y ninfas que oficiosas
En torno esparcen arrayan y rosas;
Repara su cabeza coronada
De los frutos de Céres,
Y en pos de ella corriendo los placeres.
Abre los brazos, que los suyos tiende
Con amoroso exceso;
Recoge de su boca el dulce beso,
Con que ese tu dolor borrar pretende,
Y, en su seno acostada,
Disfruta de la dicha deseada.
Disfrútala en buen hora, que aun el trueno
Resuena en el oido,
Aun se oye de la guerra atroz rugido,
Aun el suelo se ve de sangre lleno;
Y tú ya alegre en tanto
En risa vuelves el pasado llanto.
Tal nace el dia en brazos de la aurora :
Asoma en el oriente
Un destello de luz, rápidamente
Se extiende, el cerco de las nubes dora,
Y el tenebroso velo
Rasgado cae desde el alto cielo.

NOTICIA DEL CONDE DE NOROÑA.

Don Gaspar María de Nava Alvarez de Noroña, conde de Noroña, nació en la villa de Castellon de la Plana en 6 de mayo de 1760. Siendo el único varon de la familia, logró su padre colocarle en 1766 caballero page de su magestad. Por sus talentos y su aplicacion ganó la voluntad del soberano, que le creó en 1778 capitan de dragones del regimiento de Lusitania; salió á incorporarse á él, que estaba en Andalucía, y de allí pasó al campo de Buenavista, bajo de Gibraltar; donde permaneció durante el bloqueo de dicha plaza, distinguiéndose de tal modo, que se grangeó el aprecio de sus gefes.

Sin embargo del celo con que desempeñó los encargos de sus superiores y las obligaciones de su profesion, siguió aplicándose al estudio de las bellas letras y al cultivo de las Musas. Prueba es el haber compuesto varias piezas alusivas á los parages donde estaba destacado, entre ellas dos comedias en prosa, y una tragedia en verso, intituladas: *el Hombre marcial, el Cortejo enredador*, y *Madama Gonzalez*, que parece no han llegado á imprimirse; y con motivo de la desgraciada muerte del coronel don José Cadalso, ocurrida á su lado, compuso tambien una elegía, y á mas una oda en alabanza del mismo.

Hecha la paz con Inglaterra, y empleado por el gobierno en distintos ramos, se aprovechó de esta calma para perfeccionarse en las lenguas inglesa, francesa é italiana, que le fueron tan útiles cuando trocó la carrera militar con la diplomática.

En 1792, época de la guerra contra la república francesa, fué nombrado comandante de escuadron, y á fines del 93 coronel, y asi sucesivamente hasta teniente general de los reales ejércitos. Con motivo de haberse concluido la paz entre España y Francia en 1795 compuso su célebre oda, con que por primera vez se presentó públicamente como poeta.

Fué ministro plenipotenciario en Berna, y tambien en San Petersburgo, pero habiendo reconocido el emperador Alejandro á José Napoleon por rey de España renunció á sus funciones y volvió á Cádiz, de cuya ciudad fué nombrado gobernador por la regencia, que entonces obraba en nombre de Fernando VII. En la guerra de la independencia mandó

parte del ejército nacional en Galicia, y ganó á los franceses la victoria del puente de San Payo. Despues de la restitucion del rey legítimo fué revocado por él á Madrid, en donde falleció, segun Quintana, en 1816 *.

De sus obras poéticas andan impresas: *Poesías*, Madrid, 1799-1800; dos tomos en 8. Entre ellas se encuentra la ya mencionada oda á la paz entre España y Francia; el poema filosófico: *La Muerte*; y el poema heróico-cómico, titulado: *la Quicaida*.

La Ommíada, poema en doce cantos. Madrid, 1816; dos tomos en 8. Su argumento es la separacion de la monarquía árabe-española del dominio de los califas en el reinado de Abderamen, último descendiente de la familia de los Ommíades.

Poesías asiáticas, puestas en verso castellano. Paris, 1833, en 8.

En sus poesías líricas se nota un estilo natural, claro y fácil, y una versificacion fluida; pero escasean por la mayor parte de valentía y originalidad de los pensamientos, de vuelo de fantasía, y de colorido poético. Solamente en su *Oda á la paz* levantó algun tanto el tono.

* Segun la noticia de él, insertada en la *Biblioteca valenciana* del señor don *Justo Pastor Fuster* (Valencia, 1830, 4°, tomo II, pág. 381 y 382), murió á principios del año 1815.

POESIAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDES.

ANACREONTICAS.

I.

De mis cantares.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle
La senda á perder vine.
Recostéme cansado;
Y un sueño tan felice
Me asaltó, que aun gozoso
Mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
De belleza increible,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre:
Amor un dulce tiro
Riendo me despide;
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
Despues; y asi apacibles,
Con voz muy mas süave
Que el céfiro, me dicen:
Tú de las roncas armas
Ni oirás el son terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.

II.

El Amor mariposa.

Viendo el Amor un dia
Que mil lindas zagalas
Huian dél medrosas
Por mirarle con armas;

Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo
Como suya extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh! ¡ qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!.
Ya en el valle se pierde;
Ya en una flor se pára;
Ya otra besa festivo;
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama:
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura mas grata.
Ya que juntas las mira,
Dando alegres risadas
Súbito Amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido;
Y asi á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

III.

El consejo del Amor.

Pensativo y lloroso
Contemplando cuán tibia
Dorila mi amor oye,
Por hermosa y por niña,
Al márgen de una fuente
Me asenté cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras.
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huian:
Cuando en torno una rosa,
Que besar solicita,
Volar ví á un cefirillo
Con ala fugitiva.
Y entre blandos susurros
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:
¿Dó, insensible, te vuelves?
¿Porqué, injusta, te privas

En mis juegos vivaces
De mil tiernas caricias?
Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,
Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen,
Que en tus hojas abrigas.
No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
Aun mas fino que ardiente,
A nada mas aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.
Por tí dejé en el valle,
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,
Mil lindas florecitas.
Tú sola me embebeces,
Tú sola, repetia
El céfiro; y mas suelto
En torno de ella gira.
Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba:
Con los cuales mimosa
De aquí y de allá se agita,
Otros y otros buscando
Que muy mas la mecian.
Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.
No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.
Verás como á tus ansias
Cede al fin; y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias,
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.
Del Amor fué el consejo;
Y asi luego entre risas
Ví á la esquiva en mis brazos
Como mil rosas fina.

IV.

De mis niñeces.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponia.

Asi en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los dias.
Con ellos poco á poco
La edad corrió de prisa;
Y fué de la inocencia
Saltando la malicia.
Yo no sé; mas al verme
Dorila se reïa;
Y á mí de solo hablarla
Tambien me daba risa.
Luego al darle las flores
El pecho me latia;
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde tras esto
Vimos dos tortolitas,
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caidas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemian.
Alentónos su ejemplo;
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas;
Y en un punto cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dió el Amor sus dichas.

V.

De mis cantares.

Las zagalas me dicen:
¿Cómo siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino?
Yo voy á responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo,
Todo mi pecho, todo
Tienen ya poseido.

VI.

A Jovino.

De las navidades.

Pues vienen navidades,
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantaremos, Jovino,
Mientras que el euro sopla,
Con voces acordadas
De Anacreon las odas;

O á par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañaremos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Porqué pues con desvelos
Hacerlas aun mas cortas?
Yo ví en mi primavera
Mi barba vergonzosa
Cual el dorado vello
Que el albérchigo brota;
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.
Yo ví al abril florido
Que el valle alegre borda;
Y al abrasado julio
Ví marchitar su alfombra.
Vino el ópimo octubre,
Las uvas se sazonan;
Mas el diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Asi á la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja;
Y al padre Baco canta,
Y á Vénus cipriota?
Ciñámonos las sienes
De hiedra vividora:
Brindemos, y aunque el euro
Combata con el bóreas,
¿Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba despeñado
Su fúlgida carroza;
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas;
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza; y con sed amiga
Por tí la apuré toda.
Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furores,
Al ver mi audacia loca;
Mas yo tornando al punto,
Con sed aun mas beoda
Segunda vez libréla
Del néctar que la colma:
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

VII.

Del vivir de las flores.

¡Oh! ¡cómo, gayas flores,
En un momento os veo,
Rotos ya los capullos,
Flotar libres al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbares el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos riendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo:
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desórden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde mas lindas
De aquí y de allá saliendo:
Cien insectos alados
Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa alegre su vuelo,
Para ornaros brillante,
Cuando os liba sus besos.
Las melífluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almíbar os roban
Con solícito anhelo.
Y allá el blando favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las hojas
Benévolo el sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos:
Y vosotras alzando
Mas lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡porqué, amables flores,
Brillais solo un momento,
De las dichas imágen,
Y á las bellas ejemplo!
O naced mas temprano,
O no acabeis tan luego;
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

VIII.

Al viento.

Ven ¡plácido Favonio!
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.

Ven ¡ o vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma primavera!
Ven ya : y entre las flores
Que tu llegada esperan,
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu süave
De tu ala lisonjera.
Luego á mi amable lira,
Mas bullicioso llega,
Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia :
Asi el abril te ria
Contino; asi las tiernas
Violas, cuando pases,
Te besen halagüeñas.
Asi el rocío corra
Cual lluvia por tu huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan;
Y asi cuando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas

IX.

De mi vida en la aldea.

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,
Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
Alegre me parece
Que soy un hombre nuevo;
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.
Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con perezoso vuelo.
Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros,
Y el descuidado sueño.
Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.
Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo,

Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.
Me agrada, cuando brillan
Sobre el zenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque mas espeso.
Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solícito siguiendo;
O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos mas atentos:
Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.
Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio;
Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.
El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.
Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios,
Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.
Mis votos se celebran;
Todos hablan á un tiempo;
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.
Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso;
Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino mas añejo.
Asi mis faustos dias,
De paz y dicha llenos,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

X.

El abanico.

¡ Con qué indecible gracia,
Tan varia como fácil,
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!
¡ Con qué de movimientos
Has logrado apropiarle
A los juegos que enseña
De embelesar el arte!
Esta invencion sencilla
Para agitar el aire,
Da abriéndose á tu mano
Bellísima el realce,
De que sus largos dedos
Plegándose süaves
Con el mórbido brazo
Felizmente contrasten.

Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentas, cuando al viento
Sobre tu rostro atraes.
Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates
Parece que tu seno
Relevas palpitante:
Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imágen.
De tus pechos entonces,
En la calma en que yacen,
Medir los ojos pueden
El ámbito agradable.
Cuando con él intentas
La risita ocultarme,
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,
Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Releva los quilates;
Me incitas cuidadoso,
A ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.
Si el rostro ruborosa
Te cubres, por mostrarme
Que en tu pecho aun sencillo
Pudor y amor combaten,
Al ardor que me agita,
Nuevo pábulo añades
Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos
Con gracioso donaire
Con él dándome, dices:
¿De qué tiemblas, cobarde?
No es mi pecho tan crudo
Que no pueda apiadarse;
Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante.
Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme,
Que la roca mas dura
Con teson se deshace.
Al suelo distraida
Jugando se te cae,
Y es porque cien rendidos
Se inquieten por alzarle.
Tú festiva lo ries,
Y una mirada amable
Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases
Al fugaz cefirillo
A tu seno anhelante,
En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,
Con raudo movimiento
Lo cierras y lo abres:
Mas súbito rendida
Batiéndolo incesante,
Me indicas, sin decirlo,
Las llamas que en tí arden.
Una vez que en tu seno
Maliciosa lo entraste,
Yo suspirando dije:
¡Allí quisiera hallarme!
Y otra vez, ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste
No sé qué misteriosa,
Poniéndolo delante;

Lloréme ya perdido,
Creyéndote mudable;
Y ardiéndoseme el pecho
Con zelos infernales.
Si quieres con alguno
Hacer la inexorable,
Le dice tu abanico:
No mas, necio, me canses.
Él á un tiempo te sirve
De que alejes y llames,
Favorable acaricies,
Y enojada amenaces.
Cerrado en tu alba mano
Cetro es de amor brillante,
Ante el cual todos rinden
Gustoso vasallage:
O bien pliega en tu seno
Con gracia inimitable
La mantilla, que tanto
Lucir hace tu talle.
A la frente lo subes,
A que artero señale
Los rizos, que á su nieve
Dan un grato realce.
Lo bajas á los ojos,
Y en su denso celage
Se eclipsan un momento
Sus llamas centellantes;
Porque logren lumbrosos
De súbito al mostrarse
Su triunfo mas seguro,
Y como el rayo abrasen.
Ah! ¡quién su ardor entonces
Resista! ¡y qué de amantes,
Burlándose, embebecen
Sus niñas celestiales!
En todo eres, Dorila,
Donosa, á todo sabes
Llevar, sin advertirlo,
Tus gracias y tus sales.
¡Feliz mil y mil veces
Quien en union durable
De tí correspondido,
Cual yo, merece amarte!

XI.

Los recuerdos de mi niñez.

Cual un claro arroyuelo,
Que con plácido giro
Por la vega entre flores
Se desliza tranquilo,
Tal de mi fácil vida
Los años fugitivos
Entre risas y juegos
Cual un sueño han huido.
Veces mil este sueño
Repaso embebecido,
Sin poder arrancarme
De su grato prestigio.
Do quier en ocio blando,
Y entre alegres amigos,
Pasa tiempos y bailes,
Y banquetes y mimos;
Las rosas de Citéres,
Con los dulces martirios
Del Vendado, y á veces
De Baco los delirios;
Esperanzas falaces,
Y brillantes castillos

En el viento formados,
Por el viento abatidos;
Coronando las Musas
Los graves ejercicios
De Minerva, y el lauro
Con que se ornan sus hijos.
Aquí entre hojosas calles
Mil encantados sitios,
Que aduermen y enagenan
Por frescos y sombríos:
Mas allá en los pensiles
De la olorosa Gnido
Del pudor y el deseo
Mezclados los suspiros:
Y allí de las delicias
Sesgando el ancho rio,
Que brinda en sus cristales
De todo un grato olvido,
Con codiciosa vista
Su alegre márgen sigo,
Y á sus falaces ondas
Sediento el labio aplico.
Voy á saciarme, y siento
Que súbito al oido
Me clama el desengaño
Con amoroso grito:
¿Dónde vas, necio? ¿dónde
Tan ciego desvarío
Te arrastra, que á tus plantas
Escondo los peligros?
Conten el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que aun te fascina, iluso
Va á hundirte en el abismo.
De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entonces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.
Ya eres hombre, y conviene
Dorar arrepentido
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.
Yo cedo, y del corriente
Temblando me retiro;
Mas vueltos á él los ojos,
Aun suspirando digo:
¿Porqué, o naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?
¡Felices seres tantos,
Cuyo seguro instinto
Jamas sus pasos tuerce,
Jamas les fué nocivo!

XII.

A Lisi.

La inconstancia de la naturaleza.

No, Lisi: esa constancia,
Con que al Amor pretendes
Mover á que la copa
Te brinde del deleite,
A enojos y fastidios
Te lleva. Los desdenes,
Muy mas que á mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
Las risas, la alegría,
El gusto y los placeres,

Las fáciles los gozan,
Y envidian las crueles.
Amor, como dios niño,
Es vivo, inquieto, alegre;
Y atrevido y artero
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela;
Y ora rinde un rebelde,
Ora un soberbio oprime,
Y ora un tibio enardece.
Asi se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende.
De la inconstancia nace;
Y en la firmeza muere.
Ni el órden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion süave
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada aurora
Ya corre el sol ardiente
Y en pos su rico manto
La grata noche tiende.
Sigue al nubloso invierno
Plácido abril; y cede
Julio al ópimo octubre,
Corona de los meses.
Su aljófar cristalino
No solo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.
El valle, que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores
Nos descubre la frente.
Los chopos que desnudos
Se quejan del diciembre,
Y mustios y ateridos
Los ojos nos ofenden;
Bien presto coronados
De pompa y hoja verde,
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
Su aroma la azucena
A todos da: la fuente
Liberal para todos
Sus claras linfas vierte.
Ni la próvida abeja
De una flor diligente
Liba su miel; que á todas
Los cálices les bebe.
¿Pues qué los pajarillos,
Cuando el Amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
Del gusto solo unidos,
Tan solo por sus leyes
Se buscan, ó se olvidan
Sin zelos ni esquiveces.
¡Qué libres! ¡qué expresivos
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes;
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hierve.
Y en un momento mismo,
¡O dichosos mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
¡Ay Lisi! esquiva Lisi!
Si ves su feliz suerte,
¿Porqué, cruel, por firme,
Mayor ventura pierdes?

XIII.

LA PALOMA DE FILIS.

ODA 1.

Fílis, ingrata Fílis,
Tu paloma te enseña:
Ejemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira cómo á tu gusto
Responde: cómo deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¿Tu seno y tus halagos
Olvida, aunque severa
La arrojes de la falda,
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aun entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva,
Y á tí amorosa vuela.
¡Con cuánto suave arrullo
Te ablanda! ¡Cómo emplea
Solícita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca!
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño
Agravio las finezas.
¿Pues qué, cuando en la palma
El trigo le presentas,
Y al punto de picarlo
Burlándote la cierras?
¡Cuán poco del engaño
Incauta se recela;
Y pica, aunque vacía,
La mano que le muestras!
¡Que fácil se entretiene!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su ejemplo, Fílis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repitamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

ODA 2.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso;
Y tras él mas gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mesmo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.
Enojóse mi Fílis
De tal atrevimiento;
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
La palomita entonces
En mil ansias y extremos

Demandaba rendida
El perdon de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela
De las manos al cuello.
Esquivábala Fílis;
Y ella humilde entre el seno
Y el cendal que lo cubre,
Escondióse de miedo.
¡O simplecilla! qué haces?
¡Guárdate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el Amor cubierto.
Guárdate, y con arrullos
Y cariños mas tiernos
Halagándola, cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento
Tal queda tu paloma,
¿Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdon halla,
Mis encendidos ruegos
¿No han de lograr un dia
Tu rostro ver sereno?

ODA 3.

Mira, Fili adorada,
Cuál tu linda paloma
Con su rico plumage
Resplandece y se goza:
En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza:
Cuál en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon, cesando,
Mas penada provoca:
La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,
Y ufanándose barre
La tierra con la cola:
Cuál refleja su cuello,
Cuando Febo lo dora,
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan;
Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa:
Cuán donosa se bulle,
Y agitándose loca
En sus vueltas y giros
Sin cesar huye y torna.
Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
Vendrá un dia en que solo,
Muda, helada, llorosa,
De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
De tu paloma, o Filis,
Leccion en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA 4.

¿ Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¿ Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma?
¿ Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¿ Esa flor que Amor quiere
Que sus gracias la pongan
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?
Cesa pues en tu juego,¡
Cesa, dulce paloma;
Y el don dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.
¡ Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y mas hueca te entonas!
¡ Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!
Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.
Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas
Tus alitas batiendo
Sus delicias provoca.
Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.
Y mejor, disfrazados
De tu arrullo á la sombra,
Mis finezas le suenen,
Mis suspiros acoja.
¡ Cuál, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasion ansia loca!
¡ Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármelo torna.

LETRILLAS.

I.

El amante timido.

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
En la pena aguda
Que me hace sufrir

El niño vendado
Desde que te ví;
Mil veces, zagala,
Te voy á pedir
Remedio; mas luego
Que llego ante tí,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con débiles ayes
Las piensa suplir.
Pero aleve el númen
Se burla de mí,
Pues cuando mas ciego
Voy el labio á abrir,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
Entonces sus fuegos
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir.
Procuro dar voces,
Llorar y gemir:
Empero si anhelo
Mi afan descubrir,
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »
¡Ay! si tú, zagala,
Pudieres oir
Mis tristes suspíros!
Yo fuera feliz.
Yo, Fílis, lo fuera;
Mas necio de mí,
Que empiezo á quejarme
Mil veces, y al fin
« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir. »

II.

A unos ojos.

« Tus ojuelos, niña,
« Me matan de amor. »
Ora vagos giren,
O fíjense atentos,
O miren exentos,
O amorosos miren,
O injustos se aïren
Contra mi dolor;
« Tus ojuelos, niña,
« Me matan de amor. »
Si se alzan al cielo
Llenos de temores,
O alegran las flores
Tornados al suelo,
O abaten el vuelo
De mi ciego error;
« Siempre, niña hermosa,
« Me matan de amor. »
Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego,
No con mas rigor
« Tus lindos ojuelos
« Me maten de amor. »

III.

La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
No inquietos voleis,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien:
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Pues yace dormida
« La flor del Zurguen. »
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
Aquella que ciego
De amor os canté:
Aquella que aflije
Mi pecho cruël,
La gloria del Tórmes,
« La flor del Zurguen. »
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Sus trenzas la red
Do diestro amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
« La flor del Zurguen. »
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer
Respira su aroma
« La flor del Zurguen. »
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
« La flor del Zurguen. »
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
« La flor del Zurguen. »
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
Decidme, airecillos,
Decidme, ¿qué haré
Para que me escuche
« La flor del Zurguen? »
Vosotros felices
Con vuelo cortés,
Llegad, y besadle
Por mí el albo pie.
Llegad, y al oido
Decidle mi fé;
Quizá os oiga afable,
« La flor del Zurguen. »
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa
Su altivo desden.

Llegad, y piadosos
De un triste os doled,
Asi os dé su seno
« La flor del Zurguen.»

IV.

El lunarcito.

« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar,
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, dí, la nieve
Lleva mancha tal?
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad;
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate
Fué entre ellas á echar:
Mirólo, y rióse,
Y dijo vivaz:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual?»
En él sus saetas
Se puso á probar;
Mas nunca lo hallara
Su punta fatal.
Y diz que picado
Se le oyó gritar:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual?»
Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad;
Do clama el deseo
Al verse estrellar:
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual? »
Estréllase, y mira:
Y torna á mirar;
Mientra el pensamiento
Mil vueltas le da;
Iluso, perdido,
Ansiando encontrar,
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual?»
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¡Señuelo del gusto!
¡Dulcísimo iman!
« La noche y el dia
« ¿Qué tienen de igual?»
Turgente tu seno
Se ve palpitar,
Y á su blando impulso
Él viene, y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compas:

« La noche y el dia
« ¿ Qué tienen de igual ? »
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Meciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar :
« La noche y el dia
« ¿ Qué tienen de igual ? »
¡ Mi bien ! si alcanzase
La llaga mortal,
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No asi preguntaras
Burlando mi mal,
« La noche y el dia
« ¿ Qué tienen de igual ? »

V.

El vino y la amistad suavizan los mas graves trabajos.

« Al viento las penas:
« Las copas llenad ;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad.»
¡ O socios amados,
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo ve !
Jamas degradados,
Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pie.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad ;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad.»
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa,
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño;
Y con alto ceño
Burla su furor.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad.»
La batida nave
De borrasca fiera,
Se pierde velera
Por el ancho mar ;
Y cuando mas grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece,
La sale á salvar.
« Al viento las penas:
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser :
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el celo se irrite;
Nada hay que temer.

« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Clamarán que hujmos
Nuestra dulce España:
Su bárbara saña
Debimos huir.
Sus puñales vimos;
Y España en tal duelo
Cual madre á otro suelo
Nos hizo partir.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Desde él doloridos
Nuestros ojos miran;
Do fieles suspiran
Las almas tornar :
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡ Ay patria adorada!
Clama sin cesar.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Volvereis, amigos,
A sus sacros lares,
De indignos pesares
Libre el corazon.
Augustos testigos
De nuestra justicia
Contra vil malicia
Dios y la razon.
« Al viento las penas .
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Su favor divino
Tornará el reposo;
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.
Tal sol matutino
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capuz.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
En hermandad santa
En tanto los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.
Baco á dicha tanta
Aplauda riente;
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »
Amigos queridos,
Desde estos mis brazos
En mutuos abrazos
A uniros corred,
De la mano asidos
Juradme y juremos,
Que hermanos seremos;
Y á un tiempo bebed.
« Al viento las penas :
« Las copas llenad;
« Que todo lo endulzan
« Vino y amistad. »

IDILIO.

El hoyuelo en la barba.

La mi queridita
Una cárcel tiene
En su rostro bello,
Donde á todos prende.
Esta feliz cárcel
Un hoyuelo es breve,
Que su linda barba
Tan gracioso hiende
Que cuantos lo miran,
Sin arbitrio sienten,
Que en él sus deseos
Sepultarse quieren.
Cautivos los mios
Ni anhelan, ni pueden
Pasar de su encierro
El círculo leve.
Que allí en la bonanza
Tranquilos se aduermen,
Alzados los vientos
En paz se guarecen;
Y locos, perdidos
En su feliz suerte,
¡ Hoyuelo precioso!
Suspiran mil veces;
Tú en ámbito estrecho
A la concha excedes,
Do cuaja la aurora
La perla de oriente:
Y á mil Cupidillos
Grato nido ofreces,
De do arteros parten,
Van, revuelan, vuelven.
¡ Riquísima copa
De dulces placeres,
Que Amor al deseo
Dadivoso ofrece!
Las Gracias te envidian,
Y al reirse alegre
Tu donoso juego
Codicia Citéres.
El juego voluble,
Con que ora te cierres,
Ora te dilates,
Mas lindo apareces.
En tí embebecidos
Los ojos se pierden;
Se abisman las almas,
Los pechos se encienden.
Regalado hechizo,
Quien te ve, enloquece;
Quien feliz te goza,
De delicias muere.

ROMANCES.

I.

Rosana en los fuegos.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba,

En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias:
Por do quiera que camina
Lleva tras sí la mañana,
Y donde se vuelve rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, asi como en el valle
Descuella la altiva palma
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
O cual vid de fruto llena
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas
Cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla;
De amor mata á los pastores
Y de invidia á las zagalas.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡ Qué de suspiros se escuchan !
¡ Qué de vivas y de salvas !
No hay zagal que no la admire
Y no se esmere en loarla.

Cual absorto la contempla
Y á la aurora la compara
Cuando mas alegre sale,
Y el cielo de su albor baña;
Cual al fresco y verde aliso
Que crece al márgen del agua,
Cuando mas pomposo en hojas
En su cristal se retrata;
Cual á la luna, si muestra
Llena su esfera de plata,
Y asoma por los collados
De luceros coronada.
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y cuanto mas la contemplan
Muy mas hermosa la hallan,
Que es como el cielo su rostro
Cuando en la noche callada
Brilla con todas sus luces
Y los ojos embaraza.
¡ Ay, qué de envidias se encienden !
¡ Ay, qué de zelos que causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana!
Las mas hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla,
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
Bien haya tu gentileza,
Una y mil veces bien haya,
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana.
Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia,
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
Yo la doy por bien robada,

Mas recibe el don benigna
Que mi humildad te consagra.
Esto un zagal la decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos
Y volvió cautivo á casa.
Y desde entonces perdido
El dia á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada:
Linda zagaleja
De cuerpo gentil,
« Muérome de amores
« Desde que te ví. »
Tu talle, tu aseo,
Tu gala y donaire,
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
Del cielo son ellos
Y tú, un serafin:
« Muérome de amores
« Desde que te ví. »
De amores me muero,
Sin que nada baste
A darme la vida
Que allá me llevaste,
Si ya no te dueles
Benigna de mí;
« Que muero de amores
« Desde que te ví. »

II.

El niño dormido.

Bajo el álamo que hojoso
Cubre con su pompa umbría
La pacífica cabaña

Del enamorado Aminta,
Él y la sensible Lisi
En plácido sueño un dia
Vieron al hermoso niño,
Que es su gloria y sus delicias.
La faz graciosa inclinada
Del un lado, las mejillas,
Bien cual dos rosas fragantes,
Por el calor encendidas,
Como bañada la boca
En una grata sonrisa,
Y sobre su lácteo pecho
Dobladas las manecitas.
Los brazos entrelazados
Aminta y Lisi, una misma
La accion, los rostros unidos,
Y fija en su amor la vista;
Por no turbar su reposo
Ni á respirar se atrevian,
Embebecidos gozando
De su beldad peregrina.
¡Ay! dijo la amable Lisi,
Suspirando enternecida,
¡Cuánto en sus felices sueños
Es la inocencia tranquila!
¡Cómo la paz la acompaña!
¡Cómo el contento la anima!
¡Y con su risa los cielos
Benévolos la acarician!
Goza, dulce esposo, goza,
Como tu Lisi querida,
Mirando el clavel hermoso
Que mi fino amor te cria.
Goza; y si es posible, el lazo
Que afortunados nos liga,
Contemplándolo se estreche,
Y en él crezcan nuestras dichas.
¡Ve con qué indecible gracia

Aun dormido está! ¡qué linda
Su frente aparece ornada
De su cabellera riza!
¡Cuál entreabiertos los ojos
Como dos luceros brillan,
Y aun entre sueños parece
Que cariñosos nos miran!
El alelí mas florido,
La mas fresca clavellina,
La mas hermosa azucena,
La rosa que ámbar espira,
Nada son con nuestro amado:
Mayor es su lozanía,
Sus gracias mas acabadas,
Mas su belleza divina.
Su rostro es la misma gloria:
La paz, el gozo, la risa,
La candidez, la inocencia
Se unen en él á porfía.
¡O rostro en que venturosos
Todos mis gustos se cifran!
¡O sol! ¡o adorado hijo,
Mi embeleso y mi alegría!
Feliz descansa; y tu sueño
Disfruta en calma benigna,
Que solícita en tu guarda
Vela la ternura mia;
Cual la cándida paloma
Sus pichoncitos abriga,
Y de su seno amoroso
Los sustenta y vivifica.
Descansa, vástago tierno,
Que bajo la sombra amiga
De mis cuidados floreces,
Para hacer mi gloria un dia:
Descansa; y que tu reposo,
Tus sueños, tu amable vida,
Los ángeles tus hermanos,

Velando en torno, bendigan.
Alamo feliz, tus ramas
Sobre él blandamente inclina,
Y con tus sonantes hojas
Oficioso le cobija.
Trinad, o canoras aves,
Con mas dulce melodía
Para no turbar su sueño;
Y á verle llegad festivas.
Tú, agradable cefirillo,
Haz á mi bien compañía,
Y en su congojada frente
Plácido el sudor mitiga.
¡Cielos! una madre os ruega:
En vuestra bondad propicia
Acoged mi hijo querido;
Y honrado y dichoso viva.
Haced, haced que en su seno
A una pululen unidas
La caridad oficiosa,
La piedad y la justicia:
Incesantes dél brotando,
Como de una vena rica,
Cuanto de noble y de grande
Mas la humanidad sublima.
Y tú, idolatrado esposo,
Ve en nuestro hechizo dormida
A la inocencia, que apenas
En su placidez respira:
Ve al lustre de nuestros años
En su juventud florida,
A nuestro arrimo y consuelo
En la ancianidad tardía:
Ve al serafin, al lucero
Mas radiante... Una ramita
Súbito al soplo de viento
Del álamo desprendida,
Cayendo en la faz del niño

Nubló á los padres su dicha
Que á un tiempo al verle despierto
Y que asustadillo grita:
¡Ay hijo adorado! exclaman;
Y sobre él con mil caricias
Para acallarle en sus brazos
Riendo se precipitan.

III.

La mañana de San Juan.

Mañanita de San Juan
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.
Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas;
Y cantando mil tonadas
Del dulce amor vienen ellas.
Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas;
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.
Los que son mas entendidos,
Cortesanos les presentan
La mano para apoyarse,
Con delicada fineza.
No hay corazon que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta:
Todo es amores el valle,
Los zagales todo fiesta
Cual saltando se adelanta,
Cual burlando atras se queda,
Y cual en medio de todas
Repica la pandereta.
El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan;

Y el regocijo y los vivas
Suben hasta las estrellas.
Unos de trébol y flores
Y misteriosa verbena
Sus cándidas sienes ciñen,
Matizan sus rubias trenzas.
Otros por detras sus ojos
Con un lienzo arteros vendan,
Y del juego alegres rien
Si con el engaño aciertan;
Y otros de menuda juncia
Tejiendo blandas cadenas,
Hacen como que las prenden,
Y en sus lazos mas se enredan.
Aquel deshojando rosas
En el seno se las echa,
Y aquel en el suyo guarda
Las que á su nariz acercan.
Cuales alzando los ramos
En triunfo de amor las llevan,
Y cuales, porque los pisen,
De ellos el camino siembran.
Asi llegan á la fuente
Que el gran álamo hermosea
Con su pomposo ramage;
Do en alegre paz se asientan.
El gusto y júbilo crecen;
La risa y el placer vuelan
De boca en boca, y mas vivos
Canto y danzas se renuevan.
La aurora de su albo seno
Rosas derramando y perlas,
Cede el cielo al sol, que asoma
Y se pára y las contempla;
Y en medio su trono de oro
Por las lucientes esferas
Ostentando de sus llamas
La inagotable riqueza;

Este dia mas hermoso
Parece que da á la tierra
Mas rica luz, y á las flores
Alegría y vida nueva.
Con la fiesta y el bullicio
Las avecillas despiertan,
Pueblan y animan los aires,
Y la nueva luz celebran.
Todo en fin se goza y rie;
Fuentes, árboles, praderas,
Selváticos brutos, hombres,
El júbilo en todos reina.
Libre en tanto el Amor vaga:
Nadie sus tiros recela:
El campo, el dia, la hora,
Todo la ilusion aumenta.
Todo encanta los sentidos:
Por una llanada inmensa
Vaga la vista, las aves
Con sus trinos embelesan.
Entre el grato cefirillo
El labio aromas alienta,
El tacto en delicias náda,
Y el pecho inflamado anhela:
Gratamente asi corriendo
Por las agitadas venas
Del placer la suave llama,
Que á todos arrastra y ciega.
La ocasion brinda al deseo,
Las miradas son mas tiernas,
Los requiebros mas ardientes,
Mas picante la agudeza.
Nadie desairado llora,
Ni enojar amando tiembla:
El baile mismo autoriza
Mil cariñosas licencias.
Quien rendido se declara,
Quien tierno la mano premia

De su amada, y quien la roba
Un beso al dar una vuelta:
Beso de que no se ofende
La zagala mas severa,
Pues fueran culpa este dia
El rigor ó la tibieza.
Todos arden y suspiran,
Todo se aplaude y festeja;
La timidez es osada,
Menos cauta la modestia.
Y entre tantos regocijos,
Un pastor, á quien las nuevas
De su dulce bien faltaban,
Cantó angustiado esta letra:
« Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fuí querido:
¡ Ved si es justo mi dolor!
Tambien yo un tiempo dichoso
Cual ora os gozais, me ví;
Y en mi embeleso amoroso
Alegre canté y reí
A par de mi dueño hermoso.
Despues que dejé su lado
Perdí la dicha y el gusto;
Y hoy con mas grave cuidado,
Al ver su silencio injusto,
Solo exclamo desolado:
Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fuí querido:
¡ Ved si es justo mi dolor! »

IV.

De las dichas del amor.

No juzgues, bella aldeana,
Que es al niño Amor difícil
Cautivar el albedrío;
Y en su dulce lazo unirle.
El camino de su templo
Y las sendas que en él siguen
Entre inocentes placeres
Sus prisioneros felices;
No por ásperas las tengas,
Ni las juzgues imposibles,
Que son llanas y de rosas
Sembradas y de alelíes.
No imagines, no, engañada,
Que su fuego el alma aflige;
Ni de sus blandas heridas
Que ningun remedio admiten.
Su fuego un ardor suave,
Sus llagas son apacibles
Y leves puntas las flechas,
Que su tierno nombre imprimen.
La cárcel que tanto temes
Y esa cadena en que gimen
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices,
Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven,
En vez de prision y hierros,
De venturas indecibles.
Siempre embebidas las almas
Ya en esperanzas que fingen;
Ya en desdenes que contrastan;
Ya en favores que consiguen.
Temen ora; ora suspiran;
Ora blandamente rien;

Gozan ora; ora se quejan;
Ora al amado se rinden.
Sus palabras son caricias,
Sus riñas serenos Iris;
Y sus desdenes süaves
Ocasion de nuevas lides:
El favor plácida llama
Con que el alma se derrite:
Las quejas son pasatiempo,
Y los desdenes melindre.
¡Felices una y mil veces
Los que en su poder suspiren;
Los que de sus flechas mueren,
Y los que su ley reciben!

V.

El velo.

Quita, quita, Clori mia,
Quítate ese odioso velo,
Que los rayos oscurece
De tus ojos hechiceros.
Deja que la lisa frente
Luzca en todo su despejo,
De los rizos coronada
De ese tu blondo cabello:
Que tu boca y tus mejillas,
Y tu garganta y tu seno
A par que arrastren mis ojos,
Electricen el deseo:
Que esa flor de colorido
De rosa y jazmin deshechos,
Y tantas gracias y dotes
Que te dió pródigo el cielo,
Brillen en toda su gloria,
Y hagan el feliz empleo,
Sin esa importuna nube

De mil corazones tiernos.
¿Los tienes para ocultarlos?
¿No ves cuál ostenta Febo
Su luz profuso, y la noche
Miles de ardientes luceros?
Ni la noche ni el sol hacen
De su hermosura un misterio,
Ni de su oriente la perla,
Ni el diamante de sus fuegos.
Todo, todo cuanto existe,
Mientras mas gracioso y bello,
Quiere Amor, el cielo ordena
Que brille cual brilla él mesmo
En muestra de su grandeza,
Y ornato rico del suelo,
Y ocupacion de la mente,
Y de los ojos recreo.
Deja pues embozos tales
A la inquietud de los zelos,
O á la beldad que ya sufre
La ruda mano del tiempo.
Tú empero que airosa creces,
De perfecciones modelo,
Como la temprana rosa
En medio un pensil ameno;
Tú que cual la blanca luna
De las estrellas en medio
Esclarece el bajo mundo,
Y hermosea el firmamento;
Asi cuando te presentas
De tus gracias en el lleno,
Eres, mi bien, de estos valles
La delicia y el contento:
¿A qué negarte á los ojos,
Que en su cariñoso anhelo
Gozar quieren, cuanto admira
De bello en tí el pensamiento?
Si es arte, para que oculto

Haga el delicioso empeño
De hallarlo en los corazones
Mas poderoso su efecto;
A vulgares hermosuras
Deja ese falaz manejo,
De que el desengaño rie,
Si hace ilusion un momento.
Deja á esas flores sin vida
Para fascinar á necios,
Que ostenten lo que no tienen,
Disfracen lo que perdieron.
Caigan ellas, porque vistos
Pierden su rostro y su cuello,
El velo hasta la cintura,
Y escondan su árido pecho:
Guarden de la luz sus ojos,
Por si en su ingenioso juego
Crece por la gasa el brillo
De sus lánguidos reflejos;
Y á esfuerzos de un vil engaño
Hagan en fin, que de lejos
De su hermosura se luzcan
Los desmoronados restos.
No tú que por tus donaires,
Y tu mirar halagüeño,
Y tu bullicio y delicias,
Y tus sales y tu ingenio,
Esas formas de una diosa,
Ese aire noble y esbelto
De tu cabeza, esos pasos
Que envidia la misma Vénus;
Igual en los corazones
Mantienes tu dulce imperio,
Martirio de las hermosas,
De los hombres embeleso.
Asi yo á Clori rogaba;
Y ella donosa riendo
Alzó, arcando su alba mano,

El velo á mi ardor molesto.
Y ya tus gustos cumplidos
Tienes, mi querido dueño,
Dijo; gózate en mis ojos,
Que mi alma toda está en ellos.
Vélos, y hallarás tu imágen,
Que del corazon saliendo,
Fiel sabe, y contarte puede
Sus mas íntimos secretos. —
Yo en mi impaciente delirio
Embebecido, sin seso
Mirélos, y ellos se fijan
En mí lánguidos y tiernos.
Las delicias inefables
Que á aquel instante siguieron,
Si es posible, Amor las diga,
Que yo á explicarlas no acierto.

VI.

La vuelta del colorin.

¿Qué es esto, colorin mio,
Revolando á mis ventanas,
Cuando yo te suponia
Unido ya con tu amada:
Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Armonioso requebrarla:
Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió al abrir sus balcones,
Que su colorin la aguarda.

¿Qué es esto, avecilla necia?
¿Tan presto tu bien te cansa,
Que ya, infeliz! echas menos
La esclavitud de la jaula?
¿Te agrada el afan inútil
De batir con cruda garra,
Y morder con fiero pico
Los arambres de tu guarda?
¡Y este era el empeño ardiente
Con que en romper los pugnabas,
Y estos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!
¿Valen mas doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?
¿Posarse allí bullicioso
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándote tú, se alza?
¿Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas, que el vivaz soplo
Del cefirillo rizara?
¿Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores mas lozanas,
Buscar la rosa mas bella,
Y gozar feliz del ámbar
Que exhalan sus frescas hojas,
Libándolas sin ajarla?
¿Valen mas mis cariñitos
Que las ardientes piadas
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?
¿No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,

Que en estrecho bebedero,
Ni tan risueñas ni claras?
¿ Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?
¿ Allí entre flores y aromas,
Al rayar riente el alba,
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?
¿ Allí de tu gusto dueño
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?
¿ Y en pos de tu alegre amigo,
Que en tus suspiros se inflama,
Del valle al plácido nido
Esposo feliz llevarla?
Amado colorin mio,
¿ No es esto mejor? ¿ iguala
A tan fausta independencia
Esta sujecion amarga?
Esta sujecion, que al tiempo
Su rueda abrumando pára;
Y siempre y siempre la misma
A la eternidad retrata.
¡ Y aun cariñoso me pias!
¡ Y solícito te afanas!
¡ Y revolando me pides
Que presta el encierro te abra...!
¡ Oh! cuánto, cuánto me enseñas!
¡ Cuánto, donoso, me hablas
Con los sentidos gorgeos
Con que á mis balcones llamas!
Tu leccion y ejemplo sigo,
Avecilla afortunada,
Mas que tu dueño discreta
En tu feliz ignorancia.

Cesó mi necio delirio:
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbrara.
Y el tedio se hundió con ellas,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas, que florecen
Do quiera bajo mi planta.
Tú vuelves, ave querida,
A la mano que te halaga,
Al dueño que te requiebra,
Y á la amiga que te ampara.
Tú vuelves de agradecida,
Tú vuelves, porque criada
Entre cariños y besos,
En ellos tus dichas hallas.
Tambien yo hallaré las mias
En querer con vida y alma
Esclava feliz al dueño,
Que con alma y vida me ama.
Yo le pagaré, avecilla,
Yo le pagaré afanada
Noche y dia en su regalo
Las finezas de su llama,
Como tú loca en tus juegos
Con ellos mi afecto pagas,
Y en suavísimas canciones
A mi voz sola te exhalas.
Tú á mi lado hallas tu gloria,
Y abandonas por gozarla
Libertad, nido y querida;
Y porque te encierre, clamas.
Yo sin tantos sacrificios,
En la inefable lazada
Que con mi esposo me liga,
Vincularé mi esperanza.
Centro á mis finos deseos,
Él será la lumbre clara

Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.
Y asi en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.
Ven pues, colorin precioso,
Ven, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.
Los dos seremos felices,
Tú en su pacífica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias. —
El colorin cariñoso
Batiendo alegre las alas
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba,
Y Fílis, la tierna Fílis,
Corrió á su esposo exhalada,
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

VII.

La tarde.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche,
Por el occidente sale:
Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles;
Y sobre la mustia yerba

Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma süave
Despidiéndose del dia,
Embalsaman todo el aire.
El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imágen:
De la alta cima del cielo
Veloz se despeña, y cae
Del océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡O qué viso! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce.
Suelta el labrador sus bueyes;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales:
Lejos las chozas humean,

Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen.
El universo parece
Que de su accion incesante
Cansado el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde-oscuro del prado,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su márgen,
Su deleitosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades,
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
Liberal naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Lleno de pavor me late.
Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros

Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,
Y empiezo triste á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes :
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y la noche el velo tiende
Que el crepúsculo deshace.

VIII.

Los aradores.

¡Oh, qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente
Sobre la esteva encorvados
Los aradores parecen!
¡Cómo la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden!
Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes
La dura cerviz alzada
Tiran del arado fuerte.
Anímalos con su grito,
Y con su aguijon los hiere
El rudo gañan, que en medio
Su fatiga canta alegre.
La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso,
Que asientan los tardos bueyes.
Ellos las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielo en aljófar vuelve,

Y el gañan aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene,
Con sus vivíficos rayos
Le calienta y esclarece.
¡Invierno! invierno! aunque triste
Aun conservas tus placeres;
Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupacion la mente.
Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleje.
Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yerta la naturaleza
Y en un silencio elocuente;
Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la mies que oculta crece.
De los árboles las ramas
Al peso encorvadas ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.
La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente,
Que une el suelo al firmamento,
Allá á lo lejos ofrece:
Mientra en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes,
La imaginacion asustan,
Cuanto el oido ensordecen;
Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.
¿Pues qué, cuando de las nubes
Horrísonos se desprenden

Los aguaceros, y el dia
Ahogado entre sombras muere;
Y con estrépitu inmenso
Cenagosos se embravecen
Fuera de madre los rios,
Batiendo diques y puentes?
Crece el diluvio : anegadas
Las llanuras desparecen,
Y árboles y chozas tiemblan
Del viento el furor vehemente;
Que arrebatando las nubes,
Cual sierras de niebla leve,
De aquí allá en rápido soplo,
En formas mil las revuelve :
Y el imperio de las sombras,
Y los vendavales crecen;
Y el hombre atónito y mudo
A horror tanto tiembla y teme.
O bien la helada punzante
La tierra en mármol convierte;
Y al hogar en ocio ingrato
El gañan las horas pierde.
Cubiertos de blanca escarcha,
Como de marfil parecen
Los árboles ateridos,
Y de alabastro la fuente.
Sonoro y rígido el prado
La planta hollado repele;
Y do quier el dios del hielo
Su ominoso mando ejerce;
Hasta que el suave favonio
Medroso y tímido al verse
Nuevo volar, con su aliento
Tan duros grillos disuelve.
El dia rápido anhela :
No asoma el sol por oriente,
Cuando sin luz al ocaso
Precipitado desciende;

Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.
Asi el invierno ceñudo
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros,
Y nieve y nubes se envuelve.
¿Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en enero su fin halla,
Y que ya empezó en noviembre?
Del órden con que los tiempos
Alternados se suceden,
Durando naturaleza
La misma, y mudable siempre.
Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncos vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,
Serán las flores del mayo,
Serán de julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que octubre se enriquece.
Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve,
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses:
Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Do quier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden;
Ved cuál fecunda la tierra
Sus gérmenes desenvuelve,
Para abrirnos sus tesoros
Otro dia en faz riente.
Ved, como ya pululando
La rompe la hojilla débil,

Y con el rojo sombrío
Cuán bien contrasta su verde :
Verde, que el tostado julio
En oro convertir debe,
Y en una selva de espigas
Esos cogollos nacientes.
Trabaja, arador, trabaja,
Con ánimo y pecho fuerte,
Ya en tu esperanza embriagado
Del verano en las mercedes.
Llena tu noble destino,
Y haz cantando tu afan leve,
Mientras insufrible abruma
El fastidio al ocio muelle ;
Que entre la pluma y la holanda
Sumido en sueño y placeres,
Jamas vió del sol la pompa
Cuando lumbroso amanece :
Jamas gozó con el alba
Del campo el plácido ambiente:
De la matinal alondra
Los armónicos motetes.
Trabaja, y fia á tu madre
La prolífica simiente,
Por cuyo felice cambio
La abundancia te prometes :
Que ella te dará profusa
Con que tu seno se aquiete,
Se alimenten tus deseos,
Tu sudor se remunere;
Puesto que en él y tus brazos
Honrado la fausta suerte
Vinculas de tu familia,
Y libre en tus campos eres.
Tu esposa al hogar humilde
Apacible te previene
Sobria mesa, grato lecho,
Y cariño y fé perennes :

Que oficiosa compañera
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada dia
Con su diligencia crece :
Y tus pequeñuelos hijos
Anhelándote impacientes,
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan, si te detienes.
Llegas, y en torno apiñados
Halagándote enloquecen ;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;
Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;
Que en sus fiestas y gorgeos
Pagarte ahincado parece
Del pan que ya le preparas,
De los surcos donde vienes.
Y la aijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere;
La madre el empeño rie,
Y tú animándole alegre,
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenias,
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
Ardiendo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio,
Que tus miembros entorpecen :
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que plácido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;
Hasta que el naciente dia
Con sus rayos te despierte,

Y á empuñar tornes la esteva,
Y á regir tus mansos bueyes.
¡ Vida ignorada y dichosa!
Que ni alcanza ni merece
Quien de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.
¡ Vida angelical y pura!
En que con su dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Do quier próvido y presente:
A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambicion tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.
Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En que dueño de sí el hombre
Sin orgullo se ennoblece:
En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,
Y entrada el vicio no tiene;
Y en que un dia y otro dia
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso rio,
Siempre iguales y rientes.
¡ Oh, quién gozarte alcanzara!
¡ Oh, quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna
Un pobre arador viviese!
Uno cual estos que veo,
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavitud los humilla,
Ni la vanidad los pierde:
Lejos de la envidia torpe
Y de la calumnia aleve,
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

IX.

Las vendimias.

Ya dió alegre el fresco otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.
Del peso dulce y ópimo
De sus racimos vencida
Al suelo la vid pomposa,
La frente encorvada inclina;
Y entre el desmayado verde
Que su follage mancilla,
Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan:
O como el negro azabache
Que á la noche desafía,
Agrupándose, el deseo
A su robo solicitan.
Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo dia,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.
Las cestas pues se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
« Honor al dios de las viñas. »
No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cuébano no reciba.
Dadme una cesta, muchachas,
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga:
Y allá en las tristes ciudades

Dejad que míseros giman,
Revueltos en mil cuidados,
Los necios que las habitan;
Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila,
Y el afan de sus labores
El pecho me vivifica.
¡Oh cómo á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa;
Y las picantes tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchando el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los mas tibios inflaman,
Y la licencia autorizan.
Ved como Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece como niña.
Daliso allí mas osado
Corre tras Fílis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy mas divina;
Y tomándola en sus brazos,
Por mas que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le regó frente y mejillas:
Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.
Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,

Y al Amor dan osadía.
¡ Loor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el suave néctar
Que sus racimos destilan!
¡ Al de juventud perenne,
Quien en faz riente y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga!
Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía,
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.
Ved por las cumbres del cielo
Cual alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia:
Que él tambien reina en las vides,
Fausto los racimos cria,
Y hoy lo acerbo de sus granos
Torna en delicioso almíbar.
Pero con nueva algazara
Los víctores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Ornanle á trechos colgando
Cual vencedoras insignias
Los vástagos mas frondosos,
Que el viento ondeando agita;
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recíbelas la ancha troje,
Que las macera, y envia
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pie las pisa;
Y remedando al beodo

Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pie se libra,
Y ora al monton mal hollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.
Rueda el tórculo gimiendo,
Y con inmensa ruïna
Desciende el molar enorme,
En que su presion estriba.
Corre en arroyos el mosto;
Y Baco, la sien ceñida
De las hojas de sus parras,
Desde una cuba lo mira.
Los silenos de su corte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben y al dios lo liban:
Licor hoy de áspero gusto,
Mas que hervido será un dia,
Mas bien que el néctar de Jove,
El bálsamo de la vida:
El que alegre los banquetes,
Dé al Amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.
Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas,
Y en ellas, cual un torrente,
Sonando se precipita.
Todos batiendo las palmas
Aplauden á su caida:
La taza en las manos rueda,
Y á un dulce delirio incita:
Quien canta, ó quien loco rie,
Balbuciente aquel se explica,
Y hundírsele aquel la tierra

Siente, y se afana en asirla.
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro al beber con el mosto
Barba y pecho se rocia:
Y todo estrépito insano,
Todo algazara festiva,
Muy mas fervientes con ellos
Los bríndis se multiplican.
Asi triunfa el dios del vino,
Asi su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocaso
Desciende la noche umbría,
Y su manto de luceros
Tiende á la atónita vista:
Abrese la alegre danza,
Vivo el crótalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.
Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos aguijan.
¡O qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida
Bate la planta la tierra,
Los brazos se abren y animan!
Delio á Nise estrecha ardiente,
Silvia á Felicio va unida,
Daliso á Fílis rodea,
Y con Silvio Enarda trisca.
Todos aplauden y gozan,
Todos bullen á porfía,
Y en el calor con que Baco
Las llamas de Amor atiza,
No hay quien baile indiferente,

Ni vendimiadora esquiva,
Alternando con las danzas
Los brindis y ardientes vivas.
Asi el cansancio en los brazos
Del regocijo se olvida,
Y alegres nos ve la aurora
Correr de nuevo á las viñas;
A seguir con las tonadas
La labor entretenida,
Que huye el sol, cesa; y la noche
Con otro baile disipa.—
Cuando yo estos dulces versos
Cantaba á mi fácil lira,
En el ocio de mi aldea
En gloriosa paz vivia:
Despues ominoso el hado
Me arrastró á las grandes villas:
Ví la corte, y perdí en ella
Cuanto bien antes tenia.
Y asi abrumado de afanes,
Siempre en duelos y agonías,
¡Quién, exclamo, se volviese
A su aldea y sus vendimias!

SONETOS.

I.

El propósito inútil.

Tiempo, adorada, fué cuando abrazado
Al fuego de tus lumbres celestiales,
Osé mi honesta fé, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.

¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales;

O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura;
Y hablar no puedo aunque morir me veo.

Huyo; y muy mas mi corazon se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

II.

La esquivez vencida.

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:
Apenado á tí corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides suaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Fílis coge y la esquivez olvida.

III.

Las armas del amor.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;

De tus lindos ojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme:
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz süave, tu desden fingido
Y el albo seno do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ha rendido:
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

BATILO.

Egloga en alabanza de la vida del campo.

BATILO. ARCADIO. POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas á la aurora:
La cabra trepadora
Ya suelta, se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced la yerba y la menuda grama,
Paced, ovejas mias,
Pues de abril tornan los alegres dias.

Mejórase la tierra
De verdor coronada,

Y aparecen de nuevo ya las flores?
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores:
Todo el prado es amores,
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y con susurro blando
Va el arroyo las flores salpicando.

Asi cual es sabroso
Despues de noche fria
El rocío del alba al mustio prado,
O cual tras enojoso
Invierno el alegría
Sereno sol de abril vuelve al ganado:
Asi cual al cansado
Pastor, que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente,
Tras el marzo inclemente,
Tal es á mí del céfiro el aliento,
Y cual á abeja rosa
Del campo asi la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando:
Mientra el sol se va alzando,
Mil zelosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mias:

Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma,
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando,
El dulce Arcadio asoma;
Sus voces regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.
Tambien viene cantando,
Cual yo, de la florida
Estacion. Salir quiero
A encontrarle primero,
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría
De este florido prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,
O la hambrienta porfía
Con que pace el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace,
No sentirá movido
El corazon y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso.
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado,

Y tierna yerba de pacer sabroso :
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo al hato querido
Donde quiera las yerbas ir sobradas :
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento:
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tórmes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono, que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz süave,
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora,
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado,
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste,
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir rïendo,
Y á lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente,
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo

Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamas fué tocada:
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano,
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,
Mas bellas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalas en medio el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado:
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
« Dulce el ameno valle es al ganado,
« Y á mí dulce la vida
« Del campo, y grata la estacion florida. »

Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas:
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas
De júbilo y paz llenas,
¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve amanecer serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!

¡ Mil veces descansada
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados,
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados:
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio,
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero

Aquí en la verde grama
Oiga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo.
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido á la mitad del cielo:
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo:
Y arrúllenme las blandas tortolillas
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,

Y su lana, y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.

Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis amores desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Fílis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia, que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decia
Despues de los falaces ciudadanos!
Aun á los mas ancianos,
Si te acuerdas, pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.

Yo zagalejo entonces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Cual es el fruto del silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno,
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera:
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio, que pavor ponia.
Me acuerdo que decia
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros ríos.

Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuïta,
Cual si débil balido

De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡ O ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar, ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos tiene alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio:
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfecta:
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.

Todo es amor sabroso,
Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso
Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo mas ganado.
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata.
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo,

Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas:
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡O soledad sabrosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡O vida venturosa!
Sereno y claro rio,
Que por los sauces corres mansamente:
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura
Y gloriosa armonía
Del uno al otro dia:
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo sosegado,
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,

Y apacible sonido
Que del céfiro forma el blando aliento,
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja,
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension al alma deja,
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.

No aquí esperanza, ó miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo celo
Da bendicion al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.

Sin recelo ni susto,
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron,
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los jilgueros nido hicieron,
O si al lagarto vieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cual se espantaron,
Corrieron, ó balaron.
Ora al yugo acostumbra los novillos,
Ora fruta, ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.

Con las serranas viene
A triscar por el prado
Y enguirnalda la sien de frescas flores,
Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado
Que cantarles contento mil amores:
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruidos,
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazonada
¡Con cuán dulce fatiga
De la rama se corta! ¡cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorin vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con blando vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!

Asi Tirsi decia,
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores,
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;

Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.

Y cierto ¿ cuántas veces
Los mas altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías,
Sin pompa ni altiveces,
A gozar los favores
Del campo y de sus dulces alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los amenos valles se entretienen,
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso,
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡ O grata vida! ¡ o cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe, Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida

Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora,
Tal es tu voz sonora,
Zagalejo, á mi oido:
Ni asi es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual es á mí tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montüosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena:
Ni asi aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad, con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reia,
Y ellas de mis desprecios se enojaron:
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Asi Elisa entre todas relucia.
¡ Cuán bella parecia,

Batilo! Los sus ojos
Mil pechos abrasaron,
Mil envidias causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento,
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento.
Al bosque el manso viento:
Tú á todo nuestro prado
Le das, zagala mia,
La risa y alegría:
Al sentirte venir bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No asi de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa,
Pradera y selva umbría:
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores :
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡ Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado!
¡ O en colorin mudado,
Continuo mis amores te cantara!
¡ O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne, extremado
En dulce melodía,
Puede ser abubilla comparada :
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡ O fuente! ¡ o valle! ¡ o prado!
¡ O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y con su par el jilguerillo hermoso,

El ciervo en selva umbría
Con otro se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo:
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas
Cuando de nueva luz el sol las dora,
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos:
Y yo que logré oillos
Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado:
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ODAS.

I.

La vision de amor.

Por un prado florido
Iba yo en compañía
De la zagala mia,
Ocioso y distraido,

Do suelta el alma de pasiones graves
Con mi fácil rabel seguir curaba
Del viento el silbo, el trino de las aves,
O el bé que á mis corderas escuchaba;
Y en gozo rebosaba
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
Cuanto en los campos de gracioso advierte.
Cuando en faz placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Ví á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera.
La Musa, dijo, soy de los amores:
Nada, simple zagal, nada receles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y verjeles,
No cantes ya cual sueles
Esa rusticidad de la natura,
Que bien mayor mi númen te asegura.
Dócil oye mis voces:
Sigue el comun ejemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es paz todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virginal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno,
La vivaz llama del placer aspire,
Y de amor solo tu rabel suspire.
Dí en él de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala.
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y angelical agrado
Estro den á tu voz, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado.
De rosas coronado

Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  En estos frescos valles
El ánimo se encanta:
Corra feliz tu planta
Sus deliciosas calles,
Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio..
Ve allí nudas triscar sus ninfas bellas;
Y allá en brazos de amor y del misterio
Dulces gemir las tímidas doncellas.
Sigue alegre sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  Mira allí prevenidas
Entre parras espesas
Cien opíparas mesas
De amorcitos servidas,
Do risueño el placer insta á sentarse.
Al Teyo mira que el festin ornando,
Ya empieza con los bríndis á turbarse;
Y entre lindas rapazas retozando
Te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  Corre, jóven dichoso,
Que el anciano te llama,
Y con su copa inflama
Tu pecho aun desdeñoso.
Allá otros niños bellos al Parnaso
Suben, do á Cintio Vénus los entrega,
Cual Tibulo, Villegas, Garcilaso,
Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
Ea, al coro te agrega:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
  Oye bullir sonantes
Las melífluas abejas,
Oye arrullar sus quejas

Cien tórtolas amantes;
Y allí bajo una hiedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada,
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
Aquí, que es todo ardores,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.
Dijo Erato amorosa;
Y en una vega amena
De aves parleras llena
Dejónos misteriosa:
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada, umbría,
Y quien mas pudo arder, allí probamos,
Y ella mi amor, y el suyo yo vencia.
Desde tan fausto dia
Sigo, siervo feliz, sigo á Cupido,
Brazo con brazo á mi zagala asido.

II.

El sufrimiento hace los males llevaderos.

No porque congojoso
Al sordo cielo en tus angustias mires,
O abatido y lloroso
Sobre tu mal suspires,
Lucio, á templarlo querellando aspires.
Que en órden inmutable
Los casos ruedan de la humana vida;
Y el hado inexorable
Ya tiene decidida
Tu fausto vuelo, ó tu infeliz caida.
Cuanto en contrario obrares,
Es cual si opuesto á un rápido torrente,
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,

O herir los cielos con tu altiva frente.
  Afanaráste en vano;
Y el término infeliz de tu porfía
Será, con necia mano
Dar á la suerte impía
Mas poder sobre tí que antes tenia:
  Cual con la misma fuerza,
Con que en su rabia al gladiador que osado
Le hirió, alcanzar se esfuerza,
De su estoque acerado
Cae el toro á sus pies atravesado.
  Cede al ímpetu fiero,
Y calla y sufre cual sufrir conviene;
Que asi un pecho severo,
O el nublado previene
Que horrísono sobre él tronando viene,
  O con frente serena
Del rayo ve devastador las iras:
Tal de calma y luz llena
Jamas, Febe, retiras
Tu faz del cielo que entoldado miras;
  Sino que hermosa subes
Tu carro por el alto firmamento,
Dejando atras las nubes.
Del mas rudo tormento
Remedio es celestial el sufrimiento.

III.

De la inconstancia de la suerte.

¿Ves, o dichoso Lícidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Sublime al sol en la celeste cumbre
Animar todo el suelo?
¿La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado,
Bullir lascivo el céfiro, el ganado

Ir paciendo gozoso?
¿ Cómo los altos árboles se mecen;
Y entre el blando sonido,
Los coros de las aves que el oido
Y el ánimo adormecen?
¿ Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?
¡ Ay! tiembla, tiembla, que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora.
Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Ate al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.
Asi ominosa la inconstante suerte
A su antojo varia
La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.
Ella derroca el cedro mas altivo;
Estremece al tirano;
Da la púrpura á un mísero villano,
Y hace á un rey su cautivo.
La negra ingratitud, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.
Evita pues un lamentable caso:
Súfrela inexorable;
Si la diestra te ofrece favorable,
Modera cuerdo el paso.
Y no á un dudoso piélago te entregues,
Marinero inexperto;
O infeliz llorarás sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues.
Un tiempo yo la ví tambien contenta

Y con rostro sereno :
Engañóme crüel. Del daño ageno ;
Lícidas, escarmienta.

IV.

A la Esperanza.

Esperanza solícita, á mi ruego
Ven, aligera mi afanosa carga :
Ven, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.
No me abandones á mi suerte cruda :
Déjame al menos que me adule el aura,
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.
Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.
Donde los ojos dolorido torno,
Cien furias hallo que gritando claman :
Caiga, y hollemos su abatido cuello :
¡ Bárbara saña !
Ven, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo : tu presencia grata
Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.
Tú que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas,
Con la esperanza de la mies, que opima
Julio le guarda,
Tú que al osado marinero alientas,
Cuando asaltado en la voluble barca
De hórridos vientos y revueltas olas,
Mísero clama.
Al que agoniza en solitario lecho ;
Entre las sombras de la triste parca ;

Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable, y cubres
De un velo grato que enagena el alma;
Que hace la copa de la vida al hombre
Menos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausto levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan;
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplicar presta á la profunda llaga
Que en lo mas vivo de mi ser penetra,
Blanda triaca.
Dame tocar al mas humilde puerto:
Dame alentar en su dichosa playa:
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

V.

Al otoño.

Fugaz otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mia
Con tu favor se siente;
Y en su dulce alegría,
Porque atras tornes, votos mil te envia.
Tente; deja que goce
Tu plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alborote,
Viendo cuál colma el cielo
Con tu abundancia ópima su desvelo.
No atiendas, o corona

Deliciosa del año, eterno esposo
De la amable Pomona,
No atiendas desdeñoso
El ruego de los hombres fervoroso.
Por tí la selva y prado
De hojas viste y de flores primavera;
Y en estío abrasado
Con mas ardua carrera
Se pierde el día en la luciente esfera.
Todas las estaciones
Te sirven á porfía; y dadivosa,
Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusion orna el mundo cariñosa.
Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienes,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado:
Ocioso, en paz süave,
De vil adulacion libre el oido,
Lejos la rota nave
Del golfo embravecido,
Y en tu belleza el ánimo embebido.
¿Qué perfumes? ¿qué olores
Lleva el aura en sus alas? ¿qué verdura
¿Es esta y tiernas flores?
¿Qué rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosura?
Do quier me torno, veo
Mil delicados frutos: la granada
Brinda hermosa al deseo;
Y en la rama colgada
Mece el viento la poma sazonada.
Los huertos, las laderas
Brillan en mil colores á porfía:
Las aves lisonjeras
Hinchen con su armonía

De deleite los pechos y alegría.
  El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura:
  O en mas altas canciones
Tus dones, rico otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
  Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro
Le haces volar en corazon seguro.
  A tí solo harmoniosa
Mi lira ensalzará; no los ardores
Del Leon, ó la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañudo invierno los rigores.
  Ensalzará cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando,
Deja el sol que segura
Trisque y vague en el prado la hermosura.
  Arrebolado el cielo,
La atmósfera tranquila, manso el rio,
Del viento el leve vuelo
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo al pecho mio.
  Mas ¿qué insanos clamores?
¿Qué algazara de súbito ha sonado?
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el dios del vino la señal ha dado.
  Remuévense las cubas:
Entre confusas voces y tonadas

Las sazonadas uvas,
Del vástago cortadas,
Danzando son del pisador holladas.
El tórculo resuena:
En purpúreos arroyos espumante
El mosto el lagar llena;
Y con grita triunfante
Corre en torno, y lo aplaude el tierno infante.
Todo es risas y gozo:
La sencilla rapaza á su querido
Halaga sin rebozo,
O con desden fingido
Sus brazos huye, y déjale corrido.
La cándida alegría
Vaga de pecho en pecho, celebrado
En coros á porfía
El néctar regalado,
En que el tierno racimo se ha tornado.
¡Ven pues, o dios del vino!
Ven, que todos te llaman calurosos
Con tu licor divino;
Y rige sus dudosos
Pasos y sus cantares licenciosos.
Ven, que ya de occidente
Silban las tempestades; y ya el cielo
De tiniebla inclemente
Cubierto, el desconsuelo
Del aterido invierno anuncia al suelo.

VI.

Que la felicidad está en nosotros mismos.

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado;
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.
Ten acorde á tu suerte

Sin cesar el deseo:
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;
Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo.
Providente natura
Para tu bien presenta
Do quier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre á tus ojos su hermosura.
Escoge: un claro dia,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría;
El viento que bullente
Jugando entre las flores
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente;
Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas,
Las abejas volando entre las rosas,
Que abrazados sus vástagos se besan;
El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta;
De Filomena el suspirar divino;
Y hasta en la noche oscura
El sin fin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del sol mismo emulando la hermosura:
Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede;
Que á todos y sin precio se concede,
Porque todos á par puedan gozarlo.
Ni hay alfombradas salas,
O riquezas iguales;
Ni llegan los alcázares reales

A pompa tanta y naturales galas,
O mas grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro,
Que serpeando el ánimo adormece,
Salta y rie, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija : en su bullir festivo
¿ Qué pecho habrá que al júbilo resista ?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorumpe á veces, ¡ oh dolor ! deshecho,
Aun tiene su placer, y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena;
Y entre ellas torna á recobrar la vida :
Bien como el caminante,
Que en medio la agria cuesta
Aliento toma, y á doblar se apresta
Su cima que enriscada ve delante.
Veces mil, Julio mio,
Lo llevo asi probado.
¡ Triste, ay ! de aquel á quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío !
Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo;
Ni jamas del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá al consuelo.
No pues, necio, te exhales
En quejas ominosas :
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

VII.

A mis libros.

Fausto consuelo de mi triste vida,
Donde contino á sus afanes hallo
Blandos alivios, que la calma tornan
Plácida al alma :
Rico tesoro, deliciosa vena,
Do puros manan, cual el almo rayo
Que Febo lanza esclareciendo el orbe,
Santos avisos ;
Donde Minerva providente cela
Sus maravillas, monumento ilustre
Del genio excelso que feliz me anima,
Libros amados :
Do de los siglos la fugaz imágen,
Donde, natura, tu opulenta suma,
Del seno humano el laberinto ciego
Quieto medito :
Nunca dejeis de iluminarme, nunca
En mi cansada soledad de serme
Util empeño, pasatiempo dulce,
Séquito grato.
Vuestro comercio el ánimo regala,
Vuestra doctrina el corazon eleva,
Vuestra dulzura célica el oido
Mágica aduerme :
Cual reverdece la sonante lluvia
Al seco prado, y regocija alegre
La árida tierra, que su seno le abre,
Madre fecunda,
Por vos escucho en el aonio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace;
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Candido Teyo.
Por vos admiro de Platon divino

La clara lumbre, y si tu mente alada,
Sublime Newton, al olimpo vuela,
Raudo te sigo.
En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro:
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera:
Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tíbur;
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio.
Viéndome asi del universo mundo
Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.
Nunca preciados, de la suerte, o libros,
Lleve mi vida, cesareis de serme,
Ora me encumbre favorable, y ora
Fiera me abata.
Bien me revuelva en tráfagos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne;
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

VIII.

La gloria de las artes.

¿A dónde incauto desde el ancha vega
Del claro Tórmes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿de qué sagrado
Espíritu inflamado,
Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las artes, sus primores,

Y de la patria el nombre esclarecido?
  Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia;
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta:
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura:
  Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento;
Y en su heróico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves:
  Yo asi saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo,
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada:
Palma que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido;
  Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñia
Del ínclito laurel; y su memoria

Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
Noble Academia, guia,
Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡Felice yo, si tu favor consigo!
Y el dulce plectro de marfil sonando
Las artes canto tras mi dulce amigo.
Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fénix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡O nombre de Borbon esclarecido!
A tí fué concedido
Las artes restaurar: con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron:
La fama resonó de sus loores,
Y los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres en union amiga
La frente levantaron con ardiente
Afan, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente;
Y el mármol del cincel siente animarse:
Tus seres mejorarse,
¡O natura! en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del íris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡O divina pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! ¿De qué vena
Sacas el colorido,
Que al alba el velo cándido retrata,
Cuando asoma serena
Por el oriente en rayos encendido?
¿Cómo el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla?
¿De los alegres prados la verdura?

¿Tanta varia y fragante florecilla?
¿El rutilante sol, la nube oscura?
¿Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,
La sombra oscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiante, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?
Tú de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes, ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego,
Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡oh! tu admirable
Pincel ¡cuál ha mi espíritu movido!
¡Oh! al contemplar tu Vírgen adorable
En su extremo dolor, ¡cuánto he gemido!
La dolorida madre, arrodillada,
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el hijo postrado;
Su rostro está cual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oido: ¡ay! ¡cuán sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza
Del que herirte, o Jesus, brutal procura!
Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!
¡O pinceles! ¡o alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡o bienhadada
Edad, en que hasta el cielo

En alas del ingenio la divina
Invencion se vió alzada,
Cuando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante sus ojos reverente
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente!
  Admira, o hombre, tu grandeza; admira
Tu espíritu creador, y á la estrellada
Mansion vuela seguro,
Donde tu aliento celestial suspira
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el sol puro
Su rutilante trono; y con brioso
Pincel guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
  Que no tú sola, o música, el ruïdo
Finges del arroyuelo trasparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No menos pavorosas,
O fiero Julio, en tu batalla siento
Crujir las roncas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
  ¿Pues qué, si entre los vientos bramadores
Nave de airadas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo

Retumba por la nube pavorosa;
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.
Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocoon cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
¡Mira, cómo en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios extendidos!
¡Cuál sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
¡Ay cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afan aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Cual débil luz por entre niebla oscura.
Ellos á él vueltos, con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñoza.
¡Oh! ¡cuán en vano claman!
¡Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando,
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
Mientra en Apolo la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,

Do la flaqueza humana
Jamas cabida halló. Su peregrina
Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.
Parece en la soberbia excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Cual si el coro de Musas blandamente
Le halagara: la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento:
Libre el pie en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza;
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol, y su hielo inflama.
Ni el lugar merecido á tí, o divina
Vénus, tampoco faltará en mi canto:
¡Ay dó fuiste formada!
¡Quién ideó tu gracia peregrina!
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enagena en regalada
Suspension: tu delgada
Tez excede á la cándida azucena,
Cuando acaba de abrir: tu cuello erguido
Al labrado marfil: la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.
¡O reina de las Gracias, blanda diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del Niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca, do rie el beso delicado,
Tu donaire, tu agrado,

Tu süave expresion, tus formas bellas
Del suelo me enagenan: yo me olvido;
Y de cincel en tí no hallando huellas,
Absorto caigo ante tus pies rendido.
Tan divinos modelos noche y dia
Contempla atenta, o juventud hispana;
Y el pecho asi excitado,
La senda estrecha que á la gloria guia
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya á tu lado:
Aquel que al cielo alzado,
Huye lo popular, cual garza hermosa,
Cuando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta airosa,
Y el vulgo de las aves atras deja.
¡O venturoso, el que en las artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme, Musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;
Mientra el pecho latiéndole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afan, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un númen lleno, y con pincel fogoso,
Odio, miedo, terror y amor me inspira.
Quizá algun jóven al mirar la gloria
De tan augusto dia, y de mi canto
Quizá tambien herido,
Se excita ya á la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer. ¡O esclarecido
Premio, muy mas subido
Que el tesoro mas rico! Quien merece
Que tú le enjugues el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre mas famoso.
Asi Fídias, Lisipo, Apéles viven

En eterna memoria; asi la rara
Fama de Zéuxis dura,
Y el grande Urbino y Micael reciben
Cual ellos honra clara;
Ni á tí o Velazquez, en tiniebla oscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta; y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.
Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye tambien la celestial doctrina,
Que á Fídias dió el modelo
El cantor frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des: la virtud santa,
O artistas, retratad, y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Cual sombra triste al resplandor sagrado.
Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguis, los cuidadosos
Ojos volved contino
A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporcion, sencilla idea,
Que á Herrera hicieron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.
Mas tú, en quien Cárlos de la patria fia
La suerte y el honor, o esclarecido
Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este dia.
Si de tí protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso

En su afan generoso
Galardon fuere que al artista anime;
Ni envidiaremos la piedad toscana,
Ni tus estancias, Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.
Feliz entonces el pincel íbero
Del gran Cárlos la imágen gloriosa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando, cual lucero,
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo, ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable abuelo.

IX.

Al sol.

Salud, o sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura,
O rey, o dios del dia,
Salud: tu luminoso
Rápido carro guia
Por el inmenso cielo,
Hinchendo de tu gloria el bajo suelo.
Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente;
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen:
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable, sólita carrera.
Te sonrie la aurora,

Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves, cuanto alienta,
Saltando de placer tu pompa aumenta.
Todo, todo renace
Del fúnebre letargo en que envolvia
La inmensa creacion la noche fria.
La fuente se deshiela;
Suelto el ganado pace;
Libre el insecto vuela;
Y el hombre se levanta
Estático á admirar belleza tanta.
Mientras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu carrera ardiente
De las puertas del alba hasta occidente:
Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas;
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El Africa tostada,
Las regiones del hielo,
Y el indo celebrado
Son un punto en tu círculo dorado.
¡Oh! ¡cuál vas! ¡cuán gloriosa
Del cielo la alta cima enseñoreas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Cuanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas;

Y en vivas flores súbito la inundas.
  En la rauda corriente
Del oceano en conyugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el leon rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave; y sonando
El insecto á su amada va buscando.
  ¡O padre! o rey eterno
De la naturaleza! á tí la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa,
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno
La vid, y sus olores
Y almíbar tanta fruta,
Que en feudo el rico otoño te tributa.
  Y á tí del caos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa;
Y debió el agua su corriente undosa;
Y en luz resplandeciente
Brillar el aire frio,
Cuando naciste ardiente
Del tiempo el primer dia
¡O de los astros gloria y alegría!
  Que tú en profusa mano
Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso oceano,
Y el trasparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.
  Próvido asi reparas
De la insaciable muerte los horrores;
Las víctimas que lanzan sus furores
En la region sombría,
Por tí á las luces claras

Tornan del almo dia;
Y en sucesion segura
De la vida el raudal eterno dura.
  Si mueves la flamante
Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delincuente:
El pavoroso trueno
Retumba horrisonante;
Y de congoja lleno,
Tiembla el mundo, vecina
Entre aguaceros su eternal ruina.
  Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante tí desparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.
  De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Vénus su brillante llama.
Mas tu beldad gloriosa
No retires: oscura
La luna alzar no osa
Su faz; y en hondo olvido
Cae Vénus, cual si nunca hubiera sido.
  Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas. ¡Cuál tu frente
Se corona de rosas!
¡Qué velo nacarado!
¡Qué ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!
  La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre

De la opuesta montaña
La refleja encendida,
Y en púrpura se baña,
Mientras la sombra oscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.
¡Qué magia! ¡qué ostentosas
Decoraciones! ¡qué agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas;
Y en su calma serena
Pinta, ¡o pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.
¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso
Rey de los cielos, símbolo glorioso
Del Excelso! y si ruego
A tí alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impía
A un postrer rayo de tu alegre dia.

X.

A las estrellas.

¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil a los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternales,
Que huis girando en ligereza tanta,
Las alas esplendentes
Coged, coged; y en vuestra luz gloriosa
Abísmese mi vista venturosa.
Por do quiera fulgores,
Y viva accion, y presto movimiento.

El Dios del universo aquí ha sentado,
Su corte entre esplendores:
Del infinito coro
De ángeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laudes de oro;
Cual alma celestial el orbe alienta,
Y en sola una mirada lo sustenta.
¿Qué es de la tierra oscura?
¿Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su sol con ella; en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso.
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas: allí estaba
La blanca luna; y Marte allá tornaba.
Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,
El Orïon, las Pléyades lluviosas,
Y á tí, ¡o Sirio! inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dejo atras, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.
¡Qué digo, el fin!... empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espíritu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar ancho, insondable,
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.
Ante él como la nada
Asi es la creacion, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso:
Ni en su mente sagrada
Hay *hasta aquí*: su diestra
Jamas yace en reposo,
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando le intimó: *fenece;*
Y á esta ancha inmensa bóveda: *aparece.*
¡Ojalá en ella unido
A algun cometa ardiente su carrera
Rápida, inmensurable, acompañára!
En el éter perdido
Curioso indagaria
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera:
Ya cabe el sol veria
De dó su llama sempiterna viene;
Qué brazo asi colgado le sostiene;
Qué es el opaco anillo
Del helado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo:
En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;
Quién puso la Corona

Dó está, y la Hidra, y el Centauro fiero;
Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero:
  Y á todos demandára
Por su infinito Autor, dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura
Su excelso trono alzára;
Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado;
Dó su confin divino
Toca, y qué sol le alumbra; ó dónde dijo:
« De mis obras el término aquí fijo.
  « Cesemos: este sea
« Postrer lucero, el vallador lumbroso
« A la gran obra que yacia acordada
« En mi inefable idea,
« Columna magestuosa
« Entre el ser y la nada
« Alzada por mi brazo poderoso.
« Mi bondad ve gozosa
« Del postrer mundo al átomo primero,
« Y en todo brilla, y mi supremo esmero. »
  Decid, pues, encendidos
Globos que ardeis sin número, fanales
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Ser grande que os guia
Rodando en esas plagas eternales:
Vosotros que segura
Senda al sabio mostrais, que os mira atento
Por el tendido líquido elemento;
  O en voluble semblante
Diérais al labrador en la apartada
Edad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incesante,
Y la rauda presteza
De los tiempos midiese;

Decid, globos, decid ¿dónde le agrada
De su faz la belleza
Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo
La verá, de su gloria caido el velo?
Buscárale cuidoso
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres demandando
Por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde sonando:
El que de oro y azul mis alas pinta
Está mas adelante:
Está mas adelante, me responde
La garza que en la nube audaz se esconde,
Y la mar procelosa,
Mas adelante, rebramando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo:
En la aura vagarosa
Trinando al pueblo alado
Decir oigo lo mismo;
Y el rayo asolador que el mundo llena
En su vuelo inflamado
De horror y pasmo, *mas allá*, me clama,
Mora el que enciende mi sonante llama.
¿Dónde, soles gloriosos,
Está este *mas allá* que nunca veo?
¿Jamas ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De ese imperio inefable,
Por mas que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
Al hombre agobiará naturaleza
Agobiado en su mísera bajeza.
Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras ardereis, en pos la mente
Vuestro áureo giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas,

Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento;
Y yo en mi amable error luego embriagado
Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

XI.

El hombre imperfecto á su perfectisimo Autor.

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos, Ser eterno,
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye vana sombra mi existencia.
Tú, que hinches con tu espíritu inefable
El universo y mas, Ser infinito,
Mírame en faz pacible,
Pues soy menos que un átomo invisible.
Tú, en cuya diestra excelsa valedora
El cielo firme se sustenta, o Fuerte;
Pues sabes del ser mio
La vil flaqueza, me defiende pio.
Tú, que la inmensa creacion alientas,
O Fuente de la vida indefectible,
Oye mi voz rendida;
Pues es muerte ante tí mi triste vida.
Tú, que ves cuanto ha sido, en tu honda mente,
Cuanto es, cuanto será, Saber inmenso,
Tu eterna luz imploro,
Pues en sombras de error perdido lloro.
Tú, que allá sobre el cielo el trono santo
En luz gloriosa asientas, o Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, Señor, mi instable ligereza.
Tú, que si el brazo apartas, al abismo
Los astros ves caer, o Omnipotente;
Pues yo no pueda nada,
De mi miseria duélete extremada.

Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, o bienhechor, o Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.
Ser eterno, infinito, fuerte, vida,
Sabio, inmutable, poderoso, padre,
Desde tu inmensa altura
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

XII.

A mi patria, en sus discordias civiles.

¿Cuándo el cielo piadoso
Te dará fausta paz, o patria mia,
Y roto el cetro odioso
De la discordia impía
Reirá en tu augusto seno la alegría?
Tus hijos despiadados
Alzáronse en tu mal por destrozarte:
¿Cuándo en uno acordados
Correrán á abrazarte,
Y en tu acerbo dolor á confortarte?
¡Mísera! ¿dó los ojos
Vuelvas, sin ver allí tu inmenso duelo?
Estériles abrojos
Cubren el yermo suelo,
Que antes de espigas de oro pobló el cielo.
La llama asoladora,
Igualando el palacio y la cabaña,
Tus entrañas devora;
Y en su implacable saña
En lloro y sangre tus provincias baña.
¿Y tú el delirio alientas
Contra tí de tus gentes, y en su seno
Los odios alimentas,
Y de mortal veneno
Tú propia el cáliz les presentas lleno?

¿Dó vas, ó qué pretendes?
¿Qué furor te arrebata? ¡Cuánta hoguera
Ay! en tu estrago enciendes!
¡Ay! ¡cuál la atroz Meguera
Te aguija impía en tu infeliz carrera!
¡Y con gesto espantable
De su crin las culebras desprendiendo,
Con su diestra implacable
Sobre tí, en son horrendo
Está sus alas fúnebres batiendo!
Sus alas, que concitan
A mil y miles en delirio insano,
Y pavorosos gritan:
Hiera el hierro inhumano,
El hacha tale de la cumbre al llano;
No haya paz ni acomodo,
El fatal bronce sin descanso truene;
Y asolándolo todo,
Con sus destrozos llene
El hondo abismo, que bramando suene...
Caiga, patria querida,
Caiga tanto furor: cobre el arado
El hierro que homicida
La cólera ha afilado,
Y va en tu noble sangre mancillado.
Hermanos nos herimos,
Y viuda impíos nuestra madre hacemos;
Bajo un cielo vivimos,
Y unas aguas bebemos,
Y á emponzoñarlas bárbaros corremos.
Angeles, que de España
Fieles guardais la inmarcesible gloria,
Ahogad tan fiera saña,
Robad á la memoria
De horrores tantos la llorosa historia.
No dure ni en la pluma
Ni en el labio tan bárbara ruïna,
Jamas finible suma

De estragos, do mezquina
La patria á hundirse rápida camina.
¡Ay! ¡qué plaga, ni gente
De lucha tal ignora los furores,
Y el delirio inclemente,
Y los ciegos rencores
Con que ilusos doblamos sus errores!
Bastante á nuestros nietos
De lágrimas y amargos funerales,
Espantables objetos,
Memorias inmortales
Dejamos ya de nuestros largos males:
Hasta allá do entre el hielo
El rudo escita derramado mora,
Se oyen con grave duelo;
Y el reino de la aurora
La gran caida congojado llora.
Y todos del divino
Indomable valor que nos inflama,
Pasmados, el destino
Maldicen y la trama,
Que atizar pudo tan infanda llama.
Ella en la tumba ha hundido
Una generacion: tanta grandeza
Cual sombra ha fenecido:
La española riqueza
Cebo fué del soldado á la fiereza.
Nada, nada quedara
Del antiguo esplendor... ¡Y aun ciega gritas!
¡Y el puñal se prepara!
¡Y las teas agitas!
¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!
¡Infeliz! ¡en qué horrendo
Abismo gemirás precipitada
Con funeral estruendo!
Despues yerma, menguada,
Tu error maldecirás desengañada.
Demandarás tus hijos,

Y ¡ay! perecieron, sonará en respuesta,
Los ojos en tí fijos
En su ausencia funesta:
¡Cuánto, ay! ¡tu engaño de virtud te cuesta!
¡Oh, luzca el fausto dia,
Oh, luzca al fin, en que la paz gloriosa
Te abrace, o patria mia!
En calma deliciosa
Torne el cielo tu cólera ominosa:
Y en tu amor inflamados
Cual hijos á tus plantas nos postremos;
De errores olvidados,
Hermanos nos amemos,
Y en tu seno felices descansemos.

ELEGIA MORAL.

El deleite y la virtud.

¡O loca ceguedad! ¿Será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra?
¿O dejaré que el ocio me corrompa?
¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero
Con el vulgo seré, que siempre yerra?
¿Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heróico pisa
De la virtud el áspero sendero?
¿Seré del pueblo la cancion y risa?
¿O su malsana vanidad siguiendo,
Correré á mi despeño aun mas aprisa?
Las altísimas cumbres que estoy viendo,
Van del honor al templo... Allí me llama,
Allí el deleite plácido rïendo.
Sus vinos, cebo al paladar, derrama
En trasparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
¡A quién no arrastrarán el blando ruego,

La música y balsámicos olores,
Y de tanto amador la trisca y juego!
Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas siento:
La razon me detiene: el apetito
Aguija, y corre mas veloz que el viento.
¿Será, me dice, disfrutar delito
Los frescos valles que á la vista tienes?
¿O yerro entrar en tan feliz distrito?
¿No ves los lisonjeros parabienes,
Con que la alegre turba solicita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
Naturaleza próvida te incita,
Y su abundante mesa te prepara:
¿Sordo serás, cuando placer te grita?
Escúchala; y no necio tan avara
La juzgues con el hombre que ha criado
A que sus dones como rey gozara.
El pesar sigue al gozo; el abrasado
Estío á la apacible primavera;
Y al abundante otoño el cierzo helado.
El tiempo vuela: la ocasion no espera;
Goza tu edad lozana, y los oidos
Tapa, y no escuchen la razon severa.
Corre, corre estos prados que floridos,
Son viva imágen de tus verdes años;
Y á la vejez remite los gemidos.
Asi me disimula sus engaños
Con halagüeña voz; asi procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
Mas luego la razon que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.
Ella dolida de mi error, me ofrece
Su diestra celestial; y la gloriosa
Palma me ostenta que jamas perece.

¿Qué los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento,
Sino envuelta en espinas frágil rosa?
Que apenas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el sol, ó la deshoja el viento.
Evita, evita el lazo do enredado
Vas mísero á caer; y la engañada
Tropa desdeña y su falaz cuidado.
Presto verás cuál la vejez helada
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.
El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán, las flores
Lozanas vueltas en invierno crudo.
Y en pos la enfermedad y los dolores
A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.
Hasta el sepulcro tenderán las manos,
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,
Huye, y no atiendas los clamores vanos.
No los atiendas, necio. —Así me arguye;
Y la razon con su favor deshace
El ciego ardor que el corazon destruye.
Y yo, como el enfermo á quien desplace
En fiebre ardiente amarga medicina,
Y odioso el que la sirve, se le hace;
Asi de la razon la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina.
Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mejillas, aun suspiro
Por el mentido bien que voy dejando:
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

NOTICIA DE D. JUAN MELENDEZ VALDES.

Nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de marzo de 1754. Sus padres fueron D. Juan Antonio Melendez, natural de la villa de Salvaleon, y doña María de los Angeles Díaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del país. Las felices disposiciones que notaron en su hijo, los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios. Aprendió la latinidad en su patria, y la filosofía en Madrid en las escuelas de los padres dominicos de santo Tomas. Ya entonces su genio apacible y dócil le hacia querer de cuantos le conocian; y su aplicacion y adelantamientos le grangeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba tambien á traspirar su aficion á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto: el restaurador del Parnaso español hacia romances imitando á Gerardo Lobo, y componia versos á santo Tomas de Aquino, para complacer á sus maestros.

Estudiada la filosofía, sus padres le enviaron á Segovia por los años de 1770, para que estuviese en compañía de su hermano D. Estévan, secretario de cámara del obispo de aquella ciudad, D. Alonso de Llánes, deudo tambien suyo, aunque lejano. Allí fué donde con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canónigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella aficion á la lectura, aquella ansia de saber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasion de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicacion y talento, le envió á Salamanca en 1772, á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que se sostuviese allí con el decoro y comodidad que convenia. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Melendez siguió todos los cursos, y ganó todos los grados escolásticos desde bachiller hasta doctor.

Hallábase á la sazon en Salamanca, por fortuna de Melendez, D. José Cadalso. Él conoció al instante el valor del jóven poeta; se le llevó á su casa para vivir en su compañía; le adiestró á imitar con discernimiento los poetas antiguos nacionales, y le abrió tambien el camino para conocer

la literatura de las demas naciones cultas de Europa. El género anacreóntico, en que Cadalso sobresalia, fué tambien el primero que cultivó Melendez; y prendado aquel de los progresos que hacia su alumno, le aclamaba á boca llena por su vencedor. Esta union íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor, ayudaban tambien el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residian y estudiaban por aquel tiempo en la universidad de Salamanca, entonces el centro de aplicacion y de saber en España, en la cual empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto, que ha producido desde entonces hasta ahora tan señalados jurisconsultos, filósofos y humanistas. Zamora, Cándamo, Alba, González, Condado, Iglesias, estos, y algunos otros igualmente distinguidos por sus prendas morales, su amable trato, su ingenio, y su buen gusto, fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Melendez. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez mas que otro alguno á su adelantamiento, fué el insigne Jovellanos, que se hallaba entonces en Sevilla, y ministro de su audiencia. Llegaron á su noticia los trabajos de los poetas salmantinos y particularmente los de Melendez, con quien se puso en comunicacion por medio del maestro Gonzalez. Consérvase todavia una gran parte de aquella primera correspondencia, monumento precioso, en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensayaba su talento, y sobre todo el respeto profundo, y casi idolatría con que veneraba á su Mecenas.

Mas á pesar de la estrecha amistad que le unia con este, á pesar de que Jovellanos repetidamente le convidaba á Sevilla, ofreciéndole su casa y sus socorros, para restablecer su salud, minada por sus estudios seguidos, y para consolarse de la pérdida de su amado hermano y protector, D. Estévan, que falleció en 1777, Melendez rehusó prestarse á la generosidad de su favorecedor, sea por inclinacion á la Universidad de Salamanca y á las conexiones que allí tenia, sea por un noble sentimiento de independencia. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios.

Melendez, para restablecerse de su dolencia, se habia retirado al campo, recreándose frecuentemente con paseos solitarios á las orillas del Tórmes: entonces ya le habian llegado los escritos de Thomson, de Gésner y de Saint-Lambert, se acostumbró á observar la naturaleza en los campos al modo de estos poetas, y su aficion y talento para la poesía descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas exquisitas, con que en esta parte en-

galanó las Musas castellanas. Seguia entre tanto dedicándose al ingles; lengua y literatura, á que decia tener una inclinacion excesiva, y se dió en especial á la lectura y estudio de Pope y Young. Al segundo trató tambien de imitar, de que es prueba su cancion intitulada de *la Noche y la Soledad.*

Acercóse en fin la época en que habia de empezar á coger las palmas debidas á tanta aplicacion y á estudios tan seguidos. Pues en el primer paso que daba en la carrera logró el triunfo de verse premiado por la Academia Española, que en la concurrencia de 1780 coronó su célebre égloga de *Batilo*, el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella, y los aplausos del mundo literario que la han seguido hasta ahora, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y ligera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á D. Tomas de Iriarte, que era el concurrente de mas peso entre sus numerosos rivales. Pues este hizo una composicion que tiene mas aire de disertacion que de égloga; mientras que la de Melendez, segun la feliz expresion de don Antonio Tavira, uno de los jueces del concurso, *olia toda á tomillo.*

El año siguiente vino Melendez á Madrid, y tuvo el gusto de abrazar y conocer por primera vez su favorecedor y amigo Jovellanos, entonces consejero de órdenes, y de presentarse á él adornadas las sienes con una corona poética. Jovellanos que tanta parte tenia en esta gloria, y que vió llenas las esperanzas que se habia prometido en su talento, le recibió con la mayor ternura, le hospedó en su casa, le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporcionó al instante la ocasion de coger otros nuevos laureles.

Celebraba entonces la academia de San Fernando junta trienal para la distribucion de sus premios. Jovellanos debia leer un discurso, y Melendez fué convidado á ejercitar su ingenio en obsequiar tambien con versos á las artes del dibujo: lo que hizo en aquella oda, á todas luces hermosísima, en *la gloria de las artes*, con tanto acierto, que logró general aplauso y admiracion.

En medio de estas satisfacciones tuvo tambien la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su universidad. Al año siguiente de 82 recibió el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo año habia contraido matrimonio con Doña María Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca, é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero como la cátedra apenas le daba ocupacion, y de su casamiento no tuvo hijos el poeta, á pesar de haber tomado estado y colocacion, quedó libre para seguir sus estudios favoritos, y entregarse enteramente á la filosofía y á las letras.

Para solemnizar el nacimiento de los infantes gemelos en el año de 84,

la villa de Madrid abrió concurso á los poetas dramáticos, ofreciendo premiar las dos composiciones que mas sobresaliesen. Con este motivo y á insinuacion de Jovellanos, Melendez compuso la comedia pastoral de *las Bodas de Camacho el rico*, que á pesar de ser una de las premiadas y representadas, sin embargo de trozos bellísimos, sobre todo en la parte lírica, no encontró una buena acogida ante el público, y no sin razon: por ser del todo desacertada la eleccion del asunto, defectuoso el plan, insulsa la ejecucion, y, en una palabra, porque Melendez, aunque poeta y muy poeta lírico, no poseia ni siquiera las dotes esenciales de buen dramático [1].

Pero Melendez mas que reparó este leve desliz, publicando el primer tomo de sus *Poesías líricas* en el año inmediato de 85, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual no solo se puso al frente de los poetas que entonces habia en España, sino tambien desde luego logró mucha nombradía en los paises extrangeros, y el honor de verse traducido ó imitado.

Solia pasar el invierno en los ejercicios de la Universidad y de su cátedra, y venir á gozar en el verano de las delicias de la corte, donde ademas de su fama como poeta, la facilidad y amenidad de su trato, la dulzura de su genio y de sus costumbres, y la extension de su saber le adquirian amigos y conexiones con los primeros hombres del estado y de las letras, y le hacian parecer « el niño mimado de la sociedad y de las Musas. »

Es lástima que Melendez, sea por necesidad, sea por ambicion, sea en fin por el deseo de hacerse mas útil á su patria, poco tiempo despues de la publicacion de su primer tomo empezó á solicitar un destino en la magistratura. Las Musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolucion, y mucho mas de vérsela cumplir.

Pues el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde fué trasladado á la chancillería de Valladolid en 1791.

Mostróse empero igual y robusto para la carga que habia echado sobre sus hombros, y no menos digno de respeto como hombre público, que de admiracion como poeta; así que el foro español deberá contarle siempre entre sus mas señalados magistrados.

Habia prometido, cuando dió á luz el primer tomo, la continuacion de sus poesías. Su nueva carrera se lo habia estorbado; pero al fin teniendo algun mas tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en órden y corrigió sus manuscritos, reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos,

[1] Véase la acertada crítica de aquella comedia en las Obras literarias de *D. Francisco Martinez de la Rosa*, tomo II, pág. 512.

que fueron publicados en Valladolid en el año de 1797, y dedicó esta segunda edicion al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecia entonces del valido, debió ser traido á Madrid, y aun en el mismo año de 97, el ser nombrado fiscal de la sala de alcaldes de casa y corte. Ofreciéronsele en la corta duracion de su cargo que desempeñó con la mayor aplicacion y actividad, causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento; entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusacion fiscal [1] corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia.

Vióse entonces Melendez en el colmo de sus deseos: su ilustre amigo Jovellanos en el ministerio, él establecido en Madrid, y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecian. Individuo de la academia de San Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y admitido en el seno de la española en el año de 98, reunia en sí los honores literarios que podia desear; y era considerado y respetado dentro y fuera de España, como el primer talento de su tiempo y su nacion. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente, y desapareció como el humo.

Aun en el año de 98 el virtuoso Jovellanos fué sacrificado al resentimiento y á la venganza del príncipe de la Paz, y Melendez participando ahora en la desgracia, como antes en la fortuna de su ilustre amigo, fué tambien sacrificado con él y desterrado á Medina del Campo, previniéndole que saliese de Madrid en el término de veinticuatro horas, y que esperase órdenes allí, cuyo rigor, por empeño de sus amigos, se mitigó algun tanto, confiriéndole una comision insignificante en aquella villa. Entregóse allí al estudio y al retiro, al trato de sus amigos y al ejercicio de las obras de beneficencia que su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salian estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer: él los recogia, él los vestia, él *los alimentaba*, y ellos le bendecian como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones le alcanzó un nuevo golpe mas grave de la desgracia: pues la codiciosa malicia de un vil detractor logró hacerle sospechoso á la corte, ya mal dispuesta con él, calificando y denunciando como intrigas peligrosas sus mas inocentes acciones, y enredándole de una manera tan complicada é inevitable que Melendez, cuando quizá tenia las esperanzas mas fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la real órden de 2 de diciembre de 1800, por la cual se le despojaba de

[1] No fué imprimida hasta el año de 1820 (Discursos forenses de D. Juan Melendez Valdes; Madrid, 1820, 8°); un memorial ajustado de aquel proceso interesante, y una traduccion de la acusacion fiscal de Melendez estan insertados en la obra que lleva el título: « Causes célèbres étrangères; » Paris, 1827, 8°, t. III, pág. 295 y siguientes.

la fiscalía, y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora. Estableciióse pues allí, y conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto sabedor de las intrigas que habian mediado para la última demostracion de rigor recibida del gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas, y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en real órden de 27 de junio de 1802 se le devolvió el goce de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarlo donde le acomodase establecerse. Hubiera él entonces preferido á Madrid; pero fuéle avisado por sus mismos favorecedores, que no le convenia presentarse en la corte por entonces. Decidióse pues á fijarse en Salamanca, donde tantos motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Allí puso su casa, recogió y ordenó su exquisita y copiosa librería, abrazó á sus antiguos amigos, y empezó á gozar con ellos de una vida mas tranquila y apacible, que la que habia disfrutado en los doce años trascurridos desde su salida para Zaragoza. Pudieron las Musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituido el ocio antiguo, y en aquellos sitios mismos, que tan hermosos versos le habian inspirado en otro tiempo. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres, y su atencion distraida con recelos ó esperanzas que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Un poema lírico descriptivo *sobre la creacion*, y una traduccion de la Eneida que la publicacion de la de Delille le hizo emprender, fueron las únicas tareas que Melendez dió á su espíritu en aquel ocio de seis años.

Con la revolucion de Aranjuez fué alzado el destierro, y vueltos sus destinos á los magistrados que habian sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecucion anteriores. Cúpole á Melendez la suerte que á los demas, y regresó á Madrid en aquellos dias. Ya el rey habia partido á Bayona, las señales de la terrible tormenta que amenazaba, se hacian cada vez mas siniestras y espantosas; así Melendez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afanes que precedieron al dos de mayo, de los horrores de aquel execrable dia, y el desaliento y temor en que quedó sumida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo. Aceptó de allí, á poco, una comision para Asturias en compañía del conde del Pinar: y es fuerza confesar, que si los motivos que tuvo para aceptarla, no son del todo excusables á los ojos de los amantes de la independencia, jamas inconsideracion ninguna fué castigada con un rigor mas cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Asturias, ya iba delante de ellos la prevencion que los acusaba ante la exaltacion popular. Entraron en Oviedo escoltados de gente armada; y aunque en la junta provincial habian procurado sincerar su conducta, y allanar todas las sospechas, el pueblo inquieto y receloso no se dió por satisfecho. Alternativa-

mente llevados desde la cárcel á su hospedage y de su hospedage á la cárcel, cuando ya al parecer todo estaba vencido, y ellos dispuestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruage, al que ya habian subido, volviólos á lanzar en la prision, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipages, y creciendo el furor con su mismo exceso, violentaron las puertas de la cárcel, y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intencion de darles muerte.

Iba delante Melendez, hablábales con dulzura, pidiendo que le llevasen á la junta, ó le encerrasen con grillos: nada bastó, porque despues de haberle puesto al pie de la horca, y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encarándole los fusiles, clamaban que habia de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios: les habló, les rogó, procuró ablandarlos, y aun les empezó á recitar un romance popular y patriótico que habia compuesto antes del dos de mayo. Frivolo recurso para con gentes rudas y groseras, y entonces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas, y condenándole á morir, por gran favor le permitieron confesar. Tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto algun tiempo. Ya estaba dispuesta la banda que habia de tirarle, cargados los fusiles, y él atado al árbol fatal; ya se habia disputado sobre si se le habia de disparar de frente, ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya en fin no faltaba mas que consumar el sacrificio; cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el sacramento y la cruz famosa de la Victoria. Calmó todo entonces, y Melendez que estaba el primero, fué el primeramente socorrido. Hízose despues lo mismo con los otros compañeros, y recogidos todos en la procesion, fueron llevados á la catedral y de allí vueltos á la cárcel. Formóse causa á peticion del pueblo al conde y á Melendez; y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad y se los permitió volver á Castilla.

Melendez volvió á Madrid, cuando de resultas de la memorable victoria de Bailen los franceses habian evacuado la capital y retirádose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posicion, y deseoso tambien de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los españoles en aquella imprevista y singular situacion, aguardó en Madrid la formacion del gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel gobierno contaba algunos amigos y entre ellos al ilustre Jovellanos. Mas la fortuna dió entonces una de sus vueltas acostumbradas, y los franceses vencedores amenazaron á Madrid. La junta central, las fuerzas del estado, los patriotas mas exaltados ó mas diligentes, todos se refugiaron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entonces á seguir el partido de la independencia, no pudo ponerse en camino, y su

mala suerte, deteniéndole en Madrid, le dejó expuesto al vacío del desaliento, y á los lazos de la seduccion, en que cayeron ó fueron envueltos tantos infelices españoles. Su reputacion no podia dejarle indiferente á las asechanzas del gobierno intruso, que le hizo fiscal de la junta de causas contenciosas, despues consejero de estado, y presidente de una junta de instruccion pública. Él aceptó, y asi se comprometió en una opinion y en una causa que jamas fueron las de su corazon y de sus principios. ¡Cuál debió ser su amargura al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entonces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él, empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos franceses su casa en Salamanca, deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado en fin á huir de su patria, abandonando, acaso para siempre, el suelo y el cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio frances, se puso de rodillas, y besó la tierra española, diciendo: *¡ya no te volveré á pisar!* y las lágrimas caian de sus ojos, y las recibia el Bidasoa.

Los cuatro años que vivió despues, no hizo mas que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas, á cada paso malogradas, de volver á España; en fin por los achaques y dolencias, que conforme avanzaba en edad, se agravaban á porfía. Tolosa, Mompeller, Nimes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males, leia ó se hacia leer, corregia sus poesías, y las disponia para la nueva edicion que proyectaba. Tambien compuso algunas en que todavía respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su pais y deseaba volver á él. Este sentimiento que le honra, era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no lo habia de ver satisfecho. Ya en España habia empezado á padecer mucho de reumas. A muy poco de su llegada á Francia, una fuerte parálisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales que tomó por tres veces, le pudiesen librar de ella. Atacado en fin por un accidente apoplético, á cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le habia seguido, y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigracion y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Melendez murió en Mompeller: sus restos yacen en la iglesia parroquial de Montferrier, departamento de l'Herault, guardados en una caja de plomo cubierta con otra de madera, debajo de una lápida, en que está escrito en español, frances y latin el epitafio siguiente:

Aquí yace
el célebre poeta español
DON JUAN MELENDEZ VALDES.
Nació en la villa de Ribera,
provincia de Extremadura,
á XI de marzo de 1754.
Falleció en Mompeller
á XXIV de mayo de 1817 [1].

Pero nosotros decimos con *D. Alberto Lista*, el digno alumno de tal maestro:

No muere el genio, no. Pudo la tumba
Encerrar las cenizas
Del inmortal Batilo; mas el fuego,
Que su divino espíritu animaba,
Sobre los siglos vuela,
Y á la sublime eternidad anhela [2].

Ademas de las dos ya mencionadas ediciones de sus poesías que imprimió aun el autor durante su vida, y varias reimpresiones dentro y fuera de España (como por ejemplo la que se hizo en Parma por los años de 1812; en Paris de 1800, y de 1821; esta empero no es que una copia de la de Valladolid de 1797), se publicó despues de su muerte la tercera edicion en cuatro tomos en 8° en la imprenta real, año de 1820, hecha con arreglo al manuscrito y la última voluntad del autor, que contiene muchísimas composiciones inéditas anteriormente, y las antes impresas muy retocadas y corregidas [3],

[1] Este monumento se debe á los generosos sentimientos del duque de Frias, que ha consagrado este homenage á la fama póstuma de Melendez en nombre de todos sus compatriotas.

[2] Tambien el célebre compañero de su desgracia, *D. Leandro Fernandez de Moratin*, imprimió entonces un soneto á la memoria del « dulcísimo Batilo » en la Minerva francesa del año de 1817, y el señor *Esmenard* insertó un elogio de nuestro poeta en el Mercurio de Francia de aquel año.

[3] Ya por los años de 1807 pensaba el autor hacer una nueva edicion de sus poesías, aumentada y castigada; pero el torbellino de los sucesos le estorbó siempre la ejecucion de este proyecto, en que se ocupaba hasta su muerte, asi que él mismo no pudo verificarlo, no queriendo, como buen patriota, imprimirla fuera de España. — No es empero de admirar que no sean siempre acertadas, ni en general muy felices las variaciones que Melendez ha ejecutado, á los sesenta años y en la fria calma de su retiro, en aquellas amables composiciones que habia

con una excelente noticia histórica y literaria de Melendez, escrita por Don Manuel José Quintana (de la cual nosotros hemos extractado los presentes apuntes biográficos). Esta edicion matritense fué reproducida completa por don Vicente Salvá en cuatro volúmenes en 12° en Paris, año de 1832.

Melendez, dotado por la naturaleza de una imaginacion viva y flexible, una sensibilidad ardiente y delicada, un raro talento para describir, y de un oido exquisito y fino para sentir y producir los atractivos de la armonía, por el carácter y la índole de su númen propendia mas á la gracia, á la morbidez y á la ternura, que al vigor y á la energía. Asi en los géneros cortos, especialmente en los romances y anacreónticas, que cuadraban mas con su ingenio, ha alcanzado á una perfeccion no conocida hasta él, y todavía no seguida, ni aun de lejos, por los que se han propuesto seguirle. Pulsando el blando laud de Anacreonte, mezcla la filosofía mas amable con las imágenes y alusiones mas risueñas, con la invencion mas graciosa, y con la ligereza mas significativa. Pero la voz de Melendez, propia por su natural expresion para los sentimientos tiernos, era mas acomodada para cantar los placeres del amor que no los del vino. En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la sensibilidad mas exquisita, la verdad de los afectos, y una dulcísima y envidiable melancolía, las sacan de la clase general de fastidiosas á que las de este género estan condenadas por el exceso con que abundan en la poesía castellana. Por estos primores se señalan especialmente las poesías de su juventud, de su *primera época*, á saber las publicadas en 1785; por estas amables composiciones cabalmente se hizo un lugar tan distinguido en el Parnaso moderno de España, y logró el nombre del « dulcísimo Batilo. »

Mas en las poesías de su *segunda época*, dadas á luz por primera vez en 1797, Melendez siguió un rumbo muy diferente: pues procuró levantar su ingenio á la altura de su siglo, y los objetos mas grandes de la naturaleza, las verdades mas augustas de la religion y de la moral eran el argumento de sus cantos. Trató á la verdad asuntos graves y severos; pero su desempeño, aunque frecuentemente grande y poético, especialmente en los trozos líricos y descriptivos, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles, y prueba que si el objeto y el conjunto de las ideas cabian en los principios y en el saber del autor, no se avenian de modo alguno con los medios poéticos que poseia. La composicion en aquellas poesías doctrinales y filosóficas no presenta siempre aquel interes progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aquí esfuerzo,

hecho como jugando cuando tenia veinte, y en los momentos de inspiracion y arrebato. Por eso, siguiendo las pisadas de un crítico tan fino y acertado como *Quintana*, tambien nosotros hemos dado aquí casi siempre la preferencia al texto de las primeras ediciones sobre el de las segundas.

allá declamacion, y en no pocas partes falta de concision y de energía. Es preciso de confesar, sin embargo, que entre los poetas castellanos Melendez dió el *primero paso* en esta carrera, cuyas dificultades no le eran desconocidas, como prueba él mismo cuando dice con tanta razon como modestia: « Mas poco acostumbrada (la lengua castellana) hasta aquí á sujetarse á la filosofía, ni á la concision de sus verdades, por rica y magestuosa que sea, se resiste á ello no pocas veces; y solo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa haberla de aplicar á estos asuntos. Dése pues á mis composiciones el nombre de pruebas, ó primeras tentativas, etc... » Para sacar de la lira española tales acentos no aprendidos antes de ella, Melendez se vió precisado á imitar muestras extrangeras, eligiendo empero por sus guias en aquella carrera no solo á los franceses, sino tambien á los alemanes, y principalmente, como ya queda apuntado arriba, á los ingleses; mientras en las poesías de su primera época era mas original y nacional, y no procuraba formar su diccion y su estilo que con el estudio de los antiguos poetas castellanos, rejuveneciendo las formas nacionales, y renovando muchas de las antiguas galas del lenguaje poético. Por eso unos le han notado de galicismo y filosofismo, al paso que otros han tachado su lenguaje de arcaismo y su diccion de afectacion. Pero todos, por críticos que sean, tendrán que conceder que su estilo en todas partes esté lleno de poesía y de color, sus versos sean apacibles y sonoros, sus períodos en general bien y convenientemente construidos y distribuidos; y en fin que Melendez, tanto por sus propias obras como por su influjo á los progresos de la literatura nacional, merezca el nombre del *restaurador del Parnaso español.*

POESIAS

DE

D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

IDILIOS.

I.

Al sol.

Padre del universo,
Autor del claro dia,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
De la alba cristalina,
Sales sobre el oriente
A derramar el dia
Por los profundos valles
Y por las altas cimas;
De cuyo reluciente
Curso las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la region vacía;
Enhorabuena vengas,
De luces matutinas,
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ausenta de tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas y los sustos,
Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros,
Y en pos del claro dia
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.

Las horas trasparentes
De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por las eóas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Mas luz y fuego vibras;
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occiduas aguas caigas
Con luz mas blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

II.

A la luna.

¿Adónde vas vestida
De suaves resplandores
Con paso tan callado,
O reina de la noche?
En tanto que Morfeo
Con plácidos vapores
Suspende las tareas
De fieras, aves y hombres;
¿Qué impulso, qué destino
Tu reluciente coche
Eleva en los collados
Del húmedo horizonte?
¿Porqué la sombra ahuyentas
De los celestes orbes,
Y en el paterno caos
Sepultas sus horrores?
¿Porqué con luz radiante
Al Érebo te opones,
Y su heredado imperio
Le usurpas á la noche?
¡Qué inútil desperdicio
De luces y fulgores,
Que el mundo soñoliento
Ni ve ni reconoce!
¡Cuán vana y oficiosa
Los derramas sin órden
Por las desiertas playas,
Por los medrosos bosques!
Mas ¡ay! que ya descubro
La fuerza que dispone
Tus rumbos, é imperiosa
Da causa á tu desórden.
Un númen implacable
Te arrastra, un númen rompe
De tu pudor los lazos,
Y enciende tus pasiones.
Ni el escuadron inmenso
De estrellas y de soles
Que sigue lento el curso
De tu esplendente coche:
Ni el trono en que resides
Bañado en luz, ni el noble,
Alto, inmortal orígen
De tu deidad triforme
Bastaron á librarte
De Amor y sus arpones.

Tú amas, sí, tú sigues
La ley que reconocen
Con fuerza irresistible
Los hombres y los dioses:
Y en tanto que corrida
Quisieras las regiones
Tocar del alto cielo
Por los tartáreos bosques,
Del duro amor guiada
Registras todo el orbe,
Las playas y los valles,
Los mares y los montes,
Buscando ansiosa y triste
Al barragan que sobre
Las cumbres de Tesalia
El hado de tí esconde.
Le hallas por fin, mas cuando
Amante reconoces
De tu pasion la causa
Y al dulce triunfo corres,
El mísero insensible,
Y hundido en sueño torpe,
Ni á tu esplendor despierta,
Ni aun sueña tus favores.

III.

A un supersticioso.

¿Porqué consultas, díme,
Con las estrellas, Fabio,
Y vas en tus mansiones
Tu horóscopo buscando?
¿Son ellas por ventura
A quienes fué encargado
Dar principio á tus dias
O término á tus años?
Las vidas de los hombres
No penden de los astros,
Que en el Olimpo tienen
Moderador mas alto.
Aquel gran ser que supo
Con poderosa mano
Los orbes cristalinos
Sacar del hondo caos;
Que enciende el sol, y guía
Su luminoso carro,
Que mueve entre las nubes
De estruendo y furia armado
Su coche, y forma el trueno,
Que vibra el fuerte rayo,
Refrena el viento indócil,
Y aplaca el mar turbado;
Aquel es de tu vida
El dueño soberano,
Y él solo en sí contiene
La suma de tus años.
Implórale, y no fies
Tu dicha en los arcanos
Del tiempo, ni al incierto
Compas del astrolabio
Implórale, y no alces
Tus ojos al zodiaco,
Que á sus constelaciones
Del hombre no ligaron
Las dichas ni el contento
Con ciega ley los hados.
Implórale, y ahora
Escrito esté el amargo
Momento de tu muerte
Sobre el fogoso tauro,

Ora por las Pleyadas
No visto, de Acuario
Guardado esté en la urna
Respeta de su brazo
La fuerza omnipotente
Y adórala postrado:
Que no de los planetas
Ni los volubles astros
Pendiente está tu vida,
Mas solo de su brazo.

IV.

A Anfriso.

Con dulce y triste acento
Cantaba el otro dia
Anfriso congojado
Desdenes de su Lisa.
Cantaba los enojos
De la engañosa ninfa:
Y al son bien acordado
De su laud salia
Envuelta en mil suspiros
Su queja bien sentida.
Oyéronle, y sus males
Sintieron compasivas
Las aves que cruzaban
Por la region vacía.
Los brutos en el centro
De las montanas silvas,
Y en su argentado márgen
Las claras fuentecillas.
Jovino, á cuya oreja
La flébil armonía
Llegó, tambien dolióse
De pena tan esquiva.
¿Cabe en humanos pechos,
Lleno de horror decia,
Tan doble y falso trato,
Tan bárbara perfidia?
¿Qué Dios, qué astro enemigo
Con influëncia esquiva
Pudo apartar dos almas
Que el blando amor unia?
Mas ¡ay! que son acaso
¡O Anfriso! de tu Lisa
Fingidos los enojos:
Que á veces desconfian
Celosas las mugeres
De nuestra fé, y altivas
Para probarnos solo
Nos niegan sus caricias.
Cubren la ardiente llama
Que el pecho les agita,
Y en vez de dulce agrado,
Y en vez de dulce risa,
Ofrece su semblante
Enojo y crueles iras.
Mas guarte, no las creas,
Anfriso, á las malignas:
¡Ay! guarte, no te engañe
Con sus astucias Lisa!
Cuando se muestre airada,
No adules su malicia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas:
¡Ay! guarte, no te dobles,
¡Ay! guarte, no te rindas.
Si te ama, sufre y deja
Que con crüeza impía

Traspase sus entrañas
La flecha vengativa,
Con la que herir de lleno
Tu corazon medita.
Verás que amor la vuelve
A tus halagos fina :
Y aquella que á tu pecho
Hizo sentir esquiva
Tan fieros sobresaltos,
De tu desden corrida
Hará por obligarte
Finezas exquisitas,
Y tú estarás vengado
Cuando ella arrepentida.
Mas si no te ama ¡ay! guarte,
No adules su perfidia
Con quejas vergonzosas,
Con lágrimas indignas.

V.

A Melendez.

¿ Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado,
Sobre el humilde vulgo
Seguirte por el arduo
Camino por do corres
Con giganteos pasos
Al templo de la fama?
¿ Quién me dará que al alto
Monte contigo pueda
Subir á henchir mis labios
Cual tú del dulce néctar
En el raudal castalio?
¡ Pluguiera al dios intonso
Que juntos del Parnaso
Venciésemos la cima,
Y en ella rodeados
De gloria, á par del númen
Viviésemos loando
De la virtud divina
La gracia y los encantos!
Entonces sí que, libres
Del soplo envenenado
Del odio y de la envidia,
Burláramos cantando
Sus tiros descubiertos
Y sus ocultos lazos.
Entonces sí que, lejos
Del turbulento bando
Que sigue los pendones
Del vicio, y agitados
De un estro mas divino,
Las liras, por la mano
De la amistad guarnidas
De oro y marfil, tocando,
Los cielos de armonía
Hinchiéramos, en tanto
Que la parlera fama
Llevaba resonando
Unidos nuestros nombres
Desde el arturo al austro.
Entonces sí que, absortos
Al peregrino encanto
De nuestra voz, los hombres
Huyeran desde el ancho
Camino de los vicios,
Hasta los poco hollados
Senderos que conducen
A la virtud, ganando
Con santo ardor la altura
Do tiene el soberano
Rector del cielo al justo
Su galardon guardado.

SONETOS.

I.

A Clori.

Sentir de una pasion viva y ardiente
Todo el afan, zozobra y agonía,
Vivir sin premio un dia y otro dia;
Dudar, sufrir, llorar eternamente:
Amar á quien no ama, á quien no siente,
A quien no corresponde, ni desvia;
Persuadir á quien cree y desconfia,
Rogar á quien otorga y se arrepiente:
Luchar contra un poder justo y terrible,
Temer mas la desgracia que la muerte,
Morir, en fin, de angustia y de tormento
Víctima de un amor irresistible;
Ve aquí mi situacion, esta es mi suerte,
¿Y aun pretendes, cruël, que esté contento?

II.

A la misma.

De agudo mal el golpe no esperado
Asusta, Clori, tu preciosa vida;
Y al mirarte doliente y afligida
Mi enfermo corazon tiembla asustado.
Dos veces con influjo porfiado
Ejerce el mal su saña enfurecida,
Una turbando mi alma dolorida,
Otra afligiendo tu ánimo angustiado.
¿Cuál, Clori, de los dos, pues la inclemencia
Del mal sentimos ambos de consumo,
Cuál, díme, sufrirá mayor martirio?
¿Tú, en quien se ceba la cruël dolencia,
O yo que todo el mal siento importuno,
De tu misma dolencia y mi delirio?

EPISTOLA.

Fabio a Anfriso.

Descripcion del Paular.

Credibile est illi numen inesse loco.
Ovidius.

Desde el oculto y venerable asilo
Do la virtud austera y penitente
Vive ignorada, y del liviano mundo
Huida, en santa soledad se esconde,
El triste Fabio al venturoso Anfriso
Salud en versos flébiles envia.
Salud le envia á Anfriso, al que inspirado
De las mantuanas Musas, tal vez suele
Al grave son de su celeste canto
Precipitar del viejo Manzanares
El curso perezoso; tal süave
Suele ablandar con amorosa lira
La altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera á Dios, o Anfriso, que el cuitado,
A quien no dió la suerte tal ventura,
Pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera á Dios, pues ya con su barquilla
Logró arribar á puerto tan seguro,
Que esconderla supiera en este abrigo,
A tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera asi la furia tempestuosa
De los contrarios vientos, los escollos,
Y las fieras borrascas tantas veces
Entre sustos y lágrimas corridas.
Asi tambien del mundanal tumulto
Lejos, y en estos montes guarecido,
Alguna vez gozára del reposo,
Que hoy desterrado de su pecho vive.
¡Mas ay de aquel que hasta en el santo asilo

De la virtud arrastra la cadena,
La pesada cadena con que el mundo
Oprime á sus esclavos! ¡Ay del triste
En cuyo oido suena con espanto,
Por esta oculta soledad rompiendo,
De su señor el imperioso grito!
Busco en estas moradas silenciosas
El reposo y la paz, que aquí se esconden,
Y solo encuentro la inquietud funesta,
Que mis sentidos y razon conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
Los busco, ¡o caro Anfriso! que estos dones,
Herencia santa, que al partir del mundo
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,
Nunca en profano corazon entraron,
Ni á los parciales del placer se dieron.
Conozco bien que, fuera de este asilo,
Solo me guarda el mundo sinrazones,
Vanos deseos, duros desengaños,
Susto y dolor; empero todavía
A entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
Sigo el impulso del fatal destino,
Que á muy mas dura esclavitud me guia.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
Por todas partes los pesados grillos,
Que de la ansiada libertad me privan.
De afan y angustia el pecho traspasado,
Pido á la muda soledad consuelo,
Y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
Sigo del claro rio las corrientes,
Busco la fresca y deleitosa sombra,
Corro por todas partes, y no encuentro
En parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas á mis ojos,
Cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes

Se extiende un valle, que de mil delicias
Con sabia mano ornó naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
De las vecinas rocas, el Lozoya,
Por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro rio sobre el verde márgen
Crecen frondosos álamos, que al cielo
Ya erguidos alzan las plateadas copas,
O ya sobre las aguas encorvados,
En mil figuras miran con asombro
Su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque ombrío,
Hasta la falda del vecino monte
Se extiende: tan ameno y delicioso,
Que le hubiera juzgado el gentilismo
Morada de algun dios, ó á los misterios
De las silvanas Dríadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
Y en su recinto ombrío y silencioso,
Mansion la mas conforme para un triste,
Entro á pensar en mi cruël destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
El aire blando, y el silencio mudo,
Mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
El rayo acechador, ni su reflejo
Viene á cubrir de confusion el rostro
De un infeliz, en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
Aquí tampoco la quietud de un triste;
Pues solo de la viuda tortolilla
Se oye tal vez el lastimero arrullo,
Tal vez el melancólico trinado
De la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave,
Las copas de los árboles moviendo,
Recrea el alma con el manso ruido:
Mientras al dulce soplo desprendidas

Las agostadas hojas, revolando,
Bajan en lentos círculos al suelo:
Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
Que al árbol adornára en primavera,
Yace marchita y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.
Asi tambien de juventud lozana
Pasan ¡o Anfriso! las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio,
O de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos árboles caïdas,
Ciegos empero, y tras su vana sombra
De contino exhalados, en pos de ellas
Corremos hasta hallar el precipicio
Do nuestro error y su ilusion nos guian.
Volamos en pos de ellas, como suele
Volar á la dulzura del reclamo
Incauto el pajarillo: entre las hojas
El preparado visco le detiene:
Lucha cautivo por huïr, y en vano;
Porque un traidor, que en acechanza atisba,
Con mano infiel la libertad le roba,
Y á muerte le condena ó cárcel dura.
¡Ah! ¡dichoso el mortal de cuyos ojos
Un pronto desengaño corrió el velo
De la ciega ilusion! Una y mil veces
¡Dichoso el solitario penitente
Que, triunfando del mundo y de sí mismo,
Vive en la soledad libre y contento!
Unido á Dios por medio de la santa
Contemplacion, le goza ya en la tierra;
Y retirado en su tranquilo albergue
Observa reflexivo los milagros
De la naturaleza, sin que nunca
Turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto,
Mientras la aurora sale refulgente.

A cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante,
Y nunca á él levanta conturbados
Sus ojos, ora en el oriente raye;
Ora del cielo á la mitad subiendo,
En pompa guie el reluciente carro;
Ora con tibia luz, mas perezoso,
Su faz esconda en los vecinos montes.
Cuando en las claras noches cuidadoso
Vuelve desde los santos ejercicios,
La plateada luna en lo mas alto
Del cielo mueve la luciente rueda,
Con augusto silencio; y recreando
Con blando resplándor su humilde vista,
Eleva su razon, y la dispone
A contemplar la alteza, y la inefable
Gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos,
Que en los palacios y dorados techos
Nos turban de contino, y entregado
A la inefable y justa Providencia,
Si al breve sueño alguna pausa pide
De sus santas tareas, obediente
Viene á cerrar sus párpados el sueño
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta
El susto y las fantasmas de la noche.
¡ O suerte venturosa, á los amigos
De la virtud guardada! ¡O dicha, nunca
De los tristes mundanos conocida!
¡O monte impenetrable! ¡O bosque umbrío!
¡O valle deleitoso! ¡O solitaria,
Taciturna mansion! ¡O, quién del alto
Y proceloso mar del mundo huyendo
A vuestra eterna calma, aquí seguro
Vivir pudiera siempre, y escondido!
Tales cosas revuelvo en mi memoria
En esta triste soledad sumido.
Llega en tanto la noche, y con su manto

Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
A los medrosos claustros. De una escasa
Luz el distante y pálido reflejo
Guia por ellos mis inciertos pasos;
Y en medio del horror y del silencio,
¡O fuerza del ejemplo portentosa!
Mi corazon palpita, en mi cabeza
Se erizan los cabellos, se estremecen
Mis carnes, y discurre por mis nervios
Un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
Sale una voz tremenda que, rompiendo
El eterno silencio, asi me dice:
« Huye de aquí, profano: tú, que llevas
« De ideas mundanales lleno el pecho,
« Huye de esta morada, do se albergan
« Con la virtud humilde y silenciosa
« Sus escogidos: huye, y no profanes
« Con tu planta sacrílega este asilo. »
De aviso tal al golpe confundido,
Con paso vacilante voy cruzando
Los pavorosos tránsitos, y llego
Por fin á mi morada, donde ni hallo
El ansiado reposo, ni recobran
La suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
Paso la triste y perezosa noche
En molesta vigilia, sin que llegue
A mis ojos el sueño, ni interrumpan
Sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
La luz aborrecida, y en pos de ella
El claro dia á publicar mi llanto,
Y dar nueva materia al dolor mio.

SATIRAS.

I.

Quis tam patiens ut teneat se?
JUVENAL.

Déjame, Arnesto, déjame que llore
Los fieros males de mi patria, deja
Que su ruïna y perdicion lamente;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prision la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desórden: deja que á la tinta
Mezclando hiel y acíbar, siga indócil
Mi pluma al vuelo del bufon de Aquino.
¡Oh cuánto rostro veo á mi censura
De palidez y de rubor cubierto!
¡Animo! amigos; nadie tema, nadie
Su punzante aguijon, que yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso.
¿Y qué querrá decir, que en algun verso
Encrespada la bílis, tire un rasgo,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda?
La que olvidando su orgullosa estirpe,
Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño:
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal mas trasparente
Que su intencion, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando.
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el mas noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias
Mas que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos: hubo un tiempo

En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio, pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias
Que ya no volverán : huyó aquel siglo
En que aun las necias burlas de un marido
Las bascuñanas crédulas tragaban.
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino : triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo enero, y cuando el sol tardío
Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra, aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado siembra; y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aun Fabio de su mano asido,
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Eructo le perturban. A su hora
Despierta el necio : silencioso deja
La profanada holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, o Alcinda, á la coyunda uncidas
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu suerte!
¡Y sin que invoquen la razon, ni pese
Su corazon los méritos del novio,
El sí pronuncian, y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pie del mismo altar; y en el tumulto,
Brindis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice

Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la impudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra:
Zumba, festeja, rie, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡O viles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!
¡O pundonor mortífero! ¿Qué causa
Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¿Quién ¡o Témis!
Tu brazo sobornó? le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio:
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seduccion y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonras, la condenas
A incierta y dura reclusion; y en tanto
¿Ves indolente en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?
¡O infamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! Matronas
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni lleno de peligros
El Lilibeo, ni las ardnas cumbres
De Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;

Y entre los signos de extrangera pompa
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
Con el sudor de las íberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afan recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya:
De tu sangre, ¡o baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cual la liviana juventud los busca.
Mira cual va con ellos engreida
La impudente doncella: su cabeza
Cual nave real en triunfo empavesada
Vana presenta del favonio al soplo.
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡Ay triste! Guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en acechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos.
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí nos bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un estado, y se consume
En un festin la dote de una infanta.
Todo lo tragan: la riqueza unida
Va á la indigencia. Pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,

Quiebra y perece; y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un dia
Del generoso afan de altos abuelos.
¡O ultraje! ¡O mengua! Todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo;
Y hasta el honor, depósito sagrado,
O se vende, ó se compra; y tú, belleza,
Don el mas grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio. La florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazon, ni sabes
Dél recibir adoracion y ofrendas.
Rindeste al oro: la vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor mas puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

II.

Perit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeado el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo
De la esquina de enfrente nos asecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetin, las anchas bragas,
Y el albornoz no sin primor terciado;
No te lo han dicho: si los mil botones

De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubon perdidos,
No lo gritan : la faja, el guadijeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán. No hay duda : el tiempo mismo
Lo testifica, atiende á sus blasones.
Sobre el porton de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrion las plumas
Allá en la cima ; y de uno y otro lado,
A pesar de las puntas asomantes,
Grifo y leon rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres. Pero sigue, sube,
Entra, y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil : empero de sus ramas,
Cual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesion aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.
¡ Qué gregüescos ! ¡ Qué caras ! ¡ Qué bigotes !
El polvo y telarañas son los gages
De su vejez. ¿ Qué mas ? Hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ámbar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nacar
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo.
Nada les debe á Ponces ni Guzmanes.
No los aprecia : tiénese en mas que ellos,

Y vive asi. Sus dedos y sus labios
Del humo del cigarro encallecidos,
Indice son de su crianza. Nunca
Pasó del B á Bá. Nunca sus viages
Mas allá de Getafe se extendieron.
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba:
Por señas que volvió ya con estrellas,
Beodo por demas, y durmió al raso.
Examínale: ¡ o idiota! nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia
Son para el pobre exóticos vocablos.
Díle que dende el hondo Pirineo
Corre espumoso el Bétis á sumirse
De Ontígola en el mar, ó que cargadas
De almendra y gomas las inglesas quillas
Surgen en Puerto Lapichi, y se levan
Llenas de estaño y de abadejo: ¡oh! todo,
Todo lo creerá: por mas que añadas
Que fué en las Navas Witiza el Santo
Deshecho por los Celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarrota Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aun leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, diráte
De Cándido y Marchante la progenie.
Quien, de Romero ó Costillares, saca
La muleta mejor, y quien mas limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas;
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los Chorizos

Eterno nombre; y cuantas cuchilladas,
Dadas de dia en dia, tan pujantes,
Sobre el triste polaco los mantiene.
Ve aquí su ocupacion : esta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo Mosen Marc, solo ajustado
Para irle en pos cuando era señorito.
Debiósela á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros;
Mas sobre todo, á Pericuelo el page,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
Dél aprendió la jota, la guaracha,
El bolero, y en fin música y baile.
Fuéle tambien maëstro algunos meses
El sota Andres, chispero de la Huerta;
Con quien por órden de su padre entonces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡O Paquita! despues de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella. ¡Tanto puede
La gratitud en generosos pechos!
De tí aprendió á reirse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola,
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear; y en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre... y de provecho.
Si algo mas sabe, débelo á la buena
De doña Ana, padron de zurcidoras,
Piadosa como Enone, y mas chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡O cuánto
De ella alcanzó! Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda

A su padron negado. ¡Cuántos nombres
Y cuáles vido en su librete escritos!
Allí leyó el de Cándida, la invicta
Que nunca se rindió: la que una noche
Venció el embate de catorce guardias,
Uno en pos de otro en singular batalla.
Allí el de aquella siete veces vírgen,
Mas que por esto insigne por sus robos;
Pues que en un mes empobreció al indiano,
Y chupó á un escoces tres mil guineas,
Veinte acciones de banco y un navío.
Allí aprendió á temer él de Belica
La venenosa. . . . . .
. . . . . .
Y allí tambien en torpe mescolanza
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras.
A las que vió nacer el Pirinëo,
Desde Junquera hasta do muere el Miño,
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Bétis todos sus encantos;
A las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simon y page, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones,
Y aun (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos;
Y en fin, á aquellas que en nocturnas zambras,
Al son del cuerno congregadas, dieron
Fama á la union. . . . . .
. . . . . .
¡Ah! ¡cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caractéres de oro,
¡O Cloe! Él solo deslumbrar pudiera
A nuestro jaque, apenas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa entonces, como ogaño, ricas
Telas de Italia ó de Canton; ni lustros
Venidos del Adriático, ni alfombras,

Sofá otomano, ó muebles peregrinos;
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
La simia, il papagallo, e la spinetta.
La salserilla, el zahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velon y dos cortinas
Eran todo tu ajuar; y hasta la cama,
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡Quién lo diria! entonces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa buena,
Que treinta años de afanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡Oh, cuánto tus jubones
De perlas y oro recamados, cuánto
Tus francachelas y tripudios dieron,
En la cazuela, el Prado y los tendidos,
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galan! ¡Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡Cuán presto te feriaron
Al último doblon el postrer beso!
Viérasle, Arnesto, desolado; vieras
¡Cuál iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cuál correspondia
La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó: quedó por puertas.
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Allí olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana:
Marró la cuarta sota: adios bolsillo.
Toma un censo: adelante: mas perdióle
Al primer trascarton, y quedó *asperges*.
No hay ya amor ni amistad. En tan gran cuita
Se halla ¡o Zulem Zegri! tu nono nieto.
¿Será mas digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble trage y ruines pensamientos?

Admiran su solar el alto Asueva,
Liria, Pamplona, ó la feroz Cantabria.
Mas se educó en Sorez : Paris y Roma
Nueva fé le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon. Cátale perdido.
No es ya el mismo; ¡oh, cuál otro el Bidasoa
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz *galimathias?*
Ni Du Marsais, ni Aldrete le entendieran.
Mira cual corre *en polisou* vestido
Por las mañanas de un burdel á otro,
Y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa : viaja incógnito, con palo,
Sin insignias y en frac : nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla...¡ Oh, cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesíes
Sobre la negra crin de los frisones!
Visita : come en noble compañía :
Al Prado, á la lunéta, á la tertulia,
Y al garito despues. ¡Qué linda vida,
Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, asi! Si alguno escapa,
La vejez se anticipa, le sorprende,
Y en cínica é infame soltería,
Solo, aburrido, y lleno de amarguras,
La muerte invoca; sorda á su plegaria.
Si antes al ara de himeneo acoge
Su delincuente corazon, y el resto
De sus amargos dias le consagra,
¡Triste de aquella que á su yugo uncida
Víctima cae! Los primeros meses
La lleva en triunfo acá y allá : la mima,
La galantea... Palco, galas, dijes,

Coche á la inglesa. ¡Míseros recursos!
El buen tiempo pasó. Del vicio infame
Corre en sus venas la cruël ponzoña.
Tímido, exhausto, sin vigor... ¡qué rabia!
El tálamo es su potro. Mira, Arnesto;
¡Cuál desde Gades á Brigancia el vicio
Ha inficionado el gérmen de la vida!
¡Y cuál su virulencia va enervando
La actual generacion! Apenas de hombres
La forma existe... ¿Adónde está el forzudo
Brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello,
O de Paredes los robustos hombros?
¿El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera acaso se forjaron
Para cráneos raquíticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto?
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
¿Quién?... Vuelve, ¡o fiero berberisco! vuelve,
Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan. Débiles pigmeos
Te esperan. De tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? *¿De qué sirve*
La clase ilustre, una alta descendencia
Sin la virtud? Los nombres venerandos
De Laras, Tellos, Haros y Girones
¿Qué se hicieron? ¿Qué genio ha deslucido
La fama de sus triunfos? ¿Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono?
¿Es esta la nobleza de Castilla?
¿Es este el brazo un dia tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad? ¡O vilipendio! ¡O siglo!
Faltó el apoyo de las leyes: todo
Se precipita. El mas humilde cieno

Fermenta y brota espíritus altivos
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

EPISTOLA

A BERMUDO:

Sobre los vanos deseos y estudios de los hombres.

Sus: alerta, Bermudo, y pon en vela
Tu corazon. Rabiosa la fortuna
Le asecha, y mientras, arrullando á otros
Los adormece en mal seguro sueño,
Súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
Tu pobre estado, su furor no harta
Si de tu pecho desterrar no logra
La dulce paz que á la inocencia debe.
Tal es su condicion, que no tolera
Que á su despecho el hombre sea dichoso.
Asi á tus ojos insidiosa ostenta
Las fantasmas del bien, que va sembrando
Sobre la senda del favor, y pugna
Por arrancar de tu virtud los quicios.
¡Guay! no la atiendas: mira que robarte
Quiere la dicha que en tu mano tienes.
No está en la suya, no; puede á su grado
Venturosos hacer, mas no felices.
¿Lo extrañas? ¿Quieres, como el vulgo idiota,
De la felicidad y la fortuna
Los nombres confundir? ¿O por los vanos

Bienes y gustos con que astuta brinda
El verdadero bien medir? ¡O engaño
De la humana razon! Dí, ¿qué promete
Digno de un ser que á tan excelsa dicha
Destinado nació? Pesa sus dones
De tu razon en la balanza, y mira
Cuánta es su liviandad! Hay quien ardiendo
En pos de gloria y rumoroso nombre
Suda, se afana, y despiadado, al precio
De sangre y fuego y destruccion le compra;
Mas si la muerte con horrendo brazo
De un alto alcázar su pendon tremola,
Se hincha su corazon, y hollando fiero
Cadáveres de hermanos y enemigos,
Un triunfo canta que en secreto llora
Su alma horrorizada. Altivo menos,
Empero astuto mas, otro suspira
Por el inquieto y mal seguro mando;
Y adula, y va solícito siguiendo
El aura del favor. Su orgullo esconde
En vil adulacion: sirve, y se humilla
Para ensalzarse; y si á la cumbre toca,
Irgue altanero la ceñuda frente,
Y sueño y gozo y interior sosiego
Al esplendor del mundo sacrifica.
Mas, mientra incierto en lo que goza, teme,
A un giro instable de la rueda cae
Precipitado en hondo y triste olvido.
Tal otro busca con afan estados,
Oro y riquezas, tierras y tesoros,
¡Ah! con sudor y lágrimas regados,
Su sed no apagan. Junta, atesora, ahucha;
¡Mas con sus bienes crece su deseo
Y cuanto mas posee mas anhela!
Asi, la llave del arcon en mano,
Pobre se juzga, y pues lo juzga, es pobre.
A otra ilusion consagra sus vigilias
Aquel que, huyendo de la luz y el lecho,

De la esposa y amigos, la alta noche
En un garito ó mísera zahurda
Con sus viles rivales pasa oculto;
Entre el temor fluctua y la esperanza
Su alma atormentada. Hele: ya expuso
Con mano incierta y pecho palpitante
A la vuelta de un dado su fortuna.
Cayó la suerte, ¿pero qué le brinda?
¿Es buena? su ansia y su zozobra crecen.
¿Aciaga? ¡O Dios! le abruma, y le despeña
En vida infame ó despechada muerte.
¿Y es mas feliz quien fascinado al brillo
De unos ojuelos arde, y enloquece,
Y vela, y ronda, y ruega, y desconfia,
Y busca al precio de zozobra y penas
El rápido placer de un solo instante?
No le guia el amor, que en pecho impuro
Entrar no puede su inocente llama:
Solo le arrastra el apetito; ciego
Se desboca en pos dél. Mas ¡ay! que si abre
Con llave de oro, al fin, el torpe quicio,
Envuelta en su placer traga su muerte.
Pues mira á aquel que, abandonado al ocio,
Ve vacías huir las raudas horas
Sobre su inútil existencia. ¡Ah! lentas
Las cree aun, y su incesante curso
Precipitar quisiera. En qué gastarlas
No sabe; y entra, y sale, y se pasea:
Fuma, charla, se aburre, torna, vuelve;
Y huyendo siempre del afan, se afana.
Mas ya en el lecho está: cédele al sueño
La mitad de la vida, y aun le ruega
Que la enojosa luz le robe. ¡O necio!
¿A la dulzura del descanso aspiras?
Búscala en el trabajo. Sí: en el ocio
Siempre tu alma roerá el fastidio,
Y hallará en tu reposo su tormento.
¿Mas qué, si á Baco y Céres entregado

Y arrellanado ante su mesa, engulle
De uno al otro crepúsculo, poniendo
En su vientre á su Dios y á su fortuna?
La tierra y mar no bastan á su gula.
Lenguaraz y gloton, con otros tales
En francachelas y embriagueces pasa
Sus vanos dias, y entre obscenos brindis,
Carcajadas y broma disoluta,
Se harta sin tasa, y sin pudor delira.
Mas á fuerza de hartarse embota y pierde
Apetito y estómago. Ofendida
Naturaleza insípidos le ofrece
Los sabores, que al pobre deliciosos.
En vano espera de una y otra India
Estímulos: en vano pide al arte
Salsas, que ya su paladar rehusa.
El ansia crece, y el vigor se agota;
Y asi consunto, en medio á la carrera,
Antes su vida que su gula acaba.
¡O placeres amargos! ¡O locura
De aquel que los codicia, y humillado
Ante un mentido númen, los implora!
¡Oh, y cuál la diosa pérfida le burla!
Sonríele tal vez: empero nunca
De angustia exento ó sinsabor, le deja
Que á vueltas del placer le da fastidio,
Y en pos del goce saciedad y tedio.
Si le confia, luego un escarmiento
Su mal prevista condicion descubre.
Avara, nunca sus deseos llena:
Voltaria, siempre en su favor vacila:
Inconstante y crüel, aflige ahora
Al que halagó poco ha: ahora derriba
Al que ayer ensalzó; y ora del cieno
Otro á las nubes encarama, solo
Por derribarle con mayor estruendo.
¿No ves con todo aquella inmensa turba,
Que, rodëando de tropel su templo,

Se avanza al aldabon, de incienso hediondo
Para ofrecer al ídolo cargada?
¡Huye de ella, Bermudo! ¡No el contagio
Toque á tu alma de tan vil ejemplo!
Huye, y en la virtud busca tu asilo,
Que ella feliz te hará. No hay, no lo pienses,
Dicha mas pura que la dulce calma
Que inspira al varon justo. Ella modesto
Le hace en prosperidad; ledo y tranquilo
En sobria medianía; resignado
En pobreza y dolor. Y, si bramando
El huracan de la implacable envidia
Le hunde en el infortunio, ella piadosa
Le acorre y salva, su alma revistiendo
De alta, noble y longánime constancia.
¡Y qué si hasta su premio alza la vista!
¿Hay algo, dí, que á la esperanza iguale
De la inmortal corona que le atiende?...
Mas te oigo preguntar, ¿aqueste instinto,
Que mi alma eleva á la verdad, esta ansia
De indagar y saber será culpable?
¿No podré hallar, siguiéndola, mi dicha?
¿Condenarásla? No. ¿Quién se atreviera?
¿Quién que su orígen y su fin conozca?
Sabiduría y virtud son dos hermanas
Descendidas del cielo para gloria
Y perfeccion del hombre. Le alejando
Del vicio y del engaño, ellas le acercan
A la Divinidad. Sí, mi Bermudo,
Mas no las busques en la falsa senda
Que á otros astuta muestra la fortuna.
¿Dónde pues? Corre al templo de Sofía.
Y allí las hallarás. Ruégala... ¡Mira
Cual se sonrie! Instala, interpone
La intercesion de las amables musas,
Y te la harán propìcia. Pero ¡guarte!
Que si no cabe en su favor engaño,
Cabe en el culto que le da insolente

El vano adorador. Nunca propicia
La ve quien, oro ó fama demandando,
Impuro incienso quema ante sus aras.
¿No ves á tantos como de ellas tornan
De orgullo llenos, de saber vacíos?
¡Ay del que en vez de la verdad, iluso
Su sombra abraza! En la opinion fiado
El buen sendero dejará, y sin guia
De razon ni virtud, tras las fantasmas
Del error correrá precipitado.
¿El sabio entonces hallará la dicha
En las quimeras que sediento busca?
¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.
Mira en aquel, á quien la aurora encuentra
Midiendo el cielo, y de los astros que huyen
Las esplendentes órbitas. Insomne,
Aun á la noche llama presurosa,
Y acusa al astro que su afan retarda.
Vuelve: la obra portentosa admira,
Sin ver la mano que la obró. Se eleva
Sobre las lunas de Urano, y de un vuelo
Desde la Nave á los Triones pasa.
¿Mas qué siente despues? Nada. Calcula,
Mide, y no ve que el cielo, obedeciendo
La voz del grande Autor, gira, y callado
Horas hurtando á su existencia ingrata,
A un desengaño súbito le acerca.
Otro, del cielo descuidado, lee
En el humilde polvo, y le analiza.
Su microscopio empuña: ármale, y cae
Sobre un átomo vil. ¡Cuán necio triunfa,
Si allí le ofrece el mágico instrumento,
Leve señal de movimiento y vida!
Su forma indaga, y demandando al vidro
Lo que antevió su ilusa fantasía,
Cede al engaño, y da á la vil materia
La omnipotencia que al gran Ser rehusa.
Asi delira ingrato; mientras otro

Pretende escudriñar la íntima esencia
De este sublime espírtu que le anima.
¡ O cuál le anatomiza ! ¡ y cuál si fuese
Un fluido sutil, su voz, su fuerza,
Y sus funciones, y su accion regula!
Mas ¿ qué descubre? Solo su flaqueza :
Que es dado al ojo ver el alto cielo;
Pero verse á sí en sí, no le fué dado.
Con todo, osada su razon penetra
Al caos tenebroso : le recorre
Con paso titubeante; y desdeñando
La lumbre celestial, en los senderos
Y laberintos del error se pierde.
Confuso asi, mas no desengañado,
Entre la duda y la opinion vacila.
Busca la luz, y solo palpa sombras.
Medita, observa, estudia, y solo alcanza
Que cuanto mas aprende, mas ignora.
Materia, forma, espírtu, movimiento,
Y estos instantes que incesantes huyen,
Y del espacio el piélago sin fondo,
Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
Nada comprende. Ni su orígen halla,
Ni su término, y todo lo ve absorto
De eternidad en el abismo hundirse.
Tal vez, saliendo dél, mas deslumbrado,
Se arroja á alzar el temerario vuelo
Hasta el trono de Dios, y presuntuoso
Con débil luz escudriñar pretende
Lo que es inescrutable. Sondeando
De la divina esencia el golfo inmenso,
Surca ciego por él. ¿ Qué hará sin rumbo?
Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
Y las propone, y las disputa : y piensa
Que la ignorancia que excitarlas supo
Resolverlas sabrá. ¿ Viste ¡o Bermudo!
Intento mas audaz? ¿ Qué, sin mas lumbre
Que su razon, un átomo podria

Lo incomprensible comprender? ¿Linderos
En lo inmenso encontrar? ¿Y en lo infinito
Principio, medio, ó fin? ¡O Ser eterno!
¿Has dado al hombre parte en tus consejos?
¿O en el santuario, á su razon cerrado,
Le admites ya? ¿Tan alta es la tarea
Que á su débil espíritu confiaste?
No; no es esta, Bermudo. Conocerle
Y adorarle en sus obras: derretirse
En gratitud y amor, por tantos bienes
Como benigno en tu mansion derrama:
Cantar su gloria y bendecir su nombre:
He aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
Y de tu ser y tu razon la dicha.
Tal es ¡o dulce amigo! la que el sabio
Debe buscar, mientras los necios la huyen.
¿Saber pretendes? Franca está la senda,
Perfecciona tu ser y serás sabio.
Ilustra tu razon para que se alce
A la verdad eterna, y purifica
Tu corazon para que la ame y siga.
Estúdiate á tí mismo, pero busca
La luz en tu Hacedor. Allí la fuente
De alta sabiduría, allí tu orígen
Verás escrito: allí el lugar que ocupas
En su obra magnífica: allí tu alto
Destino, y la corona perdurable
De tu ser, solo á la virtud guardada.
Sube, Bermudo, allí; busca en su seno
Esta verdad, esta virtud, que eternas
De su saber y amor perennes manan:
Que si las buscas fuera de él, tinieblas,
Ignorancia y error hallarás solo.
Deste saber y amor lee un destello
En tantas criaturas como cantan
Su omnipotencia; en la admirable escala
De perfeccion con que adornarlas supo;
En el órden que siguen, en las leyes

Que las conservan y unen, en los fines
De piedad y de amor que en todas brillan,
Y la bondad de su Hacedor pregonan.
Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.
Serás sabio y feliz si eres virtuoso,
Que la verdad y la virtud son una.
Solo en su posesion está la dicha;
Y ellas tan solo dar á tu alma pueden
Segura paz en tu conciencia pura;
En la moderacion de tus deseos
Libertad verdadera; y alegría
De obrar y hacer el bien en la dulzura.
Lo demas viento, vanidad, miseria.

CANTO GUERRERO

Para los asturianos.

A las armas, valientes astúres,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez el tirano de Europa
El solar de Pelayo insultó.
Ved que fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalon,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozon.
« Corred, corred, briosos,
« Corred á la victoria,
« Y á nueva eterna gloria
« Subid vuestro valor. »

Cuando altiva al dominio del mundo
La señora del Tibre aspiró,
Y la España en dos siglos de lucha
Puso freno á su loca ambicion;
Ante Asturias sus águilas solo
Detuvieron el vuelo feroz,
Y el feliz Octaviano á su vista

Desmayado y enfermo tembló.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Cuando suevos, alanos y godos
Inundaban el suelo español;
Cuando atónita España rendia
La cerviz á su yugo feroz;
Cuando audaz Leovigildo, y triunfante
De Toledo corria á Leon,
Vuestros padres alzados en Arvas
Refrenaron su insano furor.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Desde el Lete hasta el Piles, Tarique
Con sus lunas triunfando llegó,
Y con robos, incendios y muertes
Las Españas llenó de terror;
Pero opuso Pelayo á su furia
El antiguo asturiano valor;
Y sus huestes el cielo indignado
Desplomando, el Auseva oprimió.
« Corred, corred, briosos, etc. »

En Asturias Pelayo alzó el trono
Que Ildefonso afirmó vencedor,
La victoria ensanchó sus confines;
La victoria su fama extendió.
Trece reyes su imperio rigieron;
Héroes mil realzaron su honor,
Y engendraron los héroes que altivos
Dieron gloria á Castilla y Leon.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Y hoy que viene un villano enemigo
A robaros libertad y honor,
¿En olvido pondréis tantas glorias?
¿Sufriréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,

Mas que el godo y el árabe atroz,
¿Sufrireis que esclavice la patria,
Que el valor de Pelayo libró?
« Corred, corred, briosos, etc. »

No creais invencibles ni bravos
En la lid á esos bárbaros, no:
Solo en artes malignas son fuertes,
Solo fuertes en dolo y traicion.
Si en Bailen de sus águilas vieron
Humillado el mentido esplendor,
De Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Alcañiz arrastró sus banderas,
El Alberche su sangre bebió,
Ante el Tórmes cayeron batidos,
Y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heróica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
Y las ondas y muros de Gades
Su sepulcro serán y baldon.
« Corred, corred, briosos, etc. »

Y vosotros de Lena y Miranda,
¿No los visteis huir con terror?
¿Y no visteis que en Grado y Doriga
Su vil sangre los campos regó?
Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?
Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?
Los que ayer eran flacos, cobardes,
¿Serán fuertes, serán bravos hoy?
« Corred, corred, briosos, etc. »

Cuando os pide el amor sacrificios,
Cuando os pide venganza el honor,
¿Cómo no arde la ira en los pechos?

¿ Quién los brazos nervosos ató ?
A las armas, valientes astúres,
Empuñadlas con nuevo vigor,
Que otra vez con sus huestes el corso
El solar de Pelayo manchó.
« Corred, corred, briosos,
« Corred á la victoria,
« Y á nueva eterna gloria
« Subid vuestro valor. »

NOTICIA DE D. GASP. MELCH. DE JOVELLANOS.

Nació D. Baltasar Melchor Gaspar María de Jovellanos (propiamente: Jove Llanos) en 5 de enero de 1744 en la villa de Gijon, principado de Asturias, de una familia solariega y distinguida en aquel principado. Agobiados sus padres con el peso de nueve hijos, cinco varones y cuatro hembras, destinaron á D. Gaspar, como uno de los menores, á la iglesia. Aprendió las primeras letras y latinidad en su patria, la filosofía en la universidad de Oviedo, y los elementos del derecho canónico y civil en la de Avila. Señalándose ya entonces por sus talentos y su aplicacion, fué ordenado de menores, y aun disfrutó algunos beneficios eclesiásticos. Habiendo concluido sus estudios con los grados de bachiller y licenciado en leyes y cánones, fué trasladado á la universidad de Alcalá de Henáres, y provisto de una beca de colegial en el mayor de San Ildefonso. Con este motivo entabló conocimiento con el célebre don Juan Arias de Saavedra, y desde este punto, se entregó don Gaspar á la direccion de aquel insigne varon, obedeciéndole como á padre, con cuyo título y respeto le trató hasta la muerte. Pues como saliese, en fines del año de 1766, á hacer oposicion á la canongía doctoral de la catedral de Tuy, y se detuviese en Madrid á recoger las cartas de recomendacion que consideró necesarias para aquella empresa; estando ya para partir á Galicia, sus amigos y parientes, y especialmente don Juan Arias de Saavedra, procuraron separarle de ella, considerándole mas á propósito para la carrera de toga, y lograron conseguirle, á pesar de su corta edad, en el año de 1767, una plaza de alcalde de la cuadra en la audiencia de Sevilla.

Vuelto antes á Asturias á dar el último abrazo á sus ancianos padres, y provisto por su segundo padre Arias de Saavedra de todo lo necesario para establecer su casa, y aun para vivir con la decencia correspondiente á su clase y destino, partió para Sevilla donde llegó y tomó posesion de su plaza en 1768. Allí se distinguió desde luego por su afabilidad, su humanidad, su elocuencia, su justificacion y su demasiado desinteres. Allí reformó sus estudios, y amplió sus conocimientos, dedicándose en especial con ahinco al estudio de la economía política, aprovechándose de sus viages, de sus relaciones con los mas instruidos políticos de su pais, y de los libros mas escogidos así de los nacionales como de los extrangeros,

principalmente de los Ingleses por cuyo idioma tenia siempre una gran predileccion, para perfeccionarse en aquella ciencia, considerándola única y capaz de formar un sabio magistrado. Promovido á oidor del propio tribunal de Sevilla en 1774, era quien trabajaba en aquel acuerdo los expedientes mas delicados é interesantes; quien extendia los informes al rey y al consejo de Castilla, señalándose entre otros el célebre sobre *Montes pios*; quien tambien se distinguia por su celo y tino entre los individuos de la real sociedad de Amigos del pais que acababa de formarse á esta sazon en aquella ciudad. En suma allí preparó su entendimiento á aquellas tareas que tanta utilidad habian despues de dar á su patria, tanto lustre á las letras, y tanta gloria á su nombre.

En la misma época fué cuando tambien se dedicó á la poesía, dando los primeros pasos en esta carrera con su comedia de *El Delincuente honrado* y su tragedia de *Pelayo*[1], con la traduccion del libro primero de *el Paraiso perdido* de Milton, y con las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Estos ensayos fueron en parte el fruto que produjo la correspondencia que Jovellanos, ó *Jovino*, como le llamaban con su nombre poético, emprendió en Sevilla con los poetas modernos de Salamanca, en especial con el P. M. Fr. Diego Gonzalez, y por medio de este (como queda dicho en la Noticia de Melendez), con el «dulcísimo Batilo» y Fr. Juan Fernandez, y desde aquel tiempo tenia siempre una particular inclinacion á la poesía, contribuyendo á su reforma y sus progresos en España no poco con su propio ejemplo y todavía mas con sus consejos y su influjo.

Pero en medio de tan útiles y agradables ocupaciones, gozando la general estimacion de todo el pueblo y disfrutando la íntima amistad de los mas distinguidos sevillanos, Jovellanos fué arrancado de aquella ciudad por su nombramiento para alcalde de casa y corte en 1778, y tuvo que volver á los negocios criminales, tan opuestos á su amable carácter, y que tanto aborrecia. Cuando su venida á Madrid, fué indemnizado en parte por el cariñoso acogimiento de sus parientes, por la amistad de tan distinguidos varones, como don Pedro Rodriguez Campomanes y don Francisco Cabarrús, y por nombrarle su individuo los mas ilustrados cuerpos literarios de la corte. Verdad es que los desabridos y frecuentes negocios de la sala de corte le separaron enteramente del trato con las Musas; pero luego que un asunto le condujo á la cartuja del Paular, le acometieron

[1] Véase sobre la causa que hubo para escribir allí esos dos dramas, y sus acaecimientos, las *Memorias para la vida de Jovellanos, y Noticias analíticas de sus obras, por D. Juan Agustin Cean Bermudez*. Madrid, 1814. 8º, cap. XVI de la segunda parte;—y la crítica que hace de ellos con acostumbrado acierto *Martinez de la Rosa* en sus «Obras litérarias,» tom. II, pág. 253-257; y pág. 556-509.

estas ninfas aprovechándose de la soledad y de algun descanso, que le proporcionaba el mismo asunto que le habia llevado á ella. No pudo resistir á sus inspiraciones, y compuso aquella célebre epístola, que dirigió á su compañero Anfriso, ó el señor don Mariano Colon, despues duque de Veraguas. La publicó por primera vez don Antonio Ponz en el tomo X de su *Viage de España*, juzgándola el público como una de las mejores composiciones de aquel siglo.

Los parientes y amigos de don Gaspar no podian tolerar que siguiese por mas tiempo en la plaza de alcalde, y solicitaban que cuanto antes se le trasladase á otra del consejo de las órdenes, lo que en efecto consiguieron en el año de 1780. Gozaba Jovellanos grandes satisfacciones y placer en aquella época, desempeñando con gusto y conocimiento los asuntos de su tribunal, y concurriendo á todas las sesiones de la sociedad económica de Madrid, á las de la junta de comercio y moneda, y de las academias de la Lengua castellana, de la Historia, de San Fernando, de Cánones, Liturgia, Historia y Disciplina eclesiástica, y de Derecho público y patrio, á todas cuantas pertenecia, haciéndolo con grande utilidad de estos cuerpos, por las luces que les prestaba para bien de la nacion, y adelantamiento de las ciencias y de las artes. Entre las infinitas tareas que le ocuparon en aquellos diez años, las de mas nombre fueron su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la historia para el de la jurisprudencia*, la *Memoria sobre las diversiones públicas* (va impresa en el tomo V de las Memorias de la real academia de la Historia del año de 1817, y separadamente en otro tamaño en Madrid, en casa de Sancha, año de 1812), el *Elogio histórico de las nobles artes españolas*, los dos Elogios de don Ventura Rodriguez y Cárlos III, y sobre todo su *Informe sobre la Ley agraria*, que le ha grangeado un nombre tan respetable en toda Europa. Cuanto á la poesía, fué el año de 1785 para Jovellanos muy divertido con las contiendas literarias que habia en Madrid (de las cuales hemos hablado repetidamente) Materia, á la verdad, fecundísima para un genio festivo como el de nuestro don Gaspar, para una pluma tan feliz como la suya, y para quien manejaba como ninguno la lengua castellana con toda la gracia y chiste que poseia. Compuso pues con este motivo dos romances y una jácara contra Huerta que, sin estar impresos y sin saberse su autor, andaban, como suele decirse, en proverbio entre los sabios y los que no lo eran [1]. Si estas composiciones acreditaban á don Gaspar por uno de los mejores poetas de aquellos tiempos en el género jocoso y festivo, no le corroboran menos en el serio y terrible de Juvenal las dos famosas *sátiras*, que escribió en 1786, y que publicó *el Censor* en los números XCIX y CLV.

[1] Véanse las citadas *Memorias de Cean Bermudez*. pág. 295-301.

La situacion próspera y brillante en que se hallaba Jovellanos se anubló de repente en 1790, cuando la desgracia y prision de su amigo el conde de Cabarrús. Entonces la comision que se le habia dado de ir á Asturias á hacer un reconocimiento de las minas de carbon de piedra, y á fundar un instituto científico, se convirtió en un destierro disimulado que duró ocho años continuos. Al cabo de ellos en 1797 fué nombrado embajador á Rusia, y poco despues llamado á Madrid para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, en cuyo encargo permaneció poco tiempo. Desde aquí principian las desgracias de Jovellanos, pues aunque algunos las cuentan desde que salió honestamente desterrado á Gijon en 1790, juzgándole infeliz, nunca fué mas dichoso, ni vivió mas contento que en aquella residencia. Los que con buena intencion contribuyeron á arrancarle de ella para elevarle á mas alto y distinguido destino, le precipitaron en la sima de las pesadumbres, de las persecuciones, y de todo género de males que le siguieron hasta la muerte. Pues que, convertida aquella aura de favor en persecucion y encono, *no pudiendo* menos de chocar la integridad y el patriotismo de Jovellanos con los vicios y la incapacidad del valido, Godoy, y de la corte; no solo fué, despues de haber corrido peligro de vida por haber tentado el valido de envenenarle, en 1798 otra vez y con mas abierta desgracia desterrado á Gijon, sino de allí en 1801 con escandaloso atropellamiento de las leyes y humanidad, sin forma de juicio, sin comunicarle motivo alguno, ni darle tiempo ni medios para su defensa, arrancado y llevado públicamente como reo de estado primero á la cartuja de Mallorca, y despues (en 1802) al castillo de Bellver, donde sufrió durante siete años en estrecha prision todo género de vejaciones. En este estado de privacion y de abatimiento la filosofía y la aficion á las ciencias, bellas artes, y á la poesía le inspiraron á don Gaspar recursos inocentes para hacer mas tolerable tan amarga situacion. Así copió y tradujo algunas obras geométricas de Raymundo Lullio y Juan de Herrera, extendió las descripciones artísticas del castillo de Bellver, de la lonja y de otros edificios de Palma y una carta sobre la arquitectura inglesa y la llamada gótica, y compuso y dirigió á sus amigos Cárlos Gonzalez de Posada y Cean Bermudez las epístolas poéticas sobre *la vida retirada* y sobre *los vanos deseos y estudios de los hombres.*

Pero en 1808, los sucesos de Aranjuez y la caida de Godoy vinieron á trocar enteramente aquella desgraciada situacion. Puesto en libertad, y cuando se disponia á retirarse á su casa en Asturias á descansar de sus trabajos en el seno de su familia, y al frente de su querido instituto, habiendo resistido á las órdenes del intruso José Napoleon, que le llamaban á una de las secretarías de estado, el desamparo en que dejaron á la nacion las violencias francesas, le obligó, por cansadas que fuesen

sus fuerzas, á recibir el encargo tan arduo como honorífico de hacer parte de aquella junta central que habia de dirigir los esfuerzos de los españoles en la defensa del trono y de la independencia. Jovellanos fué uno de los que mas se distinguieron en ella por la integridad de su carácter, por la nobleza de sus miras, y por su admirable constancia en los trabajos y peligros de aquella peligrosa estacion; en suma basta decir, que á cuanto se hizo de reprensible y pernicioso, Jovellanos se opuso con todos los medios que se le ofrecian, y cuanto se hizo de bueno, útil, y generoso se le debe á Jovellanos y á sus amigos. En medio de tan arduos é importantes trabajos, y de tan fastidiosas y peligrosas funciones, Jovellanos, inspirado por su ardiente patriotismo, y por la noble indignacion que le causó el ver segunda vez invadido «el solar de Pelayo por los fieros y viles esclavos del tirano de Europa,» no pudo menos de recurrir á la dulce amiga de su juventud, la poesía, para desahogarse de su afliccion, y entonó, cual otro cisne que va á fallecer, aquel enérgico y sonoro *Canto guerrero para los Asturianos*, compuesto de diez estancias, y publicado en el *Semanario patriótico* del año segundo (1809).

La junta terminó sus funciones en la isla de Leon á principios del año de 1810, y Jovellanos se dispuso á volver á su patria para descansar de tantos trabajos y peligros, y para reparar su quebrantada salud. En efecto fueron muchos y amargos los sinsabores que afligieron su tierno corazon en el breve plazo de diez y seis meses en que concurrió al desempeño de sus funciones, pero mayores los que toleró al considerarse envuelto en las calumnias é improperios que levantaron y publicaron los perturbadores de la tranquilidad pública contra todos los diputados de la junta central, luego que los vieron destituidos del mando y gobierno de la nacion, y reducidos algunos á indigencia. En un estado de tanto abatimiento no quedaba otro recurso á este héroe de la patria que huir de un terreno tan ingrato y de la odiosa vista de los mismos que habian sido testigos de su insaciable celo, de su infatigable trabajo, de su desinteres é incorruptibilidad, y del ejercicio de todas las virtudes sociales, y correr á esconderse en la concavidad de los ásperos montes de su pais.

Por eso se embarcó en Cádiz para Asturias; pero, habiéndole arrojado una tempestad á Muros de Noya en Galicia, y estando ocupada Asturias por los franceses, tuvo que detenerse allí mas de un año. Aprovechó el tiempo y vagar que le proporcionaba esta larga residencia en Muros para escribir aquella célebre é importante memoria[1] á sus compatriotas, no

[1] Lleva el título: *Don Gaspar de Jovellanos á sus compañeros. Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la junta central, y se da razon de la conducta y opiniones del autor desde que recobró su libertad. Con notas y apéndices de documentos justificativos.* Coruña, 1811.

tanto para manifestar al público su conducta patriótica y opiniones, cuanto para rebatir las atroces calumnias, divulgadas contra los individuos de la junta central, con documentos incontrastables.

Evacuada al fin la provincia de Asturias, pudo verificar su deseo, y entró en Gijon en 6 de agosto de 1811. Recibiéronle allí como en triunfo aclamándole todos su bienhechor y su padre. Dióse al instante á sus ocupaciones favoritas, á restablecer el instituto de sus ruinas, á fomentar todos los objetos de prosperidad general, á sostener y avivar el valor de sus compatriotas en la lucha que aun duraba. Pero los enemigos volvieron á invadir la provincia, y él tuvo que salvarse á toda prisa por mar: y despues de haber sufrido dos borrascas peligrosas; falleció de una aguda pulmonía en el pequeño puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811, á los 66 años de su edad.

Así fué que, como dice don Leandro Fernandez de Moratin, « insultado, proscripto, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el *benemérito escritor de la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar! » —

« D. Gaspar Melchor de Jovellanos, » dice el mismo con mucha razon, « uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, buen poeta, orador elocuente: unió á estas prendas, la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. »

De allí es difícil de escribir la vida de tanto varon, sin ser su elogiador, y de desempeñarlo dignamente, sin extender al mismo tiempo la historia de España de aquella época. Nosotros nos hemos visto precisados á cifrarnos aquí en considerarle principalmente por sus relaciones con la poesía, y remitimos por lo restante á las citadas *Memorias de Cean Bermudez* (que tambien á nosotros nos han servido de guia para extender los presentes apuntes biográficos); á las *Noticias históricas de Jovellanos*, por don *Isidoro Antillon* (Palma, 1812, 4°), y sobre todo, al excelente artículo biográfico de él, extendido en aleman por el señor don *Victor Aimé Huber*, é insertado en *los Contemporáneos* (Zeitgenossen)

2 vol. in-4°. Esa es la obra principal de Jovellanos, clásica bajo todos respetos é importantísima para la historia de aquella época. El célebre librero y crítico don *Vicente Salvá* que está preparando una nueva edicion de ella, se expresa así: « Jovellanos hizo casi olvidar todas las producciones que tanta nombradia le habian dado en el mundo literario, cuando publicó *esta memoria*, el último y mas apreciable escrito de su elocuente pluma. En ella se excedió á sí mismo; y no hay uno que deje de confesar leyéndola, que Ciceron no se hubiera valido de otros argumentos, si hubiese encargado de semejante causa; si dado diverso giro al habla castellana; si ser posible que el orador romano la hubiese manejado. »

ó *Almacen biográfico para la historia de nuestro tiempo* (tercera serie, tomo III, cuaderno 4°, pág. 3-66. Lipsia, 1831, 8°).

A mas de las obras ya citadas, dejó un gran número de informes sobre los mas importantes asuntos de economía política, administracion, instruccion pública, etc.; — discursos pronunciados en varias ocasiones; — memorias académicas; — diarios extendidos en sus viages; — lecciones de filosofía, gramática, retórica, poética, etc. etc.[1] En los años de 1830—1832, se ha publicado en Madrid una *coleccion de varias obras suyas en prosa y verso, adicionada con algunas notas*, por D. Ramon María Cañedo, siete vol. en 4° (los tomos I y VII contienen las poesías, entre las cuales hay algunas publicadas por primera vez; y en el último se halla una « Noticia de los principales hechos de la vida del autor, formada sobre las memorias que escribió para este objeto D. Agustin Cean Bermudez, y otros documentos é informes fidedignos que se tuvieron á la vista. »)

Ya en las poesías líricas que Jovellanos compuso en su juventud, se descubre talento y gusto, aunque escasean de vuelo, ideas originales y de colorido, pues el estilo, no bien formado todavía, es mas bien una prosa noble y culta, que una diccion verdaderamente poética. Pero su *Descripcion del Paular*, y cabalmente sus dos *sátiras* tienen el carácter de verdadera poesía: pinta con los colores mas vivos y adecuados, zahiere con chiste y agudeza, castiga ya con la energía severa de magistrado, ya con la vehemencia de una justa ira, y en la velocidad con que se agolpan las ideas y las palabras, percibimos al punto que es cierto y no fingido el estado de agitacion en que se nos muestra el poeta; en una palabra: *indignatio fecit poetam!* — Es de aquí que un crítico tan fino y severo como *Martinez de la Rosa*, á pesar de algunas imperfecciones que nota, no puede menos de presentar estas sátiras como *dos excelentes modelos*[2].

« Pudieran dolerse las musas, » dice *Quintana*, « de que un escritor dotado de tan ventajosas calidades no se ocupase exclusivamente de ellas. Los géneros nobles y elevados á que él por carácter y estudios propendia, ganáran mucho, sin duda, con su aplicacion á ellos. Pero en las altas y nobles atenciones en que estuvo ocupado sin cesar, no le era posible frecuentar mas el Parnaso, y solo puede considerársele como un ardiente apasionado de los ejercicios de las Musas. A ellas debió su educacion primera; á ellas despues sus mas dulces distracciones; á ellas, en fin, la elegancia y la armonía de su prosa magestuosa y elocuente. »

[1] Véase la segunda parte de las referidas *Memorias de Cean Bermudez*, que contiene las noticias analíticas de sus obras tanto impresas como inéditas hasta entonces. — En el *Apéndice* se han agregado algunas poesías de Jovellanos.

[2] Véanse sus *Obras literarias*, tom. I, pág. 351-358.

POESIAS

DEL

MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ.

El murciélago alevoso.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento
Con gracioso talento
Una tierna cancion; y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fé dudaba,
Con vehemente expresion le encarecía
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélago fiero ¡suerte insana!
Entró por la ventana:
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó, por recogellos.
Y Delio noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,
Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido
Y á su Mirta afligido;
En cólera y furor se consumia,
Y asi al ave funesta maldecia:
¡O monstruo de ave y bruto
Que cifras lo peor de bruto y ave,

Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria!
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos süaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda,
Que á un murciélago vil suceder pueda.
La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sola reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue inadvertida
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;
Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.
Y luego sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso;
Y primero medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe, y se espeluce horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque al suelo.

Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento
Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.
En fin sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.
Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos,
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y mas cordura.
Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oirte chillar, alcen el grito,
Y te llamen *¡maldito!*
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.
Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se rian con duros corazones
De tus gestos y acciones,

Y á tus tristes querellas ponderadas,
Correspondan con fiesta y carcajadas.
Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de aguijones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,
De diversion y fiesta ya rendidos,
Te embistan atrevidos.
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.
Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.
Y las supersticiones
De las viejas, creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura,
Que verán en el aire culebriñas
Y otras tristes visiones peregrinas.
Muerto ya, te dispongan
El entierro; te lleven arrastrando,
Gorigori cantando;
Y en dos filas delante se compongan;
Y otras fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso,
Al muladar mas sucio y asqueroso.
Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;

Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO.

Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el dia;
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fria:
« Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella. »

A Melisa.

Yo ví una fuentecilla
De manantial tan lento y tan escaso,
Que toda el agua pura que encerraba
Pudiera reducilla
Al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba,
Por ver en qué paraba,
El curso perezoso fué siguiendo,
Y ví que sin cesar iba creciendo
Con el socorro de agua pasagera,
En tal forma y manera,
Que cuando lo he intentado,
Ya no pude pasar del otro lado.
Yo ví una centellita
Que por caso á mi puerta habia caido,
Y de su pequeñez no haciendo cuento,
Me fuí á dormir sin cuita;
Y estando ya en el sueño sumergido,
A deshoras ¡ay cielos! sopla el viento,
Y excita en un momento
Tal incendio, que el humo me dispierta.

La llama se apodera de mi puerta,
Y mis ajuares quema sin tardanza;
Y yo sin esperanza,
Confuso y chamuscado,
Solo pude salir por el tejado.
Yo ví un vapor ligero,
Que al impulso del sol se levantaba
De la tierra, do apenas sombra hacia.
No hice caso primero,
Mas ví que por momentos se aumentaba;
Y luego cubrió el cielo, robó el dia,
Y al suelo descendia
En gruesos hilos de agua, que inundaron
Mis campos, y las mieses me robaron;
Y á mí que en su socorro fuí á la era,
Me llevó á la ribera,
Do hubiera perecido,
Si no me hubiese de una zarza asido.
En fin, yo ví en mi pecho
Nacer tu amor, Melisa, y fácil fuera
En el principio haberlo contenido;
Mas poco satisfecho
Con ver su orígen, quise ver cual era
Su fin, y de mi daño no advertido,
Hallo un rio crecido,
Que á toda libertad me corta el paso;
Hallo un voraz incendio en que me abraso;
Hallo una tempestad que me arrebata,
Y de anegarme trata.
¡Ay! ¡con cuánta inclemencia
Cupido castigó mi negligencia!

A la quemadura del dedo de Filis.

El caso que ha pasado
Contigo, Fílis bella,
Por mas que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.
¿Cómo podrá creerse
Tan extraña quimera,
Cual es el que á la nieve
El fuego abrasa y quema?

Pues tanta repugnancia
El caso representa
De que á uno de tus dedos
La llama se le atreva.
Por mas que negra cinta
Le ciñe y le rodea,
Y por la cruz del lazo
Lo jura y lo protesta;
Nunca creeré tal cosa,
Mientras que no te vea
Aprender de tus daños
A ser menos severa
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
Que semejantes casos
Al mismo Amor enseñan
A templar sus rigores,
Y suavizar sus flechas.
Escucha, Fílis mia,
El caso que se cuenta
Del hijo de la diosa
Que en Pafo y Gnido reina.
Dejando á un lado el arco,
La aljaba y las saetas,
Cogiendo andaba flores
Cupido en una selva;
Vido una fresca rosa
Que la prision estrecha
Del capullo rompia,
Esparciendo bellezas.
Cortóla, y en su centro
Vió una oficiosa abeja,
Que dulce miel libaba,
Y la dorada cera.
Tomóla por las alas
El niño incauto, y ella
El aguijon esgrime
Con tanta violencia,
Que en uno de sus dedos
Clavado se lo deja.
Con el dolor insano
El tierno dios se queja,
Turbando con sus lloros
Los cielos y la tierra.
Volando por los aires
Con voces lastimeras
Fué en busca de su madre:
Y puesto en su presencia,
Con tiernos puchericos
Le cuenta su tragedia.
Mas la prudente diosa,
Entre tierna y risueña,
Le dice: « Aprende, hijo,
« A usar de mas clemencia
« Con los flacos mortales
« Que imperioso atormentas.
« Pues si la leve punta
« De una mosca pequeña
« Te causa tanto daño,
« Que el dolor te enagena;
« ¿Qué sentirán los hombres
« Cuando de tus saetas
« Del duro arco enviadas
« Penetrados se vean? »
Desde entonces Cupido
En su daño escarmienta,
Y hiere menos veces,
O con menos dureza.
Asi tú, ó mas piadosa
Ya desde hoy te nos muestra
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
O el caso que ha pasado
Contigo, Fílis bella,
Por mas que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.

Traduccion del cántico : MAGNIFICAT.

Alaba y engrandece
A su Dios y Señor el alma mia :
Y en mi espíritu crece
El gozo y alegría
En Dios mi Salvador, en quien confia.
Y porque se ha dignado
Mi baja condicion mirar clemente,
Mi nombre celebrado
Será de gente en gente,
Llamándome dichosa eternamente.
El poderoso y pio,
Que santo es su renombre y ornamento,
Ha obrado en favor mio
Maravillas sin cuento,
Que exceden todo humano entendimiento.
Y su grande clemencia
Se extenderá propicia eternamente
A toda descendencia,
Con tal que toda gente
Le doble la rodilla reverente.
De fortaleza y brio
Armó su brazo excelso poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En sus designios vanos orgulloso.
De la encumbrada silla
Derribó al poderoso y engreido,
Y á la plebe sencilla
Del estado abatido
Hasta el solio de gloria le ha subido.
Colmó al necesitado
De bienes soberanos con largueza,
Y al rico confiado
En su falaz riqueza
Dejó vacío en mísera pobreza.
En gracia ha recibido

A Israël, recordando su clemencia:
Como hubo prometido
A la antigua creencia,
A Abrahan, y su larga descendencia.
Al Padre sea la gloria,
Al Hijo y al Espíritu cantada
En eterna memoria:
Como siempre fué dada,
Y será por los siglos tributada.

NOTICIA DEL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ.

Nació en Ciudad Rodrigo en 1733 de una familia noble. Desde su mas tierna juventud era aficionadísimo á la poesía, y leyó ya en los años primeros de su vida todo lo mejor que en poesía tiene la lengua española. Siendo de diez y ocho años tomó el hábito de San Agustin. Hizo sus estudios en Madrid y en Salamanca. Allí conoció á Melendez con quien se acompañó y dirigió en su estudio favorito, la poesía. Tuvo una singular aficion á las poesías y al estilo de Luis de Leon, y consiguió imitarle con la mayor perfeccion.

Distinguióse tambien como orador elocuente en la cátedra y en el púlpito, y desempeñó á satisfaccion de los superiores los cargos de secretario de la visita general de la provincia de Andalucía, el de prior de los conventos de Salamanca, Pamplona y Madrid; el de secretario de la provincia de Castilla, y de rector del colegio de Doña María de Aragon.

Sus modales ejemplares, su genio pacífico y delicioso, su afabilidad y su modestia que casi rayaba en timidez y desconfianza de sí mismo, le procuraron la estimacion de cuantos con él trataron, y el mas tierno cariño de sus amigos. Falleció en Madrid en 10 de setiembre de 1794.

Sus poesías, publicadas despues de su muerte por su amigo fray Juan Fernández (Liseno) que añadió una noticia apreciable del autor, y reunidas en un tomo en 8°, corren diferentes veces impresas (por ejemplo Madrid, 1805, 1812. Valencia, 1817, etc.)

Verdad es que Fray Diego Gonzalez no fué ni ingenio ni poeta de marca mayor, pues, puntual observador del lenguaje y *formas antiguas*, especialmente, como queda dicho, del estilo de Luis de Leon, se contentó él mismo con el título de hábil imitador de aquel gran poeta. Pero en sus poesías se echa de ver un lenguaje puro y castizo, una versificacion dulce y armoniosa, una alma tierna y delicada, y en alguna que otra un genio festivo y un raro conocimiento de todas las gracias de la habla castellana, como por ejemplo en su famosa *sátira contra el Murciélago* [1], impresa tambien por separado. Ensayóse tambien en asuntos mas serios; prueba son el fragmento (La Niñez) de su poema didáctico de *Las Edades* [2], y la égloga intitulada: *Llanto de Delio y Profecía de Manzanares*.

[1] Así se ha reimpreso recientemente aquella sátira con la Gatomaquía de Lope de Vega (Madrid, 1826); tambien se halla recogida en la *Biblioteca selecta* de los señores Mendibil y Silvela, y en *los Ocios de Españoles emigrados*, etc.

[2] Véase la crítica que hace de aquel poema *Martinez de la Rosa* en sus *Obras literarias* (Tom. II, pág. 55 y siguientes).